



AMY SANDAS

*Cuando el amor es tu
mayor temor... y tu deseo
más ardiente.*

Hechizando A LA Bestia

LOS
BASTARDOS
WRIGHT

Hechizando a la bestia

Amy Sandas

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta y Cinco](#)

[Capítulo Treinta y Seis](#)

[Capítulo Treinta y Siete](#)

[Capítulo Treinta y Ocho](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Septiembre de 1831

Abadía de Birchwood

Dorset, Inglaterra

Margot estaba junto a la ventana, contemplando el cielo de medianoche. Su mirada era amplia y concentrada. Cualquiera que la hubiera visto podría haber imaginado que estaba observando cómo se desarrollaba el designio del destino en las constelaciones del espacio.

Habrían estado parcialmente en lo cierto.

Estaba *intentando* leer el futuro en las estrellas. Pero ella estaba teniendo poco éxito.

Arrugó la nariz y soltó un suave resoplido. Luego, se apartó de la ventana para reanudar su ansioso paseo de un lado a otro en la pequeña pero elegante habitación de invitados que le habían asignado en la casa de campo del vizconde Withersfield.

Ese mismo día, la querida prima de Margot, Cecily, se había casado con el heredero del vizconde, el Honorable Reginald Vane. A pesar del cortejo poco convencional de la pareja, las nupcias habían sido gloriosas y hermosas. Aunque la lista de invitados no era extensa y la celebración podría haber sido considerada íntima según los estándares de la mayoría de las bodas de la sociedad, fue un evento festivo que hizo que todos estuvieran más alegres por el innegable amor que compartía la pareja.

Había sido un acontecimiento bendito y maravilloso.

En realidad, Margot quería tener esperanzas para Cecily y Reginald. Los adoraba a ambos y nadie merecía más una vida de felicidad que su querida prima.

Pero simplemente no podía desprenderse de la inquietud que sentía en su interior. Lo había mantenido a raya durante la ceremonia, el desayuno y toda la socialización y el baile que siguieron. Pero tan pronto como Cecily y Reginald se fueron a disfrutar de su noche de bodas en algún otro lugar no revelado y el resto de los invitados se retiraron lentamente para pasar la noche, la casa se volvió inquietantemente silenciosa. Y Margot ya no podía distraerse de sus implacables miedos internos.

Por lo general, las horas más oscuras de la noche eran cuando se sentía más cómoda y segura.

Esta noche estaba inquieta y ansiosa.

Maldiciéndose por no haber pensado en empacar algunas pinturas, un tejido, o algo así, Margot empezó a caminar de un lado a otro. Trató de excusar su estado de ánimo como causado por el hecho de que estaba en una casa extraña sin sus habituales distracciones y actividades de medianoche. Pero eso era solo una mentira que se decía a sí misma para no tener que reconocer la verdadera razón por la que sentía que sus emociones y pensamientos se habían metido en un miserable enredo y cada intento de liberar el desastre solo la ponía más tensa y más desesperada.

Necesitaba una maldita distracción.

Cogió un grueso chal para cubrir su camisón, salió decidida de su dormitorio en silencio.

La casa había estado en silencio durante horas, así que no le preocupaba encontrarse con nadie más en los pasillos oscuros mientras bajaba a la biblioteca. Un libro o dos podrían ocupar su mente lo suficiente hasta que estuviera lo suficientemente cansada como para quedarse dormida.

La biblioteca de Withersfield estaba ubicada en una esquina trasera de la casa, a la que se

podía acceder a través de vestíbulos estrechos y sinuosos y dos pasillos de doble puerta. Cuando Margot llegó al espacio profundo, oscuro y hermoso, casi sintió que estaba completamente en otro mundo.

La puerta se cerró permitiendo una fina rendija y se abrió silenciosamente con la suave presión de su palma.

Si su visión no se hubiera acostumbrado tanto a la oscuridad de la casa en su camino hacia allí, la habitación habría estado bastante oscura. Tal como estaba, el leve parpadeo de las brasas agonizantes en la chimenea logró iluminar el espacio hasta calentarlo, ofreciendo un resplandor acogedor.

Margot se aventuró, atraída hacia el santuario enmarcado por estanterías que se elevaban hasta las sombras de los altos techos. Olvidando su deseo de encontrar un libro, se dirigió silenciosamente hacia la chimenea. El fascinante parpadeo de las brasas la llamó para acercarse. No era el calor lo que buscaba en ese momento, sino el misterio y los secretos prometidos por la luz moribunda.

Llegó al final del sofá antes de que se le erizaran los vellos de la nuca y de los brazos. Luego, una ráfaga hormigueante de chispas ardientes llovió desde la coronilla hasta los dedos de los pies. Fue una reacción física inexplicable provocada solo por la presencia de un hombre en particular.

Deteniéndose con un silencioso suspiro y un remolino de calor en su vientre, simplemente giró su mirada para captar la imagen de una forma masculina sólida e imponente descansando en el suelo. Estaba sentado con sus anchos hombros apoyados contra el sofá. Una pierna larga y musculosa se extendía hacia el fuego mientras la otra estaba doblada con el pie plantado sobre la lujosa alfombra persa debajo de él. Todavía estaba vestido con su traje formal de boda, aunque se había desechado la mayor parte, dejándolo en un estado sorprendentemente desaliñado.

Aunque el resto de ella parecía haberse quedado paralizada en su lugar, la mirada de Margot voló en movimientos rápidos y agudos desde sus pies descalzos hasta sus gruesos antebrazos expuestos por las mangas arremangadas de su camisa y las sombras de su garganta, donde se había quitado la corbata y aflojado el cuello.

De alguna manera, su estado desaliñado lo hacía aún más llamativo y amenazador de lo habitual. Había una cualidad indómita en su forma grande y sólida en reposo. En lugar de parecer relajado, parecía... intensamente nervioso. Como piedra bajo el tipo de presión que amenazaba con convertirla en polvo.

Afortunadamente, ella lo había notado un momento antes de que él se fijara en ella, por lo que estaba algo preparada cuando sus músculos se tensaron repentinamente y él levantó la mirada para clavarla en ella con una mirada furiosa. Incluso en la luz suave y brillante, sus ojos azules luminiscentes lograron conservar sus bordes afilados y puntas heladas. Su boca se presionó en una línea dura mientras observaba su apariencia.

Con el cabello recogido en una trenza desordenada que le caía por la espalda, el dobladillo con volantes de su camisón rozando la parte superior de sus pies descalzos y los brazos cruzando su viejo y andrajoso chal sobre su pecho, Margot iba aún peor vestida que él.

Él lanzó una maldición, provocando un sonido áspero y feo. Levantando una copa de vino, la apuró de un rápido trago. Afortunadamente, tenía la botella lista, ubicada entre sus musculosos muslos, y rápidamente se sirvió otra.

Margot sabía que ella no era la primera opción, ni siquiera la segunda o tercera, de la mayoría de las personas como compañera casual. En ningún momento, pero quizás

especialmente no pasadas las dos de la madrugada después de un día muy largo y agotador. Hacía mucho tiempo que había reconocido su falta de popularidad con una aceptación pragmática. Era rara. Y lo sabía. Y hasta hace poco, la mayoría de la gente, si se dignaban dejar atrás los desafortunados rumores y los escandalosos susurros que rodeaban a su familia, simplemente no sabían qué hacer con ella, lo cual estaba bien, ya que de todos modos no le gustaba mucho la sociedad londinense.

Sin embargo, era bien sabido que a este hombre no le gustaba ninguna compañía. Su reputación de ser un solitario devoto solo era superada por su reputación mucho más oscura y preocupante de ser temperamental y violento. Aunque Margot sospechaba que podría ser cruel si lo decidía, simplemente no podía creer los susurros más condenatorios. Si todos los chismorreos fueran considerados verdad absoluta, entonces ella sería *intocable*. Maldecida, perversa y extraña. Por otra parte, en su caso... los rumores no estaban muy lejos de la realidad.

Aun así, había algo innegablemente peligroso en este hombre. Por todos los derechos y la lógica, Margot debería haber estado aterrorizada. Debería haberse dado vuelta y huir de la habitación tan pronto como lo vio.

Pero Margot no estaba de humor para hacer lo que *debía* hacer en ese momento. La inquietud que la había sacado de su dormitorio solo aumentó en su presencia. Había un extraño y sutil zumbido bajo su piel. Un temblor en su interior. Un profundo sentido interno de... urgencia y desafío y algo más que no podía empezar a nombrar.

Así que, en lugar de abandonar la habitación y al gran caballero melancólico en su soledad, Margot permaneció donde estaba. Bajando la barbilla, lo miró fijamente a través del cristal de las gafas que siempre llevaba colocadas sobre la nariz. Tal vez, si permanecía allí el tiempo suficiente, él se vería obligado a reconocerla con algo más que una mirada bestial y un gruñido irritado. Quizás él la miraría... y realmente la *vería*.

Pero cuando él dirigió su mirada hacia la de ella, no proyectó nada más que una oscura y pesada molestia. «¿Qué deseas?».

La breve impaciencia en su tono no la sorprendió. Lo había oído antes. Pero esa noche parecía haber una textura y un tono diferentes. Una vibración más profunda, casi emocional, zumbaba debajo de las palabras.

Margot ladeó la cabeza y parpadeó, preguntándose qué demonios lo mantenían despierto y solo durante tanto tiempo después de la hora de las brujas. Cuando su rostro se oscureció aún más, se dio cuenta de que había estado parada allí, mirándolo en silencio durante una cantidad excesiva de tiempo, y aún no había respondido a su pregunta.

«No podía dormir», respondió apresuradamente. «No era mi intención... no sabía que estabas aquí».

«Ahora lo sabes», señaló, dirigiendo su atención de nuevo a las brasas moribundas de la chimenea.

Los labios de Margot se torcieron con una sonrisa que rápidamente reprimió.

Sin duda, su brusca rudeza y sus modales diabólicos lograban garantizar que la gente se mantuviera a una distancia adecuada. Y, sinceramente, en cualquier otro momento, probablemente se habría marchado tan rápido como cualquier otra persona.

Pero la inexplicable resistencia dentro de ella era sorprendentemente atrevida. Sus garras se habían hundido profundamente y no tenía intención de soltarlas. Por primera vez en mucho tiempo, Margot Spencer tenía la intención de hacer *solo* y *exactamente* lo que quería hacer.

Levantando la barbilla, dio un paso adelante. «Solo me quedará un momento».

Todo el cuerpo de él, sus más de un metro ochenta, se tensó cuando ella se dejó caer en el

suelo junto a él. Metiendo los pies bajo el dobladillo de su camión, se apoyó en una cadera para mirarlo parcialmente. Aunque él no giró la cabeza, sintió la mirada penetrante por el rabillo del ojo.

Por un momento pareció como si él fuera a ponerse de pie y salir de la habitación. Prácticamente podía *sentirlo* anhelando escapar. Eso desató un pánico irracional, inspirándola a decir lo primero que le viniera a la mente para mantenerlo a su lado.

«¿Puedo beber un poco?».

Sus cejas doradas oscuras bajaron aún más mientras miraba la botella en su regazo. Pero Margot ya estaba cogiendo el vaso que tenía en la mano. Sus delgados dedos se deslizaron entre los de él, desenredando una gran cantidad de sensaciones que no deseaba analizar, mientras tomaba suavemente posesión de su vaso y se lo llevaba a los labios. Curiosamente, permitió el robo sin resistencia ni comentarios. Su mandíbula se convirtió en piedra y sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas, pero no la detuvo.

Margot estaba sorprendida por su propio atrevimiento. Pero el silencio, la oscuridad y la soledad de esa hora le dieron el tipo de valentía al que nunca podría acceder durante el día. Y ella sostuvo su mirada mientras bebía el fino vino tinto. El sabor era rico y embriagador y extendía una deliciosa calidez por su vientre. Pero no fue tan acalorado como las llamas que cobraron vida en su sangre cuando reconoció que sus labios habían tocado el mismo vaso momentos antes.

Con una aguda punzada de conciencia, sus ojos se posaron en su boca. A menudo retorcidos en una mueca, sus labios de forma sensual estaban actualmente formando una línea dura mientras su mandíbula se tensaba y liberaba en tensión rítmica.

Cuando tomó un segundo sorbo antes de extender el vaso hacia él, juró haber escuchado un sutil gruñido retumbando en su garganta, pero no podía estar segura por el constante latido de su corazón en sus oídos.

Tomando el vaso de ella de una manera que asegurara que no se tocara ni una parte de sus manos, inmediatamente vertió los restos en su garganta antes de volver a llenar el vaso.

Margot suspiró suavemente y se relajó un poco más contra el sofá, apoyando el codo en el asiento para poder apoyar la cabeza en la palma de su mano. Volviendo su mirada hacia el silencioso y parpadeante resplandor de las brasas en la chimenea, se pasó la lengua por los labios para atrapar cualquier resto de sabor amargo del embriagador vino.

Otro sonido apenas perceptible hizo que ella lo mirara de reojo, pero su mirada estaba dirigida severamente hacia adelante.

Suspiró de nuevo y volvió a mirar hacia la chimenea. «Fue un día encantador, ¿no crees?», preguntó suavemente.

El silencio encontró a su pregunta. Cuando ella se giró para darle una mirada inquisitiva, él ofreció un breve gruñido.

«Cecily fue una novia hermosa», continuó suavemente, recordando la imagen perfecta de su prima con su vestido de novia. «El resplandor de su felicidad era intensamente evidente. Y Reginald estaba tremendamente guapo, por supuesto. De él prácticamente irradiaba devoción y adoración...», reflexionó. Luego bajó la voz. «Él la ama con bastante pasión».

«Él no se habría casado con ella si no lo hiciera», respondió bruscamente su compañero.

Margot sonrió ante el sutil retorno de su inquietud. «Lo sé. Es muy *honorable*». Ella usó la palabra intencionalmente como una contradicción directa con el apodo poco favorable que la sociedad había otorgado a Reginald Vane y a su hermano gemelo Nicholas. A la gente le gustaba llamarlos los *Deshonorables*. Pero no tanto como les gustaba llamarlos los Villanos Vane. «Si no

fuera así, mi prima no lo amaría tan profunda y totalmente como lo ama».

Ella le tendió la mano y, aunque él mostró evidente desgana, le pasó el vaso. Sorprendida por la aquiescencia, no se detuvo a cuestionarla. Después de tomar un sorbo saludable, miró el rico líquido rojo y susurró las palabras que se habían estado repitiendo en su cabeza como un mantra todo el día. «Que tengan una vida larga, pacífica y *bendecida* juntos».

Él resopló bruscamente, atrayendo su mirada hacia su perfil de líneas duras.

Los hombros de ella se cuadraron instintivamente. «¿Te burlas de mí?».

Arqueando una ceja, le deslizó una mirada de reojo. «¿Pacífica?», dijo él sacudiendo la cabeza lentamente y tomando el vaso que ella automáticamente le entregó. «Eso no es posible».

Distraída por la visión de sus labios firmemente arqueados cerrándose sobre el borde del vaso, Margot tardó un momento en reconocer que había dicho en voz alta exactamente lo que ella temía. Sabía que había mucha pasión entre su prima y su nuevo marido. Margot lo había presenciado, lo había sentido cada vez que los dos estaban juntos en el mismo lugar, como si se avecinase una tormenta a su alrededor. Había esperado que fuera algo que surgiera de las circunstancias en las que se encontraban en ese momento y ahora que el estrés de las falsas pretensiones había terminado, la intensidad de las emociones entre Cecily y Reginald podría desvanecerse. Tenía que creer que así sería. La alternativa era demasiado angustiosa para considerarla.

Parpadeando, se dio cuenta con un sobresalto de que el hombre a su lado la estaba mirando fijamente. Y que su expresión sin duda revelaba al menos algunos de sus pensamientos. Podía sentir la negación apretando su mandíbula y el peso de la preocupación tirando de su frente.

La expresión de él no resultaba más ligera.

Aunque el hombre era conocido por su rostro feroz y resplandeciente, a esa proximidad, incluso en la penumbra, Margot detectó que había mucho más que ver en su imponente mirada.

Había curiosidad en las pequeñas arrugas entre sus cejas. Y la mueca silenciosa y sutil en la presión de sus labios era extrañamente... de arrepentimiento. Aunque los músculos de su mandíbula angulosa estaban tensos con una resistencia tenaz, había algo en el apretar de sus dientes que parecía un poco lúgubre.

¿Triste y arrepentido?

Dos palabras que ciertamente nunca habían sido atribuidas a este hombre.

Margot bajó la barbilla y sonrió ante su ridícula fantasía. Pero cuando volvió a levantar la mirada y la fijó en la de él, un destello de verdad la atravesó. En ese momento, el azul de su mirada parecía un mar ártico interminable de secretos y misterios. Cosas que eran demasiado oscuras y deliciosas para que ella pudiera nombrarlas, se agitaban debajo de la superficie reflectante.

Su cuerpo respondió en un instante.

Un rayo recorrió cada nervio. Un extraño aleteo recorrió salvajemente su vientre. El calor bañó su piel. Y un temblor muy, muy profundo se instaló en el centro de sus huesos.

Esto mismo había sucedido antes.

Más de una vez.

Pero solo en presencia de este hombre. Y solo cuando él la miraba con esos extraños e inquietantes ojos.

Margot respiró hondo, lo mantuvo y luego lo soltó con un sonido suave e impotente.

Aún sosteniendo su mirada, entrecerró los ojos y todo su cuerpo pareció endurecerse aún más de lo que ya estaba. Ella lo sintió. Lo percibió. Cuando sus labios se separaron para liberar

un suspiro apenas audible, su atención cayó inexorablemente en su boca. Esa boca amplia, sensual y a menudo cruel.

La agitación salvaje dentro de ella empeoró, extendiéndose desde su vientre hasta su pecho, provocándole mareo y... dolor.

«Vete».

Él pronunció la palabra como si fuera una maldición y una orden al mismo tiempo. En esa única sílaba escuchó el crujir de dientes y el apretón de su garganta. Ella sintió su furia y algo más... algo que resonó dentro de ella como sus miedos más oscuros.

Capítulo Dos

Bajó la barbilla y sus labios se curvaron en una mueca. Su fría mirada azul brilló con un fuego abrasador. «Vete. Ahora».

Sus palabras fueron pesadas. Fuertes. Furiosas. Rodaron poderosamente a través del cuerpo de Margot. Él esperaba ser obedecido.

Ella ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a negar con la cabeza hasta que la mirada del hombre se oscureció aún más. Aunque recordaba los muchos rumores sobre su temperamento violento, no sentía violencia en él. Intensidad, por supuesto. Y una extraña fuerza amenazadora.

Pero eso no la asustó. La atraía y eso la atemorizó. Deseaba que eso despertara el deseo de huir, la necesidad de escapar. En cambio, le provocó desear solo permanecer más firmemente en su presencia para que él no pudiera liberarla. Había algo en él que ella de pronto anhelaba con una desesperación que no podía negar. Era todo lo que temía y lo único que quería.

«Vete», gruñó él. «Ahora».

Aceptando una audacia que no sabía que poseía, Margot susurró, «¿quieres que me aleje porque deseas desesperadamente estar solo? ¿O porque tienes miedo de no lograrlo?».

Sus rasgos se tensaron mientras enseñaba los dientes. «Tú eres quien debería tener miedo».

«Debería», reflexionó Margot con un ligero ceño fruncido.

En verdad, sospechaba que su oscura reputación era exactamente la razón por la que *no* le temía. Ella no podría explicar tal cosa. No tendría sentido para nadie más que para ella misma. Sin embargo, considerando todo lo que sabía de él, él podría ser el único hombre con el que realmente podría sentirse segura.

Su expresión se volvió aún más imponente mientras ella lo miraba fijamente en silenciosa contemplación. Oscuro. Peligroso. Temerario.

«No me importa estar sola», continuó ella. «A menudo lo anhele. Pero... a veces...», su voz se apagó cuando su valentía falló en el último momento y bajó la mirada hacia la pequeña extensión de alfombra que separaba su cuerpo del de él. «A veces... estar sola... duele», susurró.

Margot nunca le había confesado tanto a nadie. Ni siquiera a Cecily, aunque su prima probablemente sabía que Margot sufría ocasionalmente ataques de melancolía y soledad. Sin embargo, su prima no podía saber que las emociones provenían de un lugar tan profundo y oscuro dentro de ella que a veces sentía que no podía escapar de él.

Mientras el silencio que siguió a sus palabras pareció expandirse hacia un mundo de cosas no dichas y un universo de emociones inexploradas, Margot cerró los ojos. Ella no debería haber dicho nada. No debería haberse quedado el tiempo suficiente para demostrarle a este hombre lo extraña e incómoda que era.

«¿Te duele ahora?».

Su pregunta le llegó en un murmullo aterciopelado. Oscuro como la noche. Cálida y misteriosa como las brasas del fuego.

Margot abrió los ojos y cayó instantáneamente en su brillante mirada. No pudo responder. Pero no pensaba que fuera necesario. Él ya veía la verdad. Tal como lo hacía ella.

Él también estaba sufriendo.

Su expresión ahora, aunque todavía intimidante y oscura, parecía más torturada que

enojada. Más dolorosa que cruel. Y para ella, estaba claro que él estaba tratando agresivamente de evitar que ella viera nada de eso.

Pero fueron exactamente esas cosas las que resonaron en Margot. A menudo no tenía idea de qué hacer con el persistente tormento en su interior. Quizás, él lo entendería.

De repente, necesitaba desesperadamente que él entendiera. Abrió los labios para decir algo, aunque no tenía idea de qué palabras podrían ser apropiadas. Una breve sacudida de su cabeza la detuvo.

Sosteniendo su mirada, muy lentamente él levantó su mano hacia el rostro ella. Ella contuvo la respiración, su piel hormigueaba anticipando su toque en su piel. Pero su objetivo era otro. Sus grandes dedos agarraron suavemente la montura de sus gafas y, antes de que ella pudiera levantar una mano para detenerlo, él se las quitó de la cara.

Margot respiró hondo y contuvo el aire con el labio inferior atrapado entre los dientes. Todo dentro de ella se rebeló ante la sensación de exposición, pero parecía que no podía moverse para evitarlo. Aunque necesitaba las gafas para leer y realizar otros trabajos de cerca, podía ver bastante bien a distancia y ciertamente no necesitaba usarlas todo el tiempo. Pero se habían convertido en una especie de escudo entre ella y el resto del mundo. Una barrera a la que a menudo se aferraba. Quería desesperadamente bajar la mirada, escapar de la mirada repentina demasiado directa de él, pero solo pudo parpadear. Una vez. Dos veces. Y una tercera vez, antes de que sus ojos se abrieran para mirarlo con estupefacto asombro.

Porque algo estaba pasando en el fondo de los ojos azules del hombre.

Algo salvaje y mágico. Algo espantoso y encantador.

El frío ártico se estaba disipando a medida que un profundo y ardiente calor cobraba vida, su calor abrasador llegaba a lo más profundo de su ser. La sorpresa se le escapó en un suave jadeo y su mandíbula se suavizó, liberando su labio inferior de entre sus dientes. El sonido que hizo entonces fue más que un gruñido o un quejido. Era una vibración profunda que surgió directamente de su interior cuando su atención pasó de su mirada sin pestañear a su boca.

Su puño suavemente cerrado llegó hasta su barbilla para levantarle la cara. Luego su pulgar presionó firmemente el centro de su labio inferior.

Margot no podía respirar. No podía pensar.

Tantas sensaciones se arremolinaron a través de ella en esos momentos extrañamente prolongados. El tiempo dejó de tener sentido. El mundo había adquirido una nueva expresión y temía que cualquier acción por su parte pudiera destruirlo todo.

Pero cuando su pulgar se suavizó contra su labio y ejecutó una suave caricia, ella no pudo mantener la garganta cerrada ante el sonido que exigía escapar.

Su mirada volvió instantáneamente a la de ella. El calor allí se había duplicado. *Triplicado*. Y el fuego de respuesta que encendió dentro de ella ardió como un infierno. Pero podía ver las sombras enterradas en su mirada. Sombras que se agolpaban, reclamaban y amenazaban.

Todo lo que ella quería en ese momento era ahuyentarlas. Para liberarlo, aunque solo fuera por un tiempo.

Y tal vez también liberarse ella misma.

Inhalando aire lenta y profundamente en sus pulmones, reunió valor. «No siempre es necesario abrazar la soledad», susurró con voz ronca, su tono era bajo y más lúgubre que seductor. «Podríamos... mantenerlo a raya... solo por esta noche».

Apretó la mandíbula. Su mirada se movió entre sus ojos y su boca. Él sabía lo que ella quería. Y ella sospechaba por mucho que él también lo deseaba. Pero él se resistía intensamente

y ella creía saber por qué.

«No te preocupes», ella le aseguró en un murmullo pesado. «No te amaré».

Con solo mencionar la palabra amor, su expresión abruptamente se oscureció de nuevo. Sus cejas bajaron. Su mandíbula se endureció y la tensión volvió a fluir por su gran cuerpo.

«Lo prometo», susurró ella. «Solo por esta noche».

La tensión en su cuerpo aumentó durante un duro momento mientras él le devolvía la mirada. Había una pesadez penetrante en esa mirada, pero ella se negó a inmutarse. ¿Se sorprendió ante su urgente súplica? Sin duda, las ofertas que normalmente recibía de las mujeres eran mucho más seductoras y sofisticadas que su enfoque torpemente audaz.

Mientras ella esperaba, ansiosa e insegura y aun así intensamente necesitada, él dejó escapar un suspiro y la dura resistencia pareció disminuir un poco, como si hubiera tomado alguna decisión.

Su mirada permaneció intensa y concentrada, pero se deslizó suavemente sobre su rostro, siguiendo el movimiento de sus dedos mientras se deslizaban por el costado de su garganta hasta donde el chal cubría sus hombros. Mientras su atención seguía centrada en el suave desenvolvimiento del chal de su cuerpo, Margot lo miró fijamente a la cara.

Observó el destello de emociones demasiado oscuras y silenciosas para leer mientras cruzaban sus rasgos excepcionalmente hermosos. Y vio cómo se le cortaba la respiración cuando el chal le caía hasta las caderas y el escote del camión se le resbalaba del hombro.

Fue fascinante observarlo en esos momentos. El tira y afloja dentro de él era obvio. Al igual que el calor, la urgencia silenciosa y el control brutal. Ella sintió ese control como un escudo a su alrededor. Y lo apreció porque le permitió suavizarse más de lo que podría haberlo hecho de otra manera. Le dio espacio para rendirse a sus propias súplicas internas, para abrazar las sensaciones que corrían por su sangre. Para entregarse al anhelo conmovedor que venció cualquier resto de sensatez al que todavía pudiera haberse aferrado.

Con un ceño feroz pesando sobre su frente, casi intentó pasar su cálida palma sobre su hombro, bajando por su brazo desnudo, aflojando el escote hasta que dejó al descubierto uno de sus pequeños senos con punta rosada.

Una luz impía brilló intensamente en los ojos de él. Margot se quedó quieta y contuvo la respiración.

Luego, cuidadosa y deliberadamente, deslizó su fuerte brazo firmemente alrededor de su cintura, levantándola y acercándola a él hasta que pudo tomar su pecho con su boca.

Él la consumió. Con atención voraz.

Y ella lo permitió. Y se deleitó en ello.

Margot gimió con la oleada de éxtasis que su beso acalorado y succionante envió recorriendo su cuerpo. Era una sensación como si la vida y la muerte se arremolinaran juntas como una sola. Era dolor, placer, miedo y asombro. Deslizándose sus dedos en su cabello, agarró su cabeza, sosteniéndolo contra ella mientras su lengua otorgaba remolinos de magia sobre su sensible carne.

Su mente dejó de funcionar correctamente. Su cuerpo se fundió en él. No era momento de evaluar, cuestionar o temer. Todo lo que podía existir era sensación, instinto y deseo.

Margot aceptó de buena gana, *voluntariamente*, cada impulso intuitivo que la invadía. No importaba lo que hubiera sucedido antes o pudiera venir después de estos momentos. Ella necesitaba esto. Y él también.

Cuando él jaló su camión, ella le ayudó con un movimiento de hombros hasta que quedó desnuda hasta la cintura. Y cuando él devolvió su boca a su piel, deslizándose su lengua sobre cada

centímetro de su carne expuesta, ella gimió, se arqueó y presionó contra él. Hasta que envolvió su brazo alrededor de sus caderas y agarró la parte posterior de su cabeza con su gran palma mientras se ponía de rodillas.

En un suspiro, yacía sobre la gruesa alfombra y sus anchos hombros se cernían sobre ella. Cuando ella pensó que él bajaría su peso y la cubriría como de repente anhelaba con todo su corazón, él se inclinó para esparcir más besos húmedos y laboriosos sobre sus senos, luego hasta su ombligo y al final, a la suavidad de su vientre.

Sus entrañas se sacudieron y sus extremidades temblaron cuando él se sentó sobre sus talones entre sus muslos abiertos y puso su mirada con los ojos muy abiertos y una mirada firme y ardiente mientras apoyaba las manos en las rodillas de ella. La posesión estalló en sus ojos mientras acariciaba sus palmas a lo largo de sus muslos externos, arrastrando su camisón de algodón hacia arriba y más arriba. Hasta que todo el material cubrió su cintura, dejándola completamente expuesta arriba y abajo.

Pero Margot no se sentía vulnerable.

Se sentía fuerte, valiente y libre. Tan libre, que cuando él bajó la cabeza para pasar su lengua contra la piel de su temblorosa parte interna del muslo, ella suspiró y se abrió más a él.

El gruñido de satisfacción que brotó de su pecho resonó en lo más profundo de ella, suavizando sus extremidades e inundando su sexo con calor líquido. Y cuando él cerró su boca ardiente y malvada sobre ella, ella gimió de placer en una canción de rendición a todo lo que él era y todo lo que él la hacía sentir y todo lo que quería pero temía nunca poder tener.

Le hacía el amor con ferviente devoción, provocando un sinfín de sensaciones que abrumaban sus sentidos y su cuerpo. El jalón de la succión de su boca y las generosas caricias de su lengua la dejaron temblando y retorciéndose bajo la firme presión de sus manos. Y cuando el placer llegó a su punto máximo explosivo, él la acercó a su boca, reclamando cada pulso de su carne con su beso abierto y húmedo.

Margot estaba asombrada, desconcertada... perdida en la sensación cuando él se movió sobre ella. Presionando otro beso en su ombligo, luego en el pico de su pecho, luego en el costado de su garganta, se levantó para colocar sus caderas entre sus muslos temblorosos y deslizó su mano en su cabello revuelto para acunar su cabeza.

Margot se arqueó hacia él, hacia su fuerza, su peso y su ferocidad silenciosa mientras él la miraba fijamente. El silencio entre ellos no fue algo incómodo. En verdad, las palabras no fueron herramienta suficiente para expresar lo que Margot sentía. En lugar de eso, pasó las manos por sus brazos hasta llegar a la amplia estructura de sus hombros, sintiendo el calor de su cuerpo a través de la fina tela de su camisa.

Calor. Ardor. Presión. Eso es lo que ella quería.

Doblando una pierna, la enganchó alrededor de su cadera y trató de presionarlo con más firmeza.

El gemido gutural que salió de su garganta coincidió con su suspiro mientras la dura longitud de su erección encajaba perfectamente contra su sensible cuerpo. Hubo un breve y apenas perceptible parpadeo en sus ojos azules antes de que cambiara su peso y se agachara entre ellos para soltar el cierre de sus pantalones.

Margot contuvo la respiración y le sostuvo la mirada mientras él, lenta e intencionalmente, reclamaba espacio dentro de ella.

Cualquier malestar que ella sintió al principio se disipó rápidamente cuando él comenzó a moverse. Trazos largos y oscilantes se apoderaron de su soledad y encendieron sus sombras más profundas. La presión de estiramiento y llenado y la fricción deslizante de su suave dureza a lo

largo de su carne hinchada despertaron una gran cantidad de sensaciones nuevas e impresionantes. Sensaciones que se agravaron y expandieron hasta que ella se sonrojó de pies a cabeza y el sudor pegó su ropa a su piel.

Y en ese último momento, cuando el placer una vez más invadió su existencia, Margot respiró hondo. Atrapada por las hermosas y brillantes profundidades de su estrella de párpados pesados, no dejó de ver un inesperado destello de dolor antes de que él cerrara los ojos y soltara un gemido áspero y gutural. Su gran cuerpo se estremeció y el poderoso pulso de su liberación inundó su vagina.

La belleza de la experiencia mantuvo a Margot durante mucho tiempo, con sus miembros suaves y su mente en una hermosa neblina. Pero no podía durar. Incluso cuando su cuerpo todavía hormigueaba y vibraba con un placer cada vez menor, una realidad cruda y aterradora se instaló en su médula. El pánico invadió su torrente sanguíneo. Su corazón tartamudeó por el miedo que rápidamente la reclamaba.

En un breve momento, ella nunca había sentido tanta satisfacción. Pero después, la ansiedad la abrumó. Tenía que escapar. Alejarse de él y de todo lo que sentía, de todo lo que de repente anhelaba en lo más profundo de su ser. Todo lo que la aterrorizaba.

Tan pronto como ella comenzó a moverse, él levantó su peso y se retiró de su interior. La sensación de vacío repentino hizo que Margot jadeara, pero rápidamente se deslizó debajo de él. Manteniendo la mirada desviada, sabiendo que no podía mirarlo y aun así lograr mantener la compostura, se apresuró a arreglarse el camisón y luego se puso de pie tambaleante.

Podía sentirlo mirándola, sin duda con esos ojos penetrantes. Pero él no dijo ni hizo nada para detener su frenética huida. Y todavía podía sentir su atracción. El encanto de la presencia, su calidez, su atracción visceral.

Tenía que luchar contra ello. Negarlo.

Envolviéndose en su viejo chal tejido como si fuera una preciosa pieza de armadura, centró sus ojos en la puerta. «Lo siento», ella dudó. No tenía idea de qué decir en un momento así. Su cerebro estaba casi tan confuso como sus emociones. «Debo... no puedo...», ella suspiró, luego se aclaró la garganta. Incluso cuando el miedo la envolvía, sintió la necesidad de tranquilizarlo. «No te amaré».

Luego, antes de que perdiera la fuerza que aún poseía, se alejó. Sus piernas eran inestables, pero la llevaron a través de la habitación, luego por los pasillos silenciosos hasta que llegó a su dormitorio, donde se dejó caer en la cama y se acurrucó sobre sí misma, tratando desesperadamente de aferrarse a la cosa más increíble que jamás había experimentado mientras hacía lo más posible por protegerse contra ello. Todo el tiempo, sabiendo en el fondo de su corazón que nunca había habido una tonta más arruinada que ella.

Capítulo Tres

Cuatro semanas y media después

Al bajar del coche de alquiler hasta la entrada de la modesta casa, Margot respiró hondo y se obligó a calmar sus revueltas entrañas. Mirando hacia la puerta principal de la residencia como si tratara de ver a través de la madera qué, o quién había dentro, esperaba que el hombre que buscaba estuviera allí y a la vez, esperaba que no.

Eran las primeras horas de la noche, justo al caer el crepúsculo. Aunque había logrado asegurarse de que él aún no había salido de la ciudad para regresar a su casa en el norte, no tenía forma de saber si realmente estaría en la casa. Por el constante flujo de rumores especulativos que rodeaban su nombre, sabía que él no salía a menudo por la noche. Más allá de eso, sin embargo, no tenía idea de cuáles podrían ser sus hábitos. Nadie los conocía.

Al acercarse a la puerta con la atención fija en la aldaba de latón, Margot se recordó a sí misma que había enfrentado desafíos mucho más terribles en su vida y, aunque este era desalentador, sobreviviría. Existía la posibilidad de que él negara con vehemencia cualquier responsabilidad hacia ella o a la situación. Y aunque esa perspectiva la llenaba de un temor pesado y una dolorosa premonición, no había escapatoria a su responsabilidad. Tenía que decírselo. Él merecía saberlo.

Con un violento temblor originado en la médula misma de sus huesos, Margot levantó la aldaba y la dejó caer con el sonido agudo del latón contra la madera. La puerta fue abierta inmediatamente por un formal joven mayordomo.

Manteniendo su voz firme y clara, dijo, «hola. Estoy aquí para ver al señor Vane, por favor».

«Actualmente, el señor Vane se encuentra fuera de la ciudad. Puedo...».

«El otro Sr. Vane», interrumpió ella, lo que provocó que el sirviente cerrara bruscamente la boca mientras la miraba por encima del hombro.

Margot se mantuvo firme y en silencio. Ella no sería rechazada. Había muchas posibilidades de que nunca regresara si lo hacía y, a pesar de su angustia, *tenía* que hacerlo.

Después de un momento, el mayordomo asintió brevemente y dio un paso atrás, permitiéndole la entrada. Espere aquí y comprobaré si el señor Vane acepta visitas. ¿Quién debería decir que está visitándolo?».

Dudó, preguntándose si su nombre haría que Vane se sintiera *más o menos* inclinado a verla.

«Señorita Margot Spencer».

El mayordomo se alejó sin siquiera asentir y se dirigió por un pasillo al fondo del vestíbulo.

Margot permaneció exactamente donde él la había dejado, con los dedos fuertemente entrelazados y el actual malestar en el estómago atribuido enteramente a sus nervios y nada más.

El mayordomo regresó apenas dos minutos después.

«El señor Vane no recibe visitas en este momento».

La resolución de Margot vaciló y luego se afirmó. Haciendo todo lo posible por imitar el tono autoritario que empleaba su abuela cuando una situación lo requiriera, fortaleció su columna. «Me temo que debo insistir. Informe al señor Vane que estoy acudiendo a él para tratar un tema de vital importancia».

El mayordomo arqueó una ceja, pero hizo lo que le pidió.

Pasaron otros tres minutos antes de que regresara al vestíbulo. «Por aquí, señorita».

Respirando profundamente, Margot hizo todo lo posible para sofocar o al menos ocultar el derroche de nervios que la recorría de pies a cabeza mientras seguía al mayordomo por el pasillo poco iluminado.

#

Nicholas estaba sentado detrás del escritorio de su hermano, mirando fijamente la puerta vacía. Todo su cuerpo le dolía con una intensa negación.

El mayordomo de su hermano estaba equivocado. Tenía que estarlo.

¿Qué posible motivo podría tener Margot Spencer para visitarlo?

En los cinco meses que llevaba en Londres, solo se había encontrado con la prima de su nueva cuñada un puñado de veces. El último fue en la boda de su hermano hace semanas, un encuentro en el que intentó con todas sus fuerzas no pensar. Porque cada vez que lo hacía, los recuerdos lo atravesaban con una violencia que no podía controlar del todo.

Descalza, avanzando suavemente sobre la lujosa alfombra. Cabello negro y espeso que enmarcaba unos rasgos atrevidos y del tipo elfo. Una mirada azul medianoche, inquebrantable e inquietantemente evaluadora. Una voz ahumada que acariciaba su piel como dedos a la deriva en la oscuridad.

Nicholas se forzó a guardar esos recuerdos en el fondo de su mente. No podía estar reviviendo esas cosas cuando ella llegó. La mirada de la mujer era demasiado inquisitiva. Demasiado inquietante e intrusiva. Si tuviera siquiera una pista de lo que pasaba por sus pensamientos cuando estaba cerca...

Nicholas apretó los dientes en un furioso esfuerzo por recuperarse.

Y ni un momento demasiado pronto.

Apareciendo silenciosamente en la puerta, la joven iba vestida modestamente con un vestido azul oscuro y una chaqueta a juego que hacía que su tez fuera casi anormalmente pálida. Su cabello color cuervo estaba recogido bajo su sombrero, pero esos anteojos no hacían nada para suavizar su mirada directa y silenciosa.

En un instante, experimentó la misma punzada de malestar interno que ella siempre inspiraba. Sus ojos azul oscuro miraban detrás de sus lentes con una mirada de búho que parecía ver más de lo que debería. Incluso un breve toque de esos ojos tenía la capacidad de provocar un fuerte cosquilleo en su nuca. Una presión en su pecho. Y el repentino y abrumador deseo de protegerse.

Fue todo lo que pudo hacer para devolverle la mirada con la esperanza de disuadir su intensa mirada.

Su reputación de ser cruel y tener mal genio mantenía a la mayoría de la gente en un estado de temor y ansiedad cuando estaba en su presencia. Sin embargo, esta pequeña y tranquila criatura nunca había tenido miedo de encontrarse con su brillante mirada, como lo hacía ahora, con una curiosa inclinación de la barbilla y un rápido parpadeo de sus oscuras pestañas.

Una conciencia candente lo atravesó y se dirigió directamente a través del oscuro pozo de su ser antes de expandirse hasta el borde de cada nervio. Su cuerpo se estremeció. Le dolían los huesos. Su vientre se agitó. Había renunciado a intentar negar su severa y abrumadora reacción hacia ella. Pero podría evitar que ella la notara.

Cerrando sus manos en puños apretados sobre el escritorio, dirigió su ceño más feroz a través de la habitación. Pero después del agresivo silencio que siguió a su aparición, en lugar de sentirse intimidada, emitió un suave suspiro y entró en la habitación, cerrando la puerta cuidadosa y deliberadamente detrás de ella.

Fue audaz por su parte asegurarlos en una intimidad tan privada. Ciertamente, era algo impropio. Pero considerando lo que había sucedido la última vez que estuvieron solos, también resultaba descaradamente tonto.

Por otra parte... había dejado bastante claro que no deseaba repetir lo que obviamente

había sido una experiencia desafortunada.

«¿Qué deseas?», preguntó, su voz era áspera y desafiante. Lo más inteligente y noble que podía hacer ahora era sacarla de allí lo más rápido posible.

Haciendo caso omiso de su pregunta, y con solo un atisbo de vacilación, ella continuó hacia él. Cuando estuvo directamente frente al escritorio, se detuvo para mirarlo con desconcertante intensidad.

Nicholas apretó los dedos con más fuerza y respiró hondo y pesado. Inhalando el aroma de la menta fresca y alguna otra hierba terrosa con flores, rápidamente contuvo la respiración mientras pasó por su mente un recuerdo de la suave piel de alabastro con textura de piel de gallina y calentada por su aliento.

Maldición.

Aunque no era su intención, debió gruñir la maldición en voz baja porque ella, un grado diminuto, levantó la barbilla parpadeando una vez y dijo, «buenas noches, señor Vane».

Los músculos del estómago de Nicholas se tensaron dolorosamente cuando la excitación lo recorrió, inflamando cada centímetro de él. No hablaba en suaves susurros ni en murmullos íntimos, pero su voz texturizada flotaba por su sangre como zarcillos eróticos.

«¿Qué desea, señorita Spencer?», repitió, la pregunta aún más agresiva que la primera vez que la pronunció.

Hubo un parpadeo en su mirada. Luego, suspiró de nuevo y murmuró en voz baja, como si hablara más para sí misma que para él, «esperaba un poco de civilidad o incluso, tal vez tontamente, una apariencia de cordialidad. Pero si ese no es el caso, también puedo ir al grano más rápido y ciertamente más abruptamente de lo que pretendía, ya que tal como estás...», murmuró con pesar. Luego respiró hondo, sostuvo su mirada y dijo, «estoy embarazada».

De repente, el aire abandonó sus pulmones, abandonó la habitación, abandonó el universo. Un momento silencioso y congelado de horror e incredulidad fue todo lo que quedó en el vacío dejado atrás.

Nicholas no podía moverse. No podía pensar.

La frialdad viajó a lo largo de su cuero cabelludo, a lo largo de su columna vertebral y luego a lo largo de sus extremidades. Cortando directamente hasta su interior.

Ni siquiera se dio cuenta de que se había puesto de pie abruptamente hasta que ella dio un rápido paso atrás. De repente, de pie allí, en el estudio de su hermano, parecía muy pequeña, con los ojos muy abiertos, pero infaliblemente firmes, la mandíbula tensa y el cuerpo sereno. ¿Luchar o huir? No podía decirlo. De cualquier manera, ella no era más que un ratón de campo enfrentando a un oso.

Y se sentía absolutamente como una bestia depredadora. Necesitó todo su autocontrol para no rugir con el aluvión de emociones que lo atravesaba. Se sentía como si le aplastaran el pecho. Apenas podía respirar.

«Imposible», gruñó con voz áspera y pesada. «Tomé medidas...».

«Claramente fracasaron». Sus palabras fueron todo menos mansas. La frustración y algo más impregnaban cada sílaba.

Nicholas entrecerró la mirada. La desconfianza y la sospecha inundaron su sistema. «¿Qué deseas?».

Era la tercera vez que hacía la pregunta. Esta vez, la pregunta provocó un rápido oscurecimiento de sus ojos, volviéndolos casi negros cuando su barbilla se inclinó hacia arriba.

«Quería que lo supieras. Esto...», hizo una pausa, haciendo un gesto delicado con la mano en una sutil referencia a la zona de su vientre, «no es solo obra mía. *También* participe

en su creación, señor Vane». Luego inclinó la cabeza y parpadeó. «Seguramente entiendes cómo funciona tal cosa».

La ligera condescendencia y la sutil burla en su tono lo exasperaban, aunque sospechaba que no era del todo intencional. «Por supuesto que lo entiendo», gritó mientras el caos dentro de él lo impulsaba a moverse.

Salió de detrás del escritorio y se dirigió hacia el rincón más alejado de la habitación, pero no había nada que lo tranquilizara allí, así que se giró y caminó hacia la esquina adyacente, luego giró una y otra vez, hasta que no tuvo otro lugar adonde ir. Estaba aprisionado. Bloqueado. Atrapado.

¿Había sido ese su plan? ¿Había pretendido este resultado desde el principio?

Deteniéndose, dio un último giro para mirar furiosamente a la pequeña mujer que aún estaba de pie frente al escritorio.

Ella lo estaba mirando. Curiosamente. Cautelosamente. Con cuidado. Como si estuviera observando a un animal salvaje, esperando alguna señal de que podría atacar.

En contra de las advertencias que atravesaban implacablemente su mente, caminó hacia ella.

En lugar de alejarse de su acercamiento, se volvió hacia él y audazmente enfrentó su mirada amenazadora.

Quería gritar acusaciones y negación. Quería enviarla fuera de la habitación para poder intentar fingir que ella nunca había aparecido ante él. Ni ahora ni ese primer día en Hyde Park y desde luego no esa noche en la biblioteca de Birchwood Abby.

Pero cuando se detuvo directamente frente a ella, lo suficientemente cerca como para que la menta floral de su aroma girara a su alrededor..., lo suficientemente cerca como para ver las diminutas estrellas plateadas en el cielo de medianoche de su mirada insondable..., lo suficientemente cerca como para recordar exactamente cómo se sintió al tener sus delgados brazos alrededor de su cuello mientras jadeaba sin aliento contra su garganta... un shock instantáneo de verdad apuñaló a través de su interior. Un instante de conocimiento que le hirió profundamente y con certeza en su propio corazón.

Un niño.

Su hijo.

Él no dudaba de su palabra. No podía. Y él no creía que ella hubiera hecho nada para provocar tal evento a propósito. Ella había resultado tan atónita por el resultado como él. Sintió la verdad en su mirada firme y sutilmente suplicante y en la temblorosa certeza que impregnaba todo su ser.

Ella llevaba a su hijo.

Dando un paso atrás, se pasó una mano por el cabello, luego se dio la vuelta y rodeó el escritorio de su hermano. La distancia ayudó. Y el hecho de que ya no veía esa mirada antinatural. Pero solo un poco.

Un solo pensamiento, en realidad más bien un sentimiento, reclamó espacio dentro de él, expandiéndose hasta que no quedó nada más. Solo había una cosa que hacer. Y aunque el camino a seguir era tan seguro como la muerte, le tomó varios momentos asentarse completamente en su ser.

Finalmente, respiró entrecortadamente para llenar su apretado pecho y exhaló con un resoplido audible.

«Obtendré una licencia especial», murmuró él, mirando hacia el escritorio. «Nos casaremos antes del final de la semana».

«¿Casarnos?», la única palabra salió de sus labios en un susurro.

Sin duda era lo último que quería. Pero sus vidas ahora estaban inexorablemente entrelazadas. No podía ignorar eso.

Nicholas levantó lentamente la mirada bajo la sombra de sus pesadas cejas. La señorita Spencer todavía estaba donde se había detenido. Tenía los ojos muy abiertos detrás de sus anteojos redondos mientras le devolvía la mirada, pero por lo demás, no mostró ninguna emoción. Ni conmoción, ni deleite, ni temor. Y sus palabras de esa noche resonaron en su mente.

No te amaré.

«No te preocupes», aclaró él con brusquedad. «Será solo de nombre, por supuesto. Por el niño».

«Solo de nombre», repitió ella en un tono sin sentimiento. «Por el niño».

«¿Pensaste que habría otra opción?».

Ella sacudió ligeramente la cabeza. «En realidad, no pensé mucho más allá de informarte de la situación». Hizo una pausa y un ligero surco se formó entre sus cejas aladas. «Pensé que lo discutiríamos».

«Lo hemos hecho», respondió él secamente. Tomando asiento detrás del escritorio, sacó una hoja de papel, tomó la pluma y luego comenzó a escribir. «Te informaré de los detalles una vez que estén establecidos».

Sabía que ella todavía estaba allí de pie, mirándolo. Podía sentir su mirada, sus preguntas y su creciente frustración. Él la ignoró.

Después de un tiempo insoportable, ella se fue.

Y tan pronto como supo que ella había salido de la casa, Nicholas dejó la pluma a un lado y dejó caer la cabeza entre sus manos. Cerrando los ojos para protegerse del ardor detrás de los párpados, se obligó a respirar profunda y agitadamente con sus pulmones constreñidos.

Capítulo Cuatro

De alguna manera, Margot logró caminar con orgullo desde el estudio y regresar a través de la casa hasta la puerta principal. Mantuvo la cabeza en alto y el paso seguro mientras salía de la residencia, pero cuando la puerta del carro de alquiler se cerró con ella bien acomodada en el interior, respiró rápido, profundo y entrecortadamente.

Presionando una mano sobre su corazón acelerado y la otra sobre su vientre palpitante, continuó inhalando profundamente por la nariz. Sabía que no lloraría. Nunca lo hacía. No desde que era muy pequeña. Ni siquiera había derramado una lágrima el día que murieron sus padres. Pero aun así le llevó varios momentos recuperar el control de la creciente presión dentro de su pecho.

Su visita *no* había salido como esperaba.

Inclinando la cabeza, miró por la ventana las casas que pasaban.

Entonces, ¿qué esperaba exactamente?

Ira, tal vez. Acusación, tal vez. Negación.

Ciertamente, no una propuesta.

Aunque no había sido una propuesta, ¿verdad? No precisamente. Era una orden, creada sin discusión alguna a pesar de lo que él había afirmado. Y aunque Margot realmente odiaba acciones autoritarias tan arbitrarias, no se opondría a esta.

Era posible que su abuela la hubiera criado para que fuera independiente y autosuficiente, pero eso no cambiaba el hecho de que el mundo no estuviera diseñado solo para una mujer. Aunque tenía su propio dinero, por sus padres, y no sufriría demasiado de esa manera, una mujer sola con un niño era vulnerable a todo tipo de cosas. Una de las más importantes era la censura de la sociedad. Y aunque a Margot nunca le habían molestado mucho las opiniones de los extraños, tenía que pensar más allá de sí misma. Cecily estaba ahora casada con un futuro vizconde. Su prima iba a tener responsabilidades y expectativas sociales. Un escándalo como este, que involucra a alguien tan cercano a ella, podría arruinar el futuro de su prima y el de su eventual familia.

Y había que pensar en el niño. Nacer bajo el velo de la ilegitimidad era algo de lo que una persona nunca podría escapar. Y aunque quienes importaban amarían al niño incondicionalmente, la opinión de la sociedad, cuando era dura e inaceptable, podía causar mucho dolor. Margot no podía dejar voluntariamente a un alma inocente con tal destino cuando había otra opción.

Al mirar por la ventana mientras pasaban las vistas familiares de Londres, Margot reconoció que no se arrepentía de haber ido con Nicholas Vane. Ocultarle la verdad nunca había sido una opción, pero su respuesta todavía estaba tardando un poco en asentarse en su confuso cerebro.

Antes de... los acontecimientos recientes, Margot siempre había estado firmemente dedicada a permanecer soltera. Desde pequeña había rechazado la idea de entregar su vida a otra persona. Sus padres habían servido como un ejemplo traumático de cómo uniones de tanta intimidad y pasión podían conducir al peor destino de la tragedia.

Su padre, Acton Spencer, había sido un poeta y pintor de reconocido talento y encanto inagotable, apasionado por todos los placeres de la vida. En los días buenos, la casa de la infancia de Margot se llenaba de risas, besos, bailes y festejos. Sus padres nunca tuvieron miedo

de mostrar toda la profundidad de su afecto y deseo mutuo, a menudo abrazándose, besándose y susurrando durante horas mientras Margot observaba desde un rincón tranquila, casi olvidada.

Pero en los días malos...

Los susurros se convirtieron en gritos, chillidos y acusaciones. En lugar de sonrisas y besos, había lágrimas, burlas y objetos furiosos volando por la habitación, ya que romper cosas parecía ser la única forma en que su madre podía expresar adecuadamente sus sentimientos. Su madre había amado tanto al padre de Margot que eso la había destruido. Aunque Margot había oído historias de su abuela sobre lo curiosa y compasiva que había sido Rose cuando era niña, Margot solo había sabido que su madre era una figura de dolor y tormento, sospecha y desesperación.

No. El matrimonio no era un estado al que Margot hubiera aspirado jamás. Parecía mejor evitarlo a toda costa. Casamiento. Amor. Pasión. A todo ello.

Pero todo había cambiado ahora.

Y, sinceramente, si se casaba con alguien, Nicholas Vane probablemente sería la opción más perfecta. A pesar de su reputación de ser brutal y peligroso, solo había sentido amargura y soledad en el hermano menor de Vane. Podrían haber sido esas mismas cosas las que habían despertado su curiosidad sobre él... aunque, había que admitirlo, había sido algo completamente distinto lo que la había atraído a sus brazos esa noche en la biblioteca. Y la mantuvo allí mucho después de que las brasas brillantes de la chimenea se apagaron.

Pero al menos Nicholas Vane era la última persona de la que probablemente tenía que preocuparse por enamorarse apasionadamente de ella. Y ciertamente, podría evitar experimentar esa emoción por él cuando había practicado toda su vida precisamente para eso. Era posible que habían cometido un solo error de juicio, pero era probable que ninguno de los dos desarrollara ninguno de esos peligrosos sentimientos el uno por el otro.

Respiró otra vez para tranquilizarse y enderezó la columna.

Una licencia especial. Una boda apresurada. ¿Y luego qué? ¿Cómo sería un matrimonio solo de nombre?

Al parecer, en el norte tenía una casa, una especie de propiedad. ¿La enviaría tan lejos de Londres y de su familia?

No le importaba la idea de criar a su hijo en la paz y tranquilidad de algún aislamiento lejano, pero no sabía si podría soportar estar lejos de su prima y de su abuela.

Una preocupación profunda y desencadenante se apoderó de ella y Margot apoyó suavemente las manos sobre su vientre.

Aparte de los mareos matutinos y la falta de menstruación, no había ningún otro signo de la vida que llevaba en su interior. Sin embargo, sentía que ella misma estaba cambiando. De una manera que era mucho más profunda y duradera que cualquier cambio físico. Toda su existencia estaba siendo alterada y aunque se sabía capaz de muchas cosas, no sabía si tenía la fuerza para superar esto sola.

Margot siempre había contado con Cecily, en quien confiaba, pero su prima estaba actualmente de luna de miel con Reginald. Y Margot no estaba dispuesta a correr el riesgo de enviar una carta que pudiera provocar que su prima terminara su viaje antes de tiempo. De una forma u otra, tendría que encontrar la capacidad de afrontar por sí misma este nuevo futuro. Por ella. Y por su hijo.

Capítulo Cinco

La licencia especial se obtuvo con relativa facilidad y Nicholas organizó una ceremonia muy privada en la casa de su hermano menos de una semana después de la visita de la señorita Spencer. Le envió una breve nota, describiendo los detalles. No pidió ni recibió respuesta, pero esperaba plenamente su cumplimiento.

Puede que una boda apresurada no fuera algo que hubiera esperado o deseado particularmente, pero una vez que decidió que era la única opción, Nicholas prefirió hacerlo y dejarlo atrás. Margot Spencer sería su esposa. Por el bien de su hijo. Sus sentimientos personales al respecto eran irrelevantes.

Informar a sus padres no fue una escena tan dramática como había anticipado. Cecily Fairclough no había sido la elección de su madre para Reginald, y Margot Spencer seguramente no era su elección para Nicholas. Pero una vez que comprendió las circunstancias, cerró la boca con fuerza, retorció los dedos en su regazo y no dijo ni una palabra más. Su padre simplemente asintió, sonrió y le dio una palmada en la espalda mientras murmuraba sus felicitaciones. Nicholas odiaba la idea de que pudiera decepcionarlos, pero no podía pensar en eso.

Consideró enviar un aviso a su hermano, pero decidió no interrumpir la luna de miel de Reginald con noticias tan inesperadas. En cambio, le dejaría una carta para que la encontrara cuando regresara a casa. Que su hermano gemelo no estuviera a su lado en una ocasión que cambiaría su vida le irritaba y amenazaba con llenarlo de arrepentimiento. Pero este no era un acontecimiento grandioso y alegre como lo había sido la boda de Reginald. Esta era una consecuencia necesaria de acciones en las que se esforzó mucho en no pensar en detalle.

En cambio, se concentró en las tareas que tenía entre manos y, muy pronto, salió el sol el día de su boda.

Su novia llegó a la hora acordada, acompañada por su abuela, la formidable lady Hargrave, y un modesto número de baúles que supuestamente contenían sus pertenencias personales que él le había ordenado que trajera en la nota que le envió. La señorita Spencer llevaba un vestido del color de la niebla de la mañana, no gris, pero tampoco azul, que hacía que sus ojos brillaran como zafiros negro azulados. Aunque su actitud era apagada, Nicholas supo por su tranquila firmeza que estaba completamente resignada a su destino.

Su abuela vestía de negro como siempre, tenía una mirada que podría haber sido una fuerte censura o una profunda curiosidad dentro de una expresión de silenciosa resignación. Nicholas la saludó con una reverencia adecuada. El hecho de que la formidable mujer estuviera mostrando su apoyo a la unión sugería que conocía la verdadera razón detrás de todo esto.

Sus padres, el vizconde y la vizcondesa de Withersfield, fueron los únicos invitados que asistieron y todos tuvieron un comportamiento bastante sombrío durante todo el evento. Nicholas permaneció hombro con hombro con la mujer que se convertiría en su esposa mientras repetían los votos según las indicaciones del oficiante. A Nicholas le sorprendió lo superficial que era todo, como si estuvieran recitando alguna lección escolar en lugar de estar uniendo sus vidas.

Cuando se anunció la unión y a Nicholas se le dio permiso para besar a su esposa, él levantó su mano y rozó ligeramente con sus labios los nudillos enguantados de la dama. Hubo un momento muy breve en el que sus dedos se tensaron en los de él. Por instinto, apretó los dedos, como para evitar que ella huyera. En el momento en que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, la soltó.

Se sirvió un desayuno de boda tradicional en el comedor, pero fue un asunto rígido e incómodo. Cada vez que Nicholas miraba a su esposa, ella giraba su mirada para encontrarse con la de él, como si sintiera su mirada. Pero sus ojos contenían poco que él pudiera leer y su expresión revelaba aún menos.

Él, por otro lado, sin duda parecía asustado.

Nunca había sido muy bueno ocultando malestar o angustia interior. La tensión de sus tumultuosos pensamientos siempre se manifestaba en sus cejas fruncidas, su mandíbula tensa y su mirada endurecida.

Sus padres hicieron un esfuerzo inicial por mantener una conversación ligera en la mesa a pesar de la clara y ponderada tensión entre los recién casados. Lady Hargrave los complació al principio, pero finalmente, incluso ella dejó de intentar dar la impresión de que el evento del día era cualquier cosa diferente de lo que era en realidad. En cambio, la anciana se sentó con la espalda recta y enviaba su mirada intimidante de un lado a otro entre Nicholas y su nieta antes de posarse firmemente en la tranquila y resignada nueva esposa.

Tan pronto como la comida lo permitió, Nicholas se puso de pie y anunció el fin del desayuno. Hubo un momento de vacilación alrededor de la mesa hasta que se dieron cuenta de que básicamente les estaba diciendo que era hora de irse.

Los siguientes momentos transcurrieron rápida y pétreamente mientras la señorita Spencer, ahora señora Vane, se volvió hacia lady Hargrave, quien le murmuró algo suave y bajo a su nieta que hizo que la mujer más joven se pusiera rígida bruscamente mientras sus ojos se agrandaban. Entonces, lady Hargrave añadió algo severo antes de abrazar rápidamente a su nieta.

El oficiante la miró con silenciosa desaprobación, pero no dijo nada mientras Nicholas conducía a todos hasta la puerta principal. Sus padres no estaban contentos con su manera brusca, pero sabían lo suficiente como para no discutir. Nicholas mira a su madre solo el tiempo suficiente para notar su decepción antes de que su padre diera un paso adelante para murmurar un deseo rápido pero genuino de felicidad futura.

Lady Hargrave simplemente pasó junto a él con la cabeza imperiosamente alta, aunque se detuvo justo en el umbral y se giró para darle una larga y fija mirada. Ser objeto de una mirada tan enérgica no era una experiencia agradable, pero Nicholas no vaciló. Justo cuando estaba a punto de preguntarle si tenía algo que decir, sus ojos se arrugaron en una diminuta mirada penetrante antes de que de repente dirigiera su atención a la mujer que rondaba el espacio detrás de él. La expresión de la anciana se transformó en una que encontró completamente ilegible, aunque hizo que se le erizaran los pelos de los brazos.

Cuando miró por encima del hombro, vio que su novia asentía brevemente y tensamente y cuando volvió a mirar a lady Hargrave, la dama estaba a medio camino en dirección a su carruaje.

Mujeres extrañas.

Nicholas cerró la puerta con un clic resonante y se quedó mirando la madera lisa y pulida durante mucho más tiempo del razonable. Pero necesitaba ese momento para ponerle peso a su creciente inquietud.

Aun así, cuando finalmente se volvió hacia su esposa, el pánico lo invadió como los vientos que azotaban los páramos alrededor de Glenwood Manor. Se endureció contra eso, rechinando los dientes y bajando las cejas sobre la mirada.

Estaba claro que ella notó el cambio en él. Sus grandes ojos de medianoche parpadearon detrás de sus anteojos. Luego, inclinó la cabeza y lo miró aún más fijamente. No parecía particularmente molesta por la brusca expulsión de la comitiva nupcial, ni tampoco muy

sorprendida por su semblante sombrío, pues ciertamente ese era su sentir.

En cambio, su actitud era extrañamente de aceptación. No. Ella estaba *aguantando* adecuadamente. ¿Y quizás un poco especulativamente?

Sintió su concentración como si algo físico pinchara aguda pero delicadamente su piel, buscando una manera de entrar. Luego suspiró y habló en el silencio de la casa con su inquietante voz melódica.

«¿Qué pasa ahora?», preguntó ella.

Nicholas se aclaró la garganta. «Tus baúles ya deberían estar cargados en el vagón. Partiremos inmediatamente hacia la propiedad que adquirí recientemente».

Pausó. Entonces, «¿se encuentra lejos?».

Frunció el ceño y se volvió para señalar con la cabeza al mayordomo de su hermano, que esperaba en un rincón con su abrigo y su capa. «No está en Mayfair, si eso es lo que preguntas», murmuró él. La ubicación poco elegante de su nuevo hogar no era lo único de lo que tendría que quejarse. No había comprado la propiedad con la expectativa de mudarse con una esposa. Anticipar su cierta decepción hizo que sus siguientes palabras fueran más ásperas de lo que pretendía. «El carruaje está esperando».

#

Margot permaneció en su lugar, mirando la espalda de su marido después de que él se puso el abrigo y salió rápidamente de la casa. Había visto la ira y el arrepentimiento en su rostro cuando se giró para mirarla después de cerrar la puerta a quienes habían venido a presenciar su unión. Curiosamente, su primer instinto había sido un deseo instantáneo de dar un paso hacia él. Para tranquilizarlo.

Por supuesto que no lo hizo. Nunca había existido alguna presunción de afecto entre ellos. A pesar de las horas muy íntimas que habían pasado juntos en la biblioteca a oscuras hacía tantas semanas, eran prácticamente extraños.

Pero eso no lo eximía de tener al menos un mínimo de cortesía básica. Había estado al borde de un discurso descarado toda la mañana. Y aunque nadie afirmaba que sus nupcias fueran algo que no eran, ¿no podría al menos haber intentado ser agradable?

Con el ceño fruncido y la mandíbula tensa, dio un paso adelante para permitir que el mayordomo le colocara la capa sobre los hombros. Luego cruzó la puerta principal y vio un carruaje cargado con sus pertenencias. Al menos su nuevo esposo se había dignado esperarla y ayudarla a subir al carruaje. Aunque a juzgar por su postura rígida y su mirada desviada, no le agradaba hacerlo.

Margot estuvo tentada de rechazar la mano que le ofrecía y subir al vehículo sin ayuda, pero decidió no permitir que sus propios modales llegaran a su nivel. Ella, sin embargo, se negó a mirarlo cuando puso su mano en la de él. La pequeña muestra de orgullo desafiante casi fue destruida por el repentino hormigueo que la atravesó en el instante en que sus dedos acariciaron su palma. Ella vaciló entonces, su movimiento fue detenido por la sensación inesperada. Pero cuando ella levantó la vista para ver si él había experimentado la misma rareza, él emitió un gruñido áspero y la hizo entrar al vehículo.

Unos momentos más tarde, él estaba sentado frente a ella mientras el carruaje avanzaba por las calles de Londres.

Molesta y completamente agotada con cualquier intento de interacción civilizada, Margot mantuvo la mirada dirigida hacia la ventana. Y pronto, las vistas familiares de la ciudad se desvanecieron en vecindarios que nunca había visto. Pero claro, aparte de cuando todavía estaba con sus padres, nunca se había aventurado muy lejos de Mayfair. Había gran parte de Londres

que nunca había visto. Si tuviera que adivinar, diría que se dirigían al norte, pero fácilmente podría haberse equivocado. A medida que las calles residenciales se convirtieron en carriles estrechos y curvos con grupos de árboles y vislumbres ocasionales de pequeñas parcelas de pastos, su curiosidad aumentó.

¿A qué distancia iban a estar de Mayfair?

Había asumido que la nueva propiedad que había adquirido estaba en la ciudad. Quizá no debería haberlo hecho.

Pero justo cuando empezaba a preocuparse de que, después de todo, se dirigían hacia su lejana finca del norte, el carruaje giró hacia un camino estrecho y privado. La entrada estaba marcada por dos pilares contruidos con ladrillos grises desmoronados, cada uno rematado por esculturas de piedra con forma de caballos encabritados. Una de las patas delanteras de las criaturas parecía haberse roto hace algún tiempo.

Sin aliento y ansiosa por tener una vista más clara, Margot se olvidó del hombre gruñón sentado frente a ella y se apoyó contra la ventana mientras el carruaje continuaba por el camino lleno de baches y sinuosos. Árboles centenarios llenaban el camino a ambos lados, y sus ramas retorcidas se extendían por encima de lo alto para entrelazarse entre sí. Un ominoso cielo gris aseguraba que solo una tenue sugerencia de luz impregnara el espeso dosel de ramas y una neblina brumosa se extendía entre los helechos, las enredaderas y otro follaje desenfrenado que crecía bajo los árboles.

Parecía un pasaje místico. Un portal desde Londres a otro lugar y tiempo. Más aún, cuando el camino finalmente se abrió para revelar un amplio césped rodeado por un muro de piedra bajo y en ruinas. Un pequeño rebaño de ovejas mantenía la hierba corta, pero alrededor de un muro había matas y parches de flores silvestres y arbustos demasiado crecidos.

Y allí, más allá del pasto, la sombra oscura de una estructura comenzó a emerger desde dentro de los altos robles que la rodeaban como un sudario. De estilo isabelino, la casa parecía como si no hubiera sido habitada desde que la gran reina todavía estaba en el poder. La casa de diseño simétrico tenía tres pisos completos con una elaborada entrada frontal en el centro y dos alas idénticas que se extendían a cada lado. Casi dos docenas de chimeneas sobresalían orgullosamente del techo a dos aguas, acentuado con parapetos decorativos. Las enredaderas crecían espesas sobre gran parte de la casa y las ventanas de vidrio de múltiples paneles oscilaban y parpadeaban en la pequeña porción de luz tenue del día que lograba llegar hasta ellas a través del dosel de los grandes árboles que vigilaban.

La casa señorial era una reina dormida. Descuidada. Olvidada. Dejada para gobernar ese pequeño reino en soledad, sin cambios por el mundo más allá de sus puertas, era majestuosa, orgullosa y encantadora. Y quizá, contenía un poco de melancolía.

Margot estaba encantada.

Nicholas intentó no mirar fijamente a su esposa mientras se acercaban a la finca Silver Oak, pero no pudo evitarlo. Sus ojos siempre se dirigían hacia ella cuando estaba cerca.

Le beneficiaba que ella hubiera estado tan decidida a ignorarlo durante todo el viaje. No podía culparla. Su estado de ánimo había sido pésimo durante todo el día, pero hacía mucho tiempo que había dejado de moderar sus emociones para convertirlas en algo más aceptable para quienes lo rodeaban.

Había cumplido con su deber. Estaban casados. Ella y el niño estaban bajo su protección.

Lo único que quedaba era empezar su vida juntos.

Su estómago se revolvió con furioso temor y arrepentimiento y dirigió su atención hacia la ventana cuando el camino privado finalmente dejó la casa a la vista. Al mirar a través del pasto de ovejas hacia la formidable mansión isabelina, sintió una oleada familiar de certeza y expectación incluso cuando reconoció cuán pobre y deteriorada le parecería la propiedad a alguien que la viera por primera vez.

Un ojo poco inspirado sin duda vería la mansión demasiado perdida por el abandono y los elementos. Pero Nicholas veía algo más.

Cuando meses atrás decidió que había llegado el momento de comprar una propiedad en Londres, no sabía lo que estaba buscando. La verdad era que la idea de adquirir una residencia permanente en la ciudad era totalmente inesperada. Hasta hacía poco, no había tenido intención de tener una vivienda en Londres. Se había sentido totalmente satisfecho de pasar la mayor parte de su tiempo en Northumberland.

Pero entonces sucedió Caillie Claybourne. La joven había descubierto un secreto profundamente guardado que fácilmente podría haber destruido a la familia de Nicholas. Todavía le sorprendía que ella hubiera cumplido su palabra y no le hubiera contado a nadie que su madre había sido seducida antes de casarse con su padre y que él y su gemelo Reginald eran en realidad consecuencias del anterior conde de Wright.

Aunque él y su hermano conocían la verdad desde hacía varios años, si alguna vez la sociedad se enterara, el escándalo habría sido ruinoso.

Solo después de las persistentes y apasionadas garantías de Caillie de que ella y sus otros medios hermanos nunca revelarían la verdad más allá de su familia, Nicholas y Reginald acordaron conocer a sus cuatro hermanos adicionales. Nicholas se había mostrado muy resistente, temiendo el riesgo de quedar expuesto o algo peor. Pero hasta el momento sus temores habían resultado infundados. Su hermana y sus nuevos hermanos eran mucho más honorables y dignos de confianza de lo que hubiera esperado. Y con la repentina expansión exponencial de sus hermanos, le había parecido una decisión razonable tener una casa en la ciudad si deseaba seguir conociéndolos a ellos y a sus familias.

También estaba la cuestión del reciente matrimonio de Reginald.

Nicholas no tenía ningún deseo de inmiscuirse en la pareja de recién casados. Y por mucho que amaba a sus padres, no tenía intención de quedarse con ellos cada vez que viniera a Londres. Comprar un lugar propio era la única opción.

Tan pronto como vio Silver Oak, sintió que era lo *correcto*.

La casa y los terrenos habían estado lamentablemente abandonados durante demasiado tiempo, pero podía ver potencial en cada ladrillo y columna.

Un potencial que requeriría una gran cantidad de tiempo, trabajo y dinero para lograrlo.

Un ceño fruncido se posó en su frente. El invierno llegaría pronto y aún quedaba mucho por hacer antes de que cayeran las primeras nevadas. Le había dado al señor Tally y a su equipo varios días libres para que su esposa tuviera tiempo de aclimatarse a su nuevo hogar sin tantos

extraños alrededor y sin tantos ruidos resonando por toda la casa durante todo el día. Le había parecido una consideración adecuada, pero ahora se sentía ansioso por los días de trabajo perdidos. La guardería y el aula de educación estaban ubicadas en el piso superior, donde se habían producido los mayores daños. Había pensado que no habría prisa por preparar esos espacios. Pero eso claramente había cambiado.

Miró a su esposa, que lo era solo de nombre. Su mirada permanecía fija fuera de la ventana.

¿Cómo diablos soportaría tenerla cerca? ¿Cómo sobreviviría al deseo urgente que ella siempre le inspiraba, sabiendo cómo se sentía...?

Apretó los dientes y miró hacia otro lado. Se las arreglaría con furioso autocontrol y con el innegable conocimiento de que simplemente *debía* hacerlo.

El carruaje se detuvo con un suave balanceo frente a la casa. El esposo no esperó a bajar los escalones, Nicholas salió del vehículo para ver a su mayordomo esperando justo ante la puerta abierta.

Respirando con dificultad, trató de disipar la presión en su pecho. Desafortunadamente, eso solo pareció desencadenar un oscuro remolino de inquietud en su estómago. Pero no podía retrasar más lo inevitable. Volviendo al carruaje con la intención de ayudar a su esposa a salir del vehículo, se sorprendió al verla ya parada detrás de él. Su aguda mirada de búho recorrió intensamente cada centímetro de la casa, como si intentara asimilarlo todo a la vez.

Por su expresión, no había forma de descifrar lo que pensaba. La mujer era demasiado experta en ocultar sus pensamientos. Creyó notar una chispa de curiosidad, pero podría haber sido incierta. El suave rubor de asombro en sus mejillas bien podría haber sido irritación.

#

Margot contempló el imponente edificio que sería su nuevo hogar.

Era demasiado. Grande en exceso. Bastante maravilloso. Muy abrumador.

Evidentemente, demasiado inédito.

Y de pronto recordó otra ocasión en la que se había encontrado frente a una casa desconocida a la que pronto llamaría hogar. Aquella vez, ella había sido una niña traumatizada, aterrorizada y sola más allá de lo imaginable. Pero tan pronto como cruzó el umbral, la abuela estuvo allí para envolverla en un cálido abrazo. Y luego, Cecily tomó su mano y la llevó a su habitación, charlando todo el tiempo sobre cómo iban a ser hermanas a partir de ese día.

Pero Cecily estaba en el extranjero y su abuela, inexplicablemente, había decidido dejar la ciudad para pasar unas vacaciones en la costa. Margot ni siquiera se había enterado de la partida prevista de su abuela hasta hacía apenas una hora.

Pero no estaba del todo sola, ¿verdad?

Su marido estaba a su lado.

Sus labios se separaron en una exhalación audible cuando finalmente llamó su atención sobre el hombre grande y melancólico con el que se había casado esa misma mañana. Al encontrarse con su aguda mirada, sintió una repentina oleada de presentimiento. La consumió por un momento antes de que lograra quitárselo de encima. Cuando lo hizo, se dio cuenta con sorpresa de que había una pregunta profundamente enterrada en su mirada. Con una inclinación de cabeza, ella lo miró, tratando de determinar qué significaba.

Pero luego emitió un sonido pesado desde lo más bajo de su garganta, una especie de gruñido áspero, antes de volverse hacia la casa mientras ofrecía su brazo.

Margot parpadeó y dudó sólo un momento antes de meter la mano en la curva del codo de él. Era sólido como una piedra, pero cálido bajo su palma. Se sintió reconfortada y nerviosa al

mismo tiempo por el contacto, pero hizo todo lo posible por no avergonzarse con ninguna de las respuestas incómodas que tan a menudo tenía en su compañía. Juntos, subieron los desiguales escalones de piedra hasta la puerta principal, donde un hombre alto y delgado con una mata de cabello blanco, una nariz bastante puntiaguda y ojos pálidos como la niebla dio un paso adelante. Hizo una adecuada reverencia con la cabeza y entonó formalmente, «bienvenidos, señor y señora».

«Greer, el mayordomo», señaló secamente su marido para conocimiento de Margot.

Apenas tuvo un momento para ofrecerle al mayordomo una rápida sonrisa y un gesto de reconocimiento antes de que Vane le soltara la mano y le hiciera un breve gesto para que entrara delante de él en la casa.

Al cruzar el umbral, Margot notó un vestíbulo cavernoso con paredes cubiertas con paneles de madera oscura y suelo de baldosas de mármol. El vestíbulo contenía una chimenea de mármol ornamentada con intrincados relieves, encendida con un fuego generosamente cálido y una amplia escalera que exhibía altos vitrales. Aunque había algunas grietas y astillas en los suelos de mármol y algunos daños evidentes en la ornamentación decorativa, todo había sido fregado y pulido. Los aromas de vinagre y limón todavía flotaban tenuemente en el aire. Más allá de eso, la habitación estaba completamente vacía, sin un solo mueble, ni una alfombra, ni siquiera un cuadro en la pared.

Se sentía como si la casa acabara de despertarse de un largo y aletargado sueño para encontrarse desorientada e insegura en cuanto a lo que se podía esperar de ella. Como si hubiera pasado tanto tiempo desde que el lugar había tenido vida y propósito que todavía estuviera volviendo a la idea de ello.

La idea le atrajo a Margot. Tenía curiosidad por saber si en el resto de la casa sentiría lo mismo. Pero antes de que pudiera especular más, una mujer de mediana edad dio un paso adelante con un tintineo de llaves en su cintura.

«Soy el ama de llaves, Sra. Frye», ofreció con una reverencia y una sonrisa con dientes para Margot, antes de mirar a Vane. «Permítame decirle lo felices que estamos de tenerlo finalmente con nosotros, señor. Creo que estará muy satisfecho con el progreso del hogar. Me he encargado personalmente de preparar sus habitaciones y Cook está preparando una comida suntuosa para esta noche».

«Gracias, Sra. Frye».

«¿Hay algo que pueda ofrecerles? ¿Té y sándwiches, tal vez?».

La mirada helada de Vane se dirigió hacia Margot antes de responder al ama de llaves, «eso no será necesario. Por favor, lleve a mi esposa a sus habitaciones. Estoy seguro de que a ella le gustaría descansar».

«Por supuesto, señor. De inmediato».

Aunque podría haber argumentado que era bastante capaz de determinar sus propias necesidades, Margot se dio cuenta de que estaba bastante cansada. Probablemente un momento de descanso sería una buena idea. También le daría la oportunidad de aclimatarse a su nuevo hogar lejos de la distracción de la presencia de su marido.

Después de entregarle su capa a Greer, Margot siguió al ama de llaves hacia las escaleras. Al mirar hacia atrás, notó que su esposo permanecía justo dentro de la puerta cerrada. Su actitud era rígida y su expresión tensa cuando le dio su abrigo a Greer. Sin parecer pensar más en ella, se dio la vuelta y cruzó el pasillo en la dirección opuesta.

La frialdad de sus modales no debería haberla sorprendido. Después de todo, se habían ignorado durante todo el viaje. Pero la tensa llegada a lo que iba a ser su hogar compartido no

auguraba nada bueno para su futuro previsto.

Para distraerse de los pensamientos e incertidumbres desconcertantes, Margot se volvió hacia el ama de llaves. «Quizá mientras llegamos, pueda contarme un poco sobre la casa. Entiendo que el Sr. Vane adquirió la propiedad recientemente y me encantaría saber más sobre ella».

La señora Frye sonrió, pero negó con la cabeza. «No hay mucho que decir al respecto por el momento, señora. Me temo que el lugar lleva demasiado tiempo en un estado lamentable. Pero el señor Vane está cambiando eso rápidamente», añadió con una evidente nota de orgullo. «Solo en los últimos dos meses, ha trabajado en el antiguo lugar más de lo que se ha visto en un siglo. Reparaciones y modernizaciones y mejoras en todas partes. Silver Oak Manor está cobrando vida nuevamente».

«Qué nombre tan bonito», reflexionó Margot.

«Ganado por los grandes árboles que rodean la propiedad», señaló la mujer.

En el rellano del segundo piso, Margot se detuvo cuando vio la gran lona colgada y asegurada sobre las escaleras que habrían conducido al piso de arriba.

«El tercer nivel de la casa ha sufrido el mayor daño debido a décadas de abandono», señaló la Sra. Frye. «Una parte entera del techo se había deteriorado hasta el punto de que los elementos habían accedido al interior de la casa, creando una degradación significativa de las estructuras primarias. Aunque el Sr. Vane hizo reparar el techo, el nivel superior permanece fuera de los límites hasta que los elementos estructurales dañados se vuelvan a fortificar y el área se considere segura nuevamente».

El ama de llaves condujo a Margot a través del amplio rellano del balcón hacia un par de puertas dobles. «El Sr. Vane dio a los trabajadores unos días libres para que usted pudiera instalarse sin todo el ruido de las reparaciones. Pero me temo que tendrá que prepararse para el ruido cuando regresen».

«Aprecio la advertencia», respondió Margot con una sonrisa.

Las puertas dobles se abrían a una larga galería que recorría casi toda la casa. Lo suficientemente grande como para ser utilizado como salón de baile, el espacio cavernoso estaba actualmente tan vacío como lo había estado el vestíbulo de entrada.

«Hasta ahora, lo máximo que hemos hecho aquí es ventilarlo un poco y barrer el polvo. Aún hay que lijar y pulir los suelos. Las molduras deben arreglarse y las paredes necesitan ser resanadas desesperadamente. Pero otras áreas de la casa son actualmente de mayor prioridad», añadió la señora Frye.

Pasaron por una puerta oculta en un rincón junto a la chimenea y salieron a lo que parecía ser un rellano privado. Una estrecha escalera revestida de madera subía y bajaba, pero el ama de llaves continuó por otra puerta que daba a un corto pasillo.

«Debajo de nosotros está la biblioteca y el estudio del amo. En algún momento, el nivel superior contendrá una guardería y un salón de clases renovados. Sin embargo, este piso del ala este, está dividido en dos suites privadas que han sido completamente renovadas y rediseñadas con todas las comodidades y lujos modernos», señaló el ama de llaves con una sonrisa sobre su hombro mientras caminaba por el pasillo. «Creo que sus habitaciones le resultarán divinas, Sra. Vane».

El corazón de Margot dio un vuelco ante la mención de una guardería, pero contuvo la respiración para mantener a raya su ansiedad mientras la conducía a una hermosa sala de estar con un amplio asiento junto a la ventana, un par de sillones inclinados hacia la chimenea y un escritorio oculto en la esquina. Realizada en relajantes tonos de azul y gris, con hermosos

paisajes decorando las paredes, Margot fácilmente podría imaginar pasar tiempo allí. Desde el salón la Sra. Frye la llevó al dormitorio contiguo, que era dos veces más grande que la sala de estar, lo que significaba que era bastante enorme.

Decorada en verde bosque y un tono más oscuro de azul, la habitación contaba con una antigua cama isabelina con dosel cubierta de terciopelo con cortinas de brocado para privacidad. El suelo de madera estaba cubierto por una gruesa alfombra y otro asiento junto a la ventana ofrecía vistas de lo que sin duda era un jardín, aunque llevaba un tiempo cubierto de maleza. Escondida detrás de un biombo en un rincón más allá de la cama había una pequeña puerta que conducía a un baño privado. Margot supuso que otra puerta cerrada, ubicada frente a la cama, probablemente era otro acceso al pasillo, aunque la Sra. Frye no lo mencionó.

No faltaba ni una sola comodidad moderna, pero las estancias familiares se mezclaban perfectamente con la forma y estructura originales de la casa y con una decoración evocadora. Toda la suite estaba llena de antigüedades y telas ricas y texturizadas. Aunque estaba algo desprovisto de elementos personales reales, se sentía como si estuviera entrando en la historia, en la vida de alguna antigua dama de la mansión.

«¿Todo cuenta con su aprobación, señora?», preguntó la señora Frye, después de tomarse unos momentos para reavivar el fuego, inspirando una cascada de calidez en la ya excepcionalmente cómoda habitación.

Margot sólo pudo responder con rápida seguridad y una fugaz sonrisa. «Es extraordinaria», respiró.

«Para no sobrecargarla demasiado rápido, pensé en esperar hasta mañana para presentarle al personal de la casa. Sin embargo, asigné una doncella experimentada y servicial para que la ayude con cualquier cosa que pueda necesitar personalmente. Simplemente toque el timbre de la esquina y Jane se levantará enseguida.

«Gracias. Eso es muy considerado».

«Antes de irme, ¿le gustaría que le prepare un agradable baño perfumado o cualquier otra cosa que pueda aumentar su comodidad?».

«En absoluto, Sra. Frye», aseguró Margot. «Ha sido maravillosamente atenta».

La mujer ladeó la cabeza esperanzada. «¿Está segura de que no le gustaría una taza de té?».

De repente, al darse cuenta de que el ama de llaves probablemente había mantenido una tetera humeando en la estufa antes de su llegada, Margot cambió de opinión.

«En realidad, una taza de té podría ser bastante agradable después de todo. Si no es mucha molestia».

«En absoluto», dijo la Sra. Frye mostrando una sonrisa radiante. «Solo tomaré un momento».

El ama de llaves no exageraba. En un instante, Margot se encontró sentada en un sillón mullido frente al fuego, con una gruesa manta de lana alrededor de las piernas, una taza de té en la mano y un plato de sándwiches en la elegante mesa que tenía al lado.

Después de recordarle que llamara a Jane si necesitaba algo más, la Sra. Frye finalmente salió de la habitación.

Aunque un poco incómoda con todo el alboroto, Margot ciertamente podía apreciar la riqueza de comodidad que se encontraba en sus habitaciones privadas después del vacío absoluto y sin aliento que había atravesado en el camino hacia su llegada allí. Su dormitorio era innegablemente acogedor, el té estaba caliente y perfectamente preparado y, sin embargo, el calor del fuego no podía ahuyentar la inquietud que se había instalado en sus huesos a lo largo

del día.

La mansión Silver Oak era encantadora y sin duda algún día sería una casa magnífica, si las mejoras que Vane ya había iniciado se completaran en toda la casa. Era cálida y segura y su futuro y el de su hijo estaban asegurados. Debería sentir cierto alivio y seguridad de haber hecho lo correcto al acudir a Nicholas Vane cuando descubrió su condición.

En cambio, se estremeció. Por primera vez, desde sus seis años de edad, se sintió totalmente perdida. Y completamente sola.

Capítulo Siete

Nicholas se dirigió directamente a su estudio. Junto con la biblioteca y las habitaciones privadas justo encima, el estudio había sido completamente renovado según sus indicaciones directas.

Sus largos pasos resonaron por todo el vestíbulo de entrada mientras cruzaba hacia el ala este, haciendo todo lo posible por ignorar la extraña sensación de atracción que había experimentado cuando su esposa se dio la vuelta para seguir a la señora Frye. Le alegró ver que la sala se había limpiado de las capas de polvo y telarañas que había mostrado en su primera visita. La casa todavía necesitaba mucho trabajo. Más allá de un buen barrido y pulido, algunas áreas requerían mucho más que unas pocas reparaciones menores. Y después de todo eso todavía necesitaría cuadros en las paredes, muebles, flores en jarrones sobre mesas decorativas, música y el murmullo de la conversación. Necesitaba vida para volver a convertirlo en un hogar.

De repente tuvo una visión de un niño pequeño corriendo a lo largo del salón de baile de arriba con una expresión de picardía en su rostro mientras una niña giraba encantada en círculos frente a la chimenea.

«Maldita sea», murmuró, apretando los puños mientras hacía a un lado las imágenes.

Hubo un tiempo, años atrás, en que Nicholas imaginaba a menudo a sus futuros hijos. Había disfrutado de una infancia feliz y segura con unos padres a los que adoraba y un mejor amigo que tenía en su hermano. En aquel entonces, había sido fácil imaginar a su propia descendencia corriendo por ahí. Realmente lo esperaba como algo que finalmente ocurriría.

Eso había sido antes de que confiara en la persona equivocada y *amara* a la mujer equivocada. Antes, su encantadora vida se había reducido a una llena de ira, aislamiento y cinismo.

El mundo era un lugar egoísta y violento. Era mejor mantenerse al margen.

Durante años, había logrado hacer exactamente eso: encontrar paz en la soledad y la distancia.

Pero luego...

Nicholas había percibido el peligro en la señorita Margot Spencer desde ese primer encuentro. Había hecho todo lo posible para evitarla a ella y a su mirada curiosa. Negar cómo se sentía en su presencia, esa forma en que su fugaz sonrisa lograba alterar y cambiar las sombras, dejando entrar destellos de luz para los que no estaba preparado y que no quería.

Su deseo físico por ella solo había sido superado por el anhelo profundo y visceral que ella le inspiraba sin siquiera intentarlo. Y a pesar de sus esfuerzos por resistirse a acercarse demasiado, había pensado en ella a menudo y de maneras que ella, con razón, se sorprendería al descubrir.

Al final, ella había sido quien había acudido a él. No una, sino dos veces.

Ella se había sentado en el suelo con él y hablaba en susurros ligeros sobre la soledad y el aislamiento. Ella había entrado con valentía en la casa de Reginald y declarado un nuevo futuro para ambos, uno que él creía plenamente que nunca tendría, todo mientras negaba lo único que quería por encima de todo.

Nicholas se negaba a reconocer el dolor y el arrepentimiento que lo desgarraban.

Matrimonio solo de nombre.

¿Qué diablos lo había inspirado a declarar tal cosa? Claramente, tenía el deseo de

torturarse a sí mismo, aunque en ese momento parecía la mejor manera de asegurarse de que ella aceptara casarse con él. Ella ya había dejado muy claros sus sentimientos hacia él... ¿y cómo podía él culparla? Era uno de los Villanos Vane. Un hombre que todos creían que era desalmado y cruel.

Después de años de no hacer nada para refutar los rumores sobre él, Nicholas no podía estar seguro de que fueran completamente falsos. Había evitado la sociedad durante tanto tiempo que ya no sabía cómo comportarse en entornos adecuados. Seguro que no sabía cómo ser un esposo.

Al menos la cena no sería hasta dentro de un par de horas, lo que le daría algo de tiempo para estar a solas. Era hora de recuperar una apariencia de equilibrio interno, o al menos, un poco de su habitual desapego, antes de tener que contemplar fijamente la fascinante mirada de su esposa al otro lado de la mesa.

Al entrar en su estudio, Nicholas respiró hondo y lo soltó con una exhalación audible. La habitación olía ligeramente a cera de abejas y a cuero. Se había encendido un saludable fuego en previsión de su llegada y él inmediatamente se acercó para extender la leña y apaciguar las llamas que saltaban a la parrilla. Luego se puso de pie, apoyando los pies bien abiertos y apoyando las manos en las caderas mientras contemplaba las brasas que crepitaban suavemente, buscando allí respuestas a preguntas que aún no se había formado.

Cualquiera que se encontrara con él en ese momento probablemente vería el monstruo inquietante que todos decían que era. Su madre siempre le había dicho que mostraba demasiadas emociones en sus rasgos expresivos. Ella había insistido en que aprendiera a ocultar un poco de lo que sentía o alguien lo usaría para lastimarlo. Cuando era niño, no entendía por qué alguien haría tal cosa.

Belinda finalmente le había enseñado la dura lección de la que su madre había tratado de salvarlo.

Con un gruñido de molestia, se alejó de las llamas.

Habían pasado años desde que había pensado en la mujer de la que una vez se creyó perdidamente enamorado. Pero últimamente le venía a la mente con demasiada frecuencia. Ella no merecía tal honor.

El breve sonido de un carraspeo sirvió como una agradecida interrupción.

Mirando por encima del hombro, esperó a que Greer hablara.

«Perdone mi intrusión, señor, pero quería estar seguro de que la preparación de la casa cuenta con su aprobación». Antes de que Nicholas pudiera responder, el sirviente continuó. «Por supuesto, no hay mucho con qué trabajar en este momento, pero confío en que logramos brindarle un mínimo de comodidad a su llegada».

«Lo hiciste», respondió Nicholas. «Por favor, transmite mi agradecimiento a la señora Frye también».

El mayordomo asintió lenta y profundamente. «Lo haré, señor. Me pidió que le preguntara dónde le gustaría que le sirvieran la cena. Como el comedor aún no está listo para su uso, pensó que la biblioteca podría ser una buena alternativa».

Nicholas asintió. «La biblioteca servirá».

Greer volvió a inclinar la cabeza. Pero no hizo ningún movimiento para irse.

La garganta de Nicholas se apretó ante sus siguientes palabras, sintiendo la incomodidad de ellas mientras se formaban en su boca. «Supongo que mi esposa se ha instalado adecuadamente en sus habitaciones».

«Lo ha hecho, señor».

Nicholas se volvió hacia la chimenea, obligándose a mirar las llamas mientras consumían continuamente su combustible, convirtiendo la madera sólida en carbón y cenizas.

«¿Necesita algo más, señor?», la voz de Greer casi lo hizo sobresaltarse.

Pasó un momento antes de que respondiera con brusquedad. «Una botella de vino. Por favor».

Oyó el ruido de los tacones de su mayordomo cuando se dio la vuelta para salir del estudio.

No mucho después, regresó con una copa del vino tinto favorito de su amo. Nicholas se sentó en su escritorio donde montones de planos y maquetas estaban esparcidos al azar. Necesitaba una distracción y el trabajo requerido por la finca era una fuente sólida para exactamente lograrla.

Cuando el Sr. Tally y su equipo finalmente regresaran, quería tener una idea clara del plan a seguir. Era importante garantizar que todo progresara de manera eficiente con respecto a los cambios recientes que sería necesario implementar.

Como de costumbre, una vez que comenzó a trabajar en sus planes para Silver Oak, el tiempo pasó rápidamente. Las sombras se alargaron y la noche lo invadió. Su copa de vino se secó una vez más, pero no dio suficientes instrucciones para volver a llenarla. Cuando hizo una pausa para sacudirse un calambre en la mano, miró el reloj y se sorprendió al ver que habían pasado cuatro horas desde su llegada.

Finalmente volvió a llenar su copa, se puso de pie y caminó hacia una ventana que daba a un jardín rebelde que se extendía hacia la verdadera naturaleza salvaje de la propiedad.

La casa en sí no era lo único que había sido gravemente descuidado. Lo que alguna vez probablemente había sido un césped extensamente diseñado y cuidado con senderos, fuentes y elegantes jardines ornamentales, ahora era una jungla de follaje descuidado, desordenado y lleno de secretos. Cuando ya había caído la noche, las sombras profundas y amenazantes más allá del cristal eran casi amenazadoras.

Por un momento, estuvo tentado de salir a esa oscuridad pesada y premonitoria. Algo en ello lo llamaba, atrayéndolo hacia el misterio y el peligro de lo desconocido.

Al mismo tiempo, lo invadió una intensa necesidad de buscar a su esposa. Sin embargo, la idea de verla, el olor de su respiración, caer bajo esos ojos extrañamente evaluadores, sabiendo al mismo tiempo que ella ahora era *suya*, desencadenó un choque de negación y resistencia profunda.

De las dos opciones, un paseo por el jardín era decididamente menos peligroso.

Dejando su copa a un lado, salió de la biblioteca y atravesó la silenciosa ala este hasta la salida de servicio. En el momento en que salió, fue envuelto por el fresco aire de la noche, un bienvenido respiro después de las horas de calor confinado. Respiró en la oscuridad, llenándose de ella mientras avanzaba hacia las pesadas sombras.

Capítulo Ocho

Margot cerró los ojos y respiró profundamente el aire frío de la noche. Un derroche de olores fluyó a través de ella. Tierra y cielo y el áspero aliento del otoño. Un susurro de algo floral, un toque de hierbas antiguas y la magia de la luna llena.

Aunque lo había intentado bien, antes no había podido descansar, a pesar de haberse levantado excepcionalmente temprano esa mañana. El entorno desconocido había mantenido sus sentidos alerta. Eso, y su cansancio simplemente era demasiado profundo como para satisfacerlo con una simple siesta. En cambio, llenó un poco de su tiempo volcando todos sus pensamientos, miedos y preocupaciones en una carta a Cecily. Que sabía que nunca enviaría.

Habían pasado horas cuando Jane, la mujer que había sido asignada como su doncella, llamó a la puerta para preguntar si necesitaba ayuda para prepararse para la cena. Al no haber tenido una criada dedicada a sus necesidades mientras crecía, Margot encontró que el constante hilo de pensamientos verbales de Jane era una distracción bienvenida y una extraña intrusión. Pero la doncella no pareció darse cuenta de la torpeza de su dama mientras escogía un vestido para la noche y luego peinaba el cabello de Margot con un estilo sencillo, pero a la moda. Durante el proceso, Margot se enteró de que ella y su nuevo marido cenarían en la biblioteca, ya que el comedor formal y la sala de desayunos, los salones y el salón principal aún no estaban listos para su uso.

La sola idea de tener que volver a encontrarse con Vane en el entorno adecuado de una cena había provocado un temblor instantáneo en el cuerpo de Margot. A esto le siguió rápidamente una oleada de temor, un extraño hormigueo de anticipación y una repentina sacudida en el estómago.

Por impulso, se había levantado de su tocador para anunciar su deseo de dar un paseo.

La pobre Jane la había mirado con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas. Pero cuando Margot repitió su necesidad de tomar aire fresco, la criada miró hacia la oscuridad más allá de la ventana, pero luego le ofreció una sonrisa firme. «Como desee, señora. Entiendo que la cena aún no es hasta dentro de una hora. Mucho tiempo para un poco de respiro».

Una vez fuera, al principio Margot deambuló sin rumbo fijo, explorando los senderos sinuosos y que desaparecían con la guía persistente de su inquietud interior. Las densas nubes de más temprano se habían dispersado para permitir que la luna brillara libremente en un cielo abierto y estrellado. Sin embargo, ni siquiera la fuerza total del resplandor de la luna era suficiente para iluminar las pesadas sombras del jardín.

Cuando llegó a un pequeño banco de piedra cubierto de musgo y hojas caídas escondido en un rincón alejado, reclamó el lugar como suyo. No tenía idea de cuánto tiempo permaneció sentada allí, mirando el cielo iluminado por las estrellas. Por supuesto, no podía quedarse para siempre, por muy reconfortante que fuera y abrazara el consuelo de la noche, conseguido con tanto esfuerzo. Pero no se atrevía a levantarse y regresar a la casa.

No estaba preparada para enfrentarse al hombre que le había dejado muy claro que nunca habría elegido convertirse en su marido si no fuera por el hijo que llevaba. No quería aceptar la vulnerabilidad que siempre sentía a su alrededor. No sabía cómo *estar* cerca de él... no sabía qué partes de sí misma mostrar y cuáles ocultar. No quería tener que reconocer sus miedos... y simplemente no habría manera de ignorarlos una vez que mirara el azul ártico de sus ojos.

No quería *sentirse* tan malditamente mal.

Entonces, en lugar de eso, miró al cielo. Frío. Quieto. Amplio. Y silencioso.

Reconfortante, distante y desapasionado.

«¿Qué diablos estás haciendo?».

El ladrido áspero de sus palabras que le llegaban desde la oscuridad le provocó a Margot un inquietante sobresalto. Sus músculos se aferraron a sus huesos y su corazón dio un vuelco contra sus costillas.

«*Dientes de murciélago*», jadeó, poniéndose de pie de un salto. Presionando una mano contra su pecho, se giró y vio a Vane caminando hacia ella por el sendero cubierto de maleza. «Simplemente no puedes aparecer así».

«Y tú no puedes estar aquí afuera», respondió él bruscamente.

Ella frunció el ceño. El hombre realmente no parecía entender el beneficio de las cortesías y los saludos adecuados.

«¿Por qué no?».

Él no respondió. Tan solo avanzó hasta que estuvo directamente frente a ella, a un brazo de distancia. La luna era lo suficientemente brillante como para iluminarlo con una luz plateada.

Se veía... antinatural.

Demasiado alto. Demasiado imponente. Demasiado guapo por mucho.

Desencadenaba todas esas cosas que no quería sentir. Fascinación. Anhelos. Un extraño sentimiento silencioso. Un calor que consumidor y derretidor. Por todos lados. Todo al mismo tiempo.

Mirándolo, se obligó a mantener una fachada tranquila y firme. «Estoy esperando su explicación, señor Vane».

Su expresión se tensó en ángulos duros. Afortunadamente, con su cabeza inclinada hacia la de ella, sus ojos estaban en una sutil sombra. Suficiente para controlar la intensidad de su mirada.

«Seguramente entiendes lo tonto e irresponsable que es estar al aire libre, en el aire helado, de la noche, sola cuando estás...», hizo una pausa. Apretó la mandíbula tres veces y luego lo intentó de nuevo. «Cuando estás...».

Su frustración era palpable, así que cuando volvió a fallar qué decir, Margot ofreció amablemente, «¿cuando estoy... hambrienta?».

El sonido que hizo en respuesta a su sugerencia fue salvaje. Retumbó a través de él como una tormenta y se estrelló sobre Margot en una ola de sensaciones.

Ella dio un paso atrás instintivamente.

La acción pareció enojarlo aún más. Cerró el espacio entre ellos con un largo paso hacia adelante. «¿Has olvidado que llevas un niño? *Mi* hijo».

Los ojos de Margot se agrandaron y su boca se abrió parcialmente por la sorpresa. ¿Eso era lo que le preocupaba?

«Por supuesto que no lo he olvidado», respondió ella con una inclinación de su barbilla. «Después de todo, el niño crece dentro de mí».

«Entonces estás siendo intencionalmente descuidada».

Este comentario la confundió. «No lo soy», respondió ella con el ceño fruncido mientras consideraba sus palabras. «Estoy bien envuelta y bastante abrigada. No me he alejado mucho de casa. Puedo asegurarte que no estaba aquí trepando árboles ni saltando hogueras ni nada por el estilo. Estoy teniendo mucho *cuidado*».

Su expresión dejó claro que no apreciaba sus seguridades. En todo caso, lo enfurecieron más.

«Vuelve adentro. Ahora».

Margot deseaba desesperadamente negarse. Pero la verdad era que los dedos de sus pies estaban un poco tiesos y su estómago comenzaba a gruñir un poco. Si él no hubiera salido a gritarle, ella probablemente habría entrado hacía unos minutos antes. Quedarse afuera ahora la fastidiaría más a ella misma que a él.

Levantó la barbilla para enfrentar mejor su mirada, usando su dedo índice para empujar sus anteojos con más firmeza en su lugar. «Entraré. No porque tú lo pidas, sino porque es lo que deseo hacer. De hecho, me parece bastante curioso que se pueda pensar, aunque sea por un momento, que soy susceptible a este tipo de disparatadas tácticas. No te he dado libertad para dictar mis actividades. No tienes ese tipo de poder sobre mí». Ella inclinó la cabeza y entrecerró la mirada. «Te das cuenta de que soy una persona completa, no solo un elemento de la mansión como un reloj, un candelabro o una tetera que puedas mover según tus deseos».

El profundo surco de su frente sugería que su metáfora no había dado en el blanco adecuado. Su mandíbula se tensó y se puso rígida mientras su expresión se volvía cada vez más oscura. Luego su cabeza bajó hacia la de ella, haciendo que sus hombros prácticamente se alzaran sobre ella. «Es mi deber», refunfuñó con voz ronca, «garantizar tu bienestar».

Aunque su tono podría haber sido tomado como enojado o intimidante, a Margot le pareció que estaba teñido de frustración más que cualquier otra cosa.

Para alguien que había sido ignorada cuando era niña antes de quedar bajo el cuidado de su abuela, quien la había alentado fuertemente a ser autosuficiente, la idea de que alguien se interesara tanto por ella era extrañamente intrigante incluso cuando ella lo consideraba extremadamente condescendiente. Ni por su vida podía entender por qué lo encontraba tan atractivo en ese momento. En verdad, ella no quería saberlo.

Se aclaró la garganta y asintió atrevidamente. «Me aseguraré de informarte cuando mi ser esté infeliz. Hasta entonces, confiarás en mis capacidades para cuidar de mí misma, como he podido hacerlo con relativa suficiencia todos los años anteriores a nuestro... nuestro...».

Por la nariz del diablo, maldijo en silencio. No tenía idea de cómo llamarlo. A ellos. A su situación.

Entrecerró los ojos y la forma de sus labios se torció en algo curioso e intensamente interesante mientras murmuraba, «a nuestro encuentro aquella noche en la biblioteca».

¿Por qué su voz sonaba como una caricia profunda y aterciopelada cuando había dicho eso? ¿Y por qué el cuerpo de Margot temblaba en respuesta?

«Sí», señaló con firmeza mientras asentía. «Eso. Ahora, discúlpame».

Cuando ella empezó a avanzar, él dio un paso mínimo hacia un lado para permitirle avanzar. Con el camino tan estrecho por los arbustos rebeldes, no pudo evitar que su hombro y su cadera le rozaran.

El calor que se desplegó en su interior aceleró sus pasos.

Tenía que alejarse del hombre.

Pero solo llegó a la siguiente curva del camino antes de sentirse obligada a dar marcha atrás.

Él se había quedado donde lo había dejado, junto al pequeño banco de piedra, mirándola.

Desafortunadamente, la luz de la luna golpeaba sus ojos con un efecto mágico. Inclinando la cabeza, intentó desesperadamente encontrarle sentido al hombre con el que se había casado, pero su cuerpo se tensó bruscamente bajo su observación. Sus palabras fueron duras e inquebrantables mientras hablaba en la noche entre ellos. «Te veré en la cena».

Aunque su vientre se retorció violentamente, Margot asintió de nuevo antes de regresar a

la casa.

#

Durante varios largos minutos después de que ella se fundiera en las sombras, Nicholas permaneció inmóvil. Ni siquiera había pasado un día completo de matrimonio y ya estaba demostrando ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

No tenía idea de cómo hacer esto. La mujer no respondía racionalmente. Él solo estaba tratando de garantizar su salud y seguridad. Ahora ella era su responsabilidad. Era su esposa, carajo, lo que la convertía en su familia. Y él se tomaba muy en serio sus responsabilidades para con la familia.

Cuando finalmente regresó a su estudio, ignoró el vino y regresó al fuego para poder mirarlo sin ver nada más que confusión e ira. Sentimientos que solo crecieron mientras esperaba allí solo.

Cuando Greer finalmente apareció en la puerta para anunciar que la cena estaba lista, Nicholas se volvió hacia él con una mirada tan temible que el mayordomo visiblemente se tensó.

Nicholas lo ignoró. «¿Ella se unirá a mí?».

Hubo una clara pausa mientras el mayordomo le devolvía la mirada con un ligero arco en la frente. «¿Debo suponer que usted se refiere a la Sra. ¿Vane, señor?».

Nicholas le dirigió una mirada sombría al hombre, pero no dijo nada, pensando que la respuesta a la pregunta del sirviente era bastante obvia.

«Espero que baje pronto, señor».

Nicholas dio un gruñido de asentimiento.

El mayordomo inclinó la cabeza y se alejó.

Con la esperanza de que un cambio de ambiente pudiera mejorar su estado de ánimo, Nicholas lo siguió poco después y fue a esperar a su esposa en la biblioteca. Habían traído una pequeña mesa de comedor dispuesta en estilo formal, pero él apenas se dio cuenta. En lugar de tomar asiento, caminó hacia la ventana donde cruzó los brazos sobre el pecho y miró duramente hacia la noche.

Y allí esperó.

Durante más de veinte minutos. Durante los cuales en su mente repasó al menos una docena de razones por las que ella podría retrasarse, la mayoría de ellas terminando con ella empacando sus cosas y dejándolo, al diablo con el escándalo.

Cuando finalmente escuchó unos pasos detrás de él, no era su esposa la que estaba en la puerta.

«¿Dónde está ella?», murmuró, rechinando los dientes posteriores contra la presión de sus oscuros pensamientos.

Greer tragó. «Me temo que ella no vendrá».

La emoción surgió dentro de Nicholas con tanta fuerza, rapidez e intensidad que lo impulsó hacia adelante. Pasó junto a Greer, quien rápidamente se hizo a un lado. Por el pasillo hasta las escaleras traseras subió de dos en dos. Más allá de la puerta de su propia suite hacia la que estaba al final del pasillo.

Estaba bien cerrada.

Estuvo a punto de alcanzar la manija para entrar sin previo aviso, pero logró contenerse. Apenas.

Su golpe fue fuerte y firme.

Capítulo Nueve

La puerta se abrió una mínima rendija para mostrar el rostro de una joven doncella. Ella se sobresaltó al ver su rostro amenazador, pero luego enderezó los hombros. «¿Puedo ayudarlo, señor?».

«¿Dónde está ella?».

La expresión de la criada se tensó. «Mis disculpas, pero su esposa actualmente está indispuesta».

Algo se disparó en su estómago. «¿Qué le pasa?». Intentó mirar más allá de la mujer hacia el interior de la habitación, pero no vio a nadie en la sala de estar. «¿Dónde está ella?».

«La señora está descansando, señor. Si usted quisiera...».

Nicholas perdió la paciencia. Con una intensa mirada, colocó la palma de su mano en la puerta para abrirla, obligando a la criada a retroceder mientras él entraba a la habitación. Sin señales de su esposa, caminó hacia la puerta cerrada del interior del dormitorio.

El golpe de su puño no recibió respuesta más allá de las continuas protestas de la doncella detrás de él.

Golpeó de nuevo y finalmente escuchó la voz de su esposa gritando en un tono tranquilo de molestia. «¿Qué quieres?».

¿Qué quería?

Nicholas se tensó a pesar de su alivio al descubrir que, después de todo, ella todavía estaba en la casa. Miró con incredulidad a la doncella que lo observaba rígidamente, con una expresión de pura desaprobación en su rostro.

Volviendo a la puerta, murmuró, «te esperaba para cenar».

«No me siento bien».

«¿Por qué?», gruñó él. «¿Qué ocurre?».

«Nada».

«Entonces te unirás conmigo abajo».

«No, no lo haré», gritó. Había una innegable nota de pánico en su tono.

Un escalofrío recorrió su piel. *¿Qué diablos estaba pasando?*

«Abre esta maldita puerta», dijo bruscamente.

«Solo vete, por favor. Déjame en paz». Sus palabras suplicantes fueron seguidas por un inquietante sonido de angustia gutural.

Sin un pensamiento o un momento de vacilación, una oleada de miedo impotente y la intensa necesidad de *hacer algo*, provocaron que Nicholas alcanzara el pomo de la puerta. Estaba cerrado. Contra él.

La dura comprensión lo atravesó como una bala de cañón.

«No hay necesidad de preocuparse, señor», dijo la señora Frye mientras cruzaba la habitación con una pequeña bandeja con la cena. Nicholas ni siquiera la había oído llegar. «Estas enfermedades suelen aparecer y desaparecer. Se recuperará bastante pronto».

El ama de llaves le sonrió como si no le hiciera ninguna gracia el hecho de que su mujer se hubiera encerrado en su dormitorio. Seguramente algo andaba muy mal con ella si se encontraba tan indispuesta que no podía bajar a cenar o ni siquiera abrir la puerta para hablar con él.

¿Fue el bebé?

Una oscuridad fluyó a través de él ante ese pensamiento.

La señora Frye le entregó la bandeja a la criada y enfrentó la mirada ceñuda del amo con una amable mirada. «Todo está bien, señor. Lo prometo. Baje a cenar. Sé que Cook trabajó excepcionalmente dedicado en su comida de esta noche. Su esposa estará bastante bien en

nuestras manos», añadió asintiendo con la cabeza hacia la doncella que estaba rondando cerca de la puerta aún cerrada del dormitorio, mirándolo de reojo mientras claramente esperaba que él se fuera.

No había nada que él pudiera hacer. La señora Frye le había asegurado que el problema era temporal y muy probablemente relacionado con el embarazo, y eso ayudó a aliviar un poco su preocupación. Pero no del todo.

Nicholas regresó a la biblioteca y, aunque intentó disfrutar de la deliciosa comida que le habían preparado, apenas pudo saborear nada. Sus pensamientos estaban varados fuera de la puerta cerrada del dormitorio de su esposa, mientras ella permanecía al otro lado, pasando por incomodidades incalculables e inimaginables. Y no podía hacer nada al respecto.

Después de la cena, se retiró a la biblioteca y terminó la botella de vino de antes, además de servirse uno o dos tragos de whisky escocés.

Pero el alcohol no ayudó.

Casi deseaba que Reginald estuviera presente. Su hermano sabría muchas maneras de distraerlo de todo lo que no quería pensar o sentir. Pero estaba solo. En su noche de bodas. Sin nada que hacer más que reflexionar en silencio.

Horas más tarde, cuando finalmente se dirigió a su dormitorio, notó que una luz llegaba desde debajo de la puerta de la sala de estar privada de su esposa.

Estuvo tentado de llamar. Aunque solo fuera para asegurarse de que ya no se encontraba mal. En cambio, apretó los puños y continuó hasta su habitación. Su ayuda de cámara sabía que no debía esperarlo despierto, por lo que la habitación estaba en silencio y débilmente iluminada por solo un par de velas encendidas.

Nicholas se quitó el traje de noche y se deslizó un poco torpemente entre las sábanas de su cama.

Esa noche su descanso fue irregular. Sus tenues sueños estaban llenos de imágenes parpadeantes de una piel suave y pálida que adquiriría un tono rosado bajo una sedosa cascada de cabello negro. Estaba atormentado por el sonido ahumado de su voz... jadeando, suspirando, atrapado en éxtasis y gimiendo suavemente a medida que su placer se hacía más profundo.

Y cada vez se despertaba con una erección dolorosa y una ola de culpa por soñar tales cosas cuando la mujer que inspiraba su lujuria estaba claramente luchando con las consecuencias muy reales de su deseo.

Al levantarse tarde a la mañana siguiente, con la cabeza todavía nublada por el vino que había consumido la noche anterior, Nicholas se dirigió primero a su baño y luego se vistió para salir al aire libre, con la esperanza de que los fuertes vientos otoñales pudieran barrer los pensamientos y visiones que el sueño no había logrado alejar de su mente.

El aire estaba frío y húmedo, lo que permitía que los aromas terrosos de musgo, pino y piedra se filtraran en cada respiración. Aunque la propiedad de doscientos acres era un tesoro al estar tan cerca de Londres, una parte de Nicholas estaba triste porque no estaría en Glenwood para la primera nevada de la temporada. El invierno en Northumberland era su época favorita del año. La gélida naturaleza salvaje de los páramos cubiertos de nieve hacía que el antiguo torreón de piedra pareciera un refugio inexpugnable de calidez y confort.

Antes de que pudiera detenerse, tuvo una visión fugaz de su hijo corriendo entre la nieve mientras su esposa estaba sentada acurrucada en la esquina de su silla favorita junto a la ventana de la biblioteca.

Con una dura maldición, ahuyentó la imagen de su mente.

Una vez que Silver Oak fuera restaurada y convertida en una residencia adecuada, nada le

impediría regresar a Glenwood. Sin duda, su esposa desearía quedarse cerca de Londres y de su familia. Un matrimonio solo de nombre significaba que no había ninguna razón para que no vivieran separados. Sin duda, ella lo preferiría.

No te amaré.

Las roncas palabras que ella había pronunciado hacía tantas semanas se habían grabado en su alma. El placer y el dolor de esa noche se entrelazaron como colas de dragón en su memoria. Violento y hermoso. La pasión y el asombro de su unión lo habían alterado para siempre, pero la simple verdad de su declaración lo había herido más profundamente que cualquier cosa que hubiera sentido antes. Y ya una vez había soportado un dolor indescriptible.

No había forma de escapar del hecho de que cuanto más deseabas a alguien, más poder tenía para arrancarte el corazón y aplastarlo bajo sus talones. Y ya deseaba a Margot con una fuerza, profundidad e intensidad que Belinda nunca había estado cerca de inspirar. Lo supo en el momento en que vio por primera vez su mirada sorprendentemente inquietante en medio de Hyde Park hace tantos meses.

Había venido a la ciudad para confrontar a Reginald sobre los rumores de que estaba cortejando a una mujer con reputación de tener un comportamiento bastante rudo y logró localizarlo en el parque. No esperaba encontrar a su hermano y a la dama enfrascados en un acuerdo clandestino. Tampoco esperaba mirar a su acompañante de paseo y encontrarse completamente hechizado por la joven que le devolvía la mirada como un pajarito tranquilo pero feroz. Curiosa. Intencionada. Intrépida y audaz.

Algo se había quebrado dentro de él cuando miró sus ojos oscuros.

Había sido un cambio repentino de sí mismo. Instantáneo e irrevocable.

Y cada vez que había estado en su presencia desde... cada vez que ella había vuelto esa mirada inquisitiva y penetrante hacia él, se formaban más fisuras. Había tratado de mantener la distancia, había tratado de bajar la mirada cada vez que ella estaba cerca, pero no veía ni sabía el tormento que le causaba. Y al saberlo, usarlo contra él.

Lo había logrado durante meses. Hasta que ella acudió a él la noche de la boda de su hermano. Ella lo había mirado con sus ojos oscuros sutilmente desafiantes y su sonrisa a veces intensa y demasiado atrevida. Se había rendido a la intrusión de su mirada, al atractivo ahumado de su voz y de su resonante presencia. Y cuando él la alcanzó, ella se derritió en sus brazos.

Mientras su cuerpo respondía al sensual recuerdo, Nicholas murmuró otra colorida maldición y se volvió hacia la casa.

No podía entregarse tan profundamente a su deseo de cosas que nunca podrían repetirse. Solo lo haría sentir miserable y su situación intolerable. Seguramente, Silver Oak Manor era lo suficientemente grande como para que pudieran coexistir sin interferencias indebidas entre sí. De hecho, se aseguraría de garantizarle que era libre de moverse y ocuparse en lo que quisiera. Y él haría lo mismo. No había ninguna obligación de ceder unos a otros ni ninguna expectativa de coordinar actividades o algo así.

Se casaron solo de nombre. Su hijo nacería dentro de los lazos de su unión. Más allá de eso, podrían continuar como habían estado antes de la noche de la boda de Reginald.

Apenas más que completos desconocidos.

Y en primavera, una vez que la casa estuviera completamente restaurada y naciera el bebé... regresaría a la soledad de su finca en Northumberland.

Nicholas ignoró la aguda punzada de pérdida que sentía por lo que se vería obligado a dejar atrás. Probablemente era la única opción si alguno de ellos quería encontrar paz en esta unión inesperada.

Al volver a entrar a la casa, Greer lo interceptó inmediatamente. «Disculpe señor, pero la señora Frye se pregunta si le gustaría que le sirvieran el desayuno en la biblioteca».

Nicholas asintió y luego bajó las cejas. No quería preguntar, pero le parecía mejor saberlo. «¿Ya ha bajado?».

Las cejas de Greer dieron un salto sutil antes de volver a su posición habitual. «¿Se refiere a su esposa, señor?».

Nicholas respondió con una mirada penetrante.

«La señora Vane aún no ha aparecido. ¿Debo preguntarle cuáles son sus intenciones, señor?».

«No».

La ceja del mayordomo se arqueó, pero asintió y se dio la vuelta.

Una hora más tarde, Nicholas supuso que su esposa, de hecho, no se uniría a él para desayunar a pesar de que la señora Frye había asegurado que cualquiera que hubiera sido su enfermedad anoche, era temporal.

Su estado de ánimo cada vez peor seguía en aumento por el hecho de que había esperado tanto tiempo a su esposa que ahora se veía obligado a soportar una comida fría e insatisfactoria. Negándose a hacer que la cocina preparara comida fresca, pidió, sin embargo, una nueva bandeja de té caliente.

Su expresión debe haber sido bastante feroz cuando la criada que sirvió el té lo miró y le preguntó con algo parecido al terror. La tonta chica hizo sonar la bandeja mientras la dejaba en la pequeña mesa del comedor improvisada y prácticamente saltó de su piel cuando él habló.

«Me gustaría hablar con la señora Frye».

Los ojos de la criada se abrieron como platos y tartamudeó su respuesta. «S... sí, señor. Por supuesto, señor. De inmediato». Luego prácticamente huyó de la habitación.

¡Cristo! Él no era tan temible, ¿no?

El ama de llaves entró en la habitación unos minutos más tarde. La criada debió haber corrido a buscar a la anciana.

«Buenos días, señor», dijo la mujer con una sonrisa mientras su mirada rápida contemplaba el desayuno prácticamente intacto.

«¿Mi esposa todavía está indispuesta, señora Frye?», preguntó abruptamente.

«No lo creo, señor».

«Entonces, ¿qué excusa puso para no asistir al desayuno esta mañana?».

Las cejas del ama de llaves se arquearon. «Ninguna, señor. La señora Vane aún no se ha levantado de la cama».

Nicholas miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Ya era más del mediodía. No era una hora inusual para levantarse según los estándares de Londres, donde la mayoría de los eventos sociales se prolongaban hasta bien entrada la mañana, pero no pudo evitar hacer conjeturas.

«Parece que es costumbre de la señora no dormirse hasta bien entrada la mañana», explicó el ama de llaves. «Ella pidió que Jane no intentara molestarla hasta al menos media tarde, señor».

Al no tener idea de los hábitos de su esposa, no pudo refutar exactamente las palabras del ama de llaves. Pero hicieron poco para asegurarle que su esposa no se dedicaba a evadir su presencia.

Nicholas pasó las siguientes horas en su estudio, estudiando minuciosamente los planos para las reparaciones y restauración, haciendo otros nuevos, revisando las notas del capataz

mientras el ángulo del sol proyectaba una serie de sombras en movimiento sobre el suelo. Le sirvieron el almuerzo allí, en su escritorio, y retiraron los restos. Seguido finalmente por el té.

Poco después de que retiraron la bandeja del té, se tomó un descanso de su trabajo y se levantó para atizar el fuego. Hizo una pausa, como siempre hacía, para mirar las llamas parpadeantes. No tenía idea de cuánto tiempo había estado cavilando cuando una ráfaga de conciencia lo reclamó.

Le erizó la nuca. Su vientre se retorció con una longitud deliciosa y ponderada, y la sangre se le subió a la ingle.

Ya no estaba solo. No necesitaba verla ni oírla para saber que estaba allí.

Rechinando los dientes posteriores, rápidamente obligó a sus deseos internos a someterse a su control con esposas de hierro antes de girarse para mirar a su frustrantemente fascinante y profundamente deseable esposa.

Capítulo Diez

¡Por todos los hongos sagrados, qué mirada tan feroz tenía ese hombre!

Margot se obligó a no estremecerse ante su repentina y directa atención. Una tarea difícil, considerando lo profundamente que su mirada penetraba en su ser. Con los pies bien firmes, la columna recta y los hombros ensanchados, tenía el porte de un rey medieval. O la de un dios pagano al que no le molestaban las vulnerabilidades, esperanzas o anhelos de los mortales débiles y miopes. Nicholas Vane no tenía modales amables. Todo en él eran aristas y ángulos duros. Sin embargo, de alguna manera, incluso en su frialdad, lograba inspirar una gran cantidad de calor dentro de ella.

Al darse cuenta de que él había estado mirándola durante varios momentos mientras ella permanecía silenciosa e inmóvil, se aclaró la garganta y dio un paso adelante, cruzando el estudio con pasos suaves. Su cuerpo visiblemente se tensó mientras se acercaba. Margot se negó a permitir que su reacción la molestara y le ofreció una sonrisa rápida, aunque incómoda. «Buenas tardes», lo saludó.

El breve sonido parecido a un gruñido que emitió podría haber sido una respuesta.

Con otro suspiro más pequeño ella renunció a la sonrisa.

Quería decir algo más, preguntarle sobre su día o disculparse por perderse la cena de anoche, pero no podía decidir la frase exacta bajo una mirada tan intensa. Estaba claro que su intrusión en su estudio lo había irritado.

¿Todavía estaba molesto con ella por lo de anoche?

La intensa sensación de náuseas sin duda había sido provocada por el hecho de que había estado distraída y apenas había comido en todo el día. Afortunadamente, Jane de alguna manera supo exactamente lo que necesitaba y pidió que le llevaran un plato a la habitación. Y la señora Frye había sido muy compasiva y le había asegurado que tendría algo a mano para picar en todo momento del día. No hacía falta decir abiertamente que Margot estaba embarazada. Las mujeres simplemente parecían saberlo.

Pero una vez que Margot volvió a sentirse ella misma, no se atrevió a salir de su habitación. La voz enojada de su marido todavía resonaba en su cabeza. Y aunque su tono conciso y su rostro ceñudo no se acercaban en absoluto a la violencia y la furia que había experimentado cuando era niña al presenciar las inagotables peleas de sus padres, una vez que los pensamientos sobre su infancia aparecían en la conciencia de Margot, eran difíciles de deshacerse de ellos. Había requerido una gran cantidad de esfuerzo y distracción para hacer que los recuerdos volvieran a las sombras y apagar los miedos que habían inspirado.

Cuando un sonido extraño y grave retumbó en el pecho de su marido, se dio cuenta de que una vez más había estado mirándolo en silencio durante una cantidad excesiva de tiempo. Ella levantó la mirada hacia su rostro con un rápido parpadeo.

El poder de su mirada instantáneamente le dejó sin aliento.

Fue necesaria toda la fuerza y el orgullo que su abuela le había inculcado para quedarse quieta y mirarlo. No porque tuviera miedo de lo que veía en sus ojos brillantes, sino porque estaba aterrorizada por lo que le hacía sentir. Emociones demasiado intensas para estar a salvo. Pasiones demasiado ardientes para ser cualquier cosa menos destructivas.

Pero ella no huiría. Ella había sido forjada bajo presiones más altas de las que él podía infligir.

«Confío en que te sientas mejor hoy».

Sus palabras fueron un ruido sordo en el silencio de la habitación.

Margot asintió. «Así es».

Cuando él no dijo nada más, ella respiró lentamente y usó un dedo para empujar sus anteojos hasta el puente de la nariz. «Me pregunto, si no estás ocupado en otra cosa...», señaló con una rápida mirada parpadeante a su escritorio lleno de papeles, «¿si me mostrarías la casa?».

Sus cejas se fruncieron brevemente. «¿La señora Frye no te dio un recorrido completo?».

«Lo habría hecho», respondió Margot rápidamente. «Me presentaron al personal, pero quería...», ella levantó y dejó caer los hombros encogiéndose un poco. «Pensé que tal vez me llevarías a conocer los alrededores».

Margot se dio cuenta de que su petición podría causar mayor irritación, pero sintió una profunda curiosidad por ver la casa a través de los ojos de su marido. Quería oír sus planes en su propia voz baja y texturizada. Por alguna razón, parecía de vital importancia que fuera él quien le presentara el hogar que iban a compartir.

Cuando su expresión se oscureció aún más y los músculos de su mandíbula se tensaron, levantó las cejas con expectación.

Aun así, él no respondió.

«Tienes permitido decir que no», espetó ella cuando la incomodidad de su silencio se volvió demasiado abrumadora. «Estoy segura de que la señora Frye...».

«Yo te llevaré».

La fuerza de su interrupción, junto con el paso abrupto que dio en su dirección, hizo que a Margot se le cortara el aliento en la garganta antes de escapar de nuevo en un sutil «oh», cuando sus ojos se abrieron con sorpresa.

Sus ojos azules parpadearon y su atención cayó sobre sus labios entreabiertos por un momento. El tiempo suficiente para provocar sensaciones salvajes en el estómago de Margot. Luego fijó su mirada parpadeante con el ceño fruncido. «A menos que hayas cambiado de opinión».

«No lo he hecho», respondió ella rápidamente.

Cuando él bajó la barbilla y pasó junto a ella, su estómago realizó un pequeño y turbulento ascenso y descenso que provocó temblores inquietantes por todo su cuerpo.

Margot ejecutó una orden silenciosa y severa sobre su funcionamiento interno. No se podía permitir que continuaran tales reacciones. Si alguna vez esperaba experimentar algún tipo de calma y normalidad en presencia de su marido, tendría que empezar a ejercer un poco de autocontrol.

«Por aquí».

Ella lo siguió rápidamente mientras él la conducía primero a la biblioteca de al lado.

Si había pensado que el estudio del caballero era impresionante, lo que ciertamente le parecía con su escritorio con cubierta de cuero, su hermoso paisaje sobre la repisa de piedra tallada y sus sillones de respaldo alto generosamente acolchados, la biblioteca lo era increíblemente más.

La biblioteca, que ocupaba gran parte del ala este de la casa, había sido renovada con la misma atención al confort y al estilo discreto que el estudio y los apartamentos privados de arriba. Se había colocado temporalmente una pequeña mesa de comedor en el centro de la habitación y Margot recordó que la señora Frye le advirtió que como el comedor aún no estaba utilizable, probablemente tomarían la mayoría de las comidas en la biblioteca.

Margot estaba muy contenta con esa decisión ya que la habitación poseía un atractivo

innegable. Los muebles eran modernos y cómodos y, aunque no estaban iluminados, todas las lámparas y apliques de pared estaban claramente modernizados, desde la luz de las velas hasta la luz del gas. Los dos ventanales habían sido equipados con acogedores asientos junto a las ventanas con suaves cojines y cortinas que se podían cerrar para mayor privacidad. Y los dos tercios de las estanterías estaban llenos con una extensa colección de tomos, que iban desde antigüedades hasta las publicaciones más actuales y de moda.

Cuando preguntó qué trabajo se había requerido para llevar el ala este a su estado actual de lujo y funcionalidad, su esposo la miró con recelo, como si no supiera por qué preguntaría tal cosa. Pero mientras ella seguía parpadeando expectante, él finalmente describió las diversas reparaciones, renovaciones, actualizaciones y elecciones estilísticas que se habían hecho.

Margot notó cómo su voz parecía suavizarse y caer en una cadencia suave y sin obstáculos cuando profundizaba en los detalles de la obra. El sonido era casi relajante y Margot tuvo que recordarse varias veces que debía concentrarse en sus palabras en lugar de en la forma en que su boca se movía entre las muchas consonantes y vocales.

Después de que él le frunciera el ceño varias veces con curiosidad, ella decidió asegurarse de que su mirada se dirigiera a otra parte durante esas explicaciones.

Desde la biblioteca, abandonaron el ala este para explorar las salas que se extendían desde el vestíbulo de entrada principal. Pasaron por una pequeña sala de desayunos, una gran sala y un pequeño salón, todo recién limpiado, pero todavía necesitado de algunos cuidados y completamente desprovisto de cualquier comodidad o decoración. Como era de esperar, el gran comedor era similar, aunque contenía una enorme mesa cubierta con tela guardapolvo, que Vane explicó que había estado en la casa todos los años que había estado vacía.

«No he decidido si lo conservaré o lo reemplazaré».

«Oh, debes mantenerlo». La firme insistencia en el tono de Margot atrajo su mirada aguda. «Claramente ha echado raíces aquí. Tan pronto como puedas quitar esta mesa de Silver Oak, quitarás los árboles que hacen guardia afuera», explicó apresuradamente antes de darse cuenta de lo extraño que probablemente sonaba su razonamiento.

Las mesas no pueden echar raíces, Margot.

Afortunadamente, aunque la miró con oscura confusión, asintió antes de girarse para conducirlos de regreso a través del pasillo hacia las cocinas ocultas detrás de la gran escalera.

A Margot le habían presentado a Cook y a su personal ese mismo día y ahora los saludó con una rápida sonrisa. Como nadie parecía perturbado por la inesperada intrusión de Vane, Margot sospechó que probablemente había visitado mucho las cocinas en sus visitas anteriores a la mansión.

Aunque inicialmente parecían muy anticuadas, Vane había logrado instalar algunas comodidades modernas y había reemplazado la vieja estufa por una completamente modernizada. Las cocinas se componían de una zona principal para preparar las comidas, así como de una sala separada con dos hornos de piedra para cocer el pan, una sala para preparar la caza fresca y otra más para recoger y secar hierbas y hortalizas recogidas en las huertas.

«Me temo que los huertos están en un estado lamentable», señaló Cook malhumorado, «pero hemos comenzado el proceso de limpieza y esperamos plantar frescos en la primavera».

«Muy bien», murmuró Vane con un gesto de agradecimiento.

Mientras regresaban para subir la escalera principal al segundo nivel, Margot admitió lo impresionada que estaba por lo mucho que había logrado con la propiedad en tan poco tiempo.

Por el rabillo del ojo, lo vio tenso a su lado antes de murmurar con brusquedad, «aún queda mucho por hacer. No solo a la casa, sino también a los terrenos».

«¿Qué tamaño tiene la finca?».

«Doscientos acres».

Margot quedó asombrada por el tamaño. «¿Tan cerca de la ciudad?».

«Silver Oak ha estado descuidado durante tanto tiempo que la mayoría de la gente olvidó que estaba aquí. Simplemente continuaron construyendo a su alrededor mientras la antigua casa y los terrenos dormían seguros dentro de sus límites boscosos».

Su voz se volvió casi reverente mientras hablaba, provocando que delicados escalofríos recorrieran su piel.

Luego se aclaró la garganta con brusquedad. «Si hubiera sabido que no sería solo yo el que me instalaría aquí, habría centrado el trabajo en otras necesidades».

Al detectar el reproche en sus palabras, Margot se puso rígida. Pero un rápido vistazo a su brillante perfil sugirió que su censura era autodirigida.

Cuando llegaron al amplio rellano superior, Vane giró por un pasillo en sombras en lugar de continuar hacia el salón de baile. La iluminación era más tenue aquí y el aire estaba pesado. Y mucho más polvoriento.

Cuando ella no pudo contener un estornudo, él murmuró, «esta área aún no ha recibido atención, pero su estructura es sólida».

El pasillo giraba y se dirigía a una sala de música de buen tamaño, otra sala que sería perfectamente adecuada para jugar al billar o juegos similares, y a una antigua armería. La última habitación estaba situada en la esquina delantera de la casa.

En el momento en que Margot entró en lo que alguna vez pudo haber sido un salón o una sala de estar adicional, sintió una curiosa calidez flotando a su alrededor con un sutil aroma a madreSelva y clavo. Aunque las amplias ventanas daban al camino de entrada y dejaban entrar mucha luz natural en la habitación, estaban parcialmente protegidas por las ramas de uno de los grandes robles que crecían cerca de la casa. La chimenea era de tamaño modesto, pero poseía un espacio de piedra lo suficientemente ancho y largo para diversos usos.

Margot se detuvo en medio de la habitación, respiró profundamente y se volvió hacia Vane, que había permanecido en la puerta.

«¿Puedo tener esta habitación?».

Bajó la barbilla y una profunda arruga ensombreció su frente. «¿Quieres la habitación?», preguntó con voz ronca, claramente encontrando la petición extraña.

Pero a Margot no le importó. «Sí», señaló con un movimiento de cabeza para enfatizar. «Me gustaría tener esta habitación solo como mía».

Su ceño se oscureció. «Esta ala oeste no ha sido restaurada adecuadamente».

«Es perfecta». Su ceño se profundizó cuando los músculos de su mandíbula se tensaron y sus ojos helados se entrecerraron. Pero Margot no iba a permitir que él se la negara. La habitación sería suya. «¿Hay algo inseguro en esta área de la casa?».

Después de un momento, él respondió, «no».

«Un poco de ventilación es todo lo que necesita».

«La chimenea no se ha limpiado desde hace décadas. No hay muebles».

«Me ocuparé de todo», ofreció rápidamente.

Aunque su expresión permaneció tensa, finalmente accedió, con extrema desgana. «Supongo que no hay razón para negarse».

Margot esbozó una sonrisa de gratitud. «No lo hay. Gracias».

Él asintió brevemente y luego regresó al pasillo. «¿Seguimos?».

Con sus pasos aligerados por la anticipación de cómo haría uso de la sala, Margot pasó

junto a él para guiarle de regreso al salón de baile. Sin embargo, mientras lo hacía no pudo evitar mirarlo con otra sonrisa.

La dura mirada que recibió a cambio inmediatamente apagó su momentánea felicidad. Bajando la barbilla, cruzó el pasillo, sintiendo su inquietante presencia detrás de ella en cada paso del camino.

Cuando él pasó junto a ella para guiarlos a través de las amplias puertas dobles hacia el salón de baile, se dio cuenta de que iba a tener que decir algo. No estaba del todo convencida de que fuera una buena idea, pero las palabras ya le apretaban los dientes. No había esperanza para ello.

Logró llegar hasta el centro de la sala cavernosa antes de perder la batalla.

«¿Tú me odias, señor Vane?».

Él estaba medio paso por delante de ella cuando habló, pero sus palabras inmediatamente lo hicieron detenerse para mirarla.

Siguió un largo silencio mientras él la observaba fijamente, con su mirada lo suficientemente dura y fría como para hacerla temblar. Se le puso la piel de gallina y los músculos de sus muslos se tensaron para evitar que sus rodillas se doblaran. Margot contuvo la respiración esperando su respuesta. Todo su cuerpo temblaba por dentro, pero se obligó a permanecer firme y sin parpadear bajo el peso de su concentración.

Aunque él no la asustaba de ninguna manera, ella parecía no poder evitar sentirse tan malditamente vulnerable bajo su mirada. Vulnerable y... sin aliento..., e inquieta..., y más que un poco desesperada.

De repente, recuerdos no deseados pasaron veloces y ardientes por su mente.

El apretón confiado y posesivo de sus manos.

La textura de su piel, áspera por el pelo.

El calor de su aliento en su cuello.

Y la dureza de él, presionando entre sus muslos, reclamando espacio dentro de ella.

El calor subió a través de su torrente sanguíneo para escapar de su piel enrojecida envuelta en una fina capa de sudor. Realmente debería haber resistido la compulsión de obligarlos a seguir este rumbo de conversación. No se sentía en absoluto en control de la situación y de repente no estaba del todo segura de querer saber la respuesta a su descarada pregunta.

Pero entonces, las fosas nasales de él se dilataron y su mandíbula se tensó mientras separaba los labios para hablar. «No. No te odio», murmuró con brusquedad.

El peso de su voz se instaló en su estómago. Ella quería creerle.

Inclinando la cabeza, empujó sus anteojos para que se acomodaran más firmemente en el puente de su nariz. «Entonces, ¿por qué te parece tan difícil mirarme sin ira y animosidad?».

La intensidad de su concentración era como fragmentos de hielo, pero no era frío lo que quemaba sus entrañas mientras la miraba entonces. Era calor, fuego y, que el cielo la ayudara, *deseo*.

El reconocimiento inesperado de lo que estaba sintiendo provocó una brusca dificultad en su respiración y un renovado temblor en su vientre. Sus manos se cerraron en puños apretados mientras el miedo la recorría como una ola. El deseo era algo terriblemente peligroso.

Un instinto de autoconservación la obligó a pronunciar más palabras en sus labios mientras retrocedía. «Lo lamento. No debería haber hecho esa pregunta».

Justo cuando ella se habría dado vuelta para huir, su gran mano la detuvo en seco alrededor de su muñeca. Y aunque no era un agarre fuerte, Margot sabía que no sería fácil

romperlo. En lugar de intentarlo, se mantuvo dolorosamente quieta. Su único movimiento fue el violento latido de su corazón.

Capítulo Once

No debería haberla tocado... no debería seguir manteniendo sus dedos alrededor de su muñeca mientras su pulgar presionaba su frenético pulso. Pero nada dentro de él le permitiría dejarla ir en ese momento.

¿Pero cómo podría explicarlo?

Durante muchos años, sus pensamientos y emociones habían existido como bestias gruñendo y en guerra dentro de él. Viviendo solo en Glenwood, con sus únicos compañeros el viento y la naturaleza, no había tenido motivos para domar el tumulto en su interior. Cuando su mente se oscurecía más con los recuerdos del pasado, a menudo alimentaba la furia y la desconfianza, consolándose con su fuerza cuando se sentía más débil. Se había permitido esconderse entre las sombras de la rabia y el miedo.

Y por eso esta pequeña mujer de cabello negro azabache representaba tal riesgo para él.

Cuando ella inclinó su rostro hacia el de él, mirándolo a los ojos con una pregunta firme y sin pestañear, las sombras amenazaron con irse, para dejarla entrar en contra de su mejor juicio, y él perdió la capacidad de hablar. Se le hizo un nudo en el estómago. Su pecho se contrajo por la respiración. Y su lengua se convirtió en una masa de plomo en su boca.

Ella era su esposa. Ella estaba embarazada de su hijo. Ella merecía su respeto y protección.

Sin embargo, lo único que podía pensar cuando ella estaba cerca era cómo una vez se había movido contra él con pasión y gracia sinuosa.

Apretó los dientes contra el abrumador impulso de abrazarla para poder saber si sus recuerdos contenían algún indicio de realidad. El esfuerzo por mantenerse en el lugar requirió la fuerza de todas sus facultades.

«Yo...».

Cuando su garganta se negó a permitir más sonido, sus labios se abrieron en una suave exhalación mientras se giraba y daba un paso hacia él. La sensación lo atravesó. Truenos atravesaban su sangre.

«No eres tú», murmuró con voz ronca, su corazón acelerado por el pánico. Pero *era* ella. *Todo* era ella. «Todo el mundo sabe que soy un bastardo cruel y maleducado».

Ella parpadeó y luego entrecerró los ojos por un momento.

Esperaba que ese fuera el final.

No lo era

Con un curioso tic en la comisura de su atrevida y encantadora boca, inclinó la cabeza. «Yo no soy todo el mundo. Y no sé nada de lo que dices».

La frustración se enredó con la lujuria y el anhelo que ya lo atravesaban. Los labios de Nicholas se curvaron. «No sabes nada en absoluto», refunfuñó con dureza.

Su sutil diversión inmediatamente se convirtió en curiosidad en lugar de ofensa. Su mirada recorrió rápidamente sus rasgos, antes de sumergirse en una silenciosa tristeza. «Ya veo», susurró ella.

¿Qué? ¿Qué veía ella?

Nicholas se tensó lo suficiente como para que le dolieran los músculos de la columna. No se dio cuenta de que su mano se había apretado exponencialmente alrededor de su muñeca hasta que ella miró hacia donde él la sostenía.

Él la soltó con un áspero gruñido y se dio la vuelta.

«No tendrás que preocuparte de mi mal humor por mucho tiempo», dijo, las palabras surgiendo duras y pesadas de su pecho. «Me quedaré aquí durante el invierno, el tiempo suficiente para ver terminadas las importantes renovaciones y esperar que nazca el niño. En primavera regresaré a mi finca en Northumberland».

Podía sentir su mirada, intensa e inquebrantable, pero ella no dijo nada. Después de un momento, cruzó el salón de baile hacia el refugio de su suite privada. Se sentía como el imbécil que todos creían que era, pero decididamente era lo mejor. No tenía ningún deseo de torturarse creando falsas esperanzas o expectativas.

Quizás podría haberse esforzado más en explicarlo. Pero ¿cómo admitir que no tenía nada en su interior más que dolor, arrepentimiento e ira? ¿Cómo se podía decir que sus partes amables y gentiles habían sido reducidas a cenizas hace mucho tiempo?

#

Margot observó hasta que su marido desapareció por la puerta del otro extremo del salón de baile. Una presión creció dentro de ella, una presión que nunca había experimentado. Le apretó el corazón y le rodeó la garganta con una mano firme. Por un momento, temió que pudiera expandirse lo suficiente como para consumirla.

Con una desesperación que no había sentido en mucho tiempo, luchó contra ella.

Ella era más fuerte que el dolor en su interior. Más fuerte que el miedo que amenazaba con disolver su existencia.

Sin embargo, incluso cuando sintió un lento retorno de su compostura, una maldición permaneció en la punta de su lengua. Una maldición cruel y furiosa que poseía una vehemencia que la sorprendió. Y se arrepintió al instante. No le gustó el sabor de palabras tan hirientes. Le recordaban demasiado a sus padres. Antes de su muerte, había escuchado una serie de sentimientos venenosos intercambiados entre ellos. Lo odiaba entonces y había encontrado otras frases, menos mordaces, para liberar su frustración en los años posteriores.

Con un movimiento de cabeza, obligó a ocultar los sentimientos desagradables e incluso los pensamientos más desagradables aún.

Él tenía razón.

Lo mejor era que mantuvieran la distancia. Claramente, no eran capaces de estar en compañía del otro por mucho tiempo antes de que las cosas se convirtieran en un desastre de confusión y frustración y otras cosas que era mejor no nombrar. El suyo era un matrimonio solo por nombre. Muchas parejas vivían separadas y llevaban vidas igualmente separadas. No era algo demasiado inusual. Y para ambos era decididamente más seguro.

Entonces, ¿por qué la idea la hacía sentir tan miserable?

¿Qué había en él que tan fácilmente hacía que sus entrañas se retorcieran y revolvieran en una combinación tan conmovedora de anhelo y temor?

No importaba.

Prestar atención a los sentimientos que él despertaba en ella no solo era una completa pérdida de tiempo, sino que era peligroso.

Aunque esa noche cenaron juntos en la biblioteca. Fue una comida espantosamente silenciosa e incómoda. Cuando se levantaron después de retirar el último plato, él se aclaró la garganta.

«Probablemente, durante un tiempo estaré cenando en mi estudio. Tengo mucho trabajo que gestionar con las renovaciones».

Margot lo miró fijamente con una terrible sensación de hundimiento en el estómago. «Lo

entiendo».

Ella debería estar agradecida. Aliviada. No tendría que pasar todas las noches luchando para mantener bajo control sus temblorosos nervios. Su indiferencia era exactamente lo que quería.

Si tan solo ella pudiera cultivar lo mismo por él.

Su mirada se encontró con la de ella brevemente, el contacto alteró sus nervios, antes de asentir. «Buenas noches», murmuró él.

Sin nada más que decir, ella murmuró lo mismo y luego se retiró a su habitación, dejándolo pasar el resto de la velada como más deseaba: solo.

Decidida a honrar su deseo de aislamiento, Margot pasó los días siguientes instalándose en su nuevo hogar.

Empezó a dar largos paseos por la finca justo antes del anochecer. Saber que había mucho más de Silver Oak para ver la inspiraba y motivaba, eran ¡doscientos acres!; mientras que el aire fresco del otoño y la emoción de la exploración la ayudaban a distraerse de pensamientos incómodos. También descubrió que si tenía un refrigerio ligero a la mano cuando se despertaba por primera vez, podía evitar sus náuseas matutinas, por lo que se aseguró de que Cook supiera cómo preparar las galletas de miel y jengibre de su abuela, que resultaron ser las más efectivas.

Y por supuesto, para ocupar su tiempo estaba su nueva habitación en el ala oeste. Una vez limpiada la chimenea, habló con la Sra. Frye sobre la adquisición de ciertos muebles para el espacio. El ama de llaves obviamente tenía curiosidad, pero explicó que la vieja mesa del comedor no había sido lo único que habían dejado los residentes anteriores. Todo estaba guardado, pero estaba segura de poder encontrar las piezas que Margot había solicitado.

Durante esos primeros días, vio a Vane solo pocas veces. Él tendía a encerrarse en su estudio o en la biblioteca siempre que era posible y, por lo general, ya llevaba horas allí cuando ella se aventuraba a bajar de su dormitorio. Si ella lo espiaba, normalmente era más tarde en la noche, cuando la casa ya había sido envuelta por el silencio de la oscuridad.

Después de un par de situaciones difíciles en las que apenas tuvo tiempo de retroceder hacia las sombras oscuras mientras él pasaba camino a sus habitaciones, decidió esperar hasta que él se fuera a la cama antes de salir a vagar por la casa en la oscuridad y en silencio. Jane a menudo se lamentaba del estado de sus camisones, preguntándose cómo los dobladillos podían ensuciarse tanto y desgastarse mientras enviaba a Margot una mirada cautelosa de reojo. La sospecha de la criada divertía a Margot y evadía intencionalmente las sutiles preguntas de la otra mujer. Era exactamente el tipo de cosas con las que ella y Cecily se habrían divertido, fomentando susurros y rumores sobre las excentricidades de su familia simplemente negándose a dar explicaciones adecuadas para comportamientos simples que otros consideraban extraños.

Nadie podía entender realmente qué había llevado a su abuela a permanecer despierta hasta altas horas de la mañana y luego fomentar el mismo comportamiento en sus nietas jóvenes. Nadie podría saber realmente el nivel de agravio, arrepentimiento y miedo que podría invadir una casa al caer la noche. Ni lo importante que era tener un compañero en la oscuridad, una persona que iluminara las sombras con su presencia y alejara las pesadillas con risas, susurros y juegos.

La abuela lo sabía.

Cuando Margot llegó a Hargrave House y acababa de perder a sus padres, tan solo contaba con seis años. Recordaba haber visto el cielo oscuro fuera de las ventanas y cómo su abuela la había observado con ojos negros y tranquilos y una sonrisa triste y silenciosa. Recordó a Cecily a su lado. Su prima, solo un año mayor, ya llevaba años viviendo en Hargrave House. Ella se mostró atenta al instante, a pesar del intenso retraimiento de Margot.

Cecily había parloteado sobre tonterías durante horas mientras la oscuridad seguía invadiendo la casa. Y cuando el temblor de Margot finalmente se hizo demasiado pronunciado para ignorarlo, la abuela se puso de pie y sugirió que bajaran todas a la cocina a preparar una tanda de galletas. Y cada noche que siguió había sido más de lo mismo. A veces, lady Hargrave se unía a las actividades de medianoche. Otras veces, dejaba que las niñas descubrieran sus propios placeres. Y pronto, ninguna de las chicas podía imaginarse buscando alguna vez sus camas antes de que los primeros y débiles dedos del amanecer comenzaran a asomarse en el horizonte.

Con el tiempo, Margot había empezado a encontrar cierta benevolencia en la oscuridad, lo que antes la aterrorizaba. Una benevolencia que con el tiempo se convirtió en una especie de acuerdo afín que no la abandonó al mudarse a Silver Oak Manor.

Era en esas horas silenciosas y solitarias cuando Margot a veces imaginaba describiéndole su nueva vida a Cecily. En su mente, le contaba a su prima cómo los robles brillaban bajo la luz de la luna creciente y cómo el jardín olía a misterio y secretos bajo un cielo estrellado. Admitió lo aterrador y mágico que se sentía saber que sería madre antes del verano. Y una vez confesó que le dolía el cuerpo cuando pensaba en su marido. Y cómo le dolía aún más el corazón. Y cómo ambos la asustaban tanto que a veces quería meterse en un pequeño agujero oscuro y olvidar cómo sentir algo.

Otras noches, se cubría el vientre con ambas manos y hablaba en suaves murmullos con la vida que crecía en su interior. Ella nunca hablaba de sus preocupaciones y temores íntimos en esos momentos. Era posible que se hubiera visto obligada a ser testigo de la miseria y el tormento de sus padres, pero su hijo nunca cargaría de la misma manera con las sombras que ella llevaba encima.

#

Cuando los trabajadores regresaron a la casa, Margot casi agradeció la nueva distracción. Si tan solo no insistieran en comenzar su trabajo tan temprano.

La primera mañana la despertaron, después de apenas una hora de sueño, el sonido de golpes y pasos pesados y algún grito o risa ocasional, que parecía venir justo encima de ella, se sintió tan intensamente sorprendida que le tomó varios minutos para poder determinar la causa del ruido. Y luego, una vez que lo hizo, su incomodidad matutina repentinamente la golpeó y ya estaba corriendo hacia el orinal. Incluso después de mordisquear algunas galletas, no logró volver a dormir durante un par de horas más mientras luchaba por bloquear el ruido resonante. Al final, prevaleció su cansancio.

Pero al día siguiente ocurrió lo mismo. Y al siguiente. Y pronto empezó a sentirse un poco enojada por la falta de sueño. Hasta que un día, los temblores de una terrible conmoción la arrancaron del sueño. Sonaba como si una carretilla llena de pesadas herramientas de hierro acabara de ser arrojada al suelo de madera sobre su cabeza.

Haciendo caso omiso de la ya familiar incomodidad en su estómago, Margot rodó fuera de su cama y agarró el chal de lana que nunca estaba lejos de su alcance. Envolviéndolo firmemente alrededor de sus hombros, salió de su dormitorio y recorrió el pasillo por la escalera. Todavía medio despierta, subió pesadamente al piso de arriba, con los pies descalzos, los ojos nublados por apenas una o dos horas de sueño y el cabello recogido en una trenza desordenada que le caía sobre el hombro.

En lo alto de las escaleras, siguió el sonido de las voces de los hombres hasta una pequeña habitación atestada de montones de restos de madera y de varios hombres que estaban de pie mirando algo entre ellos. El olor a aserrín, humedad y moho llegó a sus fosas nasales

mientras caminaba audazmente entre los trabajadores reunidos.

Cuando algunos de ellos notaron su presencia, murmuraron bruscamente y rápidamente retrocedieron, abriendo un camino hacia lo que sea que los tenía a todos parados.

Ella vio la sangre primero.

Era difícil no hacerlo cuando el resto del entorno era una mezcla de marrón, gris y beige. El rojo intenso resaltaba en la combinación de colores apagados como una llama en la oscuridad.

Ciertamente, Margot había visto sangre muchas veces en su vida, pero generalmente era con cierto conocimiento previo y expectativa. Verlo tan crudo e inesperado cuando no lo esperaba en lo más mínimo le provocó un vuelco en el estómago y un repentino mareo. Una visión brumosa de un rojo brillante que se extendía en un charco que crecía rápidamente sobre una piedra gris vaciló en su mente, antes de alejarla con un profundo suspiro de limpieza. La fuerza del recuerdo y el esfuerzo necesario para sacudirlo inspiraron tensión en cada centímetro de su cuerpo.

Con el ceño fruncido, apartó su atención del antebrazo que goteaba sangre de una llamativa herida para ver que la herida pertenecía a su marido, lo que no tenía absolutamente ningún sentido para su mente aturdida por el sueño.

Capítulo Doce

Nicholas ardía mientras miraba a su esposa.

Supo que ella estaba allí tan pronto como los hombres se hicieron a un lado, pero se negó a mirarla. No quería creer que ella sería tan imprudente como para acudir hasta allí.

El tercer piso no era seguro.

Y ella no iba completamente vestida.

Su corazón dio un vuelco salvaje hasta su estómago antes de volar de regreso para golpear fuertemente su pecho.

Parecía muy pequeña allí parada entre media docena de hombres toscos. Tenía los pies descalzos sobre el desgastado piso de madera lleno de escombros y todo lo que llevaba sobre su sencillo camión de franela era un pesado chal de lana que lograba proporcionar al menos un mínimo de modestia. Pero los elementos más sorprendentes de su apariencia fueron la súplica suelta de su cabello en forma de alas de cuervo y la falta de esas gafas que distraían.

Todo su maldito cuerpo explotó de sensación. Placer hormigueante. Resistencia feroz. Un ansia profunda y dolorosa.

Sólo la había visto sin esas malditas gafas una vez, cuando él mismo se las quitó la noche de la boda de Reginald. Justo antes de que él la acercara lentamente a sus brazos, presionara su boca contra su piel cálida y cremosa y se perdiera para siempre.

Quería gritarle que volviera a su habitación.

Quería gruñirle a cada hombre que se atreviera a mirarla. Aunque algunos de ellos habían apartado la mirada por respeto, hubo algunos que miraron lascivamente con abierta apreciación. Quería gruñir y chasquear los dientes, pero su cuerpo se había convertido en piedra. Apenas podía recuperar el aliento.

Su esposa parecía igualmente atónita mientras miraba con los ojos muy abiertos la herida en su brazo causada por una astilla de madera que salió despedida del panel que estaban derribando. Cuando ella finalmente levantó su mirada parpadeante hacia la de él, él notó la vaguedad del impacto en su mirada. Pero no solo se sorprendió al encontrarlo en tal estado. Había una cualidad inquietantemente atormentada en su actitud.

Entonces, de repente, la tensión le puso rígida la mandíbula y parpadeó para quitar el brillo de sus ojos. Sus nudillos se pusieron blancos donde apretaban los bordes de su chal mientras caminaba hacia él. «¿Qué has hecho?».

Apenas podía hablar, ya que la anticipación y el temor atenazaban su garganta. Él no la quería más cerca. No podía. No mientras estaba sintiendo tanto. Un sonido grave y retumbante surgió de su pecho. Logró pronunciar solo una palabra. «Fuera».

Aunque no dirigió la orden a nadie en particular, el señor Tally y sus hombres se marcharon rápidamente. Nicholas mantuvo la mirada fija en su esposa mientras ella levantaba la barbilla y se aventuraba más cerca. Estaba claro que pensaba que la orden era para ella, pero se acercó a él de todos modos, por desafío directo.

Le dolía el pecho. ¿Cómo podía no saber que ella era la única persona que quería cerca de él? Siempre.

Deteniéndose frente a él, se soltó el chal para apoyar la mano debajo de su antebrazo y mostrar la herida a la luz. Sus dedos estaban fríos pero firmes contra su piel y él permaneció dolorosamente quieto mientras ella inspeccionaba brevemente la herida.

Luego, manteniendo la cabeza gacha, se dio la vuelta.

«Habrá que limpiarlo y vendarlo», señaló con total naturalidad. «Reuniré los suministros. Puedes esperarme en tu sala de estar».

Nicholas permaneció en el lugar por un rato más después de que ella salió de la habitación.

Luego, como no tenía idea de qué más hacer, la siguió. Ella ya estaba fuera de su vista cuando llegó al final de las escaleras, así que hizo lo que ella le había indicado y se dirigió hacia su sala de estar privada. Allí se sentó pesadamente en un sillón frente al fuego.

Mientras se restauraba Glenwood, Nicholas descubrió una afinidad por el trabajo de carpintería. Disfrutaba el dolor de sus músculos al final de un largo día y la satisfacción de los resultados concretos que se obtenían de tales esfuerzos físicos. El Sr. Tally se sorprendió por su solicitud de unirse al equipo de trabajo, pero no se negó.

Como Nicholas había esperado, la actividad lo mantenía demasiado ocupado para buscar a su esposa cada cinco minutos y mantenía su cuerpo demasiado cansado por la noche para anhelar físicamente su cercanía. Pero su breve respiro parecía haber terminado.

Le dolía muchísimo el brazo, pero apenas lo notó. El sangrado se había reducido a un hilo y probablemente se detendría por completo en un momento. Había sido herido mucho peor en su vida y había sobrevivido. Y no podía preocuparse por el corte en su brazo cuando su mente estaba llena con la imagen de su esposa caminando audazmente entre la multitud de hombres, cada uno de los cuales la superaba por un pie o más. Ella había estado callada y había sido audaz. Pequeña pero feroz. Y tan jodidamente hermosa.

Incluso ahora, lo único que podía pensar era en lo mucho que deseaba haber podido rodear sus caderas con sus brazos mientras caía de rodillas y hundía su rostro en la suavidad de sus pechos.

«Mierda», murmuró él antes de ajustar la dolorosa dureza que se expandía en sus pantalones.

Al oír sus suaves pisadas detrás de él, se puso rígido. Su corazón se estremeció contra sus costillas y apretó los puños mientras sus pasos se acercaban hasta que ella finalmente entró en su campo de visión. Se había colocado los anteojos, pero no se había quitado el camisón. Los extremos de su chal estaban atados con un nudo para mantenerlo sobre sus hombros y llevaba una gran palangana con una pequeña jarra de cerámica debajo del codo.

Nicholas rechinaba los dientes y observaba con una especie de temida anticipación mientras ella colocaba el frasco y el cuenco en la mesa auxiliar. Luego acercó un taburete y se sentó.

«Déjame ver». Su voz era firme pero tranquila y aún no había intentado encontrar su mirada concentrada.

Nicholas movió su brazo para que ella pudiera evaluar mejor la herida. Envolviendo sus delgados dedos alrededor de su muñeca, le subió la manga más allá del codo para exponer la longitud de su antebrazo. Mientras se acercaba y comenzaba a sondear los bordes irregulares de la herida, Nicholas permitió que su atención se deslizara suavemente sobre los despeinados giros de su trenza, luego la suave pendiente de sus hombros y la delgada longitud de su columna.

Quería disfrutar de la forma en que su cuerpo se calentaba ante su cercanía. Quería abrazar la intensidad del deseo y el anhelo que fluía libremente por su sangre.

Pero él lo negó todo. Se bloqueó con fuerza de todas esas sensaciones.

Cuando finalmente terminó su evaluación y lo miró a la cara, inmediatamente se tensó y abrió los labios con una rápida inhalación. Luego frunció el ceño y suspiró.

Entonces se dio cuenta de lo feroz que debía parecer en su desesperación por controlar los disturbios dentro de él. Levantó la voz a través de una garganta apretada. «Llama a un sirviente», refunfuñó, «tú no necesitas...».

«Soy bastante capaz de ocuparme de un problema tan menor», interrumpió ella en un tono más brusco del que él nunca había oído de ella. Parecía enojada.

Nicholas frunció el ceño aún más y dirigió su atención hacia el fuego que crepitaba en la chimenea.

Cuando ella le presionó el brazo por primera vez con un paño mojado, él no se lo esperaba. Dio un respingo y tomó aire.

«Quédate quieto», murmuró. «Hay que limpiarlo».

Resistiendo el impulso de gruñir ante su tono impaciente, se mantuvo como una piedra bajo sus cuidados. Se concentró en llamar su atención y obligarse a pensar en cualquier cosa menos en el hecho de que ella estaba sentada lo suficientemente cerca como para poder respirar su aroma a menta con cada inhalación. Dirigió sus pensamientos hacia los detalles de la renovación del piso de arriba. Había observado bien los daños durante los últimos días y comprendía mejor el trabajo que sería necesario. Algunas áreas no estaban tan mal, pero en cualquier lugar donde el techo no pudo protegerse de los elementos estaba significativamente debilitado y deteriorado.

Tendría que elaborar algunos planes más...

Se sobresaltó cuando un intenso dolor punzante interrumpió bruscamente sus pensamientos. «Joder», murmuró, volviéndose para ver a la mujer a su lado untando una extraña y nociva cataplasma en su herida.

«Quédate quieto».

«Arde maldita sea».

«Se supone que debe arder. Así es como sabes que está funcionando», explicó secamente, agarrándolo con más firmeza por la muñeca mientras continuaba cubriendo toda la herida con esa cosa horrible.

«¿Es eso necesario?», gruñó él.

«Sí». Su respuesta fue firme y breve. «¿En primer lugar, era realmente necesario que corrieras el riesgo de lesionarte?».

«Sí».

Ella frunció el ceño y le deslizó una rápida mirada por el rabillo del ojo. Tan pronto como su mirada se encontró con la de él, volvió su atención a su brazo.

«Me parece que estas tareas deberían dejarse en manos de quienes tienen la habilidad», le respondió ella.

Hoy, su orgullo realmente estaba recibiendo una paliza. «No soy un inexperto», argumentó Nicholas. Sus cejas se arquearon por un momento y sintió una repentina necesidad de defenderse. «Necesitaba algo que hacer».

«Lee un libro», respondió ella mientras presionaba un trozo de gasa blanca doblada sobre la herida. Luego envolvió con cuidado una tira de algodón alrededor de su brazo para mantener la gasa en su lugar.

«He leído varios», señaló con brusquedad.

«Ve a dar un paseo».

«Lo hago, todas las mañanas».

Sus pestañas revolotearon sobre su mirada y sus manos vacilaron antes de asegurar el vendaje con un pequeño nudo apretado. Una vez hecho su trabajo, se reclinó y bajó las manos a

su regazo. Pero ella no lo miró. Y no intentó alejarse.

«Disfruto el trabajo», murmuró cuando un silencio incómodo cayó entre ellos.

«Quizá deberías encontrar algo menos peligroso».

«¿Peligroso?». Su voz se elevó mientras consideraba todos los riesgos que ella había ignorado al subir las escaleras. «¿Y qué tan seguro fue para ti caminar ¡descalza!, directamente hacia un área de trabajo?».

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se volvió hacia él con expresión obstinada. «El ruido me despertó. Todavía estaba medio dormida y no estaba plenamente consciente de lo que estaba haciendo».

«Eso estaba claro», gruñó. «Ahora todos los hombres de ese equipo han visto a mi esposa en camión».

Ella parpadeó antes de abrir mucho los ojos. «¿Es eso lo que te preocupa?». Su voz se había elevado junto con sus cejas.

Nicholas sintió como si hubiera caído en una trampa y cualquier movimiento en falso haría estallar la cosa.

Sabiamente no dijo nada. En cambio, devolvió la mirada firme y acusadora de su esposa con una mirada ceñuda. Su mandíbula estaba dura por la firme presión de sus labios, haciendo que pareciera que estaba ansiando pelear.

A él también le dolía. Quizás una pelea era justo lo que necesitaba para aliviar el insoportable anhelo en su sangre.

Pero antes de que pudiera pensar qué decir a continuación, algo rápido y crudo pasó por el rostro de ella. Sus brazos bajaron para apretarse alrededor de su estómago mientras su mirada se lanzaba hacia la puerta que conducía a su dormitorio. Luego, con un suave sonido gutural, se puso de pie de un salto y salió volando de la habitación.

Nicholas inmediatamente se levantó para seguirla, la confusión y la preocupación rompieron su frustración. Pero apenas llegó a la puerta de comunicación cuando escuchó los reconocibles sonidos de arcadas.

Capítulo Trece

Margot cerró los ojos con fuerza mientras su cuerpo sufría convulsiones.

Las náuseas la habían invadido tan abruptamente que apenas había llegado a su habitación, donde encontró un orinal, afortunadamente vacío, y cayó de rodillas antes de que su cuerpo rápidamente intentara vaciarse de nada.

Después de que la despertaran tan abruptamente y todo lo que vino después, se había olvidado por completo de mordisquear algunas de las galletas de jengibre al lado de su cama. Pero su malestar matutino no iba a ser ignorado por mucho tiempo.

El violento movimiento produjo muy poco, aunque momentáneamente le quitó todas las fuerzas y la dejó temblando y sudando. No fue hasta que finalmente pudo respirar profundamente sin que se le revolviera el estómago que se dio cuenta de que su esposo estaba allí, agachado detrás de ella, con una mano sosteniendo suavemente su trenza para evitar que cayera hacia adelante mientras la otra presionaba firmemente su espalda baja.

Una vergüenza acalorada inundó su sistema. Él había sido testigo de todo el asunto. Y aunque Jane y la señora Frye aseguraban que tal malestar era bastante normal para las mujeres en las primeras etapas del embarazo y que probablemente pasaría pronto, no era algo que hubiera intentado demostrarle a su melancólico esposo.

Negándose a mirarlo, puso rígida la columna y se irguió hasta sentarse sobre sus talones. Las manos de él se alejaron de ella, pero no se movió del lugar.

«¿Qué necesitas?».

Su pregunta era simple y directa. No había mimó ni acusación. Y Margot respondió de la misma manera.

«Galletas. Al lado de mi cama».

Él se puso de pie antes de que ella terminara de hablar y atravesó la puerta que conectaba con su dormitorio. Un momento después, regresó con el plato en la mano.

Margot se movió para apoyarse contra la pared mientras tomaba una galleta. Cerrando los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás y dio algunos bocados. Las náuseas y el temblor de debilidad rápidamente se disiparon y ella se arriesgó a echar un vistazo para ver si todavía estaba allí.

Así era.

Su corazón dio un vuelco y casi la volvió a enfermar.

Estaba agachado ante ella, con el plato todavía en la mano y la expresión oscura y pesada. Pero más que ira o disgusto, la pesadez parecía ser motivo de preocupación. Y de incertidumbre.

«¿Mejor?», preguntó con voz ronca y baja.

Margot asintió. «El jengibre ayuda».

«¿Esto sucede a menudo?».

«Todas las mañanas», respondió ella. «Y cada vez que he pasado demasiado tiempo sin comer».

Sus cejas bajaron y su mandíbula se tensó. «¿Esa primera noche? ¿Cuando te negaste a venir a cenar?».

Ella asintió de nuevo. «Entiendo que es algo bastante común y que probablemente no me atormentará por mucho más tiempo».

Después de un momento, él preguntó, «¿tú... sufres de otras maneras?».

«Nada más allá de algunas incomodidades menores».

Su expresión era rígida, sus ojos parcialmente protegidos por su ceño fruncido. «¿Incomodidades?».

Margot se sonrojó. No iba a explicar por qué sus senos estaban más sensibles y su piel a veces parecía demasiado delicada.

Metiéndose el último bocado de jengibre en la boca, presionó la mano contra el suelo y empezó a levantarse. Inmediatamente extendió la mano para tomarla del codo y la puso de pie con un movimiento suave.

Al experimentar de manera bastante aguda su atención sin precedentes, Margot comenzó a sentirse inquieta e incómoda. Ella se alejó para poner un poco de distancia entre ellos y luego se giró para quitarle el plato de la mano. Aunque bajó la mirada, todavía vio cómo su cuerpo se tensaba antes de dar un paso atrás deliberadamente.

«Tú...?», empezó él y luego se detuvo. Bajó la voz mientras lo intentaba de nuevo. «¿Voy a buscar a tu doncella? ¿O a la señora Frye?».

Dudando, Margot frunció el ceño mientras inclinaba la cabeza hacia atrás para encontrarse con su mirada silenciosa. Sus hermosos y angulosos rasgos estaban tensos y duros, pero ella no sintió ira ni siquiera frustración en él. En cambio, detectó una pizca de compasión en el azul intenso de sus ojos.

«No. Estaré bien. Yo... voy a descansar un poco más».

Se aclaró la garganta y asintió.

Por un momento, sintió una profunda necesidad de decir algo más, pero no le salieron palabras específicas. Entonces se dio cuenta de lo ridícula que debía parecer con los labios entreabiertos y el ceño fruncido. Se dio la vuelta antes de que pudiera avergonzarse más. No fue hasta que estuvo arropada bajo la pesada colcha de su cama que se permitió considerar el hecho de que había sido más vulnerable con él de lo que jamás había creído posible.

Y no había resultado tan horrible.

#

Varias horas más tarde, Nicholas estaba de pie junto a la ventana de su estudio, contemplando el ingobernable jardín y la naturaleza salvaje que se extendía más allá. Su cuerpo estaba tenso hasta que su esposa finalmente apareció a la vista. Sus mejillas tenían un suave brillo rosado y sus ojos estaban muy abiertos y brillantes.

La primera vez que la vio regresar de lo que más tarde supo que era un paseo diario por la finca, sus pensamientos recorrieron todos los riesgos y peligros que podrían sucederle mientras estuviera fuera de la casa. Pero rápidamente recordó su discurso sobre ser muy capaz de cuidar de sí misma. Y entonces se dio cuenta de que el mozo de cuadra la seguía discretamente. Saber que ella no andaba sola le había dado algo de paz. Pero luego casi tropezó con una maraña de enredaderas que ocupaban una gran parte del camino a través del jardín y su corazón reaccionó presa del pánico.

Inmediatamente ordenó que se limpiaran los caminos de maleza y escombros y había hecho que las ovejas se trasladaran del pasto delantero al césped que se extendía detrás de la casa para que pudieran llevar los pastos silvestres a un estado más civilizado. No estaba dispuesto a repetir su error al intentar decirle lo que podía o no hacer, pero podía limitar los riesgos.

En los días posteriores, se encontró levantándose de su asiento y caminando hacia la ventana justo cuando el sol se hundía lentamente hacia el horizonte. Una intensa sensación de anticipación le tensaría los nervios mientras esperaba su regreso. Y luego, tan pronto como la vio, una oleada de paz y placer fue seguida con la misma rapidez por un anhelo que deseaba poder ignorar.

Al observarla ahora, frunció el ceño cuando ella vio algo justo al lado del camino y se levantó la falda para pasar por encima de unos bordes cubiertos de maleza y recoger una extraña vaina de semillas de un árbol de ramas bajas. Examinó atentamente el objeto antes de colocarlo en la cartera que siempre llevaba consigo en esas caminatas diarias.

Nicholas frunció el ceño. Se dio la vuelta antes de que la curiosidad se apoderara de él.

Ahora que sabía que ella había regresado sana y salva, volvió a los planos esparcidos sobre su escritorio. Pero la imagen de su rostro sonriente, sonrojado y sus ojos brillantes seguían atormentando sus pensamientos.

#

Después de quitarse la capa y darle las gracias con un asentimiento al mozo de cuadra, Margot subió la escalera principal y luego giró por el estrecho pasillo hacia el ala oeste. Estaba ansiosa por exponer los hallazgos de hoy y encontrar el lugar perfecto para cada uno de ellos.

Todas las tardes, Margot iba a su habitación de la esquina para añadir los objetos recién descubiertos a su colección en constante crecimiento. Cada nuevo elemento agregaba otro punto de conexión, no muy diferente a los puntos de una telaraña que se cruza y se abalanza para formar un patrón.

Margot anhelaba este patrón invisible... cuando cosas aparentemente no relacionadas tocaban un momento compartido de propósito y belleza. En los primeros días después de llegar a la casa de su abuela hace tantos años, había comenzado a esconder objetos pequeños en sus bolsillos, generalmente inconsistentes. Había sido una compulsión que no había entendido pero que no había podido detener. Cuando su abuela descubrió las hileras de pequeñas piedras, ramitas y cintas de pelo perdidas debajo de la cama de Margot, agradecidamente no insistió en que Margot dejara de comportarse de manera extraña. En cambio, ella lo había alentado y, finalmente, la colección había crecido tanto que requirió el uso de la biblioteca de Hargrave House. Allí era donde Margot siempre se retiraba cuando su mente se volvía demasiado ocupada y caótica o cuando los recuerdos del pasado se volvían demasiado pesados para soportarlos.

Con el tiempo limitado que precedió a sus nupcias y la incertidumbre de lo que vendría después, Margot ni siquiera se había planteado llevar consigo una colección tan extensa. Habría tomado semanas clasificar adecuadamente y asegurar sus tesoros para su reubicación. Y había una parte de ella que sentía que mientras su colección permaneciera allí, Hargrave House siempre sería un hogar al que podría regresar.

Pero no tener nada propio aquí, nada que le pareciera personal o precioso, no era algo que pudiera soportar por mucho tiempo.

Al entrar en su santuario privado, Margot fue recibida por una maravillosa variedad de aromas terrosos. Su pequeña habitación de la esquina había sido barrida y ventilada minuciosamente y había un montón de leña cuidadosamente apilada junto a la chimenea. Dos mesas largas y anchas con superficies desgastadas y marcadas y un par de patas desequilibradas estaban dispuestas una al lado de la otra en el centro de la habitación, mientras que se habían colocado varios armarios y estantes para alinear una pared. Las flores secas creaban un ligero perfume que se enriquecía con el sutil toque de las velas de cera de abejas y el humo del fuego lento. La mezcla de aromas le resultaba familiar y, al mismo tiempo, absolutamente única en los tesoros que había descubierto en la finca.

Una mesa contenía una creciente variedad de materiales orgánicos, como raíces retorcidas, bellotas y cubiertas de semillas secas de innumerables variedades, mientras que la otra mesa mostraba una pila desordenada de rocas, piedras y trozos de metal antiguo y oxidado junto con trozos de cerámica rota. Los libros sobre geología, flora y agricultura que había tomado

prestados de la biblioteca estaban apilados en el estante de un armario donde dejó su cesta.

Margot pasó la siguiente hora revisando y examinando cuidadosamente sus hallazgos más recientes antes de ordenarlos en el grupo adecuado con el resto de su colección. No guardaba ningún catálogo tangible de sus hallazgos, ni registros, listados ni notas. Todo estaba felizmente almacenado en su mente, donde podía cambiarlo según fuera necesario.

A medida que pasaban sus años, reconoció que el proceso de gestionar y conservar sus diversas rocas, plumas y otras cosas curiosas que descubrió en el mundo se había comportado como una especie de sustituto de su incapacidad para organizar completamente sus pensamientos y emociones con respecto a sus primeros recuerdos y la pérdida de sus padres.

Pero un nuevo nivel de inquietud se había apoderado de ella desde que llegó a Silver Oak. Era algo que no sabía muy bien cómo enfrentar y continuaba interfiriendo con la comodidad y la tranquilidad que esos momentos de soledad generalmente le brindaban. A pesar de sus esfuerzos más concentrados, los pensamientos sobre su marido seguían siendo un hilo persistente tejiéndose justo debajo de la superficie.

Por eso no se sorprendió del todo cuando salió de su habitación y dobló una de las estrechas esquinas del pasillo para ver la figura muy alta, muy ancha y muy sólida de su esposo. Una luz limitada llegó a este pasaje interior y por un momento, pareció materializarse entre las sombras para bloquear su camino hacia adelante.

Ahora que había caído la noche, se adaptaba perfectamente a esos pasillos oscuros y retorcidos, donde la luz era escasa y las sombras largas. Pero ella también. La diferencia era que, si bien él parecía decidido a dominar la oscuridad y gobernar sus dominios, Margot prefería formar parte de ella, aceptar su peso y su trama y encontrar cierta afinidad con lo incierto y lo desconocido.

A pesar de la muy clara esencia de animosidad que emanaba de su postura tensa y su rostro ceñudo, ella no estaba ni asustada ni preocupada sino intrigada por lo que podría haberlo atraído a esta parte olvidada de la casa.

Capítulo Catorce

Margot aminoró el paso y trató de percibir alguna pista sobre su intención. A juzgar por el enfoque de su mirada, estaba claro que no la había encontrado allí por casualidad. Él había estado buscándola. Y no estaba del todo segura de que él estuviera feliz de haberla encontrado.

Cuando él no dijo nada, ella soltó un suspiro e ignoró el ritmo tartamudeante de su corazón mientras caminaba hacia él. A medida que se acercaba, más detalles de su apariencia se hicieron más visibles. La falta de abrigo, el cuello abierto de su camisa, el desorden de su cabello arrastrado por el viento, el fuerte tirón de sus cejas, la línea tensa de su dura mandíbula y el frío azul de su mirada.

Una aguda conciencia física de él se arremolinaba salvajemente dentro de ella junto con preguntas sobre su propósito. Sin embargo, permaneció inmóvil. Bloqueando silenciosamente cualquier camino a seguir.

Lo suficientemente cerca ahora como para poder ver las líneas que delimitaban la dura línea de sus labios y la sutil hendidura en el centro de su cuadrada barbilla, Margot se detuvo e inclinó la cabeza. Quería decir algo inteligente o chistoso. Algo que demostrara que su repentina aparición no la molestaba.

Pero no se le ocurrió nada.

En cambio, permaneció tan quieta y en silencio como él, con los ojos muy abiertos y los latidos de su corazón estremeciéndose a través de sus huesos mientras intentaba determinar qué pretendía.

Él se aclaró la garganta.

Ella esperó.

«¿Estás bien?», preguntó él. Sus palabras fueron tan oscuras y pesadas como las profundas sombras que los rodeaban.

Margot parpadeó para disipar la reacción estremecedora de su cuerpo ante el tenor rico y grave de su voz. Ella asintió. «Lo estoy».

Abrió los labios para decir algo más y luego los juntó abruptamente y frunció el ceño. Margot respiró hondo y esperó un poco más.

«No te agradecí», murmuró, bajando la barbilla. «Por tus cuidados de esta mañana».

Ella sacudió la cabeza. «No necesitas agradecerme».

Dio un paso hacia ella. Luego otro. «Y lamento que los trabajadores hayan estado causando tal perturbación en tus mañanas. Debería haber considerado...».

«No. Está bastante bien». Margot interrumpió rápidamente, sacudiendo la cabeza con firmeza, aunque sus palabras fueron bastante entrecortadas porque él había seguido acercándose a ella y ahora estaba directamente frente a ella. Su gran forma musculosa bloqueaba la vista de cualquier otra cosa y su altura obligaba a ella a inclinar la cabeza hacia atrás en un ángulo incómodo. Pero ella permaneció donde estaba, su cuerpo zumbando. «No hay necesidad...».

Él le dirigió una mirada feroz. «Comenzarán su trabajo más tarde cada día».

Soltando un extraño suspiro reprimido, Margot se tomó un momento para volver a colocarse los anteojos en su lugar desde donde se habían deslizado por su nariz. Luego ella ofreció una sonrisa vacilante. «Gracias».

Ante el sutil levantamiento de su boca, su mirada cayó hasta sus labios. Una luz curiosa brilló en sus ojos antes de levantar la mirada para ver por encima de su cabeza. «¿Se ha adaptado

la habitación a tus necesidades?».

«Sí».

Ella observó, fascinada, cómo su mandíbula se tensaba y luego se relajaba y sus fosas nasales exhalaban brevemente. Podía sentir la pregunta en él. Presionando hacia afuera. Pero ella sabía que él no le preguntaría para qué era la habitación.

Una tensa resistencia se apoderó de ella. Era mejor que no lo supiera. Le resultaría extraño. Y entonces vería en sus ojos el juicio que tantas veces vislumbraba en los demás. Desde que lo conoció, él ciertamente la había puesto nerviosa, la había hecho sentir intensamente vulnerable y la había confundido más allá de lo imaginable. Pero él nunca la había hecho sentir tan incómoda como tantas veces en la sociedad londinense. Ella no quería que eso cambiara.

Mirando hacia abajo, trató de recomponerse y apartar el anhelo que corría silenciosamente por sus venas. Ella se giró de tal manera que indicó que deseaba pasar junto a él. «Yo debería...».

Sus palabras en voz baja fueron abrumadas por un gruñido sordo que sonó desde su amplio pecho.

En el espacio de un latido salvaje e imprudente, antes de que pudiera intentar procesar lo que estaba sucediendo, Margot se encontró girada y presionada contra la pared. Una de sus muñecas estaba firmemente envuelta entre sus dedos mientras su otra mano presionaba la pared al lado de su cabeza. El sólido soporte de su brazo creó una barrera efectiva entre ella y cualquier escape que pudiera pensar en ejecutar.

Pero ella no estaba pensando en escapar cuando levantó su mirada hacia la de él, aguda y cristalina en la oscuridad. En cambio, quedó completamente atrapada por todo lo que vio en sus ojos en ese momento.

Confusión.

Desesperación.

Dolor.

Y algo más primitivo y poderoso. Margot lo reconoció al instante a nivel instintivo. Reconocido y profundamente anhelado.

Deseo.

Tan pronto como identificó ese último elemento innegable, todo su ser se inundó con el mismo. No hizo falta mucho. Ella siempre estaba al borde de tal reacción cada vez que él estaba cerca de ella. Y su interludio esa mañana mientras ella atendía su herida ciertamente había avivado las llamas.

Ella se había rendido a su poder una vez. Y había cambiado su vida para siempre. Había creído que los riesgos que implicaba permitir que algo así se apoderara de ella de nuevo eran lo suficientemente grandes como para evitar que esa tentación se apoderara de ella.

Pero mientras contemplaba su rostro furiosamente hermoso, todo lo que quería era fundirse en él. Él todavía no la tocaba excepto por su mano alrededor de su muñeca, pero ella podía sentir su calor alcanzándola, su silenciosa hambre depredadora resonando con su propio anhelo visceral. Necesitaba desesperadamente sentir su cuerpo con el de ella. Lo necesitaba con una certeza intrínseca que exigía reconocimiento.

Inclinando su cabeza hacia atrás contra la pared, sus pestañas revolotearon mientras respiraba con dificultad a través de sus labios y lo soltaba con un suspiro pesado.

En cuanto a las atracciones, no fueron mucho, pero él respondió con un rugido feroz en su garganta y se acercó a ella. Tan pronto como sus musculosos muslos chocaron contra los de ella y sus caderas presionaron su vientre, su cuerpo se iluminó como si hubiera sido alcanzado

por un rayo. Brillante. Agudo. Impactante. Luego bajó la cabeza junto a la de ella y su aliento acarició el mechón de pelo de su sien.

«Esto no es...», murmuró él bruscamente, sus palabras salieron como una marca abrasadora. «*Yo no quería esto*».

Sus palabras dolieron incluso cuando las entendía profundamente. Nada bueno podría surgir de esta intensa y conmovedora necesidad. Pero los votos que se había hecho en su desesperación por vivir sin el dolor de su pasado parecían intrascendentes en presencia de todo lo que estaba ella sintiendo.

«Entonces déjame ir». Aunque él no pudiera oír la forma en que su voz, tan baja y llena de anhelo, contradecía sus palabras, ella sí podía. El reconocimiento la aterrorizó. Pero eso no le impidió arquear la columna para presionarse más contra él.

Su fuerte gruñido sonó claramente erótico. «No puedo».

Luego bajó la cabeza y presionó la boca contra el costado de su garganta. El acto debería haber sido una sorpresa y se produjo tan rápidamente después de su insistencia previa de que no la quería, pero se sintió como la cosa más natural y perfecta del mundo.

Margot se mordió el labio inferior e inclinó la barbilla, permitiéndole deslizar los labios y luego la lengua hasta el punto sensible detrás de su oreja. Un escalofrío de sensación de deleite la reclamó de pies a cabeza y un suave gemido se deslizó de sus labios entreabiertos.

Él emitió otro sonido áspero y tomó el lóbulo de su oreja entre sus dientes. El suave mordisco y tirón derritieron sus entrañas en una ráfaga de calor líquido que se dirigió directamente a su sexo.

Inspirada por la desesperación y el deseo, volvió su rostro hacia el de él, buscando su boca.

Pero él no estaba allí. Ya había levantado la cabeza y apoyado los pies. Soltando su muñeca, se agachó para agarrar puñados de sus faldas, levantándolas hasta que pudo tocar la parte posterior de su muslo desnudo. Levantando la pierna, lo envolvió con fuerza, atrayéndolo hacia la cuna de su cuerpo, necesitando la presión de su dureza allí, donde le dolía.

Quería preguntarle qué significaba esto. ¿Qué estaba pensando y sintiendo? Porque sus propios pensamientos y sentimientos eran salvajes y desenfrenados. Pero las palabras para expresar tal pregunta no se pudieron encontrar en la tormenta que él había creado dentro de ella. Todo era sensación, instinto, excitación y una especie de desesperación y miedo agudos. Como si en cualquier momento este maravilloso y mágico momento pudiera derrumbarse, abandonándolos en medio de la destrucción.

Con sus dedos agarrando con fuerza su muslo y su boca presionando ardientemente el borde exterior de su oreja, balanceó sus caderas, apretando su erección contra la de ella.

Un sonido parecido a un gemido y un gruñido se atascó en su garganta y levantó las manos para unirlos detrás de su fuerte cuello. Sus labios hormiguearon con el deseo de tocar los de él. Quería saborearlo, lamerle la boca, pero él parecía decidido a evadir su beso. En un repentino e intenso torrente de recuerdos, recordó que él había hecho lo mismo esa noche.

Él la había besado por todo el cuerpo, mojando su piel y calentando su sangre con tirones de succión de su boca y lamidas ardientes de su lengua.

Pero él nunca la había besado en los labios.

La comprensión fue impactante y cruda, como si le arrojaran agua helada sobre la cabeza. ¿Cómo había olvidado un detalle tan íntimo de su noche juntos?

El recuerdo se sintió como una intrusión. Obligándola a reconocer cuánto no sabía. Qué poco entendía que el hombre se apretara tanto contra ella.

Soltando sus manos alrededor de su cuello, agarró su camisa con puños apretados, presionando sus antebrazos contra su pecho mientras se arqueaba lejos de él. Un instinto de supervivencia la impulsó a poner fin a esto ahora, pero algo más profundo quería adherirse a él mientras lo miraba a los ojos. Quería ver qué escondía él debajo de la superficie... qué respuestas le estaba negando.

Su cuerpo se tensó instantáneamente al reconocer su resistencia. Pero todavía tardó en levantar la cabeza. En lugar de eso, agarró su muslo con más firmeza y luego deslizó su mano hasta su rodilla en una caricia final antes de soltarla.

Sus faldas cayeron al suelo con un ruido y él dio un paso atrás, dejándola por completo.

Sus rasgos estaban dibujados en un ceño severo y acusador. La línea de su mandíbula era dura como una piedra, sus labios, que hace un momento se sentían como terciopelo sobre su piel, estaban presionados en una línea y sus ojos brillaban desde las profundas sombras de sus cejas muy caídas. Su luz azul era intensa y penetrante.

La ira en él era clara. Parecía vibrar a través de sus huesos, pero Margot no sentía que ella fuera la fuente o el objetivo de su animosidad. Vio demasiado arrepentimiento en él. Demasiada tristeza en la pesada oscuridad que lo rodeaba.

Su instinto fue consolarlo.

Levantando la mano, se balanceó hacia él y su nombre susurró en sus labios. «Nicholas».

Él dio un rápido paso atrás y levantó la barbilla para mirarla. «No».

Luego se dio vuelta y se alejó, fusionándose nuevamente con las sombras que dominaba.

Capítulo Quince

Después de cenar en su salón privado y luego escribirle otra carta a Cecily que nunca le enviaría, Margot se retiró a su dormitorio. Aunque no estaba ni un poco cansada, se puso el camisón y se quitó las horquillas del pelo. Y ahora, cuando el reloj marcaba la medianoche, se paró frente a su ventana contemplando un mar ilimitado de estrellas.

La pura infinitud del cielo sin nubes era igualmente reconfortante y aterradora. Tantas oportunidades para que existieran cosas que uno ni siquiera podría imaginar. Mucho potencial. Tantas desconocidas. Por un momento, sintió como si esa infinita expansión de estrellas también existiera dentro de ella.

La sensación comenzó en su centro y se extendió continuamente hacia afuera. Desmoronándose y girando fuera de su control. Temía que al final sería alguien a quien no reconocería. O tal vez... se había convertido en alguien que conocía hace muchos años. Una joven llena de miedo y esperanza ante un futuro completamente desconocido.

Cuando descubrió su embarazo, comprendió que su vida iba a cambiar de maneras enormes e insondables. Había aceptado la incertidumbre del matrimonio con Nicholas Vane, un ermitaño temperamental y esquivo. Incluso había reconocido el riesgo inherente de unir su vida a la de él, de verlo todos los días, de experimentar su cercanía, de soñar con él. Pero se había convencido a sí misma de que aquellas cosas que temía, los peligros del amor y la obsesión, no serían una amenaza para ella. Él nunca sentiría por ella nada parecido a lo que sus padres habían sentido el uno por el otro.

Y ella sabía lo suficientemente bien como para protegerse de tales horrores.

Ella lo sabía..., y, sin embargo, esa noche hace tantas semanas..., mientras una casa llena de invitados dormía, ella había abrazado de buena gana cada parte de la pasión que él había inspirado. Ella lo había revelado en él. Ella había cobrado vida esa noche.

Y antes... en el pasillo del ala oeste...

Alejándose de la ventana, se acercó a su cama y se deslizó bajo las pesadas colchas de terciopelo para mirar el techo con los ojos muy abiertos.

Allí, en la oscuridad, el silencio y la soledad, finalmente permitió que cada detalle de la noche de bodas de Cecily inundara su memoria.

Le dolía el corazón al recordar la ternura que él le había mostrado..., su absoluta y devota atención a su placer y su necesidad. Su cuerpo zumbaba y hormigueaba con recuerdos viscerales. El movimiento confiado de su palma, las impresiones de sus fuertes dedos, la fuerza con la que agarraba sus extremidades, su carne suavizada. El calor y la humedad de su piel. El peso sólido y perfecto de él presionándola contra el suelo, separando sus muslos, reclamando la entrada a su cuerpo.

Había besado casi cada centímetro de ella. Pero ni una sola vez había tocado sus labios con los de ella.

Ese pequeño detalle la confundió y la entristeció. Porque después de su acalorado e inesperado encuentro en el corredor oeste, estaba innegablemente claro que la omisión era intencional.

Margot apretó los labios entre los dientes para contener la oleada de emoción que crecía en su pecho. Estaba desesperada por entender por qué él podía negar un acto de intimidad tan básico. Aparte de que estuvo tentada a ofenderse, sobre todo se sentía triste.

Seguramente él tenía razones para ser como era, así como ella.

Aunque podría sentirse decepcionada por no conocer la sensación de su boca sobre la de ella, podía recordar fácilmente su mano agarrando su muslo mientras la presionaba contra la pared. Y cómo su dureza se había balanceado contra ella y cómo el jalón de sus dientes en el lóbulo de su oreja había enviado ondas de placer a través de su cuerpo.

Ondas de choque que todavía ondulaban con un hormigueo de calor en su torrente sanguíneo. Fluyó hasta las puntas de las manos y los pies, haciendo que su piel fuera suave y tersa, arremolinándose en la parte baja de su vientre, fusionándose en la parte superior de sus muslos, donde todavía le dolía.

Al cerrar los ojos, Margot empezó a imaginar qué habría pasado si ella no lo hubiera apartado y él no hubiera dado un paso atrás.

Cuando pensó en su tacto sobre su piel desnuda, deslizó sus propias manos a lo largo de sus costados, más allá de sus caderas para agarrar la tela de su camisón. Sin detenerse a preguntarse por sus propias intenciones, se subió la franela por las piernas hasta que le cubrió el vientre. Luego se pasó las manos por la parte superior de los muslos, el estómago y más arriba, debajo de la franela, hasta los senos, que se sentían pesados, hinchados y sensibles.

Y se imaginó que era Nicholas tocándola de esa manera. Sus manos grandes en lugar de las más pequeñas de ella. Sus palmas ligeramente callosas y sus dedos fuertes. Sus suaves y deseosas caricias exploran los huecos y entradas de su cuerpo..., sus pezones puntiagudos, su vientre, sus muslos tensos y los pliegues satinados y resbaladizos entre ellos.

Las primeras caricias de sus dedos a lo largo de su sexo fueron tentativas y curiosas, pero cuando recordó cuán posesivamente Nicholas la tocó allí hace tantas semanas atrás, cómo había dado vueltas, profundizado y despertado sensaciones que ella no sabía que existían, sus nervios chispearon y hormiguearon con un placer que recordaba.

No fue tan intenso ni tan hermoso ni tan impresionante como lo recordaba, pero estuvo cerca. Y mientras mantuviera en sus pensamientos su olor, los sonidos ásperos que hacía, su sensación, casi podía olvidar que estaba solo ella en esa cama.

Su liberación se acercó lentamente hasta que de repente estuvo allí, tomándola por sorpresa, haciéndola jadear y gemir suavemente mientras sus muslos temblaban y sus entrañas temblaban con el delicioso clímax.

Pero entonces, cuando el placer disminuyó suavemente y su cuerpo se suavizó, Margot escuchó un sonido suave. Se tensó bruscamente. La alarma se disparó a través de su confuso cerebro.

El sonido procedía del otro lado de la puerta que conectaba su dormitorio con el de su marido.

Por una fracción de segundo lo imaginó allí, escuchándola, sabiendo lo que hacía, deseándola.

La razón rápidamente alejó el estúpido pensamiento.

Cerrando los ojos, Margot se giró hacia un lado y metió las manos debajo de la almohada mientras juntaba las piernas, tratando de contener el sutil y creciente latido de su sexo. Era peligroso desearlo tan profundamente. Sentirlo tanto.

El miedo se apoderó de ella, paralizándola hasta los huesos.

#

Nicholas contuvo la respiración hasta que sus pulmones ardieron y las estrellas brillaron detrás de sus párpados.

Le dolía todo el cuerpo.

Cuando escuchó por primera vez los débiles suspiros y los suaves gemidos provenientes del dormitorio de su esposa, los descartó como sonidos del sueño. Sin duda ella simplemente estaba murmurando en sus sueños. Pero no había podido evitar acercarse, esforzándose por oír más.

Y luego escuchó ese erótico jadeo seguido del gemido gutural y otra inhalación rápida. Él conocía esos sonidos. Lo perseguían. Lo atormentaban.

La lujuria de la sangre lo había atravesado, dirigiéndose con fuerza dolorosa hacia su pene, y no había podido evitar abrir la puerta de su lado para dar esos tres pasos a lo largo del corto pasillo intermedio hasta su puerta cerrada.

Y allí estaba él. Apretó los dientes. Su vientre igualmente apretado. Su mano acariciaba lentamente su palpitante erección mientras escuchaba los suaves susurros de su movimiento y los sonidos sensuales de su placer inminente. Se había perdido en visiones de cómo se vería ella mientras lentamente llegaba al clímax. Su propio placer se había construido como una pira dentro de él, consumiéndolo, llevándolo con fuerza al borde de su propia liberación.

Pero no estaba tan perdido como para no haber escuchado el débil gemido de su nombre saliendo de sus labios cuando finalmente llegó a la cima.

La textura y la profundidad de su voz humeante habían tocado el núcleo mismo de su placer, provocando su orgasmo en una liberación rápida y poderosa para la que no estaba en absoluto preparado. La conmoción lo hizo tropezar contra la pared mientras apretaba su pene y contenía la respiración para evitar gritar de éxtasis.

Cuando terminó, apenas tuvo la presencia de ánimo para permanecer lo más quieto y silencioso posible, notando que ni un solo sonido provenía del otro lado de la puerta.

El miedo y la vergüenza se apoderaron de él con fuerza.

Mierda, ¿lo había escuchado?

Al poner mayor atención, finalmente escuchó una respiración temblorosa que llenó la oscuridad con el peso de una tristeza que apenas podía comenzar a comprender. Y con el corazón aún acelerado por el clímax y el pecho apretado por emociones que se negaba a reconocer, Nicholas se retiró en silencio a su dormitorio, donde se desvistió y se limpió.

Tumbado desnudo en su cama, respiró hondo varias veces, pero eso no hizo nada para calmar el alboroto de emociones dentro de él o suavizar la tensión que arqueaba a través de cada músculo.

Él quería...

Él quería..., un gruñido escapó de su pecho.

Él *deseaba*, ¡maldita sea!

Algo que nunca estuvo destinado a ser suyo. Algo que se había condenado a anhelar todos los días y todas las noches durante el resto de su existencia.

No podía continuar así; escuchándola todas las noches, agotando sus sentidos ante el más mínimo indicio de su presencia. Tenía que encontrar una manera de dormir sin soñar con su sabor, su suavidad, el sonido de sus gemidos. Tenía que aprender a bloquearla de su mente tanto despierto como dormido.

Y lo más importante, tenía que evitar que las palabras de su única noche gloriosa resonaran implacablemente en su mente.

No te amaré.

No te amaré.

No te amaré.

Capítulo Dieciséis

Al día siguiente, Nicholas estaba en el jardín. Era un día gris de otoño y una ligera niebla flotaba en el aire, pero hacía más calor que recientemente. Miró a su alrededor con ojo crítico. Además de limpiar los caminos, el jardinero recién contratado había comenzado a podar el importante crecimiento excesivo. El hombre había dicho que parte del follaje tendría que esperar hasta la primavera para abordarlo, pero el jardín ya parecía un poco más ordenado.

Al oír la puerta de la mansión abrirse y cerrarse detrás de él, Nicholas se puso tenso. Sabía exactamente quién se había unido a él. Sin lugar a dudas, su esposa era una mujer rutinaria.

Su suave y rápida inhalación sugirió que lo había visto, por lo que forzó sus rasgos a adoptar lo que esperaba fuera una expresión relativamente neutral, aunque todavía podía sentir el jalón de un ceño fruncido.

Cuando finalmente se giró para mirarla, su pecho se apretó y su sangre se calentó.

Llevaba un práctico vestido azul marino oscuro y una gruesa capa de lana sobre los hombros. Su rostro atrevido y encantador estaba enmarcado por ondas de cabello negro azabache que había sido sujeto en una trenza suelta que caía sobre su hombro. Sus ojos de medianoche brillaban detrás del cristal redondo de sus anteojos y un tono rosado coloreaba sus mejillas y labios.

Ella encontró su mirada con expresión de abierta curiosidad.

«Buenos días». La textura de su voz llegó directamente a sus lugares íntimos mientras recordaba los sonidos sensuales que había hecho en su cama la noche anterior.

Haciendo todo lo posible para luchar contra el aumento de la lujuria en su cuerpo, Nicholas respondió en un tono neutral. «Tu mozo de cuadra no podrá acompañarte hoy a tu paseo. Yo ocuparé su lugar».

Mientras parpadeaba, su cabeza se inclinó de peculiar manera, dándole una forma de búho. «Espero que no sea algo preocupante».

«No lo es», le aseguró. De hecho, al mozo de cuadra se le había encomendado la tarea de ayudar al jefe de cuadra a conseguir un carruaje, ya que no podía seguir pidiendo prestado el de su hermano. No era una necesidad urgente, sino una excusa razonable para que Nicholas ocupara el lugar del hombre.

Había solo un atisbo de pregunta en la mirada oscura y firme de ella. Una evaluación amable y penetrante a su manera. Como si estuviera buscando algo. Esperando algo. ¿Deseando algo?

Como siempre, su cuerpo zumbaba en reacción a su atención concentrada. Anhelaba y temía al mismo tiempo la fuerza de su mirada cuando parecía decidida a ver más allá de la superficie y ver lo que había debajo. No podía comprender lo que ella buscaba en ese momento. Pero había demasiadas cosas que preferiría que ella no descubriera.

Con un gruñido áspero, se volvió para señalar con la cabeza en dirección a la relativa naturaleza salvaje más allá del jardín. «Prometo mantener una distancia adecuada», murmuró él. «Solo considérame tu mozo de cuadra por el día».

Ella hizo un suave sonido de diversión. «Me temo que nunca podrás interpretar a un convincente mozo de cuadra. Pero no tienes que preocuparte. Ya conozco bastante bien mi camino».

Nicholas le dirigió una mirada severa. «Cualquier cantidad de peligros podrían recaer

sobre ti mientras estás fuera de casa. No puedo permitir que te aventures sola. Es mi responsabilidad garantizar tu seguridad».

«Por supuesto», respondió ella con una sonrisa tensa. «¿Cómo pude haberlo olvidado?».

Con el ceño fruncido cada vez más, Nicholas lo intentó de nuevo. «No me malinterpretes. Respeto tu deseo de independencia y reconozco tu competencia para velar por tu propio bienestar». Bajó la barbilla y respiró hondo. ¿Por qué a veces era tan difícil decir la verdad? «Yo... odiaría que tú o el niño sufrieran cualquier daño que yo pudiera haber evitado».

Los ojos de ella se abrieron y la sorpresa brilló en su mirada.

«Permíteme hacer esto», murmuró él.

Con otro parpadeo rápido, finalmente ella asintió.

Ella abrió el camino por el estrecho sendero que atravesaba el jardín, pero una vez que llegaron a la extensión de césped que conducía al bosque, Nicholas se puso a su lado. No demasiado cerca, por supuesto. No quería que ella se sintiera invadida. Pero no pudo evitar escanear el suelo frente a ella en busca de peligros potenciales.

En un momento, levantó la vista y vio que ella lo miraba con una sutil inclinación de la boca. Ella lo consideraba divertido. Él frunció el ceño en respuesta y ella levantó la barbilla y volvió a centrar su atención en el camino, protegiéndose el rostro con la sombra de su capucha.

¿Estaba siendo demasiado cauteloso?

Había caminado por toda esta finca y sabía muy bien lo desigual que podía ser el suelo en algunas zonas, cómo las raíces de los árboles a veces parecían elevarse desde la tierra para atrapar los dedos de los pies y cómo las hojas caídas podían ocultar un traicionero lodo. Es cierto que no sabía mucho sobre los peligros naturales del embarazo, pero sabía que una caída podría ser bastante dañina. Y con las muchas rocas y cantos rodados esparcidos por ahí, no iba a correr ningún riesgo de que una simple caminata pudiera terminar en tragedia. No le importaba si ella pensaba que era demasiado obsesivo. Siempre y cuando regresara ilesa a la casa.

Desafortunadamente, no había previsto lo difícil que sería observar los pequeños riesgos interminables que ella insistía en correr por las razones más extrañas.

La primera vez que escuchó su silencioso jadeo de descubrimiento, se giró sorprendido al verla agacharse para examinar cuidadosamente un trozo de hierba alta antes de colocar suavemente algo en la cartera que rodeaba su cuerpo. La siguiente fue después de que entraron en el bosque y de repente ella se salió del sendero hacia un pequeño grupo de imponentes pinos. Él la siguió al principio, pero luego se detuvo cuando ella simplemente se paró entre el bosque de pinos e inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y una suave sonrisa en los labios.

Su comportamiento parecía excepcionalmente raro hasta que notó el extraño sonido creado por las diversas ramas de los árboles frotándose entre sí mientras se mecían con el suave viento otoñal. Después de un momento, abrió los ojos y se miró los pies. Con un pequeño sonido, se inclinó para elegir una de las muchas piñas que cubrían el suelo del bosque. Lo metió en su bolso y se unió a él en el camino, con la mirada ya dirigida hacia adelante, como si no pudiera esperar a ver lo que le esperaba.

Fue fascinante observar para ver qué encontraba digno de una mayor inspección. Cosas a las que él nunca les dedicaba una segunda mirada atraían su intensa curiosidad y su cuidadosa consideración. Una bellota doble. Un palo con las marcas de un banquete de insectos. La pluma perdida de un faisán común. A veces su expresión parpadeaba de asombro antes de adoptar una especie de tranquila concentración que era completamente única en ella. A veces sostenía un objeto y cerraba los ojos. Fue entonces cuando se sintió más intrusivo. Como si estuviera presenciando algo de lo que no tenía derecho a ser parte.

Pero luego ella regresaba al camino y le enviaba una sonrisa tranquila.

Pasaron la mayor parte del camino en silencio general, con la excepción de que él ocasionalmente señalaba algún obstáculo o peligro. Estaba tan concentrado en observarla que casi habían regresado a la casa antes de que se diera cuenta de que habían completado un circuito completo por los terrenos de la propiedad.

Su decepción porque la caminata había llegado a su fin se instaló pesadamente en su interior. Podría haberla seguido el resto del día si ella lo hubiera permitido. Pero el sol ya se estaba poniendo en el cielo. Y la tenue niebla se había convertido en una suave llovizna. Él tampoco había notado nada de eso.

Una vez más, abrió el camino a través del jardín, pero cuando llegó a la mansión, Nicholas rápidamente pasó junto a ella para abrir la puerta. El movimiento la sorprendió y se detuvo antes de cruzar el umbral. Su boca se curvó en un silencioso agradecimiento y sus ojos bailaron hacia los de él. La fuerza de su mirada fue como el puñetazo contundente de un boxeador en el estómago.

Su cuerpo se tensó de pies a cabeza y el aliento salió de sus pulmones.

¿Qué haría ella si él la tomara en sus brazos y la llevara directamente a su cama?

Se endureció ante el pensamiento.

«Gracias», dijo simplemente, «por acompañarme».

Nicholas asintió, con la lengua espesa en la boca y la mandíbula dolorida por el duro apretón de los dientes. Como le ocurría tantas veces en su presencia, que se encontró incapaz de hablar.

Cuando él no dijo nada, ella separó sus labios con un suspiro. El sonido era apenas perceptible, pero bailaba como fuego sobre sus nervios exacerbados. Antes de que pudiera recuperarse de la forma en que su cuerpo respondió a ese sonido, ella lo pasó de largo.

Maldiciéndose a sí mismo por permitir que sus sentidos se vieran tan abrumados por todo lo que sentía por la pequeña mujer que había unido su vida a la de él, permaneció clavado en el escalón de piedra justo afuera de la puerta hasta que la fría lluvia finalmente enjuagó el ardor de deseo y negación bombeando furiosamente en su sangre.

Capítulo Diecisiete

De pie fuera de la biblioteca, Margot experimentó una rápida e intensa ola de incertidumbre.

Anteriormente, mientras revisaba su colección después de su caminata, tomó una decisión segura. Pero ahora, cenar con su marido de repente le parecía imprudente y demasiado audaz. Después de su primera cena desastrosa juntos, había empezado a comer en la intimidad de su estudio. Y estaba a punto de entrometerse en eso sin permiso ni previo aviso.

A pesar de su repentina vacilación, todavía sentía que era un movimiento necesario.

Cuando lo encontró en el jardín y supo que la acompañaría en su paseo, su reacción inicial fue de innegable anticipación, seguida rápidamente por una intensa incomodidad. Ella había tratado de mantener su actitud ligera y despreocupada incluso cuando todo su ser resonaba con un suave zumbido solo por estar cerca de él. Pero rápidamente dejó claro que solo estaba allí por sentido del deber. No porque quisiera pasar tiempo con ella. Ella había hecho a un lado cualquier extraño aleteo que hubiera surgido en su pecho e hizo lo mejor que pudo para comportarse como si él no fuera más que otro mozo de cuadra más.

Exteriormente, su artimaña pudo haber funcionado. Pero por dentro, se convirtió en una de las excursiones más desafiantes pero gratificantes desde que llegó a Silver Oak. Fue fascinante ver qué expresión captaba en su rostro cuando él no sabía que estaba mirando. Aunque su ceño fruncido parecía una constante, ahora sabía que no debía asumir que siempre indicaba su disgusto o ira. Los matices de sus rasgos cambiaban con frecuencia entre curiosidad, frustración y una especie de diversión renuente, intercalada con destellos de asombro y preocupación.

Cuando se separaron, Margot supo que quería conocer mejor a su marido. Era mucho más complejo de lo que quería revelar. Quizá, con el tiempo, al menos en su matrimonio podrían encontrar la manera de convertirse en amigos y confidentes, compañeros y socios.

Ciertamente, cualquier cosa sería mejor que incomodidad y evasión.

Mientras esperaba que las doncellas entraran delante de ella con sus bandejas cargadas, se dio cuenta de que sus acciones esta noche podrían empeorar las cosas. Pero era un riesgo que tenía que correr.

Desde su posición en el pasillo, escuchó vagamente a Nicholas murmurar mientras dejaban la comida sobre su escritorio. Las criadas salieron poco después, dejando la puerta abierta para que pasara Margot. Una vez en el estudio, cerró la puerta en silencio detrás de ella.

Antes de verlo, lo sintió. Su esencia estaba en todas partes. En el calor crepitante del fuego lento y los aromas mezclados del cuero y los relámpagos. En madera oscura y colores cálidos. Estaba en la comodidad y utilidad de cada mueble. El estudio estaba hecho para él, se había hecho *por* él, en formas detalladas e indelebles.

Después de unos pocos pasos, lo vio en el otro extremo de la habitación, descansando en un sillón de gran tamaño girado parcialmente hacia la chimenea. Su postura era relajada, o al menos más relajada de lo que ella lo había visto nunca, mientras permitía que su columna se suavizara en la esquina de la silla, apoyando su codo en el brazo curvado con un tobillo de la bota descansando sobre la rodilla opuesta. Tenía un pequeño libro acunado en una de sus grandes palmas y sus cejas estaban bajas, no con enojo, sino con concentración, mientras leía. El resplandor del fuego tiñó su cabello de un rico color dorado y acarició los ángulos de su rostro para crear sombras de misterio y sensualidad.

Una vez se había burlado de su prima Cecily por mencionar el aspecto parecido a Adonis de Reginald. Y aunque los gemelos eran extremadamente parecidos en apariencia, no podía aplicar la misma descripción al hombre que tenía delante.

Mientras que la mirada audaz de Reginald y su encanto irreverente inspiraban pensamientos sobre las deidades griegas, la actitud ceñuda de Nicholas era demasiado antagónica para una asociación similar, su mirada era demasiado... penetrante y... brutal. En ocasiones, lo había imaginado como un héroe conquistador, un rey, un antiguo guerrero. Pero ahora, se daba cuenta de que, en todo caso, él personificaba más fielmente la idea de un ángel caído. Quizás incluso al propio Lucifer. Cruel. Distante. Enojado. Malo.

El corazón de Margot se estremeció.

Luego tomó una bocanada de aire que expandió su musculoso pecho mientras pasaba suavemente la página de su libro. Por alguna razón, la naturaleza silenciosa e íntima del movimiento desencadenó un estremecimiento de sensación a través de la sangre de Margot y ella inhaló rápida y entrecortadamente.

Con un movimiento de pestañas, él miró hacia arriba.

Toda su conducta cambió en un instante. El libro que tenía en la mano se cerró con un suave golpe. El pie que descansaba sobre su rodilla cayó hasta plantarse firmemente contra el suelo. Su columna se enderezó y sus hermosos rasgos se tensaron mientras su boca se curvaba en algo parecido a una mueca.

«¿Qué deseas?». Las palabras eran pesadas y amenazadoras.

Margot había esperado esta reacción y se había preparado para ella. Haciendo una pausa, se permitió ver lo que él intentaba ocultar. Al mirar más allá de la brutal fachada, notó la sorpresa en su mirada parpadeante y el sorprendente indicio de vulnerabilidad en la tensión de su mandíbula.

Al acercarse a él, le sostuvo la mirada, obligándolo a mirarla, para saber que no iba a salir corriendo si él hablaba con crueldad. Ella estaba aquí con un propósito y lo cumpliría.

«Me reuniré contigo para cenar», respondió ella simplemente.

Sus cejas se arquearon peligrosamente y sus fosas nasales se dilataron.

Decidió que tal vez necesitaría unos momentos para acostumbrarse a las noticias, lo ignoró y miró a su alrededor. El suyo era el único sillón y había una mesa pequeña a su lado, pero ciertamente no era lo suficientemente grande para una bandeja con la cena. Había un sofá un poco apartado del fuego, pero no había una mesa de té. Deslizándose su mirada hacia el gran escritorio, se preguntó si era allí donde él se sentaba a comer. Pero allí también había solo una silla.

El hombre había dejado bastante claro que aquí no se esperaban ni se querían invitados.

Muy mal.

Se acercó al escritorio, levantó la tapa de una de las bandejas y se alegró de ver una deliciosa variedad de verduras asadas en una salsa ligera, pero de olor sabroso, junto con un poco de caldo ligero. Aunque Margot había descubierto una fuerte y clara aversión a la mayoría de las carnes, parecía capaz de tolerar bastante bien los caldos. También había un plato de frutos secos y otro con nata y miel para aportar un poco de dulzor. Una comida sencilla, pero el estómago de Margot creció al apreciar los esfuerzos de Cook por satisfacer sus disgustos inesperados.

Agarró la bandeja y se volvió con ella hacia el espacio abierto frente al fuego.

Sintiendo la mirada de Nicholas, pero negándose intencionalmente a mirarlo, continuó hasta el centro de la suave alfombra tejida, donde bajó la bandeja y ella al suelo, no lejos de donde él estaba sentado.

Ella y Cecily habían disfrutado de innumerables picnics en el interior de Hargrave House. Había algo reconfortante en la familiaridad de adoptar una posición informal con las piernas dobladas hacia un lado para poder comer sin la necesidad de una mesa o una silla.

El primer bocado de una zanahoria perfectamente sazónada inspiró un suave sonido de agradecimiento.

Nicholas instantáneamente se puso de pie y desapareció de su vista. Aunque sus entrañas se tensaron ante su dramática salida, Margot decidió quedarse donde estaba. Podría huir si quería. Pero ella no iba a hacerlo.

Un momento después, escuchó un paso silencioso detrás de ella. Al levantar la vista sorprendida, vio a su marido alto, serio y deliciosamente dominante mientras la observaba. Sus ojos brillaban bajo su ceño fruncido.

«¿Vino?».

Ni siquiera había notado la copa de vino tinto que tenía en la mano, pero cuando su atención se centró en ella, asintió rápidamente.

Le entregó la copa y luego se volvió hacia el escritorio.

Estirando el cuello para mirar por encima del hombro, observó cómo él levantaba su propia bandeja con la cena y la llevaba de regreso a su sillón. Pero en lugar de intentar equilibrarla sobre la pequeña mesa auxiliar, la dejó en el suelo y luego dobló sus extremidades para sentarse junto a ella, apoyando su espalda contra la silla.

Los ojos de Margot se abrieron, asombrados y un placer agudo bailó por sus venas. Ella no esperaba esto.

Cuando su mirada se posó en su rostro claramente sorprendido, hubo un pequeño tic en la comisura de su boca, pero luego miró hacia otro lado y tomó su propia copa de vino en la mano. Después de tomar un sorbo, lo volvió a dejar en su bandeja y centró su atención en la elegante comida que Cook le había preparado, que incluía las mismas verduras asadas junto con varios otros platos deliciosos que iban desde carne en rodajas hasta sopa de tortuga.

Por un momento, cuando la mirada de Margot se posó en la carne, un malestar ahora familiar se removió en su estómago. Rápidamente desvió la mirada. Levantando su vino, olió, esperando que distrajera sus sentidos lo suficiente como para permitir que pasara el malestar momentáneo. Afortunadamente, así fue y después de eso se aseguró de concentrarse en su propia comida.

Comieron en un silencio espeso e incómodo durante un rato antes de que el esfuerzo continuo por fingir que su presencia no la afectaba simplemente llegó a ser demasiado. Después de tomar un pequeño sorbo de vino, apoyó la copa sobre su rodilla doblada. Inclinando la cabeza, se permitió mirarlo como deseaba.

Lo primero que alguien probablemente notaba sobre él una vez que superaba el manto de ira y animosidad que siempre usaba, era probablemente su belleza excepcional y su fuerza informal y de amplios músculos. Pero debajo de eso había un innegable aire de gracia masculina, que se hacía aún más interesante y tentador gracias a las capas más profundas de oscura sensualidad. Lo sintió como un zumbido silencioso que empapó su piel hasta su sangre y huesos. Era una fuerza invisible y poderosa que la llamaba con un efecto intenso pero delicado.

Su cuerpo ya se había calentado exponencialmente, su vientre se retorció con un delicioso anhelo y un hormigueo había suavizado sus músculos y se había instalado pesadamente en su interior.

Su pesada mirada flotó hasta sus manos. Grandes y fuertes, con dedos perfectos y palma ancha. ¿Cómo se vería si ella uniera su mano con la de él? El centro de su palma hormigueó y

sus dedos se curvaron hacia adentro mientras imaginaba sus manos uniéndose.

La imagen era casi demasiado conmovedora, por lo que parpadeó y permitió que su atención se elevara hacia su rostro. Y allí se detuvo con un jadeo audible y un apretón de muslos.

Su expresión era tan aterradora y deseosa como lo había sido en el corredor del ala oeste. Dura. Furiosa. Dolorosamente hermosa. Y su voz, un gruñido ronco, la recorrió como chocolate ricamente especiado mientras murmuraba, «deberías irte».

Capítulo Dieciocho

Nicholas se sorprendió de que las dos palabras logaran pasar sus dientes apretados mientras el deseo lujurioso lo recorría.

La mujer ni siquiera había tratado de ocultar sus pensamientos y sentimientos mientras su mirada estudiada lo recorría con tanta atención. ¿Tenía alguna idea de lo que le provocaban esos ojos medio abiertos? Cómo sentía su atención como estrellas brillando en su piel, como rayos de luna plateados fluyendo a través de su sangre... como magia tocando su alma...

Era un idiota y un imbécil por pensar que podrían disfrutar juntos de una comida medio civilizada. La idea de cenar con ella debería haberlo alarmado de inmediato, pero había quedado hechizado por su manera decidida y encantadora de su decisión de llevarse la comida al suelo.

Su extraña imprevisibilidad lo había distraído de los riesgos inherentes a su compañía y proximidad. Pero ahora no había forma de escapar.

El deseo que atravesaba su cuerpo era inevitable. Y todo lo que ella había hecho era tan solo mirarlo.

Su expresión se tensó en respuesta a sus duras palabras, pero no hizo ningún movimiento para seguir su orden. En cambio, durante mucho tiempo lo miró fijamente a través de sus anteojos y luego dijo en voz baja y con firmeza. «No».

El pánico se apoderó de él y Nicholas instantáneamente cambió su peso preparándose para levantarse. Pero su movimiento fue detenido por su pequeña mano que se estiró para descansar con una suave presión sobre su pierna justo por encima de su rodilla. El caos reinaba en su interior. Él frunció el ceño con cruel negación y desvió su mirada hacia la de ella.

«Quédate conmigo», dijo, con tono firme pero ligeramente suplicante. «Disfruta esta comida conmigo. Cuéntame sobre tu día. Háblame como alguien que comparte casa conmigo».

«No puedo», gruñó, mientras le dolían los músculos de la mandíbula.

La confusión y la decepción inundaron su mirada oscura y un surco se formó en el centro de su frente. «Sé que la mayoría de la gente me encuentra peculiar y a veces puedo divagar un poco en una conversación. No siempre digo lo correcto ni me comporto de la forma en que supongo que se espera que lo haga, y luego están todos los rumores sobre mi familia...», ella hizo una pausa y respiró hondo. «¿Pero soy realmente una compañía tan indeseable que no puedes soportar una sola comida conmigo?».

La ira lo invadió mientras ella hablaba. Estaba claro que ella se encontraba de alguna manera deficiente por todas las razones que había enumerado, cuando eran exactamente las peculiaridades de él las que lo habían hechizado tanto. Cualquiera que alguna vez la hiciera sentir menos que absolutamente fascinante merecía un puñetazo en la cara. Sin tener la opción lista para vengarse en su nombre, su ira se quedó sin salida. Y ya estaba debilitado por su lucha contra su deseo por la mujer que aún no había quitado su mano de su muslo, como si pudiera mantenerlo allí con un toque tan ligero.

Ella esperó su respuesta con una mirada firme e inquisitiva. Ella quería una respuesta. Ella esperaba una.

«No», respondió con sinceridad, la única palabra pesada y corta, se le escapó antes de que pudiera evitarlo. «No puedo».

Algo parpadeó brevemente en sus rasgos de otro mundo y, por un momento, apareció como una criatura pequeña y herida, vulnerable e inquisitiva. La visión, aunque breve, le

atravesó el pecho.

«No porque te encuentre indeseable», añadió él en un murmullo grave mientras se perdía en su mirada. «No puedo estar cerca de ti sin sentirme abrumado por... un deseo invencible. Me cuesta hablar. Apenas puedo encontrar sentido a mis propios pensamientos. No tienes idea...».

Se detuvo abruptamente al ver cómo sus palabras la impactaron. Sus labios se separaron con un cálido aliento y sus ojos se abrieron cuando su mano finalmente se deslizó lejos de su pierna.

Nicholas permaneció inmóvil mientras su cuerpo se inundaba de dolorosa tensión.

Cuando ella bajó la mirada y colocó con cuidado su copa de vino en la bandeja antes de cambiar su peso para levantarse, él resistió la intensa necesidad de gruñir y resoplar. Él no intentaría obligarla a quedarse. No le rogaría tiempo y atención como deseaba. Tampoco se retractaría de sus palabras y las declararía mentira para tranquilizarla. Era mejor para ella comprender el riesgo de estar cerca de él.

Pero en lugar de ponerse de pie, se puso de rodillas y agarró sus faldas con ambas manos para mantenerlas fuera del camino mientras se acercaba a él. Sosteniendo su mirada con la de ella. Más y más cerca hasta que ella se arrodilló entre sus piernas. Luego se sentó sobre los talones y se soltó la falda, apoyando las manos sobre los muslos.

Nicholas no podía respirar. No era necesario. Sus ojos le daban vida y él no podía apartar la mirada.

Luego inclinó la cabeza y la comisura de su boca se levantó un poco. «¿Te sientes abrumado ahora? Con deseo invencible. ¿Por mí?».

La forma vacilante en que habló podría haber sugerido que se sentía nerviosa o insegura, pero por lo demás exudaba una calma absoluta. Parecía completamente segura y curiosa. El dolor lo atravesó. ¿Cuáles eran sus intenciones al presionarlo así? Él acababa de decirle lo difícil que era estar cerca de ella. Y ella se acercaba. ¿Y ahora quería que él volviera a admitir su debilidad?

¿Por qué?

Para atormentarlo con otra negación.

No te amaré.

La ira se encendió en su torrente sanguíneo, fluyendo junto con su ardiente necesidad por su violencia y belleza. Tentadora y consumidora.

Sus manos se cerraron en puños contra el suelo, su vientre se tensó y los músculos de sus muslos se tensaron hasta convertirse en piedra mientras una pesada oscuridad lo reclamaba. Podía sentir la pesadez de su frente mientras entrecerraba los ojos y sus dientes rechinaban con tanta fuerza que le dolía la mandíbula.

Su mirada cayó hasta su boca, que seguramente se convirtió en un gruñido, luego se deslizó hasta donde se agruparon los músculos de su mandíbula. Hubo un destello de lo que parecía preocupación en su expresión y levantó la mano para presionar su fría palma contra un lado de su cara.

Todo su cuerpo se sacudió ante su toque.

Sus cejas bajaron. «¿Por qué parece sentir dolor?».

«Me duele», gruñó él.

Su ceño se frunció más profundamente y su mirada pareció oscilar por todo su cuerpo en una danza inquisitiva. Aún mirándolo, colocó sus manos sobre sus hombros y luego las deslizó por sus brazos tensos y musculosos hasta sus puños fuertemente cerrados. Presionando sus pulgares en el centro, forzó suavemente las manos de él a soltarse y luego las levantó para colocarlas sobre la suave curvatura de sus caderas.

«Esto no tiene por qué ser complicado», murmuró ella. «No tiene qué significar nada más que lo que es. Aliviar tu dolor en mí». Su voz se convirtió en un susurro suave. Sus ojos eran oscuros y lo hechizaban. «Aliviar también *mi* dolor».

Capítulo Diecinueve

Las palabras de Margot provocaron una respuesta instantánea en él. Como si se hubiera disparado un gatillo y la tensión que lo mantenía quieto como una piedra se hubiera liberado repentinamente en una erupción de acción.

Él tensó sus manos sobre sus caderas, agarrándola mientras se ponía de pie, llevándola con él. Antes de que pudiera recuperar el aliento, él la tomó en sus brazos y cruzó la habitación con las largas zancadas de un hombre que no quería que nada ni nadie interfiriera en su propósito.

Margot se aferró a sus hombros, no porque temiera que la dejara caer, ya que su agarre sobre ella era sorprendentemente seguro, su fuerza deliciosamente evidente, sino porque quería estrecharlo hacia ella con tanta fuerza como él la agarraba a ella.

«¿A dónde vamos?», preguntó ella mientras salían del estudio y subían las escaleras cercanas.

«A mi cama», murmuró él seriamente. «No volveré a tomarte en el suelo».

Su cuerpo se derritió y su corazón latió salvajemente. El calor, el deseo y una excitada anticipación la invadieron, dejándola sin aliento y con un hormigueo.

Su mirada se dirigió intencionalmente hacia adelante mientras la llevaba a sus apartamentos privados. Su enfoque nunca se desvió de la dirección de su destino deseado.

Pero Margot no pudo evitar mirarlo fijamente a la cara. Tan cerca de la de ella. Y aunque vio principalmente su perfil, era tan atractivo. Ángulos duros, líneas fuertes y una ceja poblada sobre los ojos más penetrantes y misteriosos que jamás haya visto. Estaba desesperada por que él la mirara. Aunque solo fuera por un segundo. De repente necesitaba sentir su mirada cortándola hasta el centro. Verla. Conocerla.

Pero él estaba demasiado concentrado como para mirarla de reojo.

Su dormitorio era cálido y oscuro. Casi demasiado oscuro. Las cortinas estaban cerradas, no había velas encendidas y el fuego en la chimenea ardía tan débilmente que solo algunas brasas ardían. Presa de un miedo repentino e irracional de perderlo en las sombras profundas, Margot apretó los dedos con más fuerza en la tela de su abrigo.

Un sonido bajo emanó de su garganta y finalmente se giró para mirarla con ojos que brillaban como topacios azules, brillando a través de la oscuridad como la mirada de un depredador en la noche.

El vientre de Margot se agitó deliciosamente. Un calor líquido fluyó hacia su sexo, haciéndola sentir un dolor terrible.

Junto a la enorme cama con dosel, la puso suavemente de pie. Luego le soltó los dedos del abrigo y los acercó a sus costados.

Su voz era áspera y entrecortada. «No. Te. Muevas».

Margot no se movió ni un centímetro mientras él se alejaba, excepto para agarrarse el labio inferior entre los dientes para evitar llamarlo. Con los ojos muy abiertos, lo vio caminar hacia las ventanas y correr las cortinas.

La luz de la luna inundó la habitación. Proyectando todo en un brillo suave y plateado.

La suave luz fluía detrás de él, manteniendo su rostro en la sombra mientras caminaba lenta y deliberadamente hacia ella. Margot simplemente dejó de respirar. Cuando él se acercó, finalmente pudo verlo mirándola fijamente. Parecía hipnotizado por su rostro. Su atención

recorrió rápidamente cada rasgo antes de posarse en su boca.

¿La besaría ahora?

Su corazón se aceleró y sus labios se abrieron en una exhalación desesperada.

Pero cuando se detuvo frente a ella, su atención se centró en los pequeños botones que corrían por el frente de su vestido. Sus dedos eran rápidos pero torpes mientras luchaba por liberarla de los confines de su vestido. Cuando ella quiso ayudar, él emitió un sonido áspero y ella bajó las manos a los costados.

No se dijeron una sola palabra entre ellos mientras él continuaba desnudándola. Sus manos arrancaron todas las enaguas y la ropa interior de su cuerpo. Cada cordón de su corsé se aflojó con sus fuertes dedos. Su blusa la pasó por la cabeza. Y, por último, también le quitó los zapatos y las medias. Hasta que estuvo completamente desnuda.

Mientras él permanecía vestido, arrodillado ante ella.

Esperó a que él se levantara, anticipando la oportunidad de hacer lo mismo por él. Descubriendo su cuerpo con una prenda de vestir a la vez. Ya podía imaginarse sus manos explorando la suave calidez de su piel sobre los músculos tensos y la textura áspera de sus piernas y pecho. Quería tocar cada centímetro de él, memorizar sus sentimientos.

Pero él no se puso de pie.

Después de arrojar su segunda media a un lado, rodeó sus tobillos con sus grandes manos, luego lentamente pasó las palmas por sus piernas, deslizando las yemas de los dedos por la sensible piel detrás de sus rodillas. Cuando sus manos continuaron subiendo, moviéndose posesivamente sobre la curva de sus muslos y caderas antes de posarse en la parte inferior de su cintura, Margot no pudo controlar el temblor de sus músculos ni la respiración suave y jadeante que salía de sus labios.

Y luego hizo lo más sorprendente.

Envolviendo sus musculosos brazos alrededor de sus caderas, se inclinó hacia ella y presionó su rostro contra su estómago.

Sintió los primeros besos tiernos como un pasar de estrellas sobre su vientre.

Sus entrañas se retorcieron de emoción. Mordiéndose con fuerza el labio una vez más, luchó contra un extraño ardor en sus ojos y miró hacia abajo para observar cómo él silenciosamente reconocía la vida creciendo dentro de ella. La vida que habían creado. El bebé que ya amaba.

Su mano se levantó, buscando la seda de su cabello dorado.

Pero ante su primer intento de contacto, él se detuvo, retrocediendo lo suficiente para escapar de sus dedos mientras la miraba.

Sus ojos ardían con un fuego gélido y posesivo. Caliente y penetrante.

Margot se quedó paralizada ante una mirada tan atenta. En esos ojos pasaban muchas cosas. Cosas que apenas podía comprender. Algunas realmente no las quería.

Agradecido, el movimiento de sus pestañas cubrió su mirada ardiente mientras le daba un último beso en el vientre.

Y luego otro beso. Más bajo.

Otro en la cresta de la cadera. Y luego hasta el pliegue donde su vientre se une con su muslo.

La respiración de Margot no era más que corta, jadeos y suspiros. Sus manos flotaban sobre su cabeza, temerosa de tocarlo. Abrazarlo, como ella quería. Dirigirlo hacia su...

Pero entonces, con un sonido pesado y retumbante, se movió y se puso de pie en un movimiento rápido, levantándola antes de girarse para bajarlos a ambos a su cama.

Su gran cuerpo la cubrió con un peso íntimo y delicioso. Su amplio pecho aplanó los senos de ella, sus caderas sujetaron las de ella al colchón y uno de sus muslos quedó firmemente alojado entre los de ella. Las diferentes telas de su ropa contra su piel desnuda crearon una extraña variedad de sensaciones, acentuadas por la disparidad entre sus vulnerabilidades.

Fue una sensación aterradora. Un sentimiento encantador. Una sensación de falta de aliento, de que el corazón palpitaba irregular y de que se le revolvía el estómago.

Y su boca. Su hermosa y sensual boca inmediatamente comenzó a moverse con hambre voraz a lo largo de su garganta. Mordisqueando primero su oreja antes de deslizarse hasta su clavícula, donde movió su lengua contra la caída de su pulso. Luego hasta el borde de su hombro, donde raspó su carne con el borde de sus dientes, provocando un estallido de piel de gallina y una lluvia de chispas hormigueantes a través de su sangre.

Su jadeo y suspiro parecieron impulsarlo mientras se movía para agarrar uno de sus senos en su gran mano. Dándole una suave y amasadora caricia, cubrió la cima de su pecho con su boca de succión.

Margot se arqueó bruscamente debajo de él, su cuerpo se tensó con una punzada de placer.

Uno de los cambios físicos más significativos que había experimentado su cuerpo desde que descubrió que estaba embarazada fue en sus senos. Se habían vuelto un poco más pesados, más llenos y tan increíblemente sensibles.

El jalón y la atracción de su boca húmeda y caliente provocó un placer penetrante a través de su centro, directamente a su sexo. Haciendo que sus muslos se tensaran y apretaran a su alrededor mientras arqueaba la espalda.

Él gimió espesamente contra su carne. La vibración profundizó su placer y ella respondió con un gemido entrecortado. Chupó más fuerte, atrayendo más de ella a su boca mientras su lengua hacía círculos contra el pico endurecido.

Margot casi se perdió en las sensaciones. Su cuerpo ondulaba mientras intentaba ofrecer más de sí misma para que él la tomara mientras buscaba una presión más directa entre sus muslos, donde se sentía desesperadamente dolorida y vacía. Pero su peso no le permitía tanto movimiento como ella quería y un sonido de frustración pronto se escapó de su garganta.

Su respuesta fue un gruñido bajo.

Luego se alejó de ella. Quitando su boca de su piel y dejando de cubrir su cuerpo.

Los ojos de Margot se abrieron de golpe y sus labios se separaron para emitir un resoplido de consternación. Pero ella contuvo cualquier otra protesta cuando vio que él se estaba quitando el abrigo. Después de arrojarlo a un lado, jaló bruscamente su corbata, arrojándola también antes de pasar una mano por encima de su hombro para agarrar un puñado de su suave camisa de lino y pasársela por la cabeza, dejándolo desnudo de la cintura para arriba.

Margot se permitió darse un excitante festín al verlo.

Solo recordaba breves destellos de su cuerpo de esa noche en la biblioteca. Todo había sucedido tan rápido, ambos se necesitaban tan urgentemente el uno al otro que no había paciencia para apreciar esas cosas.

Pero ahora quería sumergirse en cada detalle.

La amplitud de sus hombros perfectamente formados. Los planos y curvas duras de su pecho y las crestas esculpidas de su abdomen. Y esas dos líneas deliciosas que corrían desde sus caderas y se inclinaban hacia abajo antes de desaparecer debajo de la cintura de sus pantalones. Sus brazos estaban dotados de más músculos; sin duda, el trabajo que hacía con los trabajadores contribuía a su físico perfeccionado.

Su atención se deslizó brevemente hacia el vendaje que rodeaba su sólido antebrazo.

Cuando él hizo un ruido sordo, su mirada volvió a su rostro. El brillante fuego azul de su mirada estaba quemando un camino sobre su cuerpo. Deseoso y excitado. Cuando sus ojos finalmente encontraron los de ella, una lanza de sensación se arqueó bruscamente a través de ella. Entrelazándose y enhebrando el tejido mismo de su ser. Infundiéndole una extraña luz y asombro. Se sintió reclamada por su mirada. Poseída por el fuego intencional de su deseo.

Con un murmullo gutural, lo alcanzó, sus manos hormigueaban al sentir el suave calor de su piel. Pero las yemas de sus dedos apenas sentían los tensos músculos de su vientre antes de que él agarrara sus muñecas y se inclinara sobre ella, inmovilizando sus manos a la cama sobre su cabeza.

Su expresión se oscureció cuando se cernió sobre ella. La sombra amenazadora de sus cejas y la línea dura de su mandíbula sugerían algún tormento en él.

Margot frunció el ceño, la necesidad de preguntarle por qué había interrumpido su caricia subió desafiante a sus labios, pero el momento fue robado cuando él bajó la cabeza una vez más para reclamar su pecho en un beso profundo y tirante.

Los ardientes arcos de placer pronto hicieron que sus piernas se movieran inquietas debajo de él mientras suaves gemidos se deslizaban roncamente de su garganta. Ella quería más. Su desesperación solo aumentó cuando su cuerpo comenzó a moverse sobre el de ella con sutiles empujones que causaron una suave fricción entre su piel y la de ella.

Se sentía maravilloso, pero no era suficiente. Podía sentir la dura longitud de su erección contra su muslo, pero lo quería en otra parte. Lo necesitaba entre sus piernas. Quería sentirlo palpitando dentro de ella, calmando el dolor que rápidamente se estaba volviendo insoportable.

Una súplica sin aliento finalmente se deslizó de sus labios. «Nicholas, por favor».

Sus manos apretaron sus muñecas y su cuerpo se tensó. Levantando la cabeza para mirarla a los ojos, parecía estar buscando algo. Sus cejas estaban pobladas cuando su mirada se posó brevemente en su boca.

¡Ahora la besaría!

Ella se sintió segura y deslizó su lengua por sus labios para humedecerlos.

Sus ojos se entrecerraron instantáneamente y su boca se presionó en una línea firme.

Luego se alejó de ella y se levantó de la cama.

Capítulo Veinte

Ardía de ira.

Estaba furioso.

Como un maldito infierno, su lujuria por ella se extendía fuera de control a través de su cuerpo, su mente y su alma.

Consumiendo la vista de ella con una mirada que provocaba la necesidad desesperada de tocar cada centímetro de ella, se quitó las botas mientras se desabrochaba la parte delantera de los pantalones y los arrojaba al suelo.

Ella yacía en el centro de su colcha de terciopelo negro, su piel pálida casi brillando a la luz de la luna, su cabello negro despeinado y enredado alrededor de su cabeza, y esos anteojos... todavía protegiendo una mirada tan firme y amplia mientras le devolvía la mirada. Ojos oscuros y llenos de misterios que temía estaban demasiado cuidadosamente protegidos para poder comprenderlos.

Sus labios se separaron, las relucientes almohadas rosadas lo llamaron instantáneamente, burlándose de él, rogándole que probara. Que pasara la lengua por su superficie satinada antes de empujarla hacia dentro.

Pero un beso así era demasiado íntimo.

Una vez que su boca se encontrara con la de ella... una vez que ella suspirara sus secretos en su boca y él se abriera a su exploración, no habría oportunidad de retractarse.

Entonces ella lo tendría todo. Haría lo que quería hacer.

Pero ella no lo amaría.

«¿Nicholas?».

Su susurro interrogativo lo rozó como un céfiro.

Su anticipación fue un delicado temblor en el aire. El aroma de su deseo, un leve perfume que acariciaba su piel. Podía ver su tranquila curiosidad. Su paciencia y serena aceptación.

Incluso en su estado de anhelo sensual, ella lo miró con tal percepción intencional.

¿Qué veía cuando lo miraba así?

No se atrevía a preguntarle.

Desnudo, regresó a la cama, acercándose a ella de rodillas antes de bajar los codos entre sus muslos abiertos. Extendiendo las manos sobre sus suaves y sedosos muslos, la instó a abrirse más.

Tomándose un momento, la miró fijamente, recordando lo delicioso que había sido su deseo esa noche. Respirando profundamente, inhaló el dulce aroma almizclado de ella y un gruñido de excitación salió de su garganta. No podía presionar sus labios contra los de ella, pero enterraría su rostro entre sus muslos. Él lamía su humedad resbaladiza y chupaba su carne rosada hasta que ella comenzó a temblar bajo su lengua y pulsaba contra sus labios.

Pero primero, tenía que reclamar esa perla reluciente que se hinchaba suavemente bajo su atenta mirada. Deslizando sus brazos debajo de ella, le tomó las nalgas entre sus manos y la levantó. Cubriéndola con la boca abierta, succionó lentamente su carne. Su jadeo de placer se deslizó por su columna con chispas hormigueantes. Él respondió con un largo y tranquilizador movimiento de su lengua y otro rico jalón de sus labios.

Ella se arqueó y gimió, inclinando su pelvis para hacer más de lo mismo.

Él rápidamente, desesperadamente, se lo dio. Con largas y relajantes lamidas y profundos

besos de succión. Con mordiscos de sus dientes y embestidas rápidas que alentaron más y más sus suspiros y su dulce y resbaladiza humedad. Hasta que cubrió su sexo como rocío y le manchó los muslos y goteó por su barbilla. Hasta que ella comenzó a retorcerse y disfrutar bajo su atención y sus ojos se pusieron vidriosos.

Aun así, no se detuvo. No cuando sus manos finalmente lo alcanzaron, agarrando su cabello con pequeños puños. No cuando sus muslos empezaron a temblar y su vientre tembló. Y seguro que no cuando pulsó contra sus labios, su columna se arqueó en una profunda curva y su respiración se contuvo y se mantuvo mientras su liberación la reclamaba por completo. Él lamió cada gota de su placer, la calmó con besos suaves y aliento cálido.

Cuando finalmente se calmó, sus manos cayeron relajadas sobre la cama, exhaló un largo suspiro y su columna se suavizó, entonces él le dio una última caricia con la lengua a lo largo de toda su longitud antes de pasarse la mano por la boca y ponerse de rodillas.

El rubor de su piel, el ascenso y caída de sus senos mientras continuaba descendiendo desde su cima, la mirada soñadora en sus ojos y los pliegues hinchados y rosados de su sexo eran demasiado.

Sus testículos se tensaron y su pene se balanceó con urgencia. Una gota de líquido transparente salió de su punta palpitante.

Con un áspero gemido, cerró los ojos y rápidamente se agarró la base, sujetándose fuerte para evitar cualquier liberación adicional mientras la gota rodaba por su longitud y luego sobre sus dedos.

El colchón se hundió cuando ella cambió de posición en la cama, pero él no se atrevió a abrir los ojos.

¿Había sido testigo de su casi pérdida de control?

¿Lo dejaría ahora? ¿Antes de que tuviera siquiera la oportunidad de hundirse en el perfecto calor sedoso de su cuerpo?

Solo el más breve pensamiento de lo maravillosa que se había sentido esa primera vez, de lo jodidamente perfecto que encajaban juntos, de cómo él había experimentado el clímax más profundo de su vida entre sus muslos, le obligó a emitir un gruñido de placer en su pecho. Un hormigueo en la base de su columna. A pesar del fuerte agarre que tenía sobre su miembro, otra gota salió de su punta.

Su brazo comenzó a doler por el esfuerzo de contenerse mientras otra gota brotaba, forzando a la anterior a bajar por su longitud. Ella hizo un sonido suave y él abrió los ojos para verla sentada sobre sus talones, con las manos extendidas suavemente sobre los muslos, su mirada hambrienta y suplicante centrada intensamente en su dolorido pene.

«¿Puedo...?». Hubo una pausa entrecortada mientras ella se mojaba los labios con la lengua, luego lo intentó de nuevo con su voz un poco más fuerte. «Nicholas... debo conocer tu sabor».

Él gimió, pesado, profundo y largo. Echando la cabeza hacia atrás, miró fijamente el dosel sobre su cama. Los músculos de sus muslos temblaron, le dolía el estómago. Su pene latía incesantemente.

No quería nada más que sentir su pequeña y caliente lengua recorrer su punta. Saber que ella saborearía la esencia misma de su necesidad por ella.

¿Pero podría sobrevivir?

«¿Nicholas?».

Podía ser que eso lo matara, pero no podía negar esa súplica en su voz.

Volviendo a mirarla fijamente, notó que ella se había quitado los anteojos, sin dejar

ninguna barrera mientras miraba fijamente su rostro, una mirada de ligera preocupación y curiosidad flotando en su expresión incluso mientras el deseo ardía con silenciosa intensidad en su mirada.

«¿Estás...?».

«Hazlo», gruñó él.

Sus cejas se fruncieron brevemente. Pero luego su mirada cayó de nuevo hacia donde su gruesa erección sobresalía de su puño cerrado. Sus ojos se abrieron y sus labios también. Luego, lentamente, ella se inclinó hacia adelante sobre sus manos y rodillas.

Mechones de su cabello negro se deslizaron por su espalda y hombros, protegiendo su rostro, pero revelándole la hermosa línea de su columna y la curvatura de sus caderas y nalgas. Verla así, inclinada frente a él, con la boca acercándose hacia él, era casi demasiado.

Él gimió y su miembro saltó, como si intentara alcanzar sus labios.

Nicholas tuvo que cerrar los ojos. Lo visual era demasiado potente.

Pero entonces sintió su cálido aliento y la escuchó murmurar algo bajo e indescifrable. Un momento después, hubo una caricia ardiente a lo largo de su pene. El placer de ello lo atravesó como un rayo abrasador. Su cuerpo se tensó cuando el fuego se encendió en sus venas y un sonido gutural se atascó en su garganta.

Respiró hondo y apretó con fuerza alrededor de su eje.

Casi se pierde. Pero después de todo, había sobrevivido.

Estaba a punto de soltar un suspiro de alivio cuando sintió algo totalmente inexplicable y totalmente devastador.

Sus labios suaves y cálidos se cerraron sobre la punta de él y se deslizaron hacia abajo para tomar su cabeza completamente en su boca.

Nicholas gruñó, luego gimió y luego volvió a gruñir cuando sintió el remolino de su lengua alrededor de la cresta de su cabeza.

«Santo cielo», murmuró con brusquedad y abrió los ojos para verla llevándolo aún más dentro de su boca.

Esto no podía ser real.

Durante un período de tiempo desconocido, no pudo apartar la mirada a pesar de que sus pulmones ardían sin aliento y su estómago se contraía tanto que le dolían las costillas. De alguna manera, su mano encontró su camino entre los despeinados mechones de su cabello para tocar la parte posterior de su cabeza, impulsándola a un ritmo que seguramente lo destruiría. Él esperaba que ella se resistiera en cualquier momento, pero ella obedeció con entusiasmo, suaves sonidos saliendo de su garganta y vibrando suavemente por su eje mientras lo tomaba más y más profundamente.

Fue... un tormento divino e infernal. La succión de su boca, el deslizamiento de sus labios, el remolino de su lengua lo pusieron completamente bajo su esclavitud mientras el placer se acumulaba dentro de él con más presión de la que jamás había conocido. Tendría que detenerla pronto. Muy pronto.

Pero todavía no.

Con los dedos todavía enterrados en su cabello, deslizó la otra mano por el hueco de su columna, curvándose sobre ella para acariciar su suave trasero. Mientras él apretaba su carne redondeada, ella soltó un gemido espeso alrededor de su pene. Con un aliento entrecortado, se enderezó y miró hacia abajo para ver sus ojos insondables parpadeando hacia él.

«Mierda».

Le tomó suavemente el pelo con la mano y la alejó de él.

Su sonido de consternación y el destello de decepción en su dulce rostro se clavaron en su pecho. Nicholas tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás y rechinar los dientes para recuperar el control.

Después de un momento, su voz sensual y humeante atravesó los atronadores golpes en sus oídos.

«Estoy aquí, Nicholas. Alivia tu dolor en mí».

Con otro gruñido, la inmovilizó con una estrella feroz. Agarrando su cadera con una mano, la giró para alejarla de él, empujando su dulce y redondeado trasero contra el borde de su polla.

Ella jadeó e inmediatamente arqueó la columna para sentirlo contra su sexo. Su calor y humedad lo cubrieron, lo llamaron, exigiendo su atención.

Aún forzando una apariencia de control, Nicholas se colocó debajo de ella de modo que su longitud corriera a lo largo de su entrada con cada embestida que hacía, mostrándole lo que pretendía.

Sus muslos temblaron contra los de él y su columna se arqueó mientras miraba por encima del hombro. Su aliento salió de sus labios antes de murmurar con voz espesa, «me duele, Nicholas. Por favor».

Su control se rompió. Retrocediendo, ajustó su ángulo y luego empujó dentro de ella con un movimiento poderoso.

Ella jadeó y luego gimió. Todo su cuerpo se estremeció.

Nicholas volvió a dejar de respirar. Ella lo abrazó con tanta fuerza, su vagina se sentía caliente, suave y resbaladizo alrededor de él. Quería empujar de nuevo, pero no podía retirarse de ella.

Y entonces sus músculos internos se contrajeron, con tanta fuerza que le hizo gruñir de placer. Tan fuerte que sintió los primeros temblores de su liberación en delicadas ondas alrededor de su pene. Ondas que se fortalecieron, reclamándolo, arrastrándolo hacia su placer. Pero fue su gemido gutural de rendición lo que lo rompió.

Su clímax explotó en un estallido de placer tan agudo, poderoso y consumidor que todo lo que pudo hacer fue agarrar con fuerza sus caderas y mantenerlos juntos mientras su semilla bombeaba después de un solo golpe.

Capítulo Veintiuno

Las fuerzas de Margot la abandonaron y sus hombros cayeron sobre la cama. Su cuerpo temblaba de la cabeza a los pies y sus músculos internos todavía convulsionaban alrededor de su gruesa longitud pulsando pesadamente dentro de ella. Podía oír su respiración entrecortada y sentir el agarre duro, casi doloroso, pero profundamente satisfactorio de sus dedos en sus caderas.

Y cuando él deslizó una de sus manos a lo largo de su columna vertebral para agarrar su nuca en un apretón rápido y firme, se le puso la piel de gallina. Quería sentir su palma recorriendo cada centímetro de ella, sus dedos agarrando y amasando cada pedacito de su suavidad. Pero él llevó su mano a su trasero, donde le dio una caricia circular antes de comenzar a retirarse.

Su cuerpo reaccionó por instinto, apretándose para retenerlo dentro de ella.

Su gruñido se mezcló con su gemido, pero aun así se liberó. Un momento después, su semilla se deslizó por la parte interna de su muslo y ella suspiró, aunque no tenía idea si era un sonido de satisfacción o consternación. Ella acababa de experimentar algo asombroso, mágico, conmovedor... pero ahora todo había terminado.

Podía sentirlo alejándose de ella mientras se apoyaba en las manos antes de girarse para apoyar su peso en una cadera.

Se sentó a los pies de la cama, con la columna curvada y la cabeza inclinada, los pies firmemente apoyados en el suelo y los codos apoyados en los muslos. Su primera impresión de su ancha espalda era de fuerza. Incluso en reposo relajado, la sólida expansión muscular de su forma era evidente.

Pero entonces notó que algo comenzaba.

Su rápida respiración debió haberle alertado de su lectura porque se puso rígido abruptamente. Levantó la cabeza y su cuerpo se tensó.

A pesar de su reacción, Margot se acercó. Donde esperaba ver piel suave sobre músculos suavemente ondulados, vio una amplia franja de carne rosada y pellizcada en una textura toscamente destrozada. Un deseo instintivo de calmar hizo que su mano se elevara hacia la superficie cicatrizada de su espalda antes de pensarlo mejor.

Cuando él giró la cabeza para mirar con los ojos entrecerrados por encima del hombro, ella se quedó quieta. Su corazón tronó contra sus costillas.

Bajó la mano a su regazo y puso su mirada encapuchada con una mirada fija. «¿Qué te pasó?», preguntó en voz baja.

Su expresión se endureció cuando sus rasgos adquirieron un tono familiar. Antes de que él volviera a las brasas brillantes de la chimenea al otro lado de la habitación, ella notó cómo su ira parecía claramente teñida de dolor y desesperación.

«Me quemé en un incendio. Hace años de eso».

«¿Aún te causa malestar?».

Se encogió de hombros y su voz era grave y áspera cuando respondió. «Queda muy poca sensación».

Aunque sus palabras decían lo contrario, ella sintió que la herida todavía le molestaba mucho, aunque tal vez no en un sentido físico. Había amargura en su voz y algo más... algo pesado y oscuro.

Como traición.

Permaneció donde estaba, con los codos sobre las rodillas y la mirada fija en el fuego. Aunque la tensión seguía presente en todo su cuerpo, también había una calma subyacente en sus modales. Como el cielo después de una tormenta, cuando las siniestras nubes grises finalmente han liberado parte de su poder en una lluvia torrencial y ahora parecen contentas de girar y ser escuchadas sin amenaza ni intención.

Deseando poder rodearlo con sus brazos, se deslizó más cerca, pero mantuvo las manos presionadas contra el colchón y susurró suavemente, «cuéntamelo».

#

«No es una historia agradable», murmuró Nicholas, con el estómago apretado.

«No espero que lo sea». Su voz llegó cálidamente detrás de él, demasiado cerca de él. «Aún me gustaría saberlo. Pero si prefieres no hacerlo... lo entiendo».

Nunca le había contado a nadie lo que pasó esa noche ni sobre las semanas de recuperación que siguieron. Ni siquiera Reginald, que en ese momento había estado luchando contra sus propios demonios. Tan pronto como se recuperó lo suficiente para viajar, se dirigió al norte, encontró Glenwood y se escondió del mundo. Los recuerdos habían estado encerrados en una bóveda de su mente durante años. Pero por alguna razón, su calma y seguridad superaron su resistencia.

Quizás había llegado el momento de visitar ese pasado. Tal vez... una vez que todo estuviera ahí, entre ellos, recordaría lo vital que era protegerse contra el tipo de sentimientos que inspiraba su esposa. Lo mejor era que recordara lo que podía pasar si entregaba su confianza y su amor a la mujer equivocada.

Reclamó un suspiro entrecortado, aspirando el aire hacia abajo, expandiendo su caja torácica y estirando la piel cicatrizada de su espalda. Había dicho la verdad cuando dijo que había poca sensación en los nervios dañados, pero aún podía sentir la tensión, los calambres, lo antinatural.

«Conocí a Belinda por primera vez el verano de mi vigésimo primer año», comenzó con brusquedad. «Era una viuda joven, brillante y hermosa. Ella era algo como...». Todavía podía recordar fácilmente cómo había cautivado a todos con sus generosas sonrisas y sutiles coqueteos. Resopló. «Pasé meses cortejándola, colmándola de regalos caros, prometiéndole el mundo», señaló con dureza. «Finalmente, ella aceptó casarse, pero insistió en que mantuviéramos nuestro matrimonio en secreto. Su firme resistencia a un anuncio formal debería haberme alertado de su decepción. Pero fui tonto y demasiado confiado».

Nicholas inclinó la cabeza y se miró las manos. Extendió los dedos y miró las líneas familiares que cruzaban sus palmas y los nuevos callos formados en su trabajo con los hombres de Tally. Luego, respirando profundamente, apretó los dedos en puños.

«Una noche fui a verla sin avisar. Estaba en la cama con otro caballero. Aunque estaba furiosa por mi intrusión, su compañero solo se rió. Resultó que él era su verdadero prometido y él era muy consciente de que yo era solo uno entre muchos jóvenes con los que había estado jugando. Nos dio largas para ver cuántas joyas, caballos y riquezas podía adquirir antes de soltarnos.

La furia ardía en su pecho cuando recordó su astuta sonrisa cuando ella admitió todo.

«Ella era tan malditamente cruel. Simplemente le importaba un carajo a quién lastimara mientras obtuviera lo que quería. Me enfureció», admitió con dureza, su voz venía de lo más profundo y lejano en su interior. Tenía los puños tan apretados que le dolían. «Quería que pagaran. Por mí y por los demás».

Perdido en la emoción recordada ese momento, Nicholas no tenía idea de cuánto tiempo se había prolongado el silencio cuando ella preguntó en voz baja, «¿Qué hiciste?».

«Debería haberme ido». Suspiró y bajó los hombros. «Pero en mi justa indignación, declararé estúpidamente que los expondría a todos ante la alta sociedad. El escándalo los habría arruinado».

Mirando sus manos nuevamente, extendió los dedos y luego los curvó en la palma.

«Yo era joven y no tan fuerte como lo soy ahora, mientras que el verdadero amante de Belinda tenía experiencia y, debido a mi amenaza, estaba tan furioso como yo. Luchamos. En un momento, perdí el conocimiento y supongo que logró encerrarme en un pequeño cobertizo en algún lugar de su propiedad. No sé cómo empezó el incendio, si fue intencionado o fue un accidente, pero me desperté con un humo asfixiante. En unos momentos, la pequeña estructura estaba en llamas. Intenté encontrar una salida, pero estaba desorientado y me ardían los ojos por el humo. Cuando una de las paredes se derrumbó, una viga cayó sobre mi espalda y me inmovilizó contra el suelo».

El dolor y el miedo de ese momento lo atravesaron, cortándole el aliento y desgarrando su piel, hasta que logró empujarlo hacia abajo. «De alguna manera me liberé. Mis gritos no trajeron ayuda y finalmente me alejé tambaleándome en busca de ayuda. Pero con los ojos ardiendo por el humo y el delirio causado por el dolor, no tenía idea de adónde ir. Cerca del amanecer, llegué a la cabaña de un campesino y me desplomé en la puerta. Lo siguiente que recuerdo es haber despertado bajo el cuidado meticuloso de la anciana que vivía allí. Estuve inconsciente durante varios días mientras ella atendía mis heridas. Le debo la vida a esa mujer», murmuró con voz ronca. «Cuando recuperé la salud, me aseguré de que ella tuviera todo el consuelo que pudiera desear. Ella falleció hace más de un año».

«Lo lamento».

El suave murmullo de Margot lo sacó del extraño ensueño en el que había caído. Sacudió firmemente la cabeza. «Ha quedado en el pasado».

«¿Qué pasó con Belinda? ¿La expusiste?». Había un tono en su voz, un atisbo de ira vengadora. «¿Alguno de ellos pagó por lo que te hicieron?».

Nicholas negó con la cabeza. «Cuando me recuperé, ella se había casado con su amante y se habían ido de Inglaterra. Hasta donde yo sé, nunca regresaron».

Y estaba agradecido por ello. Le había permitido guardar esos recuerdos en lo más profundo de su ser. La sensación de traición, el miedo y la incredulidad. Sentirlo de nuevo ahora solo lo hizo sentir tan impotente, perdido y solo como había estado esa noche, tropezando en la oscuridad, fuera de sí por el dolor.

«Ya no parecía tener sentido exponerlos. Preferí no pensar en ellos en absoluto».

«¿La amabas?». La voz de Margot era tranquila y curiosa.

Pero la pregunta envió una onda de choque a través de su sistema.

¿Había amado a Belinda? Ahora que se había permitido recordar ese momento después de tantos años de evitar pensar en ello, sabía que lo que había sentido entonces no había sido amor. Estaba enamorado. En sentido lujurioso, como los jóvenes. Y es posible que se creyera enamorado. Pero lo que sea que haya sentido por ella, no era nada comparado con lo que sentía por su esposa.

Incluso después de haber agotado su lujuria no hace mucho, todavía estaba consumido por la necesidad de ella. No solo era deseo físico. Era mucho más profundo que eso. Su necesidad era tan vital como la necesidad de aire o agua. Era un anhelo del alma y una enfermedad desgarradora.

Maldita sea.

Se pasó una mano temblorosa por el cabello despeinado y de repente recordó con claridad visceral la sensación de sus dedos apretándose y tirando de su cuero cabelludo mientras él la complacía con su boca.

Después de su liberación, había estado tan tentado de agacharse junto al cuerpo tembloroso de ella y abrazarla. Había anhelado el calor y la humedad de su piel contra él, el latido de su corazón bajo su mano, su aliento abanicando su garganta. Pero había resistido la desastrosa urgencia. Apenas.

«Nicholas, yo...».

«Ahora ya lo sabes», interrumpió bruscamente mientras se ponía de pie y caminaba hacia un lavabo en la esquina. «Puedes irte».

Sabía exactamente lo que ella había estado a punto de decir.

Nicholas, no te amaré.

Sabía que hacer el amor con ella dolería así. Sabía que se enredaría en sus pensamientos y emociones si cedía a su deseo y anhelo por ella. Y ahora el dolor del pasado se había unido al tormento de su presente.

Se quedó quieto e inmóvil hasta que escuchó el suave deslizamiento de su cuerpo sobre las sábanas, luego sus intentos de pasos por el suelo. Unos momentos más tarde, el clic decisivo de la puerta de su dormitorio cerrándose detrás de ella se escuchó como un disparo en sus huesos.

Capítulo Veintidós

Durante todo el día siguiente, Margot no logró ver ni una sola vez a su marido. Pero ella lo sentía. En todos lados. Como si estuviera a la vuelta de la esquina o más allá de la curva del camino o justo al otro lado de la puerta.

Ella lo sentía a él y su *ausencia*. Y lo ansiaba.

Con una profundidad que la aterrorizó.

Lo que ayudó a convencerla de que estar con él de una manera tan íntima era demasiado peligroso. La experiencia, por sorprendente que fuera, pudo haberle permitido expresar el anhelo sensual por su marido que se había ido acumulando en su interior, pero sus emociones estaban muy claramente entrelazadas con el acto. Entregarse a su deseo físico solo añadió más leña al fuego que amenazaba su corazón.

Y ciertamente no había creado ninguna sensación de tranquilidad entre ellos. Estaba empezando a ver que la amistad y el compañerismo casual podrían no ser una posibilidad.

Deseaba que pudiera ser de otra manera.

Mientras escuchaba su historia la noche anterior, había deseado ofrecerle algún tipo de consuelo. Anhelaba abrazarlo para que no estuviera solo en las sombras de sus recuerdos. Con una desesperación silenciosa y profundamente arraigada, había querido aliviar su dolor como lo habían hecho su abuela y Cecily cuando estaba perdida y destrozada por la muerte de sus padres.

Pero él había dejado muy claro que no aceptaría ni siquiera eso de ella.

Después de compartir una parte tan oscura e íntima de su historia, una que claramente lo había marcado en formas que iban mucho más allá de lo físico, se había vuelto aún más distante y esquivo.

¿Se arrepentía de habérselo contado?

¿Se arrepentía de lo que había sucedido antes?

Su paseo ese día fue largo, nuevamente acompañada por el mozo de cuadra. Hubo un breve momento de infarto en el que pensó que Nicholas podría estar esperándola en el jardín. Pero se sintió aliviada cuando él no apareció. Necesitaba tiempo para ordenar sus pensamientos.

Afortunadamente, el aire fresco ayudó a ventilar las pesadas y tumultuosas emociones de su alma saturada y a enfriar el calor que aún hervía bajo la superficie de su piel. Mientras exploraba rincones más profundos de la finca, reflexionó que Silver Oak no era diferente a su marido. Aislados del resto del mundo durante demasiado tiempo, había innumerables misterios y maravillas que se mantenían ocultos a la vista casual. Había secretos esperándola si era lo suficientemente valiente como para buscarlos.

Sin embargo, había una gran diferencia.

Mientras que ella tenía la sensación de que Silver Oak quería que ella descubriera sus tesoros perdidos. Estaba segura de que Nicholas no lo deseaba.

Quizás tendría que cortar cualquier esperanza que tuviera de tener una amistad con su marido. El reconocimiento inspiró una oleada de melancolía. Y eso le hizo pensar en su prima.

Cada vez que empezaba a caer en ataques de tristeza y soledad, Cecily siempre había estado ahí. Su prima nunca le había hecho sentir que no tenía derecho a su tristeza ni había insistido en que Margot luchara contra la oscuridad que ocasionalmente invadía su existencia. Ella simplemente había estado allí. Se había sentado en un rincón de la biblioteca mientras Margot revisaba sin cesar su colección. Se había reunido con ella para tomar el té de medianoche

en la sala de estar compartida, a menudo sentada durante horas en silencio. Y a veces, se metía en la cama a su lado y le tomaba la mano hasta el amanecer.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta Margot de que el humor sombrío que amenazaba con envolverla seguramente no podía ser bueno para el bebé que llevaba. Entonces, cuando su joven y hablador mozo de cuadra mencionó que su hermana, que vivía cerca de allí, tenía una camada de gatitos, Margot no dudó en preguntarle si estaría dispuesta a separarse de uno de ellos.

Y así fue como adquirió una pequeña gatita de color gris carbón a la que llamó Luna. Aunque recién había sido destetada, la gatita era bastante independiente y pasó un par de horas explorando toda la suite privada de Margot. La criatura se mostró deliciosamente confiada y pronto se comportó como si siempre hubiera estado allí.

Aunque un gatito seguramente no era lo mismo que tener a Cecily, la criatura era una distracción deliciosa y una compañera divertida.

A la hora de dormir, Jane encontró un cojín viejo para que el gatito durmiera, pero Luna tenía sus propias ideas al respecto y maulló con vehemencia hasta que Margot finalmente la levantó sobre la cama. Luego se acurrucó en la almohada vacía junto a la cabeza de Margot y así durmió tranquilamente toda la noche.

Sin embargo, por la mañana, la pequeña bola de pelos no apareció por ningún lado.

Presa de un pánico no del todo despierta, Margot buscó alrededor de su cama, debajo de las sábanas y almohadas, luego detrás de las cortinas y debajo de la silla e incluso en el baño antes de darse cuenta de que la puerta que conducía al dormitorio de Nicholas había sido cerrada. Abrió una estrecha grieta.

Esa puerta nunca se abría.

Margot miró fijamente el extraño hueco con una curiosa inclinación de la cabeza mientras intentaba imaginar cómo Luna había logrado saltar lo suficientemente alto como para girar la perilla.

El sonido del murmullo bajo y grave de Nicholas rápidamente corrigió su falso pensamiento. Asombrada por su estupidez y completamente abrumada por la reacción de su cuerpo al saber que su marido estaba a solo unos pasos de distancia, Margot avanzó tambaleándose y sin pensar. Estaba aterrorizada pero atraída por las sombras del corto pasillo que conducía al dormitorio de Nicholas.

La puerta de su dormitorio estaba abierta de par en par y Margot se acercó con un extraño remolino de temor y anhelo. Mientras se acercaba, notó una pizca de vapor en el aire y el aroma de un jabón amaderado flotando en la habitación iluminada por el sol.

Él habló de nuevo. Las palabras eran demasiado bajas y espesas para discernirlas, pero de todos modos resonaron en la sangre de Margot. Pesadas, íntimas, deliciosas.

Sus pasos fueron silenciosos mientras miraba cautelosamente dentro de la habitación.

Nicholas se sentó en la alfombra frente a las llamas calentadas de su corazón. Llevaba un par de pantalones suaves informales y nada más, permitiendo que la luz del fuego y la luz del sol se mezclaran en su piel dorada y su cabello bruñido, que todavía estaba mojado y despeinado por el baño del que claramente acababa de salir. Entre sus muslos abiertos, Luna se abalanzaba, saltando y lanzándose hacia la media que movía en un patrón arremolinado sobre el suelo.

«Bien hecho», dijo suavemente cuando Luna logró atrapar el trozo de ropa con sus pequeñas garras en la frente. «Eres una cosita feroz, ¿no?».

La admiración en su voz por la diminuta criatura llenó a Margot de una calidez hormigueante. Luego sacó la media del alcance de Luna, lo que provocó que el gatito saltara y

cayera mientras intentaba recuperarla. Nicholas se rió entre dientes ante las travesuras de la bola de pelo y levantó al gatito en una palma grande para llevárselo al pecho.

Margot se quedó estupefacta. La reverberación de su rica y gruñona risa recorrió cada rincón de su ser. Era la primera vez que escuchaba una expresión de humor o incluso de felicidad por parte del hombre y la textura de la misma la atravesó como por arte de magia. Cálido, oscuro y hermoso.

Ella quería más.

Mucho más.

Dio un paso adelante sin tomar realmente la decisión de hacerlo. Ella solo quería estar más cerca de él y de todo lo que exudaba en ese momento. Confort simple. Amabilidad. Diversión. Hogar. Atención. Familia.

Ella se detuvo abruptamente. Mordiéndose el labio inferior mientras una dolorosa constricción se tensaba alrededor de su corazón.

Debió haber emitido algún sonido porque él se puso rígido abruptamente y se giró para mirarla, con los ojos centelleantes y la mandíbula increíblemente tensa. Cuando Margot no dijo nada, ya que todavía no lograba pronunciar palabras más allá del miedo intenso que se apoderó de ella ante el anhelo que había permitido fluir tan libremente hace un momento, él frunció el ceño y se puso de pie sin esfuerzo. Su gran cuerpo semidesnudo se desplegó en toda su altura en una impresionante muestra de poder y gracia.

Margot estaba perdida. Atrapada en un remolino de repentino anhelo y necesidad física. Ella solo podía mirarlo fijamente, con los ojos muy abiertos y sin aliento. No pudo hablar. No pudo parpadear. Ni pensar o importarle lo que él podría pensar de que ella entrara a su habitación con tanta audacia.

Él estaba allí.

Ella estaba aquí.

Se necesitaría muy poco para cerrar el espacio entre ambos.

Se aclaró la garganta. «La criatura estaba llorando en la puerta. No quería que te despertara».

Margot apenas logró asentir.

Luna se retorció en su mano, claramente deseando ser liberada. Él no pareció darse cuenta. De hecho, toda su atención se deslizaba lentamente por la forma de Margot. Desde la parte superior de su cabeza, donde su cabello caía por su espalda, pasando por el escote suelto de su camisón, hasta los dedos de sus pies desnudos que asomaban debajo del dobladillo. Y aunque la forma ondulante del vestido seguramente ocultaba algo de su desnudez debajo, la forma en que sus ojos brillaban, se sentía como si de todos modos viera cada línea y curva de su cuerpo.

Margot respiró hondo mientras el deseo inundaba su sistema, haciendo que sus piernas se debilitaran y su vientre latiera.

Su mirada se alzó hacia la de ella. Un fuego azul cristalino parpadeaba en las profundidades. Los músculos de su mandíbula se tensaron y su vientre tembloroso se tensó.

Ella sabía lo que él estaba sintiendo. Un deseo desgarrador en su interior. Un ardor en su piel. Un hormigueo en su sangre.

Las mismas sensaciones se habían apoderado de su propio cuerpo, haciendo que sus nervios vibraran con una energía chispeante.

Mientras Luna continuaba retorciéndose, un sonido áspero y crudo salió de su garganta y algo brilló radiante en sus ojos.

Incapaz de controlar la urgencia dentro de ella por un momento más, Margot dio el

primer paso hacia adelante. Luego un segundo, luego un tercero. Cada cual con más confianza. Más intencional. Levantando la barbilla, fijó su mirada sin pestañear, revelando su deseo sin reticencias.

Ella lo deseaba. Él era su marido. Su cama estaba a unos pasos de distancia. ¿Por qué no debería permitir que este deseo fluyera libremente desde su interior? ¿Por qué no debería compartir con él ese placer natural?

Con cada paso que daba, su cuerpo se endurecía. Los músculos de sus brazos se hincharon. Sus muslos parecían rígidos como una piedra. Su expresión. Sus ojos...

Quemaban. Reclamaban. Devoraban.

Entonces otro sonido bajo, apenas perceptible, retumbó a través de él. Sin apartar los ojos de Margot, bajó con cuidado a Luna al suelo. Cuando el gatito reanudó su ataque a la media, Nicholas dio un gran paso.

Margot jadeó con sorpresa y luego suspiró con el mayor alivio cuando él pasó un brazo firmemente alrededor de su cintura, palmeando su trasero con la otra mano mientras la levantaba contra él hasta que sus brazos rodearon sus anchos hombros y sus piernas se separaron para envolverse firmemente alrededor de sus caderas. Sin decir palabra, la llevó a su cama, pero en lugar de acostarla y cubrirla con su calor y dureza, se giró y se sentó en el borde del colchón, sosteniéndola firmemente en su regazo.

Durante un largo segundo, con su fuerte agarre sobre su cuerpo y su expresión tensa por el deseo y alguna demanda silenciosa, la miró a los ojos.

Él quería algo de ella. Podía sentirlo como un jalón inexorable. Llegando profundamente para reclamar con fuerza de sus entrañas. Y, aunque no tenía idea de lo que él estaba buscando y estaba bastante segura de que entregárselo cambiaría todo, todavía estaba muy, muy tentada de abrirse y rogarle que tomara lo que quisiera.

Pero ella no podía hacer eso. No cuando el riesgo ya era tan grande y aterrador.

En lugar de eso, contuvo la respiración y deslizó las manos desde los hombros hasta la gruesa columna de su garganta, para acunar su mandíbula entre sus manos. Permitiendo que su mirada se suavizara, la deslizó desde sus ojos hasta sus pobladas cejas, luego por la pendiente de su nariz hasta sus hermosos y firmes labios. Sus pulgares recorrieron suavemente sus mejillas mientras lentamente se inclinaba hacia él.

Pero tan pronto como se dio cuenta de su intención, se puso rígido y retrocedió. Se sintió como un movimiento instintivo, una reacción más que una elección reflexiva.

Margot trató de no sentirse herida por eso, pero seguramente él vio su confusión. Manteniendo sus manos contra su hermoso rostro, se enfrentó a su mirada glacial. «¿Por qué?».

El brazo alrededor de su cintura se apretó mientras él deslizaba su otra mano desde su trasero hasta su rodilla en una larga caricia. Por un momento pareció como si quisiera responder, pero luego su mandíbula se endureció y sacudió brevemente la cabeza.

Un dolor intenso recorrió el cuerpo de Margot. Lo sintió como una derrota. Como una gran y terrible pérdida. Cuando el anhelo y la necesidad que había abrazado hace unos momentos comenzaron a retirarse nuevamente a un lugar seguro dentro de ella, se resistió. Ella todavía lo deseaba, desesperadamente, y supo por el duro calor de su erección presionando contra ella que él la deseaba con la misma intensidad.

Podría huir y esconderse. Distraerse hasta que el anhelo dentro de ella disminuyera a un grado manejable. Mentirse y repetirse a sí misma que estaría bien sin esto.

Pero ella no quería.

Extendiendo los dedos contra su cara, estiró sus pulgares hasta que se apoyaron debajo

del borde de su mandíbula. Sosteniendo su mirada fija la de él ininterrumpida, notó un breve destello de aprensión en sus ojos mientras firmemente inclinaba su cabeza hacia atrás, exponiendo la longitud de su garganta.

Luego curvó la columna y se inclinó hacia adelante para presionar su boca abierta contra el violento latido de su pulso.

Su gemido de placer fue gutural y espeso. Era un sonido exuberante y erótico que impulsó a Margot a seguir explorando. Suavizando su lengua contra su piel levemente salada, lamio un camino hasta la comisura de su mandíbula antes de mordisquear el lóbulo de su oreja con los dientes.

Con un sonido áspero y animal, la rodeó con los brazos y empujó sus caderas más profundamente hacia su regazo para que ella pudiera sentir toda la longitud de su pene contra su dolorido vientre. Desesperada por la fricción, balanceó las caderas mientras cerraba la boca sobre la curva del músculo donde su cuello se encontraba con su hombro. Una sensación deliciosa y conmovedora estalló entre sus muslos, haciéndola apretar los dientes sobre su carne y clavarle las uñas en la espalda.

«Mierda».

La palabra salió espesa de sus labios y fue apenas audible, pero Margot la escuchó y la dura obscenidad desencadenó una avalancha de hormigueo y calor en su sexo ya hinchado y dolorido. El siguiente giro de sus caderas fue aún más necesitado y gimió de frustración cuando no hizo lo suficiente para satisfacer su necesidad cada vez mayor.

Inmediatamente, la soltó para agarrar la tela de su camisón con sus puños, tirando de él con fuerza hacia arriba y hacia afuera desde debajo de ella hasta que cubrió su regazo, dejándola abierta para él. A continuación, se soltó los pantalones y, en un suspiro, liberó su pene y la agarró con fuerza con un puño mientras que con la otra mano le tocaba el trasero nuevamente, levantándola e instándola sobre él.

Sus ojos se encontraron con los de él cuando él entró en ella. Y aunque sus pestañas revolotearon y sus párpados se volvieron pesados cuando su cuerpo se deslizó por su gruesa y dura longitud, no lo liberó de la posesión de su mirada. No importa cuán intimidante, oscura y aparentemente enojada se volviera su mirada, ella lo abrazó. Lo mantuvo cautivo mientras la empalaba. En cuerpo y alma.

Capítulo Veintitrés

Le dolía el pecho y la sangre golpeaba furiosamente en su cabeza, ahogando todo sonido, cerrando el mundo más allá de ellos dos allí en ese momento.

«Respira», susurró ella.

Y lo hizo, respirando profundamente, lo que provocó que chispas blancas brillaran en el fondo de sus ojos. Con la barbilla baja y la mirada todavía fija en la de él, apoyó las manos en sus hombros y comenzó a moverse. Movimientos lentos y suaves de sus caderas. Y cuando eso ya no fue suficiente, se levantó con cuidadosa intención antes de volver a aceptarlo en su cuerpo con un rápido descenso de sus caderas que arrancó un crudo gemido de placer desde lo más profundo de él.

Apretó los dientes y sus muslos se tensaron hasta convertirse en piedra debajo de ella.

Ella lo hizo de nuevo. Y otra vez. Y otra vez. Hasta que sus manos agarraron sus caderas con tanta pasión que, aunque sabía que más tarde habría moretones allí, no podía soltarla.

Todo el día anterior, la había observado desde una cierta distancia mientras ella seguía su rutina. Observando cuándo había salido a dar su paseo diario y cuándo había regresado. Ansiaba unirse a ella, pero decidió que era mejor no hacerlo.

Podría haber escuchado afuera de su puerta mientras ella se movía por su dormitorio anoche. Pero no volvió a recomponerse, por mucho que su cuerpo exigiera satisfacción y liberación del tormento que insistía en infligir. No podía haber esperado que ella lo quisiera de nuevo. Había intentado con todas sus fuerzas ni siquiera considerarlo, temiendo que la idea de la madre de tenerla en su cama otra vez pudiera romper cada vestigio de autoconservación que aún poseía.

Sin embargo, aquí estaba ella... moviéndose como una diosa en su regazo, mirándolo con esos ojos místicos y mágicos. Jadeando su nombre mientras descubría cómo buscar, encontrar y crear su propio placer con su cuerpo. Destruyéndolo a él, sin siquiera saberlo.

Su propio placer aumentó demasiado rápida y ferozmente. No podía contenerlo, no se atrevió a frenar su avance. Él no quería. Necesitaba la liberación explosiva y por la forma en que ella arqueó la columna y sacudió la cabeza mientras sus uñas se curvaban en sus hombros, pudo ver que ella lo necesitaba con la misma desesperación.

Tomando sus nalgas con sus manos, ajustó la inclinación de su pelvis para cambiar el ángulo de su pene dentro de ella.

Un escalofrío recorrió su cuerpo en el siguiente golpe, seguido rápidamente por un jadeo y un gemido profundo y gutural. «Nicholas».

Su nombre era una bendición en sus labios. Uno que no podía ignorar. Sellando su boca abierta al lado de su garganta donde su lengua podía saborear el fuerte latido de su pulso, tomó el control. Forzando una profundidad y un ritmo en sus embestidas que rápidamente los llevaron a ambos al pináculo del placer. Ella envolvió sus brazos alrededor de su cabeza, sosteniéndolo contra ella cuando sus extremidades comenzaron a temblar y sus músculos internos se apretaron con fuerza alrededor de él.

Tuvo que recordarse a sí mismo que debía continuar cuando sintió el comienzo de su clímax ondeando a lo largo de su turgente longitud, atrayendo su semilla en una poderosa liberación que lo sacudió de pies a cabeza respirando. El placer lo atravesó como un maremoto, purificando todo a su paso, inundándolo con emociones demasiado grandes y terribles para

nombrarlas.

Las consecuencias fueron una niebla de confusión.

Todo había sucedido tan condenadamente rápido. Apenas habían pasado diez minutos desde el momento en que la vio en su dormitorio hasta el momento en que el placer explotó entre ellos.

Nicholas la abrazó tanto como pudo. Su aliento sopló pesadamente contra su piel y sus brazos se doblaron alrededor de su cintura como bandas de acero inamovibles.

Pero ella lo abrazó con el mismo fervor. Una mano estaba agarrada a su cabello mientras que su otro brazo rodeaba firmemente sus hombros. El latido de su corazón era atronador contra su pecho y sus caderas continuaban moviéndose en pequeños y sutiles giros y círculos, como si estuviera tratando de reclamar hasta el último cosquilleo de sensación de su unión.

Finalmente, un tirón persistente en el dobladillo de sus pantalones obligó a Nicholas a reconocer el mundo que los rodeaba. Con un estremecimiento y un gemido, se echó sobre sus hombros lo suficiente como para poder mirar hacia el suelo. Aparentemente, el gatito peludo había decidido que la media ya no era un desafío y que la pernera del pantalón de Nicholas era más interesante.

Margot suspiró y se volvió para seguir su mirada e inmediatamente soltó una risita suave y ronca. Por un momento, sus miradas se encontraron de nuevo con una diversión compartida brillando a través de la neblina sensual del placer que retrocedía.

Cuando su mirada curiosa se posó en sus labios, Nicholas se tensó. La necesidad de besarla era tan intensa que necesitó toda su voluntad para resistirla.

Un ceño fruncido estropeó su frente mientras levantaba su mirada hacia la de él. Ella conocía la lucha que se libraba en su interior. Y ella no entendió. ¿Cómo podría ella?

En ese momento, el sonido de un golpe suave pero persistente vino desde la habitación más allá del pasillo de conexión.

Margot se puso rígida. «Mi doncella», susurró.

Nicholas gruñó en reconocimiento, sabiendo que ella lo dejaría ahora. Antes incluso de que él se hubiera ablandado por completo dentro de ella. Tuvo que dejarla ir, pero cuando ella apoyó las manos sobre sus hombros y comenzó a levantarse de su regazo, su cuerpo reaccionó en contra de su dirección consciente. Sus brazos se apretaron. Y su polla latía con un torrente de sangre que la engrosaba hasta dejarla lista.

Su jadeo fue seguido por un delicado escalofrío mientras lo miraba sorprendida, pero él rápidamente desvió la mirada. Soltándola, alcanzó la camisa limpia que su valet había dejado sobre la cama para después del baño. Colocándola entre ellos, agarró su cadera y la quitó de encima, usando rápidamente la camisa para reclamar su semilla mientras goteaba de su cuerpo.

Ella se quedó quieta, permitiendo su ayuda, con la respiración corta y superficial y las manos sobre los hombros de él.

Cuando sonó otro golpe en la otra habitación, ella se alejó apresuradamente. El algodón de su camisón cayó para ocultar sus hermosas piernas de su mirada.

Nicholas tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para permanecer sentado allí, con su camisa cubriendo su resbaladizo y medio duro pene, mientras ella se inclinaba para recuperar al juguetón gatito. Antes de darse la vuelta, lo miró fijamente una última vez. Había preguntas en sus ojos oscuros, palabras que empujaban a ser pronunciadas. Y una satisfacción silenciosa que no podía ocultar por completo.

Pero cuando él se obligó a mantener una mirada profunda y brillante para que ella no viera más de lo que deseaba revelar, ella asintió apenas perceptible y luego lo dejó.

Tan pronto como escuchó que la puerta de su habitación se cerraba, Nicholas cayó sobre su cama con un fuerte gemido. Cubriéndose los ojos con el peso de su antebrazo, reconoció mentalmente, si no en voz alta, que estaba tan loca, profunda y desesperadamente enamorado de su esposa que temía que nada de lo que pudiera hacer le haría volver de lo perdido que estaba por ella. Sin duda, estaba condenado a amarla hasta el fin de los tiempos.

Y ya no le importaba luchar contra ello.

Capítulo Veinticuatro

Nicholas se había sumido en una profunda y sombría melancolía.

Estaba sentado en la biblioteca, con una botella de vino en la mano, mientras miraba pensativamente el fuego. Quería desesperadamente ahogar sus pensamientos tortuosos y sentimientos desenfrenados en la fina cosecha, pero apenas se acordó de llevarse la copa a los labios mientras su atención permanecía fija en la mujer que sabía que estaba justo en el piso de arriba.

El día avanzaba implacablemente hacia la noche, lo que significaba que la cena no estaba lejos. Y durante la última hora había estado hablando consigo mismo sobre la posibilidad de pedirle a su esposa que lo acompañara a cenar. La noche anterior, casi había esperado que ella apareciera de nuevo en la puerta de su estudio con su intento de sonrisa y su mirada atrevida e inquisitiva, con la intención de disfrutar de la cena en la alfombra junto al fuego. Había anticipado su llegada hasta que la criada cerró la puerta después de entregar solo una bandeja de comida.

Ella no había venido.

Estaba seguro de que era una indicación de que ella lamentaba profundamente haber compartido su cama.

Pero entonces había sucedido lo de esta mañana... Su cuerpo se tensó con el recuerdo y su mano tembló mientras levantaba su copa. Era un completo desastre. Y él lo sabía. Tal como sabía que no habría manera de salvarse de la verdad.

Perdido en su humor sombrío, apenas registró el sonido de Greer aclarándose la garganta bruscamente.

Confundido, Nicholas levantó la vista y vio al mayordomo de pie con una postura formal en la puerta.

«¿Qué pasa?».

«Tiene invitados, señor», respondió el mayordomo con más formalidad de la habitual. «El señor Reginald Vane y la señora Vane».

Nicholas se puso rígido y lanzó una dura mirada al sirviente mayor. «No esperaba a mi hermano hasta dentro de un par de semanas, al menos».

«Decidimos volver antes», intervino Reginald mientras ponía una mano en el hombro de Greer y pasaba sigilosamente junto al mayordomo para entrar a la biblioteca. Su encantadora esposa lo siguió un paso atrás solo para llegar a la altura de su marido tan pronto como ella cruzó el umbral. Reginald le dio a Nicholas una amplia sonrisa de evidente diversión, mientras que la mirada de la dama era descaradamente hostil. «Escuchamos algunos susurros interesantes mientras atravesábamos Francia», explicó su gemelo casualmente. «Y mi querida esposa decidió que nuestra presencia era seguramente necesaria aquí».

«Bueno, estoy segura de que *me* necesitan», corrigió Cecily intencionadamente. «Tu propósito aún es bastante dudoso, cariño», añadió con una rápida sonrisa y una palmadita en el brazo de su marido que creyó la naturaleza dura de sus palabras.

Reginald le lanzó a Nicholas una mirada curiosa y luego arqueó una ceja. «Buen punto».

«Ahora, quizá quieras informar a tu cocinero que tienes dos invitados más para cenar esta noche», instruyó Cecily con firmeza, con su mirada pétrea sobre Nicholas una vez más. «¿Supongo que alguien puede mostrarme dónde se encuentra mi prima?», preguntó levantando

las cejas y mirando a Greer.

«¿Se refiere a la señora Vane, señora?», preguntó el mayordomo.

Esta vez, Nicholas encontró decididamente apropiada la nota de desdén del sirviente.

Su cuñada no estuvo de acuerdo, como lo indicaba su agudo resoplido y su mirada aún más aguda.

El mayordomo se volvió hacia Nicholas, con expresión estoica mientras esperaba instrucciones.

Nicholas asintió y Greer se volvió para acompañar a Cecily Vane fuera de la habitación. Tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído, Reginald soltó un profundo suspiro y caminó hacia adelante para dejarse caer en el centro del sofá. Cruzando el tobillo sobre la rodilla y extendiendo los brazos sobre la parte superior del respaldo, le dio a Nicholas otra mirada demandante.

«Espero que tengas algo un poco más fuerte que ese vino».

Nicholas suspiró y se levantó para coger una botella de whisky del armario de la esquina. A pesar de su aparente disgusto por la repentina intrusión, no negó la punzada de alivio que sintió al tener a su gemelo en la misma habitación nuevamente.

Reginald tenía una manera de poner las cosas en una perspectiva que Nicholas no lograba considerar. No siempre era la perspectiva más prudente o adecuada, pero a menudo ayudaba a Nicholas a ver más allá de las limitaciones que se imponía.

Después de entregarle el whisky a su hermano, recuperó su asiento. Al notar la aguda curiosidad en los ojos de su hermano, se preparó para la primera avalancha de preguntas.

Pero Reginald se limitó a mirarlo. Una sonrisa molesta mostrando sus dientes.

«No había necesidad de que te apresuraras a venir a casa», gruñó Nicholas.

«¿No?», Reg preguntó con una ceja arqueada.

«Habría estado bien mandar algún aviso».

«¿Y perderme el drama de una visita sorpresa?», preguntó su hermano con una sonrisa. «Por supuesto que no, Cecily estaba demasiado preocupada por el bienestar de su prima. Solo paramos en casa el tiempo suficiente para refrescarnos». Ladeó la cabeza hacia un lado. «¿Realmente esperabas algo diferente una vez que nos llegó la noticia de la fuga más impactante de Londres en años? Aunque, por supuesto, no me sorprendió en absoluto».

Nicholas resopló con dureza ante la última declaración.

Reginald se limitó a sonreír. «Te conozco mejor que nadie, Nic. Y finalmente me di cuenta de que la mirada que tenías tan a menudo significaba que habías caído en la olla».

«¿Qué maldita mirada es esa?», Nicholas le increpó casi en un grito.

«Como si quisieras asesinar a alguien».

Nicholas respiró hondo para negar la observación engreída de su hermano. Pero no pudo expresar las palabras. Y él realmente no quería hacerlo.

Cuando su única respuesta fue una mirada salvaje y furiosa, dejando claro que solo había una persona a la que tenía alguna inclinación a asesinar en ese momento, Reg abrió mucho los ojos y silbó entre dientes. «Bueno, maldito seas, Nic», exclamó con un dejo de arrepentimiento en su voz. «No me di cuenta de que estabas tan *lejos*. ¿Y qué opina Margot de todo esto?».

El dolor desgarró las entrañas de Nicholas mientras se obligaba a encontrarse con la familiar mirada de su gemelo.

«Ella no me amará», respondió, con la garganta áspera por las palabras.

Su hermano se estremeció visiblemente y sus ojos se llenaron de compasión. «Entonces, ¿por qué diablos te casaste tan de repente?».

Nicholas bajó la barbilla y comentó con brusquedad, «por el bien del niño».

Reginald se paralizó y le devolvió la mirada con mil preguntas silenciosas. Pero después de un tiempo ridículamente largo, todo lo que logró decir fue, «*puto infierno*».

Nicholas gruñó. «Lo sé».

Capítulo Veinticinco

«¿En qué diablos te has metido, Margot Spencer?».

Margot jadeó y casi se cae de la silla mientras se alejaba de su escritorio para ver a Cecily de pie, atrevida y hermosa, en la puerta de su sala de estar. Teniendo en cuenta que había estado en medio de otra carta para su prima, pensó seriamente por un momento que la había conjurado por puro anhelo».

«¡Lo sé!», gritó antes de ponerse de pie de un salto y encontrarse con Cecily en el medio de la habitación para darle un fuerte abrazo.

«¿Qué estás haciendo aquí? ¿No debías regresar hasta el mes que viene?», exclamó Margot cuando finalmente se separaron.

La expresión de Cecily era marcadamente incrédula. «¿Realmente pensaste que las noticias de...?». Obviamente luchó por encontrar la palabra correcta, luego se rindió con un gesto salvaje que abarcó todo a su alrededor. «¿...*esto* no me alcanzaría en el continente?».

Margot hizo una mueca. «Esperaba que no fuera así».

Cecily frunció el ceño. El dolor y la consternación parpadearon en sus ojos. «¿Por qué?».

Margot suspiró y tomó las manos de su prima. «No quería que mi situación interrumpiera lo que se suponía que sería una oportunidad para que tú y Reginald celebraran su matrimonio. Cuéntame», instó con los ojos muy abiertos mientras empujaba a Cecily para que se sentara en el sofá. «¿Es maravilloso?».

Un sonrojo inusual apareció levemente en las mejillas de su prima y Margot supo que la luna de miel probablemente había sido maravillosa, en verdad. Pero entonces, Cecily sacudió la cabeza y le dirigió a Margot una oscura mueca de disgusto. «Reg y yo tendremos el resto de nuestras vidas para disfrutar de la compañía del otro. Pero *tú* solo te casas una vez. ¿Cómo es posible que no me quisiste allí para un evento así?».

Margot miró su regazo y se encogió de hombros. «No fue un gran evento. No había nada que perderse, te lo aseguro».

«Mmm. Eso es lo que temía», reflexionó Cecily sombríamente antes de ponerse rápidamente de pie. «Vamos, todavía estás en tu vestido de día. Puedes contarme todo mientras te preparas para la cena».

Margot no tuvo el valor de decirle a su prima que nunca se vestía para cenar, ya que normalmente comía sola en sus habitaciones. Cecily ya se dirigía al timbre para llamar a su doncella. Ella entendería todo muy pronto. Quizás el familiar ritual de hablar mientras se vestía ayudaría a Margot a encontrar las palabras adecuadas para decirle la verdad a su prima. Todo sobre ello.

Afortunadamente, Jane no mostró la más mínima sorpresa cuando llegó y le pidieron que la ayudara a preparar un vestido y peinar a Margot para la noche. Aunque la criada le lanzó a Margot una mirada inquisitiva cuando Cecily comenzó a moverse por el dormitorio, examinando cada detalle con elegante seguridad.

Margot le ofreció a la criada una rápida sonrisa para tranquilizarla y luego hizo todo lo posible por dirigir la conversación con interminables preguntas sobre los viajes de Cecily. Su prima no se dejaba llevar fácilmente y, pronto, sus débiles intentos de distraerla y evadirla solo lograron que Cecily se preocupara y decidiera más. Pero su prima logró morderse la lengua hasta que Jane terminó sus tareas y las primas se quedaron solas.

Cecily se sentó en la cama de Margot y puso a Luna en su regazo. El gatito había estado saltando ruidosamente a sus pies, excitado por toda la actividad inusual, y ahora estaba listo para una buena siesta ronroneando. Acariciando suavemente la pequeña bola de pelo, Cecily levantó su mirada gris piedra hacia la de Margot.

«Ven a sentarte». Cuando Margot vaciló, Cecily habló con más severidad. «Es hora de liberarte de la nube que se cierne tan oscuramente sobre tu cabeza. Estoy aquí ahora y ya no es necesario que la cargues tú sola».

Toda la fuerza, la resistencia y el miedo parecieron abandonar a Margot apresuradamente. Se dejó caer pesadamente en el colchón junto a Cecily, quien inmediatamente le entregó al gatito, como si sintiera la necesidad de Margot de la cercanía de la criatura.

Al sentir el ruido del ronroneo de Luna contra su palma, Margot suspiró. «No sé por dónde empezar».

«El principio suele funcionar mejor», respondió Cecily.

«¿El principio?», Margot repitió en un tenue murmullo.

La mente de Margot inmediatamente regresó a ese día de primavera. Había estado caminando detrás de Cecily y Reginald a través de Hyde Park, divertida por la situación que se estaba desarrollando entre su prima y el renombrado libertino, cuando miró a través del césped para ver a un jinete vestido de negro sobre una bestia feroz que galopaba directo hacia ella. Su corazón había dado un vuelco y girado y le habían salido alas. Su acercamiento había sido tan decidido, tan directo y poderoso. Su único pensamiento había sido... *finalmente, me has encontrado*.

Pero, por supuesto, en realidad había estado cabalgando hacia Reginald.

Margot no había sido nada para él. Un hecho que dejó bastante claro cuando finalmente dirigió su mirada glacial hacia ella en una breve mirada de reconocimiento forzado.

A pesar de la hostilidad en su mirada desdeñosa, Margot había experimentado una rápida y penetrante oleada de calor. Expandiéndose a través de su pecho, arremolinándose a través de su sangre. Ella había quedado atónita. Su confusión y sorpresa debieron mostrarse en su expresión porque sus propios rasgos se oscurecieron aún más antes de apartar la mirada rápidamente.

Ese breve encuentro había iniciado algo entre ellos. Algo que los había traído hasta aquí.

«¿Margot?», inquirió Cecily.

Con otro suspiro y un encogimiento de hombros en señal de rendición, Margot miró fijamente a su prima. También podría simplemente mencionarlo. «La noche de tu boda, Nicholas y yo... nosotros... eh. Era tarde y ambos estábamos despiertos y...».

Aparentemente, ella no podía simplemente decirlo. No tanto por vergüenza sino por dificultad para encontrar las palabras adecuadas para utilizar. *Hacer el amor* ciertamente no siguió. Pero, afortunadamente, Cecily finalmente entendió lo que Margot intentaba decir. Su grito de sorpresa llenó la habitación. «No lo hiciste», exclamó.

Margot puso su mano sobre su vientre vivificante. «Lo hicimos».

Los ojos de Cecily se abrieron ante el gesto obvio. «Maldita sea, prima», susurró, antes de inclinarse hacia adelante para envolver a Margot en sus brazos.

Estuvieron sentadas así durante mucho tiempo, abrazándose mientras todas las emociones que Margot había estado reteniendo fluían silenciosamente entre ellas.

Cuando Cecily finalmente se apartó lo suficiente como para mirarla con los ojos entrecerrados, preguntó, «¿abuela?».

«Dejó la ciudad inmediatamente después de la boda».

«Mmm. Por supuesto que lo hizo. Supongo que ella ya sabía acerca del niño.»

Margot asintió y Cecily puso los ojos en blanco.

Su abuela era tan comprensiva, cariñosa y maravillosa como cualquiera, pero tenía una manera única de enseñarles a sus nietas cosas que consideraba importantes lecciones de vida. Como afrontar un embarazo inesperado y un matrimonio sin el apoyo de la familia.

Margot se encogió de hombros. «Ella claramente deseaba que yo saliera de esta situación por mi cuenta».

Cecily arqueó una ceja. «¿Y tú?».

«Por supuesto», respondió Margot levantando la barbilla con una innegable nota de sarcasmo en su voz. «Somos bastante expertas en evitarnos entre nosotras y apenas hablarnos. Todo es muy civilizado y bastante a la moda. La mitad del tiempo sospecho que no le agrado y la otra mitad...». Se detuvo, sin saber cómo explicar lo que sintió en su marido esas otras veces.

«¿Sí...?», preguntó Cecily, inclinándose hacia adelante. «¿Y la otra mitad?».

Margot movió sus ojos para encontrarse con la mirada firme y compasiva de su prima y susurró sombríamente, «estoy bastante segura de que quiere devorarme».

Los ojos de la otra mujer se abrieron y respiró hondo. Luego dejó escapar un suspiro con un murmullo de comprensión. Su voz bajó en su siguiente pregunta. «¿Y cómo le va a tu corazón en todo esto?».

Margot se tensó cuando el ofensivo dio una incómoda sacudida. «Mi corazón no está involucrado».

«Miente al mundo, si es necesario, Margot. Pero no me mientas a mí».

Margot miró fijamente a su prima. «No puedo amarlo».

«¿Por qué?».

Margot se estremeció. Cecily siempre había parecido entender intrínsecamente que las heridas que Margot había sufrido cuando era niña simplemente eran demasiado profundas para sanar. Y la abuela, sencillamente, nunca pidió explicaciones sobre nada. Ella simplemente lo sabía todo.

Sin embargo, ahora su prima pedía una explicación.

Margot podría haberla ignorado. Ni siquiera estaba segura de poder articular una verdad que había sido parte de ella desde la niñez. Pero tal vez ya era hora de que lo intentara.

«El amor es peligroso», comenzó. «El amor... es dolor, furia y caos. El amor aleja a las personas de sí mismas y de cualquiera que pueda necesitarlas. Es destructivo y feo».

Aunque Margot sabía que estaba a salvo en su dormitorio y que la noche en que sus padres murieron fue hace años, de repente se sintió allí otra vez. Podía oír los gritos, el llanto y las súplicas retumbando en su cabeza. Podía ver el rostro atormentado de su madre, las lágrimas, los ojos inyectados en sangre y la forma en que su boca se torcía con ira y acusación. Podía ver el amor-odio-amor en la burla de su padre. Podía oír su grito de sorpresa y miedo, *sentir* el momento de su madre, de aplastante desesperación.

Cerró los ojos y sacudió firmemente la cabeza, obligando a los recuerdos a regresar a las sombras en las que se habían escondido durante tantos años. Fue suficiente vivirlo una vez. No necesitaba repetirlo.

«Lo que describes suena más como una obsesión venenosa», señaló Cecily suavemente.

Margot se encogió de hombros. «Es lo mismo».

«No tiene por qué ser así. De hecho, no se parece en nada al amor que encontré en Reginald».

Al levantar la mirada, Margot fijó su mirada de piedra en Cecily. «No vale la pena correr el riesgo. No para mí».

Su prima abrió la boca como para decir algo. Luego se detuvo rápidamente. Apretando sus labios firmemente, ella asintió. «Hablares más después. Ahora mismo me imagino que los señores esperan impacientes nuestra llegada. ¿Bajamos?».

A Margot le hubiera gustado decir que prefería cenar en su salón, pero se dio cuenta de que no quería hacer nada que pudiera avergonzar a Nicholas. Si él esperaba que ella apareciera por el bien de sus invitados extremadamente inesperados, lo haría. Era solo por una noche. Seguramente podrían superarlo.

#

Los sirvientes estaban claramente encantados de tener finalmente la oportunidad de servir una comida formal, no solo para el amo y la señora de la casa sino también para los invitados. Aunque se sentaron a comer en la biblioteca en lugar del comedor sin terminar, la mesa del comedor temporal estaba colocada con un estilo impecable y la comida se servía con entusiasmo. Sin embargo, ni siquiera una comida tan perfectamente preparada pudo salvar la velada.

Nicholas los fulminaba con la mirada. Margot apenas comió un poco. Cecily continuamente miraba a su anfitrión con un brillo de amenaza en sus ojos. Solo Reginald hizo un verdadero intento de entablar conversación, preguntando primero por sus padres y los de Nicholas antes de hacer una serie de preguntas sobre la propiedad de Silver Oak. El hecho de que Nicholas respondiera a esto último con frases breves cuando Margot sabía lo apasionado que estaba por la propiedad, le decía más que nada lo incómodo que se sentía.

En un momento durante la comida, mientras Cecily y Reginald entablaban una breve discusión sobre una propuesta de viaje a Gales, Margot olvidó que estaba tratando desesperadamente de evitar mirar a su marido a los ojos. Por casualidad, ella lo miró desde el otro lado de la mesa y se encontró atrapada por el hielo de su mirada.

Su primer instinto fue mirar hacia otro lado rápidamente, pero cuando se dio cuenta de que simplemente no podía, decidió hacer lo contrario y mirarlo más concentradamente.

La última vez que lo había mirado tan fijamente a los ojos había sido esa mañana antes de levantarse de su regazo. Y ahora, de repente, en medio de la cena, lo único en lo que podía pensar era en lo maravilloso que se había sentido dentro de ella... en lo querida que se había sentido dentro del círculo de sus brazos... en lo segura, salvaje y libre que se había sentido cuando el placer la había invadido y desencadenó el suyo inmediatamente después.

El calor subió rápidamente bajo su piel y su vientre se retorció de anhelo.

Rápidamente bajó la mirada y escuchó a Nicholas aclararse la garganta con brusquedad.

Cuando volvió a levantar la vista, vio una mirada extraña pasando silenciosamente entre su prima y su cuñado. Ella se volvió instantáneamente cautelosa. No era ajena a las maquinaciones secretas y la manipulación sutil. Su abuela era una maestra en ese tipo de tácticas.

Cecily y Reginald no habían llegado desarmados. Tenían un plan.

Capítulo Veintiséis

Nicholas no pudo apartar los ojos de su esposa durante toda la cena.

Estaba absolutamente deslumbrante, con un vestido que no era ni del todo rojo ni del todo morado, sino una rica combinación de ambos. No la había visto vestida tan formalmente desde el día de la boda de su hermano y la vista le dejó sin aliento. Tenerla al otro lado de la mesa fue más tormento de lo que esperaba. Especialmente después de que finalmente logró captar su mirada y se encontró ahogándose en un remolino de deseo silencioso. Incluso después de que ella apartó la mirada, pasaron varios minutos antes de que él lograra calmar el aumento del deseo y el anhelo en su sangre.

A medida que la comida dolorosamente incómoda se acercaba a su inevitable final, Nicholas esperaba que su hermano y su cuñada desearan regresar temprano a su casa. Seguramente estaban agotados por el viaje.

Pero cuando todos se pusieron de pie, Reginald, el imbécil traicionero, se volvió hacia Margot y le preguntó si estaría interesada en unirse a él para dar una breve vuelta por el jardín.

Ella lo miró sorprendida por un momento, durante lo cual Nicholas interrumpió.

«Es tarde y hace demasiado frío. No creo...».

«Me encantaría», respondió Margot firmemente sin mirar en su dirección. Dándole a Reginald una sonrisa, aceptó su mano.

Nicholas rechinó los dientes mientras su hermano acompañaba a su esposa fuera de la biblioteca para buscarle su abrigo y una capa. Le llevó más tiempo del debido darse cuenta de que Cecily no iría con ellos. En cambio, se paró junto a su silla, mirándolo con una expresión punzante y acusadora.

Maravilloso.

Parecía que la mujer conocida en todo Londres por su lengua afilada y sus perversas actitudes tenía algunas cosas que deseaba decirle.

Con una breve señal, se giró para mirarla más directamente. «Adelante», murmuró molesto. «Sin duda te mueres por desollarme vivo».

En lugar de soltar inmediatamente el argumento, algo en lo que ella tenía mucha práctica y que él merecía con razón, la mujer sonrió lentamente.

«En realidad», dijo casi dulcemente, «me preguntaba si me mostrarías la colección de Margot».

Nicholas no tenía idea de qué estaba hablando y lo dejó claro en su expresión.

Al ver su molesta confusión, Cecily arqueó las cejas. «¿Su colección? Sé que debe tener una». Él continuó mirándola y ella hizo un gesto impaciente con la mano. «¿Tiene ella una habitación a la que escapar? ¿Un lugar tranquilo, seguro y propio?».

«Ella tiene su suite privada», gruñó Nicholas.

La mujer desestimó su respuesta. «No, no. En algún otro lugar». Luego ella lo miró con bastante fiereza. «Seguramente sabes de lo que estoy hablando».

Él lo hizo. La habitación del ala oeste.

Al ver el reconocimiento en su expresión, Cecily dijo, «llévame allí».

«Deberías esperar a que tu prima te acompañe ella misma», su tono era rígido.

«Mi prima está ocupada. Tú no».

Nicholas lanzó una mirada furiosa. «Es posible que la dama no aprecie la intrusión».

Cecily se rió. «Te lo aseguro; A la señora no le molestará». Ella levantó la barbilla y le dirigió una mirada dura y desafiante con los ojos entrecerrados. «¿A menos que ella te haya prohibido expresamente a ti, su marido, entrar en la habitación?».

Nicholas la fulminó con la mirada. «Ella no lo hizo».

La sonrisa de Cecily era tensa. «No lo creía. Aunque es una pequeña práctica extraña, ciertamente nunca ha sido algo que ella haya sentido la necesidad de ocultar». Su tono se agudizó. «Llévame allí».

Frustrado por su propia falta de comprensión del asunto, Nicholas beligerantemente la sacó de la biblioteca. Aunque todavía le preocupaba que Margot considerara el acto como una violación de su privacidad, sin duda Cecily sabía mejor que él lo que podría molestar a su prima.

Caminaron uno al lado del otro por las escaleras del ala este, luego cruzaron al cavernoso salón de baile en igual silencio antes de llegar al ala oeste, donde él se giró para guiarlos de regreso a lo largo de los estrechos pasillos hasta llegar a la habitación al final. Habría supuesto que la puerta estaría cerrada, disuadiendo la entrada, pero no fue así. Incluso había un fuego lento encendido en la chimenea, como si los sirvientes supieran que debían mantener la habitación cómoda para que su ama pudiera visitarla en cualquier momento del día o de la noche.

Nicholas se detuvo abruptamente antes de entrar a la habitación. Cuando Cecily le tocó el hombro, él se hizo a un lado, mirando con una sonrisa mientras pasaba junto a él. Entonces supo que ella tenía toda la intención de desconcertarlo, que había insistido en que la trajera allí con ese propósito expreso. Irritado, casi se dio vuelta y se alejó, dejándola allí sola. Pero entonces vislumbró lo que había dentro de la habitación.

El asombro y la profunda confusión lo atrajeron hacia adelante.

Nunca había visto nada parecido.

Armarios y alacenas viejos se alineaban en las paredes con dos mesas grandes que ocupaban la mayor parte del espacio entre ellas. Y casi todas las superficies estaban salpicadas de una variedad de objetos. Lo menos sorprendente eran los libros que estaban apilados aquí y allá, algunos de ellos abiertos en ciertas páginas con una pequeña piedra colocada encima para mantener el lugar. Al notar las rocas en los libros, su mirada se dirigió a las otras rocas. Montones y filas de ellas. De todo tipo y tamaño, desde pequeños guijarros hasta cantos rodados que seguramente requirieron dos manos y un gran esfuerzo para transportarlos. Algunas eran opacas y grises, otras rayadas o en capas, y algunas parecían revelar fósiles de seres vivos de antaño.

Había flores secas, palos y ramas de pino que brotaban de tinajas de barro. Y cuencos llenos de semillas y piñas. Un estante de un gabinete contenía una pequeña fila ordenada de varias piezas extrañas de metal oxidado, de las cuales solo unas pocas todavía tenían un propósito reconocible. Otro estante exhibía piezas rotas de porcelana y otras cerámicas. Algunos ejemplares se habían desgastado por años y años de viento o agua golpeando los bordes afilados.

Nicholas deambulaba por las mesas, dando vueltas una vez, luego dos veces, luego entrecruzándose de un lado a otro, y cada vez veía algo curioso y nuevo que se había perdido anteriormente.

Y con cada elemento y objeto que veía, pensaba en cómo Margot lo había elegido específicamente por alguna razón que solo ella conocía. Recordó haberla observado con curiosidad cuando la acompañó en su paseo. Cómo había explorado con un silencioso destello de descubrimiento y deleite mientras agregaba cosas aparentemente aleatorias a su cartera.

Su comportamiento entonces lo había confundido. Pero ahora, al ver los objetos ordenados con tanto cuidado, se dio cuenta de que, para ella, el mundo era un lugar donde

incluso la cosa más común e irrelevante, como una bellota caída de un árbol, una entre miles de la propiedad, sin duda, podría de algún modo merecer una consideración especial. Todo era fascinante.

Estaba tan concentrado en tratar de discernir qué había inspirado a Margot a elegir cada artículo que había traído a esta habitación que olvidó que no estaba solo hasta que Cecily emitió un sonido que se consideraba entre un zumbido y un resoplido.

Levantó la mirada con el ceño fruncido y vio una expresión inesperada de preocupación que cambiaba las características típicamente estoicas de la mujer.

«¿Qué?».

Su tono brusco pareció sorprenderla. Ella se sobresaltó y lo miró al otro lado de la habitación con la mandíbula apretada. Parecía que ella también había olvidado que él estaba allí.

Ella no respondió de inmediato ya que su expresión se tensó aún más. Luego ella dio un suave suspiro e inclinó la cabeza para mirarlo de manera bastante crítica. «¿Sabes qué es esto?».

Nicholas profundizó su ceño.

«Por supuesto que no», respondió ella con dura burla. «Es ridículamente obvio que no has puesto un pie en esta habitación hasta ahora». Recorrió con la mirada la colección de objetos esparcidos sobre la mesa frente a ella. Con un movimiento de cabeza sutilmente arrepentido, ella murmuró, «mi prima ha estado muy ocupada. Su colección es mucho más extensa de lo que esperaba encontrar en tan poco tiempo».

Harto de la naturaleza críptica de sus comentarios, Nicholas sintió la necesidad de defender a su esposa. «Ella disfruta de sus caminatas diarias».

Cecily puso los ojos en blanco. «En efecto, lo hace. A Margot le encanta estar al aire libre. Pero no *siempre* siente la necesidad de recoger cosas cuando está fuera de casa».

Nicholas no quiso preguntar. Pero él sí *quería* saber. Y sospechaba que Cecily no iba a ofrecerle sus conocimientos sin obligarlo a hacer un esfuerzo significativo.

Sosteniendo su mirada antagónica, deslizó su mano en un gesto sobre el contenido de la habitación. «¿Y eso es algo malo?».

«No por sí mismo. Curar estos hallazgos aparentemente aleatorios siempre ha traído cierta paz a mi prima». Ella hizo una pausa. Su mirada era dura y directa. «Paz, control y conexión. Todas las cuales son cosas que ella tiende a buscar desesperadamente en momentos de gran agitación emocional».

Un sentimiento desgarrador se apoderó de Nicholas. Rugió y se abrió paso a través de él.
Agitación emocional.

No se podía negar que la colección de su esposa era extensa para el poco tiempo que llevaba en Silver Oak. Claramente, ella había estado sufriendo de maneras que él no era consciente. La evidencia de ello casi llenó la habitación.

«¿Por qué?».

No tenía intención de hacer la pregunta, pero surgió de su garganta antes de que pudiera detenerla.

Cecily lo miró fijamente. Silenciosamente. Fríamente. Con casi la misma profundidad de evaluación que estaba acostumbrado a ver en los ojos oscuros de su esposa. Luego juntó las manos e inclinó la cabeza. Aunque Margot hacía ese gesto con frecuencia, en esta mujer era menos curioso y más condescendiente.

Nicholas apenas resistió el impulso de gruñir.

«¿Qué sabes de lo que les pasó a los padres de Margot?».

Su pregunta fue inesperada. Nicholas no sabía mucho más allá del hecho de que habían

muerto cuando su esposa era muy joven y por eso había sido criada por su abuela materna, lady Hargrave. También sabía que a la gente le gustaba contar una serie de historias fantásticas sobre las damas de Hargrave House. «Nada más de lo que he oído de pasada».

«¿Qué escuchaste exactamente?», Cecily replicó bruscamente. «Ha habido muchas historias a lo largo de los años. Algunas descaradamente falsas. Otras, solo en parte».

Nicholas perdió la paciencia y dijo con una breve orden, «entonces cuéntame la verdadera historia».

Su cuñada arqueó las cejas mientras una sonrisa se curvaba en sus labios. «Uno hubiera pensado que podría haber sido importante descubrir ese conocimiento *antes* de tu matrimonio con nuestra pequeña familia bastante trágica. Me pregunto si el descuido se debió únicamente a la prisa. ¿O te preocupaba la oscuridad que pudieras encontrar en el pasado de tu esposa?».

Un gruñido surgió de la garganta de Nicholas. «No le tengo miedo a la oscuridad».

«Quizá no». Se encogió de hombros mientras comenzaba a caminar lentamente a lo largo de una mesa, su mirada siguiendo el camino de sus dedos mientras acariciaban suavemente los objetos cuidadosamente dispuestos. «Por el bien de Margot, espero que sea verdad, porque la oscuridad es casi todo lo que ella conoce».

Un instinto bestial se agitó en su interior, una intensa necesidad de protegerla. Nicholas apretó los puños y luchó por contener su reacción. Por mucho que lo deseara, el pasado era lo único contra lo que no podía luchar.

Pero Cecily no notó su repentina ferocidad o decidió ignorarla y continuó, «muchos dicen que nuestra familia está maldita. Y aunque mi abuela ocasionalmente perpetúa tales supersticiones con perversa alegría, la verdad es mucho más inquietante que cualquiera de esas tonterías. La tragedia puede ocurrirle a cualquier familia», murmuró. «Resulta que sabíamos más de lo que nos correspondía».

Su tono se suavizó en conexión con el pasado. «Según la abuela, su marido, lord Hargrave, era un hombre apuesto, encantador e intensamente leal que la amaba hasta la locura. Como ella lo amaba a cambio. Pero la abuela era una belleza sorprendente en su época y otro hombre se obsesionó sorprendentemente con ella. Cuando sus insinuaciones se volvieron bastante atemorizantes, mi abuelo llamó a duelo al hombre». Hizo una pausa y respiró hondo. «El desgraciado reaccionó a la cuenta de dos, asesinando a mi abuelo sin pensarlo. Mi abuela estaba presente en el campo de duelo esa mañana, habiéndose negado rotundamente a permitir que su marido fuera solo. Cuando su amado cayó, ella corrió a su lado. Al ver que la vida ya había desaparecido de sus ojos, tomó la pistola de su mano floja y mató a tiros al asesino antes de caer sobre el cuerpo de su marido para sollozar su agravio y dolor. Todos los testigos coincidieron en que se trataba de una terrible tragedia sobre la que ya se había hecho justicia. Su informe oficial fue que los hombres se dispararon entre sí».

Aunque su tono era desapasionado, una tranquila emoción se arremolinaba en sus ojos.

«Mi abuelo dejó dos hijas pequeñas. La mayor era mi madre, Alice, que vivía su vida como si la persiguiera el diablo. Salvaje e imprudente. Ella y mi padre siempre buscaban la próxima gran emoción. Me pregunto si... habiendo perdido a su padre tan joven, tal vez ella era muy consciente de lo corta y fugaz que podía ser la vida, por lo que se propuso vivir al máximo». Hizo una pausa, sumida en sus pensamientos, antes de continuar sacudiendo la cabeza. «Mis padres murieron juntos cuando su faetón volcó iniciando una carrera imposible por el campo en medio de una noche sin luna».

Nicholas sintió la necesidad de ofrecerle sus condolencias, pero intuyó que ella no les daría la bienvenida.

Al doblar la esquina de la mesa, Cecily finalmente levantó la mirada. Su expresión era tranquila y práctica. «Me dolió, de una manera terrible y mórbida tener tan pocos recuerdos de mis padres. Yo era todavía muy joven cuando me dejaron e incluso cuando todavía estaban vivos, no pasaban mucho tiempo en casa para dejar impresiones fuertemente imborrables».

Sus ojos grises brillaron con repentina intensidad. «Margot no tuvo tanta suerte».

A Nicholas le dolían las manos por lo fuerte que las tenía apretadas. Su estómago se revolvió. Y sentía el corazón como plomo en el pecho. «Dime», murmuró con brusquedad.

Cecily asintió y luego se volvió para mirar de nuevo la mesa. Cogió una gran pluma negra y la giró para captar diferentes ángulos de la luz del fuego.

«Margot tenía casi siete años cuando murieron sus padres. Lo suficientemente mayor como para tener una gran cantidad de recuerdos que probablemente preferiría olvidar. Su madre, Rose, era una artista apasionada y se enamoró de un joven poeta torturado. La pareja se amaba con una desesperación obsesiva y luchaba con igual fervor. Siempre había rumores de disturbios violentos dentro de las paredes de su casa», dijo en voz baja, como si se resistiera a expresar esas cosas en voz demasiado alta. «Gritos furiosos, cristales rotos, portazos y el llanto desesperado de una pequeña». Sus ojos se dirigieron a Nicholas. «Al menos mis padres cometían sus imprudencias lejos de mí. Los padres de Margot representaron sus dramas desgarradores con ella como testigo constante».

Cecily volvió a colocar la pluma negra en su lugar con delicado cuidado y luego se volvió hacia Nicholas presionando severamente los labios.

«Algunas personas afirmaban que Rose empujó a su marido desde la ventana del ático. Otros creyeron que había caído, tropezando en el tumulto de otra de sus intensas discusiones. De cualquier manera, todos estuvieron de acuerdo en que cuando Rose vio el cuerpo destrozado de su marido en la piedra muy debajo de ella, se sintió abrumada por la culpa o simplemente no podía imaginar la vida sin él y se arrojó tras él».

Cecily hizo una pausa. Sus ojos brillaron.

Nicholas contuvo la respiración. Todo su cuerpo se tensó para rechazar la verdad que ardía como veneno en su sangre. No quería creerlo, no quería considerar la devastación que supondría, pero sabía con una certeza que casi lo ahogaba lo que ella iba a decir a continuación.

«Margot estaba allí. Ella lo vio todo... aunque nunca habló de ello». Un lento y triste suspiro salió de sus labios. «Ella apenas habló durante el primer año que vino a vivir con nosotras. Intenté casi todo para llegar a ella. La abuela dijo que necesitaba tiempo para sanar. En mi orgullo infantil, estaba segura de que podría encontrar una manera de sacarla de la niebla en la que se había perdido». Sus ojos recorrieron la habitación. «Al final, ella se curó sola. Encontraba momentos de alegría y asombro en cosas que la mayoría de la gente ignora o apenas nota. Creaba conexiones con un lugar extraño al que de repente se vio obligada a llamar hogar, una roca a la vez. Rodeándose de cosas que son simples, tangibles y hermosas en lo que tienen en común».

Nicholas echó un vistazo a la extensa colección que su esposa había logrado acumular en tan solo unas pocas semanas. «No tenía idea de que ella fuera tan infeliz», murmuró con voz ronca.

«Por supuesto que no», murmuró Cecily suavemente incluso mientras lo miraba con penetrante intensidad. «Eso es lo que te estoy diciendo. Por eso insistí en que me trajeras aquí. Margot nunca desearía agobiar a nadie con la profundidad de sus emociones». Respiró hondo antes de agregar, «¿sabes que nunca la he visto llorar?».

Él frunció el ceño con incredulidad.

«Es cierto. Ni una sola lágrima ha derramado desde el momento en que vino a nosotras. Así resuelve su dolor y su tristeza», dijo ella con un amplio gesto de la mano.

La furia lo atravesó. Girando y serpenteando a través de su sangre.

Desde el momento en que la vio por primera vez, había estado tan desesperado por evitarla y protegerse de ella que nunca había considerado que podría tener el poder de lastimarla a cambio.

De repente, quedaba completamente claro que eso era exactamente lo que había hecho.

Capítulo Veintisiete

Margot lanzó una curiosa mirada de reojo al marido de su prima mientras paseaban en agradable silencio por el descuidado jardín. Era interesante notar lo parecidos que eran él y Nicholas cuando siendo gemelos, y al mismo tiempo tan marcadamente diferentes. No podía imaginar a nadie teniendo dificultades para diferenciarlos. Sus personalidades individuales se mostraban demasiado claramente en sus expresiones y modales como para nunca confundir uno con el otro.

Reginald tenía el aspecto de un hombre que rara vez se tomaba nada en serio. Para él, la vida era un patio de recreo. Al menos... esa era la impresión que le gustaba dar. En verdad, era profundamente compasivo y tenía un intelecto agudo y curioso.

El marido de Margot, en cambio, miraba el mundo con furiosa desconfianza y hacía todo lo necesario para mantener a todos a distancia.

Traición.

La palabra le vino inmediatamente a la mente, como ocurría a menudo cuando intentaba discernir el origen del comportamiento oscuro y melancólico de Nicholas. Pero ahora tenía un nombre que la acompañaba.

Belinda.

Después de escuchar el dolor y la ira enterrada en su voz mientras contaba una experiencia tan horrible, ¿cómo podría no entender su deseo de mantenerse protegido de los demás?

¿Era posible convencerlo de que ella nunca lo lastimaría de la misma manera? Que ella ya se temía a sí misma estar enam...».

Obligándose a alejar sus pensamientos de las cosas inquietantes e inaceptables que se arremolinaban en su interior y que no tenía ningún deseo de examinar hacia el hombre que estaba a su lado, Margot entrecerró la mirada en una evaluación cuidadosa y deliberada.

Siempre le había gustado Reginald y sabía mucho antes que Cecily que el hombre estaba completamente enamorado de su prima. Estaba claro que la luna de miel solo había solidificado y ampliado esos sentimientos.

Pero, curiosamente, no parecía cansado ni demacrado por lo más profundo de su amor por su esposa. No detectó ninguna locura brillando en su mirada.

Y Cecily estaba bastante feliz.

Quizá la intensidad de su pasión ya se había desvanecido a un nivel menos peligroso.

Cuando finalmente notó su mirada bastante afilada y se giró para sonreírle, ella inclinó la cabeza. «Te ves bien».

Reginald se rió. «Yo soy así. Muy bien. Fantástico».

«¿El matrimonio te va bien?», preguntó ella.

Su risa era alegre y muy divertida. «Sorprendente, ¿no? Pero entonces, ¿no dicen que los libertinos reformados son los mejores maridos?».

Margot se encogió de hombros. «No tengo idea». Ella lo miró con el ceño fruncido. «¿Y todavía amas a Cecily?».

Puso una mano sobre su corazón. «Eternamente».

«¿Apasionadamente?».

Él asintió con firmeza. «Desesperadamente».

Empujó sus anteojos hasta el puente de su nariz con su dedo índice. «¿Obsesivamente?».

Reginald se rió de nuevo y la detuvo mientras se giraba para mirarla. «Aunque esta conversación me parece realmente fascinante, no estoy del todo seguro de entender su propósito. ¿Qué es lo que estás tratando de determinar?».

Margot frunció el ceño. Luego parpadeó. Luego inclinó la cabeza hacia el otro lado. «¿Eres feliz?».

«Dichosamente».

Ella negó con la cabeza. «Pero... ¿Cecily y tú pelean?».

«¿Pelean?».

«Discuten»:

«Ciertamente», arqueó una ceja. «Conoces a tu prima, ¿no?».

Margot miró a través de sus gafas, tratando de ver lo que no estaba diciendo, y preguntó. «¿Se hacen... daño el uno al otro?».

La diversión de Reginald fue instantáneamente reemplazada por un profundo ceño de consternación. «Nunca lastimaría a Cecily».

De repente, Margot se dio cuenta de lo extraña que debía ser su línea de preguntas. Ella suspiró. «Lo lamento. Realmente no es asunto mío».

«No hay necesidad de disculparse», respondió él suavemente. «Sé que tus preguntas están motivadas por el amor y la preocupación por tu prima». Hizo una pausa y entrecerró los ojos. «¿Aunque sospecho que también puede haber algo más...?».

Aunque mil palabras le apretaban los dientes, Margot no dijo nada.

Reginald suspiró, luego sonrió y puso la mirada inquebrantable en Margot. «Cecily y yo ciertamente no siempre estamos de acuerdo. Y algunas discusiones pueden llegar a ser bastante apasionadas».

Margot se tensó y frunció el ceño mientras una profunda incomodidad se arremolinaba en su interior.

Reginald emitió un breve sonido y tomó sus frías manos entre las suyas, que eran fuertes, cálidas y reconfortantes. «Pero nos amamos y respetamos y nunca nos lastimaríamos intencionalmente».

«No», murmuró Margot. «No intencionalmente, por supuesto. Debes tener cuidado», susurró, apretando sus manos. «No debes amarla demasiado».

Su expresión era un poco confusa y más que un poco preocupada mientras la miraba. Pero Margot no pudo explicarlo. ¿Cómo se podía expresar en meras palabras un conocimiento tan indeleble y complicado?

Agachando la cabeza, Reginald la miró fijamente a los ojos y juró solemnemente, «lo prometo, nunca haré nada que le cause a tu prima el más mínimo dolor. Su felicidad es mi mayor propósito».

Margot pudo ver que él creía plenamente en sus palabras. Pero un poco de miedo permaneció alojado bajo su corazón. Ella le ofreció una rápida sonrisa de todos modos y le soltó las manos.

Pero su expresión permaneció oscura. «¿Tú y Nic... discuten?».

Margot sacudió la cabeza mientras su mirada se deslizaba hacia un lado. «Apenas hablamos».

Reginald hizo un breve sonido de reconocimiento. «¿Está siendo necio entonces?».

Ella lo volvió a mirar con un movimiento rápido. «Sé lo que es ser necio. Crecí con Cecily, ¿recuerdas?».

La comisura de sus labios se arqueó hacia arriba en respuesta.

«Nicholas es...», luchó por encontrar las palabras adecuadas. «Él es...».

«¿Hosco? ¿Brutal? ¿Cruel?». Su expresión se oscureció con cada palabra, como si se ofendiera por ella.

«Elusivo», respondió finalmente, no queriendo que sus pensamientos fueran demasiado lejos en la dirección equivocada. «Está claro que su carácter desagradable no es más que un medio para mantener a la gente a distancia».

Reginald sonrió. «Me alegra que te des cuenta de eso».

Margot arqueó las cejas. «Cecily. Recuerda».

Él se rió. «En efecto. Pude ver a través de su fachada casi la misma manera, ya que experimenté algo similar con Nic».

«Por supuesto, puedo entender por qué es tan cerrado, tan desconfiado», reflexionó Margot con compasión. Le dolía el corazón por el joven que había tenido que soportar una lección tan dura de traición y supervivencia.

Reginald suspiró y atrajo su mirada hacia la de él. Había verdadero arrepentimiento en sus ojos. «Ojalá pudieras explicármelo. No siempre fue tan melancólico y enojado, ¿sabes? He estado tratando de entender lo que pasó durante años».

Margot frunció el ceño. «Pero, ¿cómo es posible que no lo sepas?».

Era obvio que los hermanos eran bastante cercanos incluso si normalmente llevaban vidas bastante separadas. Seguramente, Reginald habría podido ver cómo la traición de Belinda y todo el sufrimiento que vino después habrían sido un catalizador más que suficiente para cambiar a su hermano.

Reginald se pasó una mano por el cabello y dio unos pasos por el camino antes de volverse hacia ella. Su expresión era arrepentida.

«Me temo que no fui el mejor hermano por un tiempo. Estaba... luchando con algunos asuntos personales y no me manejé muy bien». Él se encogió de hombros. «Era más fácil ahogar mis miedos y tristezas en licor, vino, mujeres y juegos de azar. Cualquier cosa que me distrajera de lo que estaba sintiendo. Nicholas decidió no acompañarme en mi imprudencia. No lo vi mucho entonces, a menudo no durante meses. Hasta que un día miré hacia arriba y noté... mi hermano había cambiado. Intenté preguntarle al respecto, pero se negaba a dar explicaciones. Supongo que pensé que en algún momento vendría a contármelo. Ciertamente estamos más cerca ahora, pero...», se encogió de hombros nuevamente.

Estaba claro que lamentaba su ausencia durante ese tiempo y la distancia que había crecido entre él y su hermano a causa de ello. Pero él no era un completo idiota.

Ella lo miró fijamente, incrédula. Seguramente no necesitabas que te explicara todo lo que había sufrido la noche del incendio...

Su confusión fue aguda cuando le lanzó un ceño. «¿Qué incendio?».

El corazón de Margot cayó hasta la boca del estómago.

¡Por las rodillas del murciélago!

Ni siquiera sabía del incendio que había marcado tanto a su hermano.

Su sorpresa debió haberse reflejado en su rostro cuando Reginald se dirigió hacia ella con una clara mirada de preocupación. «¿Qué fuego, Margot?».

Ella solo pudo negar con la cabeza. Ni siquiera se le había ocurrido que Nicholas podría haber ocultado intencionalmente esa experiencia a su gemelo. Estaba devastada por la idea de que él ni siquiera había contado con el apoyo de su hermano durante una experiencia tan horrible, pero la idea de traicionar la confianza de su marido diciendo algo más era igualmente

angustiosa.

El ceño fruncido de Reginald era oscuro e intenso, haciéndolo parecerse más a su hermano de lo que ella jamás había visto.

«Lo siento», murmuró. «No debería haber dicho nada».

Temerosa de terminar diciendo aún más sin darse cuenta, se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la casa. Un nudo de arrepentimiento, confusión y desesperación empática pesaba duramente en su estómago mientras se deslizaba rápidamente por los pasillos hasta su dormitorio.

Luna la saludó con suaves pero insistentes ronroneos pidiendo atención y Margot la levantó en brazos antes de acomodar a ambos en la silla junto a su ventana. Los cálidos y retumbantes ronroneos del gatito calmaron una parte de la angustia de Margot mientras miraba al cielo, preguntándose cómo diablos esperaba pasar la constante guardia de su marido si ni siquiera su hermano gemelo podía hacerlo.

Y a medida que el dolor por esa consideración se instaló en su ser, tuvo que reconocer por qué las visiones de su futuro con Nicholas todavía le parecían tan devastadoramente miserables.

Porque, por muy maravilloso, satisfactorio y trascendental que fuera entregarse a los aspectos lujuriosos de su matrimonio, algo mucho más conmovedor la estaba impulsando hacia adelante. Una necesidad que era mayor y más fuerte que la física. Un deseo y una ansiedad que sobrepasaban lo carnal.

Su mayor temor se había hecho realidad.

Estaba enamorada de su marido.

Podrían haber pasado dos o veinte minutos cuando Cecily llamó suavemente antes de entrar. Margot no se había movido de su silla más que para quitarse los zapatos y doblar las piernas debajo de ella. Se había puesto un chal sobre los hombros y Luna ahora dormía contenta en su regazo. Pero sus pensamientos seguían confusos.

La expresión de su prima era tensa, aunque sonrió mientras se acercaba. «¿Estás bien, prima?», preguntó simplemente.

Margot se encogió de hombros. Luego intentó sonreír. Luego volvió a encogerse de hombros.

«Por favor, dile a Reginald que lamento haberlo dejado tan abruptamente en el jardín».

Cecily resopló y rechazó las palabras mientras se agachaba ante la silla de Margot. «No me preocuparía por eso. Tu marido también me abandonó. Sospecho que necesitaba reflexionar un rato después de haber sido obligado a socializar toda la noche», bromeó con una sonrisa que no era del todo cruel. «Muy parecido a ti, me imagino. Ustedes dos podrían ser más parecidos de lo que se piensa», reflexionó.

Margot miró fijamente a su prima mientras un extraño escalofrío de sorpresa le recorría la espalda.

¿Podría ser eso?

¿Eran simplemente demasiado similares?

¿Estaba él tan aterrorizado como ella?

La implicación fue asombrosa.

Mientras una nueva ola de pensamientos pasaba por la mente de Margot, Cecily esbozó una sonrisa y se inclinó hacia adelante para darle un beso en la mejilla. «Reginald y yo estamos ansiosos por estar en casa. Pero imagino que te veré mañana por la noche en el baile del conde de Wright. Ante el parpadeo de confusión de Margot, Cecily añadió con la mirada entrecerrada,

«¿Seguramente recibiste una invitación? Debes haberlo hecho».

«Nicholas no lo ha mencionado».

Su prima resopló. «Bueno, insisto en que asistas. Sé lo mucho que te encanta bailar y te vendría bien divertirme un poco».

«Lo consideraré».

La mirada de Cecily brilló antes de que ella mostrara otra sonrisa y se pusiera de pie. «Las cosas mejorarán, Margot. Eres más fuerte de lo que crees. Y esto es solo el comienzo».

Margot pensó durante mucho tiempo en las palabras de despedida de su prima después de su partida.

Solo el comienzo.

Quería creerle. ¿Pero el comienzo de qué?

¿Toda una vida deseando algo desesperadamente y temiéndolo al mismo tiempo?

¿Una lucha tumultuosa entre la desesperación y la soledad?

¿Una batalla constante para evitar que el amor y la devoción terminen en tragedia y desesperación?

Capítulo Veintiocho

Era bastante pasada la medianoche. La casa estaba en silencio. El fuego en la chimenea del dormitorio de Nicholas se había reducido a unas pocas llamas parpadeantes. Sin embargo, no buscó su cama.

En cambio, se sentó en su sillón, que había sido girado para poder mirar al otro lado de la habitación, hacia la puerta del pasillo que conectaba con el dormitorio de su esposa.

Estaba bien cerrado.

Sin duda, la puerta de su lado también estaba cerrada.

No importaba. Él sabía que ella estaba allí. Despierta.

De vez en cuando, escuchaba el leve murmullo de su voz mientras hablaba con la gatita a la que llamaba Luna. Y cada vez, el tono ahumado se filtraba en él como un hechizo. Despertando su anhelo. Incitando su arrepentimiento y su preocupación. Condenándolo a una soledad inquietante.

Y ahora lo sabía... ella sufría de una confusión interna tan profunda y rebelde como la suya. Si había que creer a Cecily, había visto las pruebas de la angustia de Margot cuidadosamente cargadas y distribuidas en esa pequeña habitación del ala oeste. Sin embargo, lo que su cuñada no aclaró fue exactamente qué se suponía que debía hacer al respecto.

Y tenía que hacer algo.

Había estado tan preocupado por proteger su maldito corazón que nunca había considerado cómo podría sentirse ella. Era egoísta e ignorante. Aunque no pudiera amarlo, no se parecía en nada a Belinda. Su esposa nunca podría ser tan desalmada o decepcionante.

Necesitaba ser mejor. Ella merecía algo mejor.

Se puso de pie rápidamente y llegó a la mitad del camino hacia la puerta antes de detenerse. Su pulso latía con fuerza en sus venas. Le dolía el pecho y tenía el estómago apretado.

Luego empezó a avanzar de nuevo. Con calma. Más intencional. Todavía no sabía qué le diría, ni siquiera sabía si ella respondería a su llamada, pero ya había terminado de evitarla, de ignorar sus sentimientos, de negar la verdad.

Abrió la puerta, pero no entró.

Porque su puerta no estaba cerrada al otro lado del pasillo. Estaba completamente abierta. Y ella estaba parada en el umbral. Vestida con un camisón blanco ondulante, su cabello negro azabache en largas ondas le caía por la espalda. Quieta y silenciosa. Como si ya llevara allí mucho tiempo.

Su única reacción ante su repentina aparición fue una inhalación rápida y silenciosa antes de meterse el labio inferior entre los dientes.

Pensamientos y sentimientos que no podía expresar con palabras devastaron su interior. Le ardía la garganta. Su cuerpo anhelaba su calor. Sus manos ansiaban alcanzarla, consolarla, protegerla si ella se lo permitía. Después de lo que se había enterado ese día, solo quería... estar allí para ella.

Aunque los separaba una distancia tan corta, estaba llena de sombras pesadas y miedos no expresados. Nicholas sintió cada pedacito de eso, hundiéndose en sus huesos, convirtiendo su corazón en plomo.

Pero entonces... ella dio un pequeño paso hacia adelante, su nombre flotando en un susurro humeante de sus labios. «Nicholas».

Atraído hacia ella con una fuerza superior a él, dio un paso amplio, con las manos extendidas a los costados en silenciosa súplica. «¿Qué deseas?».

#

La pregunta que normalmente expresaba con brusca irritación sonaba muy diferente cuando se pronunciaba en un murmullo tan bajo y texturizado. Era suave, rico y embriagador, como una caricia de terciopelo.

Margot se envolvió en él.

¿Qué quería ella?

Dio otro paso hacia él, alejándose de la suave luz de su dormitorio, hacia el oscuro pasillo entre sus dormitorios. En ese momento, lo único que sabía con certeza era que lo necesitaba. Su cercanía. Su susurro. Su sólida presencia. Su corazón retumbando contra el de ella.

Él se tensó con su siguiente paso. Bajó la barbilla y apretó las manos en puños. Una respiración profunda expandió su pecho antes de soltarla con un suspiro audible e irregular.

Una palabra subió suavemente a sus labios, formando poco más que una señal. «Tú».

Era la única respuesta que tenía a su pregunta. En realidad, era todo lo que quería.

A él.

Darse cuenta la asustó lo suficiente como para evitar que se abalanzara hacia él.

Afortunadamente, él tampoco contaba con restricciones similares. En dos largas zancadas llegó hasta ella. Sus ojos ardían con un calor depredador. Sin apenas detenerse para tomarla en brazos, continuó hacia su dormitorio y se dirigió directamente hacia su cama. Fue brusco y furioso. Una reivindicación sin paliativos. Una posesión.

Margot suspiró en su abrazo. Ella se rindió a su ferocidad solo porque coincidía y respondía a su profunda necesidad. Después de bajarla para sentarla en el suave colchón, él inclinó su mirada bruscamente hacia la de ella mientras daba un paso atrás para quitarse rápidamente la ropa.

Sin aliento y de repente desesperadamente impaciente, Margot se quitó el camisón por la cabeza. Su gemido fue espeso y sensual y lleno de aprecio cuando su mirada brillante tocó cada curva y hueco de su cuerpo expuesto.

Desnudo, volvió a subir a la cama y lentamente alcanzó su rostro.

Al principio, no estaba segura de su intención y se quedó inmóvil con una anticipación sin aliento. Pero cuando él agarró suavemente la montura de sus anteojos y se las quitó de alrededor de las orejas, ella frunció los labios en señal de gratitud. Había olvidado que estaban allí.

La comisura de su boca se torció en respuesta, pero la diversión se desvaneció rápidamente cuando sus ojos la miraron profundamente. Sin la protección de los círculos de cristal, Margot sintió su mirada mucho más potente. Su concentración era fascinante. Robándole sus pensamientos y borrando cualquier cosa tan intrascendente como el miedo.

Después de hacer a un lado sus anteojos, vino por ella. Colocando una rodilla sobre la cama, le rodeó la cintura con un brazo y la acostó. Su cuerpo se inclinó sobre ella, sin tocarla al principio mientras sus anchos hombros bloqueaban el resto de la habitación, el resto del mundo, y su rostro llenaba su visión. Atractivo. Oscuro, intenso y perfecto.

Margot lo alcanzó y puso las manos en sus mejillas antes de deslizar los dedos nuevamente en su cabello.

No pasó por alto el destello de aprensión en sus ojos, la tensión de su mandíbula.

Pero ella no intentaría besarlo. No otra vez. Ella aceptaría la presión de su cuerpo, el calor de su piel y la fuerza de sus embestidas entre sus muslos, que provocaban placer. Separando las

piernas alrededor de las costillas, bajó la cabeza hasta los pechos de ella.

Sus ojos parpadearon con una luz diabólica y malvada mientras se sentaba encima de ella con un rico gemido de agradecimiento, sus dientes rastrillando su pezón puntiagudo.

Un agudo y hormigueo de dulzura la recorrió. Margot jadeó. Sus muslos presionaron a sus costados y su cabeza se arqueó hacia atrás en la almohada. El borde de sus dientes la marcó con otra delicada caricia antes de atraer su pecho hacia el calor de su boca, succionándolo con una fuerza que derritió su interior, inundando su sexo.

Con una ronca señal de pura satisfacción, ella curvó su columna hacia su beso de succión. Él la ayudó deslizando sus manos debajo de ella para extenderlas contra sus omóplatos, levantándola para recibir cada latigazo de su lengua y cada tirón de su boca.

Cada vez más frenética, sus manos recorrieron sus hombros y bajaron por su espalda. Cuando encontró la textura de la piel de su amplia cicatriz, él se tensó, pero ella continuó acariciando con las palmas cada centímetro de él que podía alcanzar. Estaba casi desesperada por conocer lo que sentía por él. Todo él. Pero él era demasiado grande y su peso la inmovilizaba. A medida que el deseo crecía dentro de ella, se volvió ansiosa. Algo dentro de ella exigía más. Y aunque sus labios, lengua y dientes le estaban haciendo cosas asombrosas y de otro mundo, quería, no, necesitaba algo más.

El instinto la impulsó a presionar las palmas de sus manos contra sus hombros con una fuerza suave pero insistente.

Él respondió de inmediato, liberando su pecho del calor meloso de su boca. Su expresión era dura y sombría. Sus ojos brillaron con una luz impía que hizo que su vientre se retorciera de la manera más deliciosa.

Había una pregunta en su expresión oscura que no expresó en voz alta.

Margot respondió lo mejor que pudo. «Recuéstate», susurró ella con voz ronca, tocando con las manos su firme pecho. Cuando sus cejas bajaron con disgusto, ella añadió, «yo... necesito...».

Pero ella no pudo terminar. No sabía las palabras adecuadas para explicar su intenso deseo de verlo ante ella. ¿Sería extraño decir que deseaba desesperadamente ver sus manos recorriendo su abdomen ondulado y sus fuertes extremidades? ¿Que ella quería... reclamarlo con su toque?

Sus cejas se fruncieron cuando él la miró fijamente por otro largo momento, sus rasgos eran duros y silenciosamente interrogativos. Pero luego estiró los brazos y se apartó para estirarse incómodo a su lado.

Margot se sentó, con una encantadora anticipación creciendo en su pecho. Podía ver lo incómodo que él estaba. Tenía las manos apretadas a los costados. Su pecho se levantó con la respiración contenida.

Extendiendo la mano, presionó la palma de su mano contra su esternón y dirigió su mirada cautelosa.

«Respira».

Él lo hizo. Con lenta intención y evidente malestar. Margot inclinó la cabeza y sonrió tranquilamente. «No te haré daño. Lo prometo», susurró y se sorprendió por el breve destello de incredulidad en sus ojos antes de que él lo protegiera con un ceño fruncido. Pero ese vistazo fue suficiente para traspasar su corazón con una dolorosa conciencia.

Tenía miedo. *De ella.*

«Solo quiero verte mientras te toco. Quiero... *conocerte*».

Emitió un gruñido bajo que pudo haber sido un intento de pronunciar palabras que no

lograron pasar del apretón de su mandíbula.

La preocupación borró su sonrisa. Parpadeando, levantó la mano de su pecho. «Pero si no quieres...».

Esta vez, el sonido que hizo fue un gruñido definido cuando la agarró por la muñeca y presionó su palma contra su pecho. Pero en lugar de su esternón, su mano ahora cubría el atronador latido de su corazón.

«Haz lo que quieras», murmuró él.

Una emoción de emoción y exploración y el poder más intrincado la invadieron. Inspirada y decidida a aprovechar al máximo esta oportunidad, se metió en el espacio entre sus piernas y luego se recostó sobre sus talones mientras apoyaba sus manos suavemente sobre sus muslos ásperos.

Él la miró fijamente. Pero cuando ella le preguntó si estaba bien, él asintió brevemente con un gruñido y luego cerró los ojos mientras soltaba una exhalación irregular.

El corazón de Margot dio un vuelco. A pesar de cualquier recelo que tuviera, en ese momento... había decidido confiar en ella.

Mordiéndose el labio contra una intensa oleada de emoción, recorrió con su mirada hambrienta su forma perfecta. Por supuesto, su atención era atraída más fuertemente por esa parte de él que le proporcionaba tanto placer.

Su pene era grueso y largo y parecía increíblemente duro cuando cruzaba su vientre, inclinándose ligeramente hacia su izquierda. Parecía latir bajo su mirada y crecer aún más. Un calor fundido fluyó hacia su sexo, haciéndola sentir un dolor palpitante.

Comenzó pasando suavemente sus manos por sus piernas. Primero hasta los tobillos, luego de nuevo hasta las columnas de los muslos, donde podía sentir los músculos tensos bajo su tacto. Murmurando algunas palabras sin sentido de gentil elogio, levantó las manos, permitiendo que sus pulgares apenas rozaran las crestas en ángulo que corrían desde su ingle hasta sus caderas.

Su vientre se onduló en respuesta y respiró hondo.

Sonriendo, pasó las yemas de los dedos por su abdomen, teniendo cuidado de no tocar su pene por muy tentadora que fuera la distracción. Luego aplanó las palmas de nuevo para probar la firmeza de sus músculos pectorales antes de ponerse de rodillas para poder alcanzar la gruesa anchura de sus hombros. Su fuerza la fascinaba. Y el calor de su piel. Ella deslizó sus manos por sus brazos, asegurándose de detenerse sobre el bulto de sus bíceps y la deliciosa musculatura de sus antebrazos, donde sus venas se hacían más obvias por el fuerte apretón de sus puños.

Cuando llegó a sus muñecas, repitió su exploración a la inversa, tomándose más tiempo para rodear sus pezones planos con la uña, deleitándose con la forma en que contuvo el aliento y su vientre se tensó en respuesta.

¿Le gustaría tener los dientes allí como ella había disfrutado tanto de los suyos?

Ella no dudó en descubrirlo. Inclinandose hacia adelante, primero golpeó con la lengua un pezón lleno de piedras, antes de probar su reacción con el borde de los dientes.

Su gemido fue pesado y espeso, resonando profundamente dentro de Margot, donde cosas peligrosas cobraron vida.

Capítulo Veintinueve

Nicholas nunca había sido más torturado y atormentado en su maldita vida. Pero si el lecho de Margot era el purgatorio, no quería jamás abandonarlo. Él soportaría voluntariamente infinitos azotes de su delicada lengua y se entregaría a las llamas de su exquisito toque por toda la eternidad, si eso significara que ella nunca lo dejaría.

Su cabello se deslizó sobre su hombro y un mechón sedoso y oscuro cayó sobre su erección. Ahogó un áspero gemido ante la aguda descarga de placer que le provocó aquella sensación tan ligera como un susurro. Sin duda, explotaría con el primer roce de sus dedos a lo largo de su longitud.

Mierda.

No podía pensar en ella tocando su pene.

En cambio, se concentró en el calor de su boca mientras recorría un camino hasta el costado de su garganta. Con una mano, le agarró la barbilla y le giró la cabeza para poder pasar la lengua por el lóbulo de su oreja antes de atraparla entre sus dientes.

Maldición. Era una malvada. Se burlaba, jugaba con él. En absoluto lo que podría haber esperado de una mujer con una mirada silenciosa y escrutadora y una sonrisa curiosa. Pero el hecho de que ella no se molestara en seguir ningún dictado de expectativas era solo una de las cosas que él amaba de ella.

Apretando los dientes, sacó esa palabra de su mente, justo a tiempo mientras ella retrocedía a lo largo de su cuerpo. Ella dejó caer besos ligeros y susurrantes sobre sus hombros y su pecho y los siguió con caricias flotantes con las yemas de sus dedos. Volviendo a sentarse sobre los talones, apoyó cálidamente las manos en los muslos y soltó un suspiro uniforme.

Nicholas tuvo que contener un gemido áspero que se le escapó de la garganta cuando se arriesgó a echar un vistazo y la vio sentada casi remilgadamente entre sus piernas, con la columna recta y la cabeza ligeramente inclinada. Su concentración era ardiente y decidida.

Como si sintiera su atención, ella dirigió su mirada hacia la de él. Y una vez que sus miradas se encontraron, ella no lo soltó. Cautivo de su mirada, todo lo que pudo hacer fue forzar su respiración a continuar entrando y saliendo mientras ella lentamente alisaba sus manos, pasando el pliegue de su ingle.

Mirando fijamente su alma, lentamente envolvió su pequeña y cálida mano alrededor de su longitud, cerca de la base, con un agarre firme y confiado.

Nicholas apretó los dientes. Su vientre tembló y la sangre bombeó fuerte y rápidamente hacia su pene. Al abrir los ojos quedó claro lo que sentía, una repentina hinchazón.

Sus dedos se apretaron, como si probara la dureza de su erección. Un breve suspiro salió de sus labios antes de que ella lo detuviera. Y finalmente, deslizó su mano hasta la coronilla, pasando el pulgar por la pequeña hendidura en la parte superior y luego alrededor de la cresta sensible, antes de deslizarse nuevamente hacia la base.

Un escalofrío de puro placer recorrió su cuerpo.

Ella lo hizo de nuevo. Y otra vez. Luego se detuvo para tomar sus doloridos testículos con la otra mano. Ejerció solo una suave presión allí, pero fue suficiente para extraer una gota de líquido transparente de su punta. Cuando lo vio, su expresión se convirtió en una de fascinación que rápidamente se convirtió en excitación.

Sosteniéndolo firmemente en su mano, se inclinó hacia adelante.

Nicholas se mantuvo dolorosamente quieto mientras la veía bajar la boca hasta su pene. En el último minuto, justo cuando extendía la lengua para reclamar la gota, sus ojos se encontraron con los de él. Con ese color azul místico, brillando de deseo.

Su gemido fue embriagador y crudo y parecía venir del lugar más profundo y oscuro dentro de él. Era un sonido de rendición. Él era completamente suyo. En ese momento y para siempre.

Después de que ella lamió la gota de líquido, se formó otra en su lugar. Su pene palpitaba bajo su agarre y sus testículos se tensaron casi dolorosamente. Pero era una especie de dolor delicioso. Uno que prometía liberación, plenitud y placer.

Pero cuando ella lo tomó completamente dentro de su cálida boca con un sedoso deslizamiento de sus labios y un provocativo giro de su lengua, Nicholas se sintió demasiado cerca del borde.

Ella podría arruinarlo de esta manera.

La suave succión. El firme apretón de su mano. La maravilla en sus ojos.

Él se movió debajo de ella. Sus nalgas se tensaron cuando alzó la mano para sumergirla en sus gruesas trenzas color cuervo. Estaba desesperadamente dividido entre una exigencia instintiva de que se esforzara por lograr la liberación que ella le ofrecía y una insistencia más noble de que lo detuviera ahora. Antes de que ella le quitara todo.

Aunque su mano se cerró en su cabello, no pudo apartarla. Él la miró con incredulidad y un toque de miedo mientras ella continuaba prodigándole el placer de su boca. Aprovechando sus últimas reservas, obligándolo a aceptar su deseo hasta que sintió la presión de su clímax aumentando dentro de él. No podía alejarlo y no se atrevía a detenerla.

Un sonido áspero subió por su garganta. De alguna manera, logró convertirlo en una breve y brusca advertencia. «No puedo contenerme».

Su respuesta fue un gemido sensual que rompió la última atadura.

El placer lo atravesó en oleadas palpitantes. Debió haber cerrado los ojos, porque lo único que vio fueron estrellas. Explotando. En expansión. Llenando su universo.

Pero él la *sintió*. Su mano agarró su base, sus labios se cerraron con fuerza alrededor de su coronilla. Su lengua se arremolinaba y tranquilizaba mientras tragaba cada gota de su liberación.

No tenía idea de cuánto tiempo estuvo incapacitado. Se sintió como una eternidad contenida en un suspiro. Pero a medida que recuperó la conciencia, también lo hizo su deseo. Rápido, fuerte e innegable.

Al abrir los ojos, vio que ella lo miraba con un salvaje hechizo de asombro. Sus labios habían desaparecido. Su respiración se aceleró, levantando sus senos con las puntas puntiagudas y rosadas.

Una intensa oleada de deseo lo atrapó.

A pesar del poder de su orgasmo, quería más. Estaba desesperado por ello. Como una bestia hambrienta de alimento. Con un movimiento brusco y repentino, la alcanzó. Su grito de asombro solo lo instigó aún más mientras la agarraba firmemente por la cintura y la levantaba a lo largo de su cuerpo. Recostándose de nuevo, la acercó a su rostro y rodeó sus muslos con sus brazos mientras se disponía a devorar su miel sedosa y resbaladiza.

En el momento en que su boca se cerró sobre su sexo rosado e hinchado, un gemido irregular de placer se deslizó de sus labios. Su cuerpo se tensó y luego se derritió cuando aceptó su necesidad de adorarla con su beso íntimo. Lamió, prodigó y metió su lengua dentro de ella, reclamando cada pedacito de su embriagador sabor. Girando, succionando y provocando su carne

hasta que ella se retorció encima de él y él quedó completamente intoxicado por su sabor.

Y cuando ella tembló y se estremeció en su clímax, él la sostuvo firmemente contra su boca, decidido a sentir hasta el último latido de su orgasmo contra su lengua. Solo cuando las ondas de choque comenzaron a suavizarse, la colocó sobre el colchón y bajó su peso encima de ella.

Ya sorprendentemente duro como una piedra otra vez, se deslizó fácilmente dentro de su suave y temblorosa vaina.

Ella se aferró a él. Sus brazos se apretaron alrededor de su cuello. Su rostro enterrado contra su garganta, donde le dio pequeños y cálidos besos que se convirtieron en jadeos cuando él comenzó a empujar. Lento y profundo al principio. Un ritmo de disfrute. Hasta que ella se arqueó contra él y levantó las rodillas a lo largo de sus costados para profundizarlo más.

Las cosas rápidamente se volvieron más intensas. Con exigencia.

Su boca se selló contra su hombro mientras sus labios presionaban su sien húmeda. Su placer se desarrolló en olas oscilantes, llevándolos juntos a la cima, hasta llegar a tope. Su segunda liberación reclamó la primera, provocando un gemido gutural de sus labios mientras arqueaba la columna y agarraba sus nalgas. Mientras sus músculos internos se apretaban alrededor de él, Nicholas cedió a su propio placer, liberando su semilla en gruesos chorros que lo drenaron por completo.

Debilitado y temblando profundamente, Nicholas finalmente se obligó a alejarse de ella. Aunque dio una suave protesta, sus brazos se deslizaron y sus piernas se relajaron en la cama.

Apoyándose sobre los codos, miró su hermoso rostro. Tenía los ojos apenas abiertos y entreabrió los labios como si quisiera decir algo. Pero todo lo que logró fue un suspiro sensual y un rápido levantamiento en la comisura de su boca antes de caer en un sueño saciado.

Con el pecho apretado, Nicholas rodó hacia un lado y la atrajo hacia sus brazos. Ella se colocó dentro de él, con la pierna levantada y doblada sobre su cadera, su cabeza apoyada en su bíceps mientras su aliento se abanicaba cálido y uniforme sobre su piel. Como si fuera el lugar más natural para ella.

Y aunque sabía que no debía hacerlo, Nicholas se permitió disfrutarlo. La calidez de ella allí. El círculo protector de sus brazos la mantenía segura mientras dormía. La absoluta maravilla al reconocer que mientras él la abrazaba, también abrazaba a su hijo.

Se sentía surrealista. Como un sueño de lo que podría ser en lugar de lo que era. Un momento fuera del tiempo o de la realidad. Porque la realidad no era tan sencilla ni tan hermosa.

Y su corazón solo podía soportar hasta cierto punto.

Demasiado pronto, se obligó a alejarse. Aunque ella protestó en voz baja, él la arropó con las mantas para que no se resfriara.

Encontró a Luna acurrucada en una bola somnolienta sobre su pila de ropa desechada y con cuidado la trasladó a la cama donde tropezó con la almohada sin usar y rápidamente se volvió a dormir.

Con palabras que no podía decir atascándose en su garganta, Nicholas regresó a su dormitorio.

No podía volver a hacer esto.

Capítulo Treinta

Margot lo observó a través de sus pestañas mientras él salía sigilosamente de su dormitorio y cerraba la puerta silenciosamente detrás de él. Luego volvió a cerrar los ojos con fuerza cuando un extraño ardor le pinchó bruscamente detrás de los párpados.

Sintiendo que estaba despierta, aunque no se había movido y quizás también sintiendo la silenciosa tristeza de Margot, Luna dejó su lugar en la almohada y se acurrucó cálidamente bajo la barbilla de Margot.

Aunque la asombrosa riqueza de placer que él le había dado la había dejado debilitada y agotada por el cansancio, no estaba dormida cuando su marido la tomó entre sus brazos y la abrazó. Ella había estado consciente de todo. La sólida presión de su cuerpo, el calor. Su largo suspiro.

Maravilloso. Feliz.

Esos momentos fugaces fueron los más seguros y pacíficos que Margot había conocido en la mayor parte de su vida. Y por un momento, estuvo segura de haber sentido satisfacción en él.

Pero luego se puso tenso y la dejó allí sola.

Pasó mucho tiempo antes de que Margot se durmiera, pero no se levantó ni intentó distraerse de sus preocupaciones. En cambio, los exploró, los analizó desde todos los ángulos. Cuestionó sus percepciones. Y se obligó a aceptar ciertas verdades.

Al día siguiente, a pesar de su noche inquieta, se levantó temprano. Se dio un largo baño con aroma floral antes de disfrutar de un desayuno ligero y luego abrigarse para dar un paseo tranquilo. Aunque el aire era bastante fresco y penetrante con la inevitable llegada del invierno, el sol era encantador.

Al salir de la casa, levantó la cara hacia el cielo y cerró los ojos, permitiendo que el sabor helado del viento aclarara parte de la neblina que aún cubría su mente. Había profundizado en sus propios pensamientos la noche anterior y, aunque se sentía más ligera y un poco más segura sobre su camino a seguir, todavía había una pesada oscuridad flotando oscuramente sobre su corazón.

Con una pesada señal, abrió los ojos y atravesó resueltamente el jardín. Solo logró dar un paso antes de verlo y quedarse quieta otra vez.

Nicholas estaba a cierta distancia, contemplando las delgadas ramas de un sauce. Tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda y la cabeza inclinada en un ángulo curioso, como si estuviera buscando algo.

Margot se permitió un momento para asimilar la fuerza de su cuerpo que palpitaba bajo el desolado cielo invernal. Podía ver claramente las líneas brillantes de su perfil: la pesadez de su frente, las arrugas que rodeaban su boca, el borde duro de su mandíbula. Pero ahora sabía muy bien que la suma de esos detalles no cuadraba con lo que tanta gente creía sobre él.

Pensó en la sonrisa despreocupada de Reginald y se dio cuenta con una sonrisa pálida de que prefería con mucho el rostro intimidante de su marido, porque hacía que esos destellos de placer y satisfacción fueran mucho más gratificantes. Nicholas había conocido la traición y había soportado un dolor tortuoso. Había vivido con el conocimiento personal de que el mal existía en el mundo. Y ella, entre todas las personas, comprendía que la vida no era todo rosas y rayos de sol. Existían sombras. No servía de nada pretender lo contrario. Pero ella creía que los hacía

menos aterradores cuando uno los enfrentaba y los reconocía por lo que eran.

Ya era hora de que hiciera eso con *todos* sus miedos. No solo los tranquilos y sencillos.

Con un aliento reconfortante, ella avanzó hacia él. Finalmente, el sonido de sus botas en el camino de piedra desvió su atención del sauce.

Sus ojos, cuando se volvió para mirarla, se arremolinaban con cosas que ella solo había vislumbrado brevemente antes. Hoy, sin embargo, no intentó ocultarlo y la emoción en su mirada era pesada y tumultuosa. Sintió las cosas profundamente. A veces... *demasiado* profundamente, se daba cuenta.

«Hola», dijo simplemente cuando llegó hasta él.

Él bajó la cabeza en respuesta. «Buenas tardes». Sus ojos parpadeaban mientras la miraba. «¿Puedo acompañarte en tu caminata de hoy?».

Margot ladeó la cabeza. No hubo ninguna mención de que su mozo de cuadra estuviera ocupado con otras cosas.

Sus cejas se arquearon hacia abajo cuando no respondió de inmediato y su corazón dio un pequeño tirón feroz mientras su vientre se retorcía. Levantó las comisuras de la boca. «Si ese es tu deseo».

Quería decir más, pero no podía reunir las palabras.

Con otro asentimiento, se hizo a un lado y le indicó con un gesto que le indicara el camino.

Al pasar junto a él, percibió una oleada de anticipación y emoción. Aunque él había dicho muy poco durante su último momento juntos, ella sospechaba que hoy podría ser diferente. Se *sentía* diferente. *Ella* se sentía diferente. Ella lanzó una rápida mirada a un lado cuando él se acercó a ella una vez que comenzaron a cruzar el césped. *Él* también se sintió diferente. Más intencional. Más abierto.

Una sonrisa apareció en su boca y agachó la cabeza, para que él no la viera y se preguntara qué la tenía tan mareada.

Después de un rato, logró acostumbrarse a su presencia, tal como lo había hecho la última vez, y pronto se perdió en los pequeños y alegres momentos de exploración y descubrimiento. Pero a diferencia de su último paseo juntos, él no se mantuvo a distancia. La primera vez que ella se salió del camino para examinar una piedra cubierta de musgo, él la siguió un paso atrás. Y cuando vio un único racimo de bayas creciendo en lo alto de un arbusto justo fuera de su alcance, él estaba allí, extendiendo la mano por encima de su cabeza para arrancarle la ramita.

Margot se sonrojó mientras sonreía en agradecimiento y guardaba las bayas en su bolso. Podía sentir su curiosidad y se preguntó si él expresaría sus preguntas en voz alta.

No fue hasta que estuvo agachada sobre el lecho seco de un viejo arroyo, sus dedos recorriendo suavemente los guijarros pulidos y los pedazos de artefactos domésticos rotos que probablemente habían sido desechados como basura décadas atrás, que finalmente él habló.

Su voz era un murmullo bajo y áspero. «Pasé por aquí una docena de veces y nunca me di cuenta de todo esto».

Margot sonrió y lo miró. Él estaba de pie junto a ella, su mirada explorando el camino sinuoso que una vez había tomado una suave corriente. «Me pregunto si el agua volverá a fluir después de que la nieve se derrita y lleguen las lluvias de primavera», reflexionó Margot, «o si ahora estará inactivo para siempre».

Él tarareó en respuesta y se agachó para colocarse junto a ella. «Ya lo descubriremos, supongo», murmuró. Luego, para su sorpresa, él extendió la mano y pasó los dedos por el suelo de guijarros de una manera similar a lo que ella había estado haciendo. Sin mirarla, le preguntó,

«¿Elegirás uno de estos para tu bolso?».

«No lo sé», respondió ella suavemente. «A veces parece más apropiado dejar todo como está. Otras veces...», ella vaciló. Nunca le había explicado su razonamiento a nadie. Cecily nunca había preguntado, ni su abuela. En realidad, tampoco lo había pensado nunca con palabras. Siempre había sido solo un sentimiento.

«No tienes que explicarlo», señaló con brusquedad, moviéndose como si fuera a levantarse.

Margot lo detuvo poniéndole la mano en el antebrazo. «Quiero hacerlo», murmuró. Anhelando la conexión casual, no retiró la mano mientras continuaba en un vacilante intento de aclararlo. «A veces tengo la sensación de que algo me pertenece. Es como si... me hubiera estado esperando».

Se tensó y se le cortó el aliento abruptamente al darse cuenta de que había sentido exactamente lo mismo la primera vez que miró a Nicholas a los ojos. Excepto que al revés.

Ella había sido la que lo estaba esperando.

Como si sintiera su alarma, volvió su mirada hacia la de ella. Se quedó sin palabras y luchó por respirar a pesar del espesor que de repente obstruía su garganta. Él frunció el ceño y levantó la mano hacia un lado de su cara. El calor de su palma solo empeoró la sensación.

«¿Estás bien?».. Sus palabras fueron pesadas e insistentes. «¿Qué ocurre?».

Margot rápidamente sacudió la cabeza, haciendo que sus anteojos se deslizaran por el puente de su nariz. Aunque frunció el ceño ante su falta de respuesta, sus movimientos fueron suaves mientras usaba la punta de su dedo para presionar sus gafas nuevamente en su lugar.

Él la miró a los ojos. «Algo te asustó. ¿Qué fue?».

Ella parpadeó, haciendo todo lo posible por aceptar y reconocer el surgimiento de la emoción en lugar de ahuyentarla como podría haber hecho en el pasado. «No es nada. Un recuerdo inesperado». Ella sonrió y asintió. «No hay nada de qué preocuparse».

Aunque continuó frunciéndole el ceño con evidente preocupación que la reconfortó, no presionó.

Margot desvió la mirada tan pronto como pudo, volviendo su atención al lecho del arroyo. Al instante, un objeto en particular llamó su atención y una chispa de reconocimiento la atravesó. Había estado allí frente a ella todo el tiempo, pero solo ahora escuchó su llamada silenciosa.

Ella alcanzó la piedra gris opaca, pero se tensó cuando sus dedos rozaron los de él mientras él alcanzaba el mismo objeto. Dio un suave gruñido y al instante retiró la mano. Con los dedos hormigueando, Margot rezó suavemente para sacar la piedra de donde había estado incrustada durante mucho tiempo en la tierra. Pero tan pronto como la liberó, se dio cuenta de que no era una piedra en absoluto.

Se le cortó el aliento mientras limpiaba capas de suciedad y escombros para revelar un objeto de porcelana azul. No era más grande que el centro de su palma, pero cuando la giró entre sus dedos, se dio cuenta de que era la tapa de una pequeña caja redonda decorada con delicadas volutas alrededor del borde y un elaborado diseño en el centro. Con un grito ahogado, miró hacia el lecho del arroyo y vio que Nicholas estaba pasando los dedos por el área, buscando ya el resto de la caja.

Después de un momento, Margot comentó, «puede que esto sea todo lo que queda. Sospecho que la otra pieza se rompió hace mucho tiempo. Probablemente sea la razón por la que esto fue descartado».

Nicholas la miró con evidente decepción. Pero Margot le devolvió una amplia sonrisa.

«Es un tesoro maravilloso», murmuró. «¿Lo quieres? Tú también lo viste».

«No», respondió él con voz ronca. «Es tuyo».

Ella asintió con gratitud y sacó un pañuelo de su bolsillo para envolver la porcelana antes de guardarla en su bolso.

Cuando iba a levantarse, Nicholas estaba allí con una mano en su codo. Por un momento sin aliento, permanecieron cerca, mirándose el uno al otro. Luego bajó la mirada y dio un paso atrás.

Margot miró fijamente su perfil, notando su ceño fruncido y la presión de sus labios.

Una sonrisa apareció en la comisura de su boca cuando finalmente se volvió hacia el camino.

Capítulo Treinta y Uno

Cuando regresaron a casa, Margot supo que no estaba del todo dispuesta a renunciar a la compañía de su marido. Sintiendo valiente y audaz, se volvió hacia él mientras se limpiaban el barro de las botas antes de entrar a la mansión.

«Me imagino que tienes una gran cantidad de asuntos que atender».

Él dio un gruñido. «No particularmente».

El estómago de Margot se tensó. «¿Te gustaría acompañarme arriba?».

Él levantó bruscamente la cabeza. Sus ojos azules eran brillantes y penetrantes, provocando un profundo remolino de deseo en su centro.

Las siguientes palabras salieron nerviosamente de sus labios. «A mi habitación en el ala oeste. Me gustaría que la vieras».

Con un visible estremecimiento, bajó los párpados y apretó los dientes.

Santas setas. ¿Había pensado que ella lo estaba invitando a su dormitorio?

Su deseo se convirtió en un derviche salvaje y se mordió el labio inferior. ¿Era eso algo que ella podía hacer? ¿Solo pedirle que le hiciera el amor?

«Sería un honor», respondió en tono grave.

Su cuerpo hormigueó de pies a cabeza y se dio cuenta de que lo estaba mirando con los ojos muy abiertos y sin parpadear, pero parecía que no podía recuperar el aliento.

Entonces se dio cuenta de que, en realidad, él *no* estaba respondiendo a su petición tácita sino a la que ella había dicho en voz alta.

«Bien. Por supuesto», murmuró. «Maravilloso. Por aquí».

Ella pasó corriendo junto a él, esperando que no hubiera manera de que él hubiera detectado su breve pérdida de sentido. Aunque lo sintió un paso detrás de ella durante todo el camino, hizo todo lo posible para controlar sus pensamientos y reacciones mientras se dirigía a su sala de colecciones.

Tras cruzar el umbral, se acercó a la chimenea y avivó el fuego, como hacía siempre cuando llegaba por primera vez. El acto inspiró una oleada de calidez que llenó la habitación y cuando se giró, vio que Nicholas se había acercado a una de las mesas. Estaba examinando un frasco que ella había llenado hasta la mitad con pétalos crujientes y secos de rosas inglesas blancas que había descubierto un día en el borde mismo del jardín, escondido detrás de un sauce crecido.

Ella se acercó a él y levantó el frasco. Mirándolo a los ojos, se lo acercó a la nariz.

Sus cejas se movieron, pero tomó una larga inhalación, reconociendo el embriagador aroma con un breve descenso de sus párpados.

«Encantador, ¿no?».

Él sostuvo su mirada mientras asentía lentamente. «Lo es». Luego miró hacia la mesa junto a ellos. Inclinando la frente, murmuró, «todo es encantador».

Margot enarcó las cejas, pero mantuvo su atención en él. «¿Lo es?».

Recogió con cuidado un nido de pájaro abandonado que ella había encontrado en el suelo debajo de un árbol en el borde del bosque. El manojo de ramitas, paja y trozos aleatorios de cordel deshilachado parecía delicado en su gran mano, pero lo sostuvo con cuidado. Después de examinarlo en silencio desde diferentes ángulos, lo dejó, alcanzó el cuenco de bellotas que ella había recogido y lo removió suavemente con las yemas de los dedos.

Las semillas y sus casquetes leñosos moviéndose en la porcelana emitieron un sonido reconfortante y Margot sonrió.

Se dio la vuelta, dejó su bolso en la otra mesa y comenzó a sacar los objetos que había coleccionado ese día. Cuando sacó la porcelana envuelta, la llevó a un lavabo colocado en una pequeña mesa en la esquina cerca de la ventana. Después de enjuagar cuidadosamente los últimos restos de suciedad, quedó encantada con el hermoso azul pálido que descubrió. Las pequeñas volutas y el emblema reflejaban sutiles destellos de luz, lo que sugiere que en algún momento pudo haber sido plateado reluciente. Girando la tapa redonda de un lado a otro, trató de determinar si el diseño en el centro representaba algo en particular.

Hizo una pausa cuando sintió que él se acercaba detrás de ella. Su calidez en su espalda provocó un delicioso escalofrío que le recorrió la espalda, pero no fue nada comparado con la forma en que ella reaccionó cuando él habló con rudeza en un tono reverente.

«Son las iniciales». La rodeó, tomó suavemente la tapa de sus dedos y la giró. «¿Ves la W y la D entrelazadas?».

Margot jadeó. «Tienes razón. Fascinante», suspiró, pasando el pulgar por las letras. «Me pregunto a quién habría pertenecido esto. ¿Crees que sería muy difícil saber si alguna vez vivió aquí alguien con estas iniciales?».

«Estás asumiendo que las iniciales pertenecen a una sola persona», murmuró en un tono bajo e íntimo. «Esto podría haber sido el regalo de un amante».

Tenía razón otra vez. La forma casi sensual en que las dos letras giraban y se entrelazaban podría haber sido un símbolo para representar una historia de amor apasionada, y tal vez secreta.

Ella se giró lo suficiente como para deslizar su mirada hacia la de él. No estaba tan cerca como ella había pensado, pero el efecto de su mirada intensa y penetrante aun así fue todo un impacto. Sus labios se separaron en una exhalación silenciosa y todos los pensamientos volaron rápidamente de su cabeza. Sentía el vientre pesado y cálido y un hormigueo recorrió sus venas.

Como si sintiera cada minuto de cambio en ella, su frente se arrugó y los músculos de su mandíbula se contrajeron. Su atención se centró solo brevemente en su boca antes de apartar la mirada abruptamente. Su voz era áspera y forzada. «¿Dónde lo pondrás?».

Margot sacudió levemente la cabeza. Aunque no era fácil alejarse de él cuando todo su ser solo quería acercarse, lo hizo. En silencio, rodeó primero una mesa y luego la otra, examinando los objetos que ya estaban allí, buscando un lugar para la pequeña tapa de porcelana azul. Finalmente decidió que no pertenecía a ninguna de las mesas. En cambio, se acercó a la chimenea y colocó la tapa sobre la repisa, donde sería lo primero que vería cada vez que entrara a la habitación y avivara el fuego.

Con una sonrisa, miró a Nicholas. Él la observaba con esa intensidad particular que tenía. Del tipo que provocaba algo en su vientre y la invadía de un calor arremolinado.

Un instinto surgió dentro de ella, agudo y salvaje, diciéndole que fuera hacia él, que volara hacia él. Pero ella inclinó la cabeza y le devolvió la mirada, preguntándose qué veía cuando la miraba tan fijamente. Finalmente, preguntó, «¿qué te hizo decidir unirme a mí hoy?».

Aunque sus cejas se movieron, su mirada no vaciló. «No quería que estuvieras sola mientras caminabas por la finca». Cuando ella abrió la boca para responder que siempre tenía un mozo con ella, él la corrigió bruscamente. «Yo no quería estar solo mientras caminabas por la finca».

Algo demasiado complicado para ponerle nombre la atravesó, haciendo que sus piernas temblaran y su corazón se acelerara. De repente recordó su confesión susurrada la noche de la

boda de Cecily. *A veces estar solo duele.*

¿Le dolía incluso ahora? ¿Tal como había sido estas últimas semanas?

De repente se aclaró la garganta y comenzó a caminar a lo largo de una de las mesas, prestando atención a su contenido disperso y esencialmente colocando el gran mueble entre ellos. «¿Te gustaría ir a un baile conmigo esta noche?».

«¿Esta noche?», ella parpadeó e inclinó la cabeza. «¿El baile del conde de Wright?».

Él la miró fijamente. «¿Lo sabes?».

«Cecily mencionó que ella y Reginald asistirían».

Él gruñó y continuó examinando lentamente la mesa.

«Pensé que no te gustaban mucho ese tipo de cosas», señaló ella.

«No me gustan».

«Es un aviso bastante corto».

Margot no estaba exactamente segura de por qué estaba siendo tan contraria. Quizás había una pequeña parte malvada de ella que quería saber si él realmente quería su compañía o si se sentía obligado. Tal vez, si ella presionaba de la manera correcta, él podría revelar sus verdaderas intenciones.

Emitió otro sonido parecido a un gruñido. Esta conversación le pareció particularmente difícil. «Se me pasó por alto la invitación», refunfuñó. «Pero me han informado que debo asistir».

Margot emitió un breve sonido de diversión. «Mi prima me aconsejó lo mismo».

De repente se giró para lanzarle una mirada dura. «¿Qué más dijo tu prima al respecto?».

Margot se dio cuenta al instante de lo que lo había puesto repentinamente tenso. Y aunque la sospecha en su mirada la molestó, lo entendió.

Hacía varios años, el actual conde de Wright conmocionó a la sociedad al reconocer abiertamente y afirmar estar relacionado con los bastardos de su difunto padre. Los muchos bastardos de su padre.

Según contaba la historia, el conde había engendrado intencionalmente tantos hijos ilegítimos como fuera posible en un complot de venganza contra su esposa. Se había sentido decepcionado y actuado de manera repugnante para lograr su objetivo, que provocaba arruinar vidas sin pensarlo dos veces. Sin embargo, se sabía que su heredero y único hijo legítimo era noble y no se parecía en nada a su padre. El actual conde se había mostrado inflexible a la hora de rectificar la perfidia de su padre reuniendo a sus disparejos hermanos. La mayor parte de la sociedad ya ni siquiera pestañeaba cuando uno de los bastardos de Wright era visto dando vueltas en la sociedad.

Que Nicholas y Reginald también fueran miembros de esa prole única no era de conocimiento común. Era un secreto que su marido ciertamente no había decidido compartir con ella. Desafortunadamente, fingir que no sabía nada al respecto parecía una mentira.

Con una señal, ella avanzó hacia él. «Conozco tu relación con la familia Wright».

#

Todos los instintos protectores y desconfiados de Nicholas se despertaron brutalmente.

La verdad sobre su ascendencia era un secreto que había prometido proteger con su vida. Su madre había cometido un grave error al confiar en el anterior conde de Wright. Aunque su padre había perdonado a su esposa hacía mucho tiempo, la alta sociedad no sería tan generosa.

Conocía el carácter de Margot lo suficientemente bien como para saber que ella respetaría la necesidad de discreción en torno a un tema así, pero lo que le preocupaba era cómo se había enterado.

«¿Quién te lo dijo?», preguntó sombríamente. «¿Tu prima?». Sabía que Reginald le había contado a Cecily sobre su verdadero origen antes de casarse.

El rostro de Margot se tensó. «Por supuesto que no», respondió ella indignada. «Has juzgado gravemente a Cecily si pudieras pensar por un momento que traicionaría tal confianza. Sí, incluso a mí», añadió bruscamente cuando él la habría interrumpido con exactamente esa pregunta. «Tanto ella como yo sabemos muy bien lo importante que es mantener los asuntos familiares dentro de la familia. Los buitres de la sociedad toman un poquito de información y crean toda una narrativa falsa a su alrededor. Y de repente todo el mundo cree en cosas que nunca existieron. Es una maldita inevitabilidad del rumor. Ni Cecily ni yo participaríamos jamás en una actividad tan inútil y potencialmente devastadora».

Fue un discurso apasionado, aún más conmovedor por el hecho de que los indiscretos habían mencionado libremente el trágico tema de la muerte de sus propios padres. No podía imaginar lo doloroso que debió haber sido saber que completos desconocidos podrían haber estado parlotando detrás de ella sobre algo tan personalmente devastador.

Le encantaría encontrar a todos los que alguna vez se atrevieron a susurrar historias sobre una experiencia tan dolorosa y asegurarse de que nunca más se llevaran a la boca el nombre de su esposa. La necesidad de protegerla era tan abrumadora que casi olvidó de qué habían estado hablando inicialmente.

Ella no lo había hecho.

«No hay necesidad de desatar tu temperamento con nadie, Nicholas», lo reprendió con un sutil ceño fruncido, sin duda notando su creciente ira, aunque claramente sin darse cuenta de su origen. «Descifré la verdad de tu relación con la familia Wright por mi cuenta. No es que fuera obvio», aseguró rápidamente antes de bajar la mirada. «Simplemente tengo una forma de ver las cosas que la gente prefiere mantener ocultas».

Una necesidad innegable surgió dentro de él. Hacía calor y un frío helado, arremolinándose por sus venas, rodeando su corazón con fuerza. Su tono era pesado y profundo. «¿Qué es lo que yo mantengo oculto?».

Sus ojos se alzaron inmediatamente, muy abiertos por la sorpresa, pero firmes e inquebrantables. Siguió un silencio lo suficientemente largo como para que se preguntara si ella se negaría a responder. Pero luego parpadeó y usó la punta de su dedo para empujar sus anteojos con más firmeza en su lugar.

«Eres más difícil que la mayoría, lo admito», dijo ella suavemente. «Pero no es, como lo pensé al principio, porque disfrizas tus verdaderos pensamientos y sentimientos con un temperamento brutal y prohibitivo». Ella inclinó la cabeza. «Es más profundo y complicado que eso».

Nicholas soltó un áspero resoplido incluso cuando su pecho se contrajo dolorosamente. Pero su burla solo levantó la comisura de su boca en una especie de sonrisa tranquila y cómplice.

«Hay una gran cantidad de emoción dentro de ti, Nicholas. Emoción que en ocasiones puede resultar bastante oscura y abrumadora. Creo que te frustra tener que reprimirlo todo. Creo que contradice tu naturaleza. Pero decidiste que era necesario. Y sin duda lo fue». Mientras hablaba, había estado rodeando la mesa a su lado. Y ahora ella se detuvo justo delante de él. «Eres un hombre que logró convencer al mundo de que eres un monstruo, cuando la verdad es que todos ellos son los monstruos». Un suave brillo entró en su mirada. «Pero no dejarás que te toquen. Eres demasiado fuerte. No dejarás que nadie te toque».

Nicholas solo pudo mirarla fijamente mientras el mundo parecía apretarse a su alrededor. ¿Cómo podía tener tanta razón y al mismo tiempo estar tan jodidamente equivocada?

Sus pestañas revolotearon y respiró profundamente. «Ni siquiera yo», añadió en un susurro.

«Especialmente tú». Las crudas y ásperas palabras escaparon de su garganta antes de que pudiera detenerlas. El destello de dolor en sus ojos se sintió como un puño helado metiéndose en su pecho para arrancarle el corazón. Quería retirar las palabras. Ya ni siquiera eran ciertas. Él le había permitido tocarlo. Plenamente consciente de que ella nunca lo amaría como él la amaba, le había permitido tocar las partes más profundas de él. Y a pesar de su miedo a dónde lo llevaría, le agradaba que estuviera allí.

La sonrisa que tembló en sus labios entonces era de verdadera tristeza. Antes de que él pudiera reunir el valor para decir más, ella dio un paso atrás y asintió levemente. «Te acompañaré al baile esta noche. Mañana discutiremos... lo que debe pasar entre nosotros».

Luego lo rodeó con cuidado y salió de la habitación.

Él permaneció atrás durante horas, rodeado de pedazos del mundo que ella había creado para sí misma. Un mundo encantador, curioso y extraño, compuesto de elementos que inspiraban, reconfortaban y revelaban facetas ocultas de una mujer que había temido conocer demasiado íntimamente.

Mientras deambulaba, se dio cuenta de que ella no era la única capaz de ver lo que alguien deseaba mantener oculto.

Quizá la conocía mejor de lo que pensaba.

Capítulo Treinta y Dos

Aunque a Margot le encantaba bailar, en los últimos dos años rara vez había tenido pareja en los numerosos eventos sociales formales a los que había asistido. Debería haberle emocionado la perspectiva de bailar los pasos de un vals con su marido.

Pero estaba tan confundida por sus preocupaciones y enredada en inquietudes que no estaba segura de poder distinguir el pie derecho del izquierdo. Ella había dejado a Nicholas antes con la promesa de abordar su futuro. Y tenía la intención de cumplir esa promesa. Ella no iba a permanecer en su actual estado de confusión mental y agitación emocional. Y estaba harta y cansada de tener miedo.

Su corazón estaba demasiado involucrado. La palabra amor flotaba con demasiada frecuencia y libertad en su mente cuando estaba con él. Y había ignorado las verdaderas profundidades de su pasión durante bastante tiempo. Ya se estaban lastimando el uno al otro sin proponérselo. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que las cosas fueran aún más lejos? ¿Antes de que la melancolía se convirtiera en desesperación y el rubor rosado del enamoramiento se volviera sangriento por la tragedia?

Ella no podía permitirlo. Tenía que detenerlo antes de que llegara tan lejos.

Para contrarrestar sus pensamientos oscuros y pesados, eligió un vestido ligero y brillante en color gris perla con una capa de encaje plateado. Jane se peinó con un estilo elegante de giros pronunciados trenzados con una cinta plateada y una caída de rizos negros como la tinta que rozaban la parte posterior de sus hombros desnudos. Alrededor del cuello llevaba una triple hilera de perlas que su abuela le había regalado cuando cumplió dieciséis años. También tenía algunas de las joyas de su madre, pero nunca las usaba, irracionalmente temerosa de que pudieran haber absorbido el dolor y la desesperación que su madre había sufrido en su vida.

Nicholas la estaba esperando en el vestíbulo. Margot se detuvo a mitad de las escaleras. Cualquier compostura que hubiera logrado reunir sobre sí misma la abandonó por completo en el momento en que lo vio parado cerca de la puerta principal, vestido de negro. Llevaba una de sus típicas facciones ceñudas mientras su mirada de topacio azul se inclinaba bruscamente en su

dirección.

Su cuerpo se encendió con una lluvia de chispas. Su vientre se retorció, sus rodillas temblaron un poco y un dolor sutil y persistente se instaló entre sus muslos.

Le llevó mucho tiempo darse cuenta de que Greer había salido del armario del mayordomo para entregarle su capa de noche a Nicholas. Después de hacer una respetuosa inclinación de cabeza, el sirviente principal volvió a esconderse en las sombras.

Margot se preparó para respirar profundamente y continuó hacia el pasillo de abajo, sin dejar de mirar a su marido mientras se preguntaba cómo sería ver una sonrisa curvarse en sus labios y el placer iluminar sus ojos al verla.

Margot se detuvo incómodamente frente a él, empujó sus anteojos hasta el puente de su nariz y lo miró.

Sus rasgos eran duros y brutalmente definidos. Pero eso no era nada nuevo.

Sin embargo, había *algo* nuevo. Una vez más, parecía como si hubiera renunciado al escudo que normalmente mantenía frente a su mirada. Había algo... consumidor en sus ojos. Posesivo e intenso.

Inclinó la cabeza y levantó la barbilla para mirarla más directamente a los ojos, tratando de determinar qué había cambiado.

Aclarándose la garganta, frunció el ceño y luego murmuró con brusquedad, «te ves preciosa».

El corazón de Margot dio un vuelco ante el cumplido. No era algo a lo que estuviera acostumbrada. Aunque las palabras carecieron de encanto y pulido, la sinceridad en su tono era innegable. Se sentía extrañamente nerviosa. «Gracias. Y tú te ves...», hizo una pausa para soltar un largo suspiro. «Bastante devastador».

Su respuesta fue un gruñido mientras le levantaba la capa, pero ella creyó detectar un destello de satisfacción en sus ojos.

Sonrojándose, ella se giró y él colocó la prenda exterior forrada sobre sus hombros desnudos. Luego extendió la mano y ató los hilos del cuello debajo de su barbilla antes de levantar suavemente sus rizos más largos para colocarlos sobre un hombro.

Margot ignoró los escalofríos que recorrieron su espalda ante su toque casual y se giró para mirarlo. «¿Estás seguro de que deseas ir? No es necesario, ¿sabes? No por mi cuenta».

Su mirada se entrecerró y su mandíbula se endureció. «Lo sé. Pero Reg insistió y... mi hermana... envió una nota dejando claro que esperaba verme». Hizo una pausa y la miró fijamente. «Si prefieres no...».

«No». La negativa llegó rápidamente cuando Margot le puso la mano en el brazo. Inmediatamente sintió que el músculo se tensaba bajo su toque. Un hormigueo de conciencia danzaba a lo largo de sus nervios.

Después de un largo rato, él asintió y tomó su mano para meterla en la curva de su codo mientras la conducía desde la casa hasta el carruaje que esperaba.

#

Era un maldito idiota. ¿Cómo iba a arreglárselas para pasar una velada entera a su lado? Esta rígida formalidad entre ellos era infernal y equivocada. Quería envolverse alrededor de ella. Quería estar dentro de ella. Quería saber que ella nunca se iría, que nunca lo miraría como lo hacía el resto del mundo. Nunca volver a decir esas palabras que había susurrado esa primera noche.

Ella dijo que él no era el monstruo que intentaba ser y que tal vez no había empezado de esa manera. Pero después de años de permitirse desconfiar del mundo, ¿no se había convertido

exactamente en lo que quería que la gente pensara que era?

Una vez en casa de Wright, él y Margot seguirían sus propios caminos. Él no la obligaría a hacerle compañía. Se merecía disfrutar la velada en todo lo que ella pudiera.

Y si él permanecía en su aroma cada vez que se topaba con ella o si accidentalmente la vislumbraba a lo largo de la velada, ciertamente no podría evitarlo. Estaba completa, absoluta y locamente enamorado de su esposa. Y lo había estado desde el momento en que se fijó en su mirada curiosa y evaluadora y vio un universo de asombro y misterio. Se arrojaría a sus pies si ella se lo pidiera.

No es que alguna vez lo fuera a hacer.

Al ofrecerle la mano para ayudarla a subir al carruaje, se vio obligado a reconocer que el placer de hacerle el amor había tenido un alto precio. Se había vuelto mucho más sutil en sintonía con ella.

Cuando sus ojos se posaron en los de él, su piel se estremeció.

Los nervios de su palma zumbaron cuando deslizó sus dedos enguantados en su mano.

El olor de ella infundió su sangre.

Su cuerpo recordó con sorprendente claridad cómo se sentía contra él, cómo su suavidad se adaptaba a su dureza, cómo sus músculos se tensaban cuando él entraba en ella, cómo sus caderas se inclinaban y su corazón latía con fuerza.

Y más que eso, sentía su inquietud en su presencia. Sentía cuando su mirada se posó demasiado en su rostro o sus manos. Prácticamente podía oír los rápidos engranajes de su mente dando vueltas a pensamientos y preguntas que sin duda respondería sin tener que expresarlos en voz alta. Podía sentir su concentración ahora mientras se sentaban uno frente al otro. Su mirada de búho estudiándolo cuidadosamente.

Nicholas no evadió su curiosidad. Se observaban. Aunque él lo intentó, no pudo evitar que la tensión le pesara en la frente o que la resistencia se asentara en la dura mandíbula.

A pesar de su semblante indudablemente temible, ella no se inmutó ni apartó la mirada. Ella nunca lo había hecho, aunque seguramente había escuchado los rumores sobre su temperamento violento y su imperdonable rudeza que le habían valido el apodo de la mitad de la alta sociedad para él y Reginald: los Villanos Vane. Ella nunca se había sobresaltado ante su mirada, ni se había sonrojado ni tratado de evitar su atención. Ella siempre lo miraba con una muestra abierta y sin protección. Como si realmente estuviera tratando de verlo. A él que residía debajo de todos los gruñidos ceñudos y melancólicos.

Después de lo que ella había dicho antes, pensó que tal vez ella *pudiera* verlo.

Pero si eso fuera cierto, no cambiaría nada.

Ella había dicho que debían discutir lo que sucedería entre ellos. No le iba a gustar lo que pretendía proponerle.

Su esposa ladeó la cabeza y parpadeó. Era un gesto característico que normalmente precedía a una pregunta perspicaz.

Nicholas contuvo la respiración.

«Te ves excepcionalmente feroz esta noche», señaló con total naturalidad. «¿Estás... preocupado por que te vean conmigo?».

La pregunta lo sorprendió lo suficiente como para soltar con brusquedad. «¿Qué diablos quieres decir?».

La comisura de su boca se levantó mientras se encogía de hombros. «Sé que has evitado la sociedad durante varios años, pero seguramente sabes lo que dice la alta sociedad sobre mi familia». Cuando su ceño se hizo más profundo, continuó, «que estamos malditos. Yo, sobre

todo».

«Idiotas», murmuró con vehemencia.

Su sonrisa fue fugaz mientras desviaba la mirada para mirar por la ventana. Su voz se convirtió en un susurro humeante. «A veces me pregunto si tendrán razón. Solo puedo esperar que Cecily haya escapado, pero me temo...».

Cuando su voz se apagó, pareció perderse en sus pensamientos. Nicholas esperó a que ella continuara, pero cuando ella no volvió a hablar durante unos momentos, se preguntó si debería dejar el tema. Pero no podía dejarla reflexionar tan oscuramente sola.

«¿A qué temes?», preguntó tan suavemente como pudo.

Ella no se volvió hacia él, aunque lo había oído claramente a juzgar por su suspiro entrecortado.

«El amor que ella y Reginald comparten es claramente tan fuerte y apasionado como siempre fue. Temo que pueda destruirlos».

El corazón de Nicholas se alojó firmemente en su garganta. «¿Por qué piensas eso?».

«Eso es lo que hace el amor», respondió ella, encogiéndose de hombros sutilmente.

Capítulo Treinta y Tres

Nicholas luchó por contener un gruñido de furia y angustia cuando una avalancha de comprensión finalmente se infiltró en su obstinada ira y su terco orgullo.

Todo lo que Cecily le había contado sobre la primera infancia de su esposa atravesó su mente con aguda claridad. Sus primeras experiencias le habían dejado una huella imborrable. Los años de violencia y dolor que había presenciado entre sus padres finalmente llevaron a una pérdida trágica y devastadora. Ella habiendo estado presente en todo ello.

No te amaré.

Santo infierno. Eso es lo que ella había querido decir. No era que *no pudiera* amarlo tanto como que no podía *permitírselo*. Creía que le encantaba ser una alguien miserable y vivir con dolor. Un riesgo emocional que había que evitar a toda costa. ¿Cómo no iba a poder hacerlo después de lo que había presenciado entre sus padres?

Él no tenía idea de cómo responder ante tal revelación.

Todo dentro de él quería cruzar el carruaje y ponerla su regazo para refutar sus últimas palabras con un beso tan profundo, apasionado y *amoroso* para que ella pudiera saber sin lugar a dudas lo que él sentía por ella y que su amor nunca la lastimaría.

La traición que había sufrido a manos de Belinda le había impedido confiar en nadie más durante demasiado tiempo. Pero últimamente se había dado cuenta de que todavía creía en la belleza del amor. Y quería una oportunidad para experimentarlo y explorarlo. Al ver el miedo absoluto en los ojos de Margot, todo lo que quiso hacer fue demostrarle lo maravilloso que podía ser el amor, lo maravilloso que podía ser *su* amor.

Pero ahora comprendía lo que tendría que superar.

Las sombras que rodeaban a su esposa eran mucho más tremendas de lo que podría haber imaginado.

Agradecidamente, mantuvo su atención enfocada en la ventana y no se giró para ver cuán brutalmente iracundo probablemente se había vuelto su expresión. Ella no entendería el motivo de la ferocidad. Ella no sabría que él estaba furioso por ella. Que él no quería nada más que aliviar sus miedos y protegerla del dolor de su pasado. Aunque no tenía la menor idea de cómo lograr tal esfuerzo.

Otro suspiro se escapó inesperadamente de los labios de ella. Sus palabras continuaron en un tenue murmullo. «Pensé que estarías a salvo».

Nicholas se tensó, cada músculo de su cuerpo le dolía en respuesta a la incertidumbre en su tono.

Bajando la barbilla, soltó una risa suave y entrecortada. «Lo lamento. Probablemente no tenga ningún sentido». Ella lo mira fijamente con un remolino de arrepentimiento en sus ojos. «Parece que estoy un poco de mal humor esta noche. Por favor, perdona mis extrañas reflexiones».

Nicholas solo pudo negar con la cabeza mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para responder. Antes de que pudiera, el carruaje llegó a su destino y se detuvo frente a la gran mansión en el corazón de Mayfair. Su esposa desvió la mirada con torpeza, claramente ansiosa por abandonar su compañía. Pero justo cuando el lacayo empezaba a abrir la puerta del carruaje, Nicholas se adelantó y agarró la manija para cerrarla nuevamente con fuerza.

Margot se sobresaltó y se volvió hacia él con una mirada amplia y sin pestañear.

Aún sin tener idea de qué decir, Nicholas hizo lo único que se le ocurrió, lo único que *quería* hacer en ese momento.

Con un sonido áspero y brusco, cruzó el vehículo y agarró a su esposa por la cintura. Un rápido empujón la hizo cruzar el carruaje y caer sobre su regazo. Su boca encontró la de ella con un confuso sentido de dirección y propósito vital.

Magia.

Había evitado intencionalmente besar su boca porque sabía... *sabía* que sería así. Sabía que en el momento en que descubriera los secretos de su beso, se perdería en ella para siempre. Había tratado de mantener algo de sí mismo oculto, algún conocimiento de ella desconocido, alguna experiencia intacta en algún intento tonto y desesperado por permanecer a cierta distancia. De alguna manera conservar la propiedad de su corazón prohibiéndose a sí mismo esta experiencia íntima.

Pero era inútil. Ya estaba tan jodidamente perdido...

#

Margot no tenía idea de lo que estaba pasando.

¿*Ahora* decidía besarla? ¿*Ahora*? ¿En el carruaje frente a la mansión Mayfair del conde de Wright? ¿Después de que acabara de confesar lo más profundo y oscuro de sus miedos? Después de casi admitir en *voz alta* que estaba desesperadamente enamorada de él.

Justo cuando ella se había convencido de que necesitaban separarse, él la sentó en su regazo y la besó. La *devoró*.

Su boca era dura y castigadora. Sus brazos eran como bandas de acero alrededor de ella, uno en su cintura, el otro curvado alrededor de sus hombros para crear una cuna para su cabeza mientras se inclinaba sobre ella; sus muslos eran gruesos y fuertes debajo de sus nalgas.

Pero fueron sus labios los devastadores. Su lengua tomó posesión absoluta de ella mientras la metía en su boca. Reclamando su aliento, robándole sus pensamientos, destruyendo cualquier sentido de realidad al que pudiera haberse aferrado.

Esto fue pura fantasía. No era posible que fuera real. No cuando eso la hacía sentir tan innegablemente necesitada. Deseada. Necesaria.

Así se sintió su beso.

Cada empujón exigente de su barbilla, movimiento giratorio y hundimiento de su lengua, cada succión de sus labios se sentía como un acto de necesidad atronadora.

Y que el diablo la ayudara, respondió Margot con sorprendente facilidad. Porque su necesidad era igual de grande. Mayor, tal vez.

Ella envolvió sus brazos con fuerza alrededor de su cuello, aferrándose a él, acercándolo

más mientras se giraba en su regazo para presionarse más completamente contra él, necesitando estar más cerca.

Su breve gruñido de angustia casi hizo que ella retrocediera nuevamente, pero de manera veloz ajustó su agarre para extender una gran mano sobre su cadera, acercándola más profundamente a su regazo hasta que ella sintió la dureza de su erección.

Su vientre se hundió y giró y gimió suavemente, apretando sus brazos alrededor de su cuello.

Qué fácil fue rendirse al poder y la pasión de su beso. Abrazarlo, deleitarse con él y anhelar más.

Sus dedos se curvaron en la tela de su abrigo mientras empujaba su lengua contra la de él, amando su rico y oscuro sabor. Necesitando consumirlo. Anhelando ser parte de él.

Creció y aumentó. Ardiendo a través de su cuerpo, su mente, su completa conciencia del lugar, el tiempo y el propósito. Era más que lujuria, más profundo que el deseo. Era devoción, reverencia y amor.

¡No!

El grito de alarma vino de algún lugar muy dentro de ella.

El pánico la recorrió como una ráfaga helada.

Era demasiado. Demasiado fuerte. Demasiado poderoso. Demasiado devastador.

Era todo lo que la aterrorizaba. Todo lo que había jurado evitar.

Pero antes de que ella pudiera decidirse a detenerlo, él lo hizo.

Con un áspero gemido y un brutal apretón de sus brazos alrededor de ella, levantó la cabeza. Sus ojos brillaban como gemas de un azul helado engastadas en una expresión tan apasionada, cargada y dolorida que Margot se quedó sin aliento. Su mirada perforó la de ella durante mucho tiempo. Luego recorrió su rostro con la mirada con aguda percepción.

Ella no tenía idea de lo que vio, pero le inspiró un ceño intenso y brillante cuando la soltó.

Ninguno de los dos dijo nada mientras ella regresaba con cuidado a su asiento al otro lado del carruaje. Pero ella lo vio bajar la barbilla y cerrar los ojos mientras respiraba profundamente por la nariz. Parecía convertido en piedra. Su cuerpo estaba endurecido por la tensión, sus pensamientos y emociones encerrados detrás de su voluntad de acero.

Luego se volvió sin mirarla y abrió la puerta del carruaje.

Él salió del vehículo primero y luego le ofreció la mano, todo sin mirar en su dirección.

Margot tragó el espeso nudo que le bloqueaba la garganta, pero eso no hizo nada para aliviar la sensación de ardor detrás de sus ojos. Apoyó suavemente su mano en la palma abierta y notó el ligero estremecimiento que provocó en su cuerpo. Llamas silenciosas y secretas ardían insistentemente en su interior.

Margot no podía recuperar el aliento. No podía encontrar sus pies. Estaba desarraigada, a la deriva, completamente desatada y profunda y visceralmente aterrorizada.

Capítulo Treinta y Cuatro

Wright House era una auténtica mansión aristocrática con una reluciente entrada de mármol y una amplia escalera curva. Como llegaron un poco tarde, la fila de recepción había terminado y la mayoría de los invitados ya se habían dirigido al salón de baile en el piso de arriba.

Margot mantuvo la compostura mientras subían las escaleras. Su mano estaba ligeramente sobre el brazo de su marido y ambos mantuvieron sus miradas fijas hacia adelante. Hizo todo lo posible para evitar que su expresión revelara la caótica tormenta de emociones que se arremolinaban en su interior.

Nicholas probablemente ni siquiera estaba intentando ocultar la mirada de descontento que había vislumbrado cuando salió del carruaje. Una suposición respaldada por las muchas miradas parpadeantes y las expresiones de espanto y sospechosas que aparecían en los rostros de las personas con las que se cruzaban en el camino. Puede que acabara de consumir su alma con su beso, pero seguía siendo un Villano Vane, el gemelo conocido por ser melancólico, solitario y agresivamente inaccesible.

Inevitablemente, las miradas temerosas parpadeaban en su dirección y un tipo diferente de malestar entraba en sus ojos. Cautela. Confusión y curiosidad. Y sus labios se curvaron con una sonrisa de superioridad sobre la pequeña y extraña criatura maldita.

Margot casi deseó poder hechizarlos y demostrar que sus temores eran ciertos.

Pero las maldiciones no funcionaban de esa manera. Y ella no era ese tipo de persona.

Así que, levantó la barbilla y les devolvió la mirada. Afortunadamente, su mirada sin pestañear fue suficiente para hacer que apartaran la mirada.

#

Nicholas quería gruñirle a cada persona que se atrevía a lanzar una mirada de curiosidad y condescendiente a su esposa, como si ella fuera una novedad que apenas podían entender y no les importara. La idiotez de la alta sociedad era inagotable. Y, sinceramente, no podía entender por qué alguien miraría a Margot y vería algo más que la fascinante, compleja y gloriosa criatura que era. Los odiaba a todos.

En el salón de baile reinaba una alegría encantadora. Un grupo de invitados se movía por el gran espacio con una energía casi frenética mientras se colocaban en posición para un baile country.

Por un momento, Margot agarró con más fuerza el brazo de Nicholas y pareció inclinarse hacia la pista de baile. Él la miró con curiosidad. Si él la invitaba a bailar, ¿aceptaría?

Honestamente, no podía imaginar qué sería peor, si su negativa a participar en la pista con él o una aceptación que resultaría en el tormento de sostenerla en sus brazos a una distancia adecuada cuando todo lo que él quería era arrojarla sobre su hombro y llevarla a algún lugar oscuro y aislado donde él le haría el amor, y *haría que ella lo amara*, todo el día y toda la noche por el resto de sus vidas.

«Esa sí que es una expresión aterradora, señor Vane. No puedo imaginar qué podría causar un disgusto tan bestial en una fiesta tan magnífica».

Nicholas frunció el ceño cuando Caillie Claybourne se acercó de la nada con una amplia y burlona sonrisa. La joven, su media hermana y ocasional pesadilla de su existencia, le dedicó una rápida sonrisa cuando él no respondió y luego dirigió su atención a Margot.

«Buenas noches, Sra. Vane, te ves preciosa esta noche. Tienes un bonito rubor en sus mejillas y tus ojos brillan».

«Gracias, señorita Claybourne», respondió Margot cortésmente. «Tú también te ves hermosa».

Nicholas había olvidado que las dos mujeres se conocían. Pero claro, como propietaria de un club social muy popular, Caillie conocía a casi todo el mundo.

«Ay», respondió su hermana. «Sin duda es la emoción de tener a casi toda mi familia aquí esta noche. Algo raro, por cierto». Deslizó una mirada maliciosa hacia Nicholas. «No es frecuente que mi hermano mayor decida entretener con tanta extravagancia. Sé que no asisten a menudo a eventos de este tipo, señor Vane, pero creo que a lord Wright le alegrará que hayan aceptado su invitación».

Aunque Nicholas estaba agradecido de que su hermana tratara de tener cuidado con lo que decía en voz alta sobre su conexión familiar, esa discreción no era natural para ella. Estuvo tentado de ver cuánto tiempo podría seguir diciendo insinuaciones, pero Margot le lanzó una mirada bastante penetrante.

Con un breve gruñido de reconocimiento, inclinó la cabeza y bajó la voz.

«Ella lo sabe, Caillie».

Su hermana inmediatamente lanzó una pesada respuesta. «¡Gracias a Dios! Estas conversaciones retorcidas no son mi fuerte».

Los labios de Nicholas se torcieron ante el eufemismo. Su hermana pequeña era una de las personas más francas que conocía. Lo que le hizo apreciar aún más su promesa de mantener su conexión y la de Reginald con la familia Wright en un secreto cuidadosamente guardado.

«Tengo entendido que tu hermano y su esposa han vuelto a la ciudad», señaló Caillie. «Ambos deben estar encantados con su regreso».

«¿Has visto a Cecily esta noche?», preguntó Margot.

La nota esperanzada en su voz pinchó agudamente a Nicholas. Sin duda deseaba cambiar su compañía por la de su prima lo antes posible.

«Creo que la última vez que vi a tu prima y a su esposo, fue jugando un animado juego de cartas con el Sr. y la Sra. Bentley», respondió Caillie refiriéndose a su hermano, que era dueño de un club de juego de élite en la ciudad. «Por muy formidables que sean como socios, no creo que tengan ninguna posibilidad contra Roderick y Emma. Esos dos son letales».

Margot sonrió. «No descartaría a mi prima tan rápidamente, señorita Claybourne. Cecily puede ser despiadada cuando quiere».

«Y Reg ciertamente ha pasado una buena cantidad de tiempo en las mesas», añadió Nicholas con lealtad.

Caillie sonrió. «Mmm. ¿Deberíamos aventurarnos a hacer una apuesta sobre los ganadores?».

«¿Y esto?».

Nicholas se puso rígido cuando el sonido del descarado acento cockney de Max Owen irrumpió en su conversación. Una mirada de reojo confirmó la visión del señor del crimen de St. Giles, también su medio hermano más joven y el más cercano en edad a él y a Reginald, acercándose con un pavoneo hacia el grupo. Ataviado con lo más alto de la moda londinense y con su elegante y bella dama a su lado, Owen casi parecía encajar con los miembros de élite de la alta sociedad londinense.

Pero luego abrió la boca.

«Oye, amor», dijo Owen con un guiño a su esposa. «El gruñón está aquí».

«No seas grosero, Max», reprendió lady Elvina antes de volverse hacia Nicholas. «Qué lindo verlos de nuevo, Sr. Vane y Sra. Vane», añadió a Margot. «Nos conocimos brevemente en la boda de tu prima. Y debes permitirme felicitarte por tus propias nupcias».

«¡Bien, bien!», gritó Owen. «Por las bodas y toda la diversión que vendrá después», añadió con un atrevido guiño a su esposa. Luego levantó un vaso de lo que parecía ser ginebra antes de beberlo de un trago. El comportamiento grosero atrajo más de unas pocas miradas burlonas de los espectadores.

«Gracias», reconoció Margot cortésmente mientras Nicholas simplemente lo miraba con el ceño fruncido.

Su pequeña reunión estaba empezando a atraer mucha atención por parte de otros invitados. Como hijo de un vizconde, no se consideraría en lo más mínimo extraño que Nicholas asistiera a un baile organizado por un conde. Pero ser visto interactuando abiertamente con los hermanos Wright conocidos que no pertenecían a la nobleza podría inspirar a la gente a comenzar a hacer preguntas. Y aunque había aceptado conocer a su familia en privado... las exhibiciones públicas eran un asunto completamente diferente.

Por encima de todo, Nicholas necesitaba evitar que la verdad sobre la identidad de su verdadero padre dañara a sus padres. Había sido la única condición en la que insistió cuando él y Reginald acordaron conocer a sus medio hermanos. Pero antes de que pudiera poner excusas y alejar a su esposa, otra pareja se acercó a su pequeño grupo. El conde y la condesa de Wright, sus anfitriones de la velada y las únicas dos personas en todo el baile de las que no podía simplemente darse la vuelta y alejarse.

Lord Wright era el caballero londinense por excelencia. Aunque tenía fama de ser bastante reservado y rígido, Nicholas sospechaba que era simplemente un hombre que prefería no mostrar al mundo lo que pensaba y sentía. Algo con lo que Nicholas ciertamente podría identificarse. Sin duda, el conde había sido rechazado por gran parte de la alta sociedad después de que estallara el escándalo de los bastardos de Wright hacía algunos años. Pero el hombre no parecía preocupado por la situación.

Mientras se acercaba, el conde miró duramente a Nicholas y pareció reconocer su malestar interno con una mirada parpadeante. Ahora que los Wright eran parte de su grupo, los murmuradores ciertamente tendrían menos que decir. Nicholas sospechaba que esa era exactamente la intención del conde al acercarse y estaba agradecido.

«Bienvenidos, Sr. y Sra. Vane», dijo Wright a modo de saludo, con un tono formal pero amable.

«Estamos muy contentos de que hayan podido acompañarnos esta noche», coincidió lady Wright con una cálida sonrisa.

Lady Wright, de temperamento casi opuesto al de su marido, era una escocesa que no tenía problemas para dar a conocer sus opiniones y no era alguien que pudiera tolerar a los tontos con facilidad.

En verdad, a pesar de sus dudas sobre reconocer su asociación con la familia Wright, Nicholas no podía evitar respetar al conde y a la condesa. Y, por supuesto, sentía un gran afecto por Caillie. Roderick Bentley, su segundo hermano mayor, era un tipo excepcionalmente amigable que resultaba ser similar a Reginald en muchos aspectos. Nicholas había conocido brevemente a su hermano de Gales, pero lo consideraba un hombre estoico y responsable. Owen era el único personaje del que Nicholas todavía no estaba seguro. Cuando captó la mirada del otro hombre mientras el resto del grupo entablaba una pequeña charla que él solo escuchaba a medias, se dio cuenta de que Owen estaba muy feliz de mantener a Nicholas analizándolo todo.

«¿Eso que empieza es un vals?», preguntó Caillie emocionada, interrumpiendo lo que el grupo había estado discutiendo. «Debo encontrar a Bishop. El hombre me prometió nada menos que cinco bailes esta noche».

«Estoy aquí, cariño», dijo Bishop mientras se acercaba detrás de Caillie. «Sabes que no perdería la oportunidad de darte vueltas en la pista de baile».

Si bien eran copropietarios del Club Bishop, los dos también estaban profundamente enamorados, aunque hasta donde Nicholas sabía, no tenían planes de casarse. Un acuerdo así debería haber sido lo suficientemente escandaloso como para excluirlos de la sociedad por completo, pero su popularidad entre gran parte de la alta sociedad parecía inquebrantable. Y ciertamente, el apoyo inquebrantable de lord y lady Wright no hacía daño.

«¿Lista para un torbellino, princesa?», Owen le preguntó a su esposa.

Mostrándole una sonrisa sensual, lady Owen respondió «siempre, cariño».

«Ustedes dos también deberían bailar», declaró lady Wright.

Nicholas tardó un momento en darse cuenta de que se estaba dirigiendo a él y a Margot. Se tensó y apretó la mandíbula, preparándose para negarse, pero lady Wright no le dio la oportunidad. «Vamos. Es su debut social como pareja casada. Deben hacerlo correctamente».

«Realmente no tiene sentido resistirse», aconsejó Caillie por encima del hombro mientras Bishop comenzaba a llevarla hacia la pista de baile. «Worthy puede ser infinitamente terco en esas cosas».

«Tienes razón, muchacha», coincidió lady Wright con una sonrisa, antes de levantar las cejas hacia Nicholas. «Vamos».

«Si la dama lo desea, por supuesto», intervino el conde mientras le daba a Margot una sonrisa alentadora.

Antes de que Margot pudiera responder, lady Wright señaló, «por supuesto que sí. La muchacha ha estado comiéndose con los ojos la pista de baile desde que llegó».

Con la molestia ardiendo bajo su piel, Nicholas miró a su esposa. Habiendo observado lo mucho que le encantaba bailar en la boda de Reginald, probablemente habría llegado el momento de pedirle que bailara con él y le molestó más allá de lo imaginable que ahora parecía que una familia autoritaria lo estaba presionando a hacerlo.

«¿Quieres bailar?».

Margot parpadeó hacia él con un brillo de esperanza en sus ojos. «Solo si tú lo deseas. *Ciertamente* no es necesario».

Sus palabras contradecían directamente la firme insistencia de su anfitriona, que le recordaba que su esposa no era tan dócil como podría parecer.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa genuina. Al verlos ella, sus ojos se abrieron y por alguna razón insondable, desencadenó una afilada lanza de deseo a través de su vientre.

Sin responder, se aclaró la garganta y le ofreció el brazo. Margot deslizó sus dedos en la curva de su codo sin dudarle. Les costó un poco de esfuerzo maniobrar entre la creciente multitud de personas para llegar a la pista de baile, pero finalmente lo lograron.

Nicholas se giró y adoptó una posición adecuada, apoyando ligeramente su mano en la espalda de su esposa mientras ella se giraba para mirarlo. Luego levantó su mano enguantada y miró fijamente su mirada de ojos entrecerrados.

Y su corazón simplemente se detuvo.

Aunque lo ocultaba bien detrás del cristal reflectante de sus gafas y la máscara de modestia y sutil malestar que llevaba cuando estaba en sociedad, él podía verlo en los profundos charcos de sus ojos y en la tensión que recubría su resuelta mandíbula.

Estaba jodidamente aterrorizada.

Y sabía que su miedo no tenía nada que ver con las miradas críticas de la alta sociedad, ni con la prepotencia de su familia, ni con los bailarines que giraban a su alrededor, ni con ningún otro detalle circunstancial de la noche. Después de todo lo que había descubierto sobre su esposa, sabía con certeza que solo una cosa había causado esa mirada en sus ojos.

Había volcado todo el amor que sentía por ella en ese beso que habían compartido en el carruaje. No podía quedar ninguna duda en su mente acerca de lo que él sentía por ella.

Y eso la había asustado muchísimo.

Capítulo Treinta y Cinco

Desde el momento en que entraron a la casa, Margot se había concentrado en contener el temblor que había comenzado en lo más profundo de su ser y amenazaba con extenderse a todos los rincones de su ser. Había requerido un esfuerzo sobrehumano para proyectar algo parecido a una compostura tranquila mientras hablaban con su familia secreta.

Y todo se convirtió en polvo cuando ella entró en los brazos de Nicholas y levantó la mirada hacia él. Su semblante era tan endiabladamente oscuro, tan penetrante e intenso. En un entorno en el que había pasado tanto tiempo sin ser vista o ridiculizada, para sentir de repente como si él mirara directamente a su corazón, a la parte más profunda y oscura de ella. Y al hacerlo, él realmente la vio...

Fue demasiado. Sus defensas se desintegraron y cada cosa que había sentido durante su beso explotó nuevamente dentro de ella.

El ardiente y conmovedor deseo. El sentido místico de conexión, de *lo correcto*. El ansia, el anhelo y la añoranza se fusionaron en un solo nudo dentro de su pecho. La esperanza infernal. La maldita oleada de amor a través de todo su ser seguida inevitablemente por el miedo más oscuro.

Se mordió el labio con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre.

La furia endureció los rasgos de Nicholas y bajó la cabeza hacia ella.

«No tenemos que hacer esto», susurró con brusquedad. «Podemos irnos ahora mismo. Volver a casa».

Margot respiró profundamente. Se imaginó siendo levantada en sus brazos, presionando su rostro en el hueco de su garganta, sus brazos sosteniéndola contra su pecho mientras se alejaban del baile. Estaba sintiendo cosas que la aterrorizaban absolutamente hasta lo más profundo de su ser. Y todo lo que quería era enterrarse en la seguridad y protección de él. Lo anhelaba intensamente y, sin embargo, su única opción era negarlo.

Era demasiado peligroso. *Él* era demasiado peligroso.

Una mirada fugaz a su alrededor le mostraba que se habían convertido en una especie de espectáculo al permanecer tanto tiempo quietos en la pista de baile. Por el amor de Dios. Más habladorías. Más susurros y especulaciones. Más ojos siguiendo cada uno de sus movimientos.

Ella sacudió la cabeza. Luego levantó la barbilla como imaginaba que haría Cecily.

«Bailemos», respondió ella y agradeció escuchar que su voz sonaba firme y segura a pesar del nudo en su garganta.

Con un breve movimiento de cabeza y un sutil apretón de mandíbula, Nicholas presionó sus dedos en su espalda y los condujo a la pista. Era un guía fuerte y muy elegante por lo ancho y musculoso de sus hombros. Era tan afortunadamente fácil rendirse a su dirección mientras la arrastraba por el suelo. Después de un momento, incluso cerró los ojos, confiando implícitamente en que él la guiaría con seguridad durante el vals. Y pronto... la rígida tensión de su miedo comenzó a aflojarse. Se liberó lentamente, rompiéndose en partículas más pequeñas que luego comenzaron a alejarse hasta que ella se sintió mucho más ligera... casi como si se hubiera convertido en algo intangible, como niebla o humo en la oscuridad.

Y, sin embargo, de alguna manera él continuó abrazándola. Sólido y fuerte.

Él no la dejaría ir. Él nunca la dejaría ir.

Al abrir lentamente los ojos, quedó inmediatamente atrapada por esos fríos ojos azules.

Perforando sus defensas. Al mirarla. Viendo *todo*.

Y él estaba preocupado.

Debería estarlo.

Se iban a destruir entre ellos.

Como si leyera su mente, Nicholas se puso rígido y la acercó más. Bajando la cabeza hacia la de ella, murmuró, «nunca te haría daño».

Aunque su declaración pudo parecer salida de la nada, no fue una sorpresa para Margot. No era en absoluto extraño que él supiera exactamente lo que ella estaba pensando y sintiendo en ese momento. Y la convicción casi furiosa en su voz inspiró la más extraña necesidad de sonreír. No tenía sentido esa suave curvatura de sus labios, no cuando sabía lo que podía pasar. No cuando inevitablemente se avecina una destrucción total.

«Sí, lo harás», susurró ella. «Y yo te haré daño. Y ambos haremos daño a todos los que nos rodean».

Sus ojos se oscurecieron y sus labios se curvaron en un sutil gruñido mientras un sonido crudo subía por su garganta.

Su cuerpo se estremeció en respuesta. Pero él no entendió. Nadie podría. Margot había visto lo horrible que podía ser el amor cuando era tan profundo y poderoso. Había vivido en el mismísimo ojo de una tormenta tan terrible. Nada podía resistir semejante fuerza.

«Lo siento mucho», murmuró Margot con voz ronca.

Mientras el torrente de emociones que crecía dentro de ella amenazaba con alcanzar su punto máximo y romperse en una ola devastadora, su único instinto fue correr y esconderse en algún rincón oscuro hasta que lograra tener todo bajo control. Pero cuando ella se habría liberado de sus brazos, él la acercó. Indecentemente, *sorprendentemente* cerca, curvando su fuerte brazo alrededor de su espalda hasta que sus cuerpos se presionaron uno contra el otro mientras giraban por la pista de baile.

Ella resistió solo por un momento, tensándose con una oleada de miedo de que seguramente se desmoronaría ahora. Pero cuando permaneció completamente intacta, Margot se dio cuenta de que su fuerza le proporcionaba un escudo y le daba el apoyo que necesitaba para capear la tormenta dentro de ella.

Ella suspiró entonces. Fue una exhalación profunda, pesada y emocional que pareció dejarla sin aire, sin fuerza y sin ningún tipo de resistencia. Su mirada la cautivó incluso más que su abrazo. Él reclamó posesión de ella con su mirada. Tenaz. Con total intención.

Él no iba a dejarla ir.

En contra de su mejor juicio y a pesar del miedo abrasador dentro de ella, Margot se fundió en el azul brillante mientras el resto del mundo desaparecía. Ni un suspiro los separó mientras sus corazones latían al ritmo de sus pasos y la sangre de Margot hervía con su calor.

Si tan solo pudieran permanecer suspendidos en el tiempo, perdidos en este mismo instante, para siempre.

Pero demasiado pronto, la música llegó a su inevitable final.

Sus pasos disminuyeron y Nicholas la soltó lentamente. Su mirada permaneció intensamente sobre ella mientras le metía la mano en la curva de su brazo y la conducía fuera de la pista de baile. Podía sentir las estrellas y escuchar los susurros mientras pasaban entre los demás invitados. Pero parecían venir de muy lejos. Demasiado lejos para tocarla. Su existencia no era más que un remolino de formas y colores que carecían de definición.

Nicholas era real. Y ella era real. Nada más importaba.

Le tomó más tiempo del que debería darse cuenta de que Nicholas no se había detenido

en el borde de la pista de baile, sino que continuaba hacia las puertas del salón.

Levantó la vista hacia su feroz perfil formado por líneas determinadas. Su frente era poblada y oscura, su mirada enfocada y la línea de su mandíbula era dura.

Casi tenía miedo de preguntar. «¿A dónde vamos?».

«A casa».

Sin dudarlo. No había lugar para discusiones.

A pesar de la ola de deliciosa anticipación que le calentó la sangre y le apretó el pecho, o tal vez a causa de ello, Margot aminoró el paso. No había nada en el mundo que deseara más que volver a casa con él, fundirse en sus brazos y olvidar sus miedos y preocupaciones. Y era exactamente por eso que tuvo que resistir el oscuro deseo de ignorar el dolor que inevitablemente vendría después.

«¿Después de un solo baile?».

Acaban de salir del salón de baile. Ante su pregunta, Nicholas se detuvo abruptamente en el amplio pasillo y se volvió hacia ella. Había tantas preguntas en sus ojos, tanta tensión alrededor de su boca y por todo su cuerpo. A Margot le dolía el corazón porque sabía que su malestar se debía a ella. Alcanzándolo, puso su mano contra su mandíbula angulosa. Hielo azul humeante la taladró cuando él giró la cabeza y le dio un beso hormigueante en el centro de la palma.

«Ya es suficiente».

Margot se sobresaltó, dejó caer la mano y se alejó de su marido mientras su abuela se acercaba.

Lady Hargrave lucía tan elegante y formidable como siempre, vestida con su característico vestido negro y su penetrante mirada negra, mientras caminaba hacia ellos. Un gesto sutil de la mano de su abuela hizo que Margot se alejara un paso más de su marido, que brillaba en silencio.

«Abuela», murmuró Margot sorprendida. «Estás de vuelta en la ciudad».

«En efecto, querida», respondió lady Hargrave mientras abrazaba rápidamente a Margot y le besaba la mejilla. Volviendo a retroceder, la señora mayor recorrió a Margot con una mirada agudamente evaluadora. Luego arqueó una ceja elegante. «Te ves... bien».

Lady Hargrave volvió su atención a Nicholas y asintió brevemente. «Señor Vane».

Aunque Nicholas hizo una reverencia adecuada en respuesta, no dijo nada, lo que provocó un destello temible en los ojos negros de la dama. «¿Me complacería permitiendo a mi nieta y a mí hablar en privado?». Antes de que él pudiera responder, añadió en un tono firme e imperioso. «Quizás un refrescante paseo por la terraza le resulte beneficioso».

Al ver que su marido tenía toda la intención de rechazar la sugerencia de su abuela, Margot intervino rápidamente poniéndole una mano ligera en el brazo. «Me reuniré contigo en breve. Será solo un momento».

Después de respirar profundamente, asintió brevemente. «Si eso es lo que quieres».

Luego, tenso, pero cortés, volvió a inclinarse ante lady Hargrave antes de regresar al salón de baile.

«Por aquí, querida», dijo lady Hargrave, sin perder tiempo condujo a Margot a una pequeña sala de estar antes de cerrar la puerta firmemente detrás de ellas.

«Toma asiento». El tono de su abuela no permitió resistencia mientras pasaba junto a Margot para sentarse con gracia en un elegante sofá.

Sospechando que podría recibir un sermón, una parte de Margot quiso resistirse a la dictadora de su abuela, pero otra parte de ella extrañaba desesperadamente a la mujer mayor y

reconoció que fuera lo que fuera lo que su abuela quería decirle, probablemente era algo que necesitaba escuchar.

Margot se sentó junto a su abuela, juntó las manos en el regazo y miró fijamente a la mujer.

«¿Te importaría explicar de qué se trató todo eso?».

«¿De *qué* se trató eso?»., Margot se detuvo.

Su abuela entrecerró la mirada y luego suspiró. «No tiene sentido fingir que no tienes idea de lo que estoy hablando. Vine aquí esta noche para observar cómo te va en tu matrimonio, pero ciertamente no esperaba una exhibición tan exagerada». Lady Hargrave inclinó la cabeza y arqueó sus cejas plateadas para preguntar con ligereza. «¿Era necesario sorprender tanto a los invitados, querida?».

La ira de Margot aumentó instantáneamente. ¿Qué le importaban a ella las opiniones que la sociedad tuviera sobre ellos? Seguramente, una pareja casada podría disfrutar de un baile juntos sin provocar un escándalo.

Pero ella lo sabía mejor.

Lo que acababa de ocurrir entre ella y Nicholas había sido mucho más que un simple vals.

Respirando profundamente, trató de aliviar la dolorosa constricción alrededor de su corazón, pero lo único que logró fue expandir la presión hasta su garganta hasta que amenazó con asfixiarla.

Tratando de discernir la fuente exacta de su angustia, Margot centró su atención en su interior. Profundamente, oscuramente, intensamente hacia adentro. A los lugares dentro de ella que a menudo hacía todo lo posible por evitar. Los lugares espantosos e infantiles. Los lugares esperanzadores y anhelantes. Y se dio cuenta de que ya no tenía la fuerza ni el deseo de negar la verdad de todo aquello.

Levantando la barbilla, exhaló profundamente. «Estoy desesperadamente enamorada de mi marido».

Lady Hargrave tarareó en voz baja. Apretó los labios y bajó las cejas, pero no respondió.

Su silencio obligó a Margot a continuar mientras un ardor insistente le pinchaba los ojos. «Y estoy bastante segura de que está enamorado de mí». Su abuela asintió ante eso. «Pero... tengo que ponerle fin. De alguna manera. No sufriré como sufrió mi madre. No aceptaré... un destino similar. Me niego a...».

Detuvo el repentino nudo en la garganta mordiéndose el labio con los dientes.

La mano cálida y suave de su abuela se extendió para cubrirla. «Y no lo harás, querida niña. No eres tu madre. Él no es tu padre».

«Lo sé. Pero no puedo amarlo ni dejar que él me ame. No aceptaré una vida de tragedia y desesperación», insistió Margot con los ojos muy abiertos. «No obligaré a mi hijo a experimentar por lo que yo pasé».

«Tienes razón. No lo harás». La voz aguda de lady Hargrave llamó la atención de Margot. La dama estaba sentada con la columna alargada; sus rasgos severos, pero tan cariñosamente familiares. «Escúchame, Margot Elizabeth Spencer. El amor entre tus padres era una versión retorcida e indigna de la emoción. Tu padre reveló la devoción de tu madre mientras retenía la suya propia. Sus constantes mentiras e infidelidades rompieron el espíritu de tu madre. Estaba tan desesperada por retenerlo que se obligó a creer en sus constantes promesas. No podía soportar la idea de que él simplemente no pudiera amarla como ella lo amaba a él. Con el tiempo, creo que se volvió adicta al tumulto del dolor y la pasión. Porque después de cada pelea

desgarradora, habría un período de paz y amorosa calma. Pero el ciclo estaba arraigado». Su voz se volvió pesada y cruda por el agravio. «Tu madre quedó tan atrapada por su miedo a perder su insignificante afecto que no podía ver cuánto le dolía quedarse».

La voz de Margot era simplemente pesada. «Por eso no puedo permitirme caer en la misma trampa».

«Ya lo has hecho», señaló lady Hargrave.

El miedo se apoderó del corazón de Margot. Su abuela tenía razón. Margot ya estaba desesperada por su marido. El destino ya se estaba acercando a su cabeza. Estaban condenados.

«Ahora, no te atrevas a malinterpretarme», dijo bruscamente su abuela, atrayendo la mirada de Margot hacia los penetrantes ojos negros de la dama. «La trampa es no amar a tu marido. La trampa no tiene nada que ver con el amor. Se trata de miedo, niña. Es permitir que el miedo te guíe en lugar de poner tu fe en la esperanza y la confianza y en la creencia de que mereces la felicidad». La mano de su abuela apretó la de ella. «El miedo es lo que te atrapa, niña. El amor es lo que te hace libre. Tu madre no se amaba lo suficiente como para ver esa verdad. Tienes demasiado miedo para reclamar la belleza de lo que puede ser el amor. Si necesitas alguna prueba de la gloria y la necesidad de reclamar amor con ambas manos, mírame».

Todo el cuerpo de Margot dolía de emoción. «Pero, abuela, tu amor se perdió. Demasiado pronto».

Los ojos de lady Hargrave brillaron con una luz de otro mundo. «Lo reclamamos primero. Tu abuelo y yo estuvimos juntos solo unos pocos años, pero estuvieron rebosantes de amor, pasión, devoción y la mayor felicidad. ¿Por qué crees que lo lloro tanto? Porque lo que teníamos juntos lo era todo. Escúchame bien, mi niña... tu miedo te ha protegido durante muchos años. Te protegió del dolor de tu pasado. Pero el miedo no tiene lugar en tu futuro. Si bien te impidió correr el riesgo de sufrir el dolor de la pérdida, también te llevó a abrazar la falsa creencia de que el amor te haría daño. El amor no causa dolor», se burló la anciana, con los ojos muy abiertos e insistentes. «Solo la ausencia de amor puede hacer eso. Si tienes la oportunidad de amar, de *amar* de verdad, eres una tonta si no lo aprovechas. Y te crié para que tuvieras más valentía que eso».

Margot miró hacia abajo y se llevó la mano al bajo vientre mientras susurraba, «¿cómo puedo estar segura de que no repetiré los errores de mi madre?».

«No puedes», respondió su abuela. «Pero no estás maldita, mi querida niña. Estás bendecida. Con perspicacia y una empatía inquebrantable. Has vivido en las sombras y en la luz, y entiendes ambas por igual. Tú misma *te* conoces. Y si has llegado a un punto en el que puedes decir que amas a tu marido, entonces también *lo* conoces».

Margot estaba desesperada por creerle, pero el miedo era un monstruo difícil de superar.

Inclinándose hacia ella, lady Hargrave murmuró suavemente, «háblame de él».

Margot respiró hondo y le dio vida a Nicholas en su mente. Vio su rostro melancólico y el destello de disculpa y esperanza que con tanto esfuerzo intentaba ocultar tras su brillante mirada. Sintió su presencia protectora, su lealtad y su ternura.

«Ha convencido a todos de que es distante, cruel y que siempre está enojado», comenzó en un murmullo bajo. «Pero su verdadera naturaleza es mucho más esquiva que eso. Disfruta de la soledad y de los momentos de descanso, pero también suele verse impulsado a la actividad. Está muy en forma y es capaz».

El comentario inspiró un silencioso resoplido de diversión por parte de su abuela, que ella ignoró.

«Es considerado de muchas formas que pasan desapercibidas», continuó pensativamente,

recordando cómo había cambiado los planes de la trabajadora para priorizar la guardería y había ajustado sus horas de trabajo para más tarde en el día para que su sueño no se viera interrumpido. Y cómo había despejado los senderos del jardín para sus paseos diarios. Y Jane le había dicho esa misma noche que él había estado jugando con Luna todas las mañanas mientras ella dormía, asegurándose de que el gatito no la despertara demasiado temprano. Quién sabe qué tantos otros ajustes había ordenado para hacerle la vida más cómoda y segura.

Le dolía el corazón.

«Ha sido herido. Terriblemente», susurró. «Y aunque le resulta difícil confiar, su lealtad es infinita y protectora. Sus emociones son tan profundas... pero he sentido...», se puso de pie, respiró hondo y levantó los ojos para encontrarse con la mirada de su abuela. «He experimentado la *seguridad* que se siente ser amada por él».

El solo hecho de decir esas palabras pareció liberar un candado dentro de Margot. Sentía como si algo grande y profundo hubiera despertado en su corazón. Algo temible y poderoso. El poder de esto le detuvo el aliento y sintió una sensación estremecedora en todo su cuerpo. Fue aterrador y maravilloso al mismo tiempo.

Su abuela le devolvió la mirada durante un duro momento. Luego ella sonrió levemente y asintió.

Capítulo Treinta y Seis

Nicholas disfrutó apenas de cinco minutos de bendita y melancólica soledad antes de que su hermano lo encontrara. Había descubierto un rincón perfectamente escondido en el extenso jardín amurallado del conde, pero Reg lo conocía demasiado bien.

«Vuelve por donde viniste, hermano», gruñó Nicholas sin girar la mirada.

«Ni hablar». Había una nota inusual de molestia en la voz de Reginald mientras se acercaba a grandes zancadas. Se colocó directamente frente a Nicholas. Se miraron directo. De pies a cabeza. «Todo el maldito salón de baile está zumbando por ese pequeño espectáculo que acabas de montar. Y estás aquí afuera, solo en la oscuridad, en lugar de donde deberías estar. *Al lado de tu esposa*».

¿Cómo podía alguien imaginar que querría estar en cualquier lugar que no fuera con Margot? «Ella está con su abuela».

«Oh», respondió Reginald en un tono aplanado, su ira rápidamente se desinfló. Ni siquiera los Villanos Vane irían en contra de los deseos de esa dama.

«Hasta ahora, pensé que se suponía que Reggie era el libertino cobarde».

Nicholas se tensó cuando Max Owen se unió a ellos en la terraza con una arrogancia de galán y una fuerte palmada en la espalda de Nicholas que provocó una mirada sombría. Nicholas realmente no estaba de humor para este hermano irreverente.

«No sabía que lo tenías, hermano», señaló Owen con una sonrisa y un guiño, completamente impasible ante la mirada cruel de Nicholas.

«Solo fue un baile», murmuró Nicholas, deseando con todas sus fuerzas que los dos hombres simplemente lo dejaran en paz.

«¡Lo encontraste! Excelente».

Nicholas gimíó cuando Roderick Bentley entró audazmente en la terraza, con lord Wright a su lado. Al ver la expresión furiosa y amenazante de Nicholas, Bentley se echó a reír. «¿Tienes la sensación de que no está feliz de vernos, hermano?», le preguntó al conde.

«Bastante», respondió Wright simplemente, su mirada fija se posó en Nicholas mientras fruncía el ceño sutilmente. «¿Está todo bien, Vane?».

«Claramente, no es así». Esto vino de Caillie ya que ella también se unió a ellos. Se acercó al conde para terminar el pequeño círculo de hermanos y le dio una palmada en el hombro a Bentley. «No puedo creer que convocaste una reunión familiar y no me lo dijiste. De nuevo».

«Esta no es una reunión familiar», gruñó Nicholas. Era el infierno.

«Debería serlo», replicó su hermana. «¿Qué está pasando entre tú y tu esposa?».

«No es asunto tuyo».

Reginald se rió entre dientes y murmuró rápidamente, «no creo que eso funcione con esta pequeña».

Caillie le frunció el ceño, imperturbable. «Algo provocó esa expresión atormentada en el rostro de la dama».

El corazón de Nicholas dio un vuelco doloroso. Él conocía la mirada a la que se refería. La visión de su evidente dolor todavía fluía por su sangre como veneno. Su único pensamiento había sido abrazarla, mantenerla a salvo, *amarla* hasta que la tristeza profunda de su alma y el miedo escalofriante la abandonaran.

Pero no había funcionado.

Y ahora su esposa había desaparecido y no tenía idea de si la había perdido para siempre. «Nic», la voz baja de Reginald lo sacó de sus pensamientos. «Dímelo».

Nicholas parpadeó sorprendido al ver que todos los demás se habían dispersado. Sin embargo, no habían llegado muy lejos. Se mezclaron justo al otro lado de las puertas del salón de baile, actuando muy casualmente como centinelas para asegurarse de que nadie más pensara en hacer uso de la terraza.

Finalmente, al encontrarse con la mirada familiar de su gemelo, Nicholas permitió que el control que había mantenido sobre sus emociones resurgiera. Respiró entrecortadamente y tuvo que forzarlo a superar el espesor de su garganta.

«Debes cuidar de ella, Reg», ordenó sombríamente, sin que su tono permitiera disentir. «Asegúrate de que ella siempre esté segura, feliz y contenta. A ella nunca le debe faltar nada. A ella y al niño...».

«Has perdido la puta cabeza, hermano», interrumpió Reginald con vehemencia. «No voy a cuidar de tu familia. Tú vas a hacer eso».

La pérdida más profunda que había experimentado comprimió el pecho de Nicholas hasta tal punto que temió que su corazón pudiera estallar. Enfrentó la mirada curiosamente enojada de su hermano con una visión vacilante. «Ella no me quiere».

Las cejas de su hermano se arquearon con pura sorpresa antes de estallar en carcajadas.

Nicholas cerró el puño, totalmente convencido de la idea de darle un puñetazo a su gemelo en la nariz cuando Reg levantó una mano y sacudió la cabeza. «No puedes hablar en serio. Esa mujer te ha querido desde el momento en que te vio cruzando el parque en tu gigante caballo negro». Se rió de nuevo. «No tienes idea de cuántas veces la sorprendí con una expresión de anhelo en su rostro en el momento en que tú entrabas a una habitación».

Nicholas, fijando a su hermano con una mirada furiosa, observó sombríamente, «ella no me amará».

«¿Por qué no?».

«La aterroriza hacerlo. Está traumatizada por la violencia y la tragedia del matrimonio de sus padres. Está convencida de que el amor solo trae dolor».

«Ah», suspiró Reginald. Luego se encogió de hombros. «Entonces, convéncela de lo contrario».

Nicholas le lanzó una mirada penetrante. «¿Cómo carajo hago eso?».

Su hermano entrecerró la mirada. «¿La amas?».

«Con cada respiración y cada latido de mi corazón», admitió con voz ronca.

«¿Es ella digna de tu amor?», presionó su hermano.

Esa pregunta le valió un gruñido de advertencia por parte de Nicholas.

Reginald suspiró y luego se acercó a él con la mandíbula apretada y una mirada penetrante. «Mira, no sé qué pasó para convertirte en el hombre eres ahora. Y espero que algún día me lo digas. Pero todavía recuerdo quién habías sido antes. Y ese hombre nunca se apartaría de lo que es correcto. Si la amas, hermano, entonces *ámala*. Lucha por ella».

Al darse cuenta de que su gemelo le estaba dando el mismo consejo que le había dado meses atrás cuando Reg estaba seguro de que iba a perder a Cecily, Nicholas le devolvió la mirada. Le había parecido tan simple entonces, cuando no era él quien estaba atrapado en un anhelo tumultuoso. Pero una espiral de dudas surgió de su interior y azotó su floreciente esperanza.

«No deseo lastimarla», susurró con un dolor en la garganta. «Nunca».

Reginald bajó la barbilla con seriedad mientras colocaba una mano firme sobre el hombro

de Nicholas. «No lo harás». Luego sus labios se curvaron con humor. «No eres tan temible como finges ser, hermano. Y tu esposa es mucho más valiente y fuerte de lo que muchos creen».

Nicholas resopló. Pero no podía argumentar contra la verdad.

#

Margot dejó a su abuela con un objetivo inquebrantable.

Encontrar a Nicholas y volver a casa.

Y mientras caminaba de regreso a través del salón de baile hacia la terraza, donde esperaba que él estuviera esperando, no permitió que nada la frenara o la distrajera. Ni siquiera la expresión preocupada de Cecily. Con un breve movimiento de cabeza, Margot impidió que su prima se acercara mientras ella continuaba por la habitación. Cuando vio a cada uno de los hermanos Wright dando vueltas frente a las puertas, supo que Nicholas todavía estaría afuera.

Caillie Claybourne captó su mirada mientras pasaba y le dedicó una rápida sonrisa.

El corazón de Margot dio un vuelco, pero no pudo responder. Todos sus pensamientos y enfoques estaban en llegar a su marido. El propio conde abrió la puerta de la terraza para que ella pasara.

El aire frío de noviembre la golpeó primero. Fue enérgico y congelante, pero la llenó de determinación cuando vio a Nicholas y su hermano parados juntos en la barandilla de la terraza. Aunque su marido se tensó bruscamente en respuesta a su llegada, fue Reginald quien se giró y la recibió. Hizo una pausa para rozarle la mejilla con los labios antes de guiñarle un ojo y continuar pasando junto a ella para volver a entrar al salón de baile.

La puerta se cerró detrás de ella, dejándola a ella y a Nicholas solos con la noche.

Aun así, él no se volvió hacia ella. Y sospechaba que sabía por qué.

Continuando lentamente hacia él, pronunció su nombre. «Nicholas».

Un temblor pareció recorrer su cuerpo cuando finalmente se volvió hacia ella. Sus ojos brillaban en la penumbra y sus rasgos adoptaban una expresión violenta que le decía lo intensamente que intentaba no revelar la verdad y la profundidad de sus emociones.

Su corazón dolía y se expandía. Rugía con la fuerza de un dragón. Extendiendo sus alas, se preparó para volar.

«Llévame a casa», murmuró en una orden gutural.

Sus fosas nasales se dilataron y los músculos de las comisuras de su mandíbula se contrajeron y luego se relajaron. Él sostuvo su mirada por un momento y luego centró su atención en su boca antes de volver a levantarla rápidamente hacia sus ojos. Luego asintió.

Alcanzando su costado, colocó su mano en la curva de su codo y la cubrió con la suya.

Al instante, ella se sintió reconfortada por él. Y cuando volvieron a entrar al salón de baile y atravesaron el mar de miradas curiosas, ella apenas notó la atención. Estaba demasiado distraída por la fuerza del brazo de su marido bajo su mano, la oscura ferocidad de sus modales y la forma en que su mirada lograba crear una protección contra cualquier cosa que pudiera dañar o invadir.

En un abrir y cerrar de ojos y un suspiro, estaban cálidamente acomodados dentro de su carruaje en dirección a Silver Oak.

Aunque Nicholas se había sentado frente a ella, Margot todavía se sentía tan abrazada por él como en la pista de baile. La abrazaba con la fuerza de su actitud protectora. La abrazaba con su intención silenciosa y posesiva. La abrazaba con su glacial mirada, que se había posado sobre ella con una intensidad penetrante una vez que notó que ella le devolvía la mirada en silencio.

Había tantas cosas que quería decir. Le aterrorizaba admitir tantas cosas, pero sabía que debía hacerlo. Era mucho lo que necesitaba pedirle.

Pero esta no era una conversación que pudiera tenerse en medio del ruido de un carruaje. Necesitaba la comodidad y la seguridad del hogar para liberar la verdad que llevaba dentro. Y aunque un terror familiar golpeó su corazón cuando pensó en los riesgos que tenía que correr, se mantuvo fuerte al pensar en las palabras de su abuela. Ya no podía permitir que el miedo la mantuviera cautiva.

El amor la haría libre.

Capítulo Treinta y Siete

La mansión estaba en silencio cuando entraron al salón. Pero era una especie de silencio somnoliento, distinto del vacío que Margot había sentido el día de su llegada. Este silencio era cálido y reconfortante.

Pero entonces, cuando la puerta se cerró detrás de ellos, un reloj distante empezó a dar la hora.

Con chispas de anticipación fluyendo por su sangre, Margot se volvió hacia Nicholas y se encontró con su mirada silenciosa hasta que la campana final se apagó.

Después de un momento, respiró hondo y susurró, «ya es mañana».

Los músculos de la esquina de su mandíbula se tensaron y soltaron, luego bajó la barbilla, pero no desvió la mirada. «Lo es».

Ya era hora de que hablaran.

«Camina conmigo por el jardín». Sus palabras fueron dichas suavemente, pero no eran una petición.

Aun así, no se sorprendió especialmente cuando él frunció el ceño y refunfuñó, «es tarde y hace frío y tú...».

«Estará bastante bien por un tiempo», insistió con un tic en la comisura de su boca. Luego se giró y abrió el camino hacia la entrada del jardín del ala este. Aunque no escuchó sus pasos, lo sintió detrás de ella.

Una vez afuera, Margot respiró profundamente e inclinó la cabeza hacia atrás para sentir la luz de las estrellas en su rostro mientras continuaba con cuidado por el camino. Los llevó hasta el sauce bajo el cual él había estado parado mientras esperaba que ella saliera a caminar. Cuando se detuvo y se volvió hacia él, todo lo que esperaba decir se perdió en el sabor del aire helado de la noche. Le habían robado el aliento y todo lo que podía hacer era mirarlo con los ojos muy abiertos.

En la profunda medianoche, Nicholas una vez más le recordaba a Lucifer. Sus rasgos oscurecidos estaban cargados de una emoción indescriptible mientras su mirada brillante atravesaba la corta distancia entre ellos. Había algo en esa estrella brillante que la atrapaba por completo. Era un destello de posesión, un destello de deseo, pero lo más conmovedor de todo era el sutil destello de arrepentimiento y resolución.

Se había considerado lo suficientemente valiente para hacer esto. Había imaginado todas las palabras que quería decirle. Había sentido la necesidad y la rectitud de ello hasta la médula de sus huesos. Pero ahora que había llegado el momento, se sentía tan perdida y vulnerable como cuando era niña.

Un sonido áspero, enojado y antinatural retumbó en el pecho de Nicholas mientras daba un paso hacia ella. Sus labios se curvaron, mostrando sus dientes fuertemente apretados a medida que crecía, «No. No dejaré que tengas miedo. No de mí. No de esto», insistió mientras tomaba sus manos entre las suyas y las presionaba contra su pecho, cubriéndolas y sosteniéndolas allí con las suyas.

Margot tembló hasta la médula. Había tanta certeza en él. Un leve zumbido de fuerza resonó desde su cuerpo hasta el de ella. Él estaba allí con ella y no la dejaría seguir adelante sola.

Inclinando la cabeza, sostuvo su mirada. «Te amo».

La llamarada de negación que sus palabras inspiraron en su centro oscuro fue sofocada

instantáneamente cuando deslizó un brazo debajo de su capa para rodear su cintura y atraerla contra él. Como siempre, ella se fundió en él, fusionando sus sombras con las de él. Bajó la voz y lo dijo de nuevo. «Te amo. Te amé desde el primer momento en que te vi. Y cada día, cada hora, cada maldito momento desde entonces». Respiró hondo y sus siguientes palabras contenían una pizca de ira. «Nunca me perdonaré por no darme cuenta de que estabas sufriendo tanto como yo. Yo... creí que me veías con desprecio... como una criatura indigna de tu afecto y consideración. Pensé que tenía que protegerme de ti y de las emociones que inspirabas».

Margot negó con la cabeza. Odiaba haberle hecho sentir esas cosas.

Su voz era áspera y baja. «Ahora entiendo por qué dijiste esas palabras esa primera noche», dijo él.

Con una devastadora punzada de vergüenza y arrepentimiento, Margot recordó haberle dicho que no lo amaría. Ella había pensado que era una seguridad que ambos necesitaban. Pero ella podía ver cómo esas palabras lo habían herido profundamente. Y sabiendo cuánto había sufrido por su amor en el pasado, quedó devastada al darse cuenta de que él esperaba que ella lo lastimara de manera similar.

«Oh, Nicholas», respiró pesadamente mientras se presionaba contra él. Envolviendo sus brazos alrededor de él, enterró su rostro contra su pecho y trató de absorber todo el dolor que le había causado. Era exactamente lo que había intentado con tanto esfuerzo evitar. Si tuviera el poder, le arrancaría el dolor y la tristeza con la pura fuerza de su arrepentimiento.

La culpa y el miedo la abrumaron. Se levantó como una ola negra desde lo más profundo de ella. Pesado, oscuro y consumidor, invadiéndola. Ola tras ola se estrelló, llenando sus oídos con el sonido. Elevándose cada vez más hasta que le bloqueó la garganta, asfixiándola y picándole la parte posterior de los ojos. Era agravio, vergüenza y el terror conmovedor de la infancia.

Luchó contra ello, tratando de mantenerlo a raya. Pero fue implacable. Y todo lo que ella pudo hacer fue abrazarlo con fuerza.

«Shh. Shh, mi amor». La voz rica y texturizada de Nicholas fluyó cálidamente a su alrededor. «Te tengo ahora. No hay nada que temer. No te dejaré ir», murmuró, su voz se volvió más espesa y grave con cada palabra. «Lo prometí. Nada volverá a hacerte daño. Te mantendré a salvo. Nunca te dejaré ir».

Levantando la cabeza, parpadeó ante su oscuro y amado rostro y se quedó sin aliento dolorosamente ante las profundas sombras que se arremolinaban en su mirada. Sus rasgos eran duros y su frente muy pesada mientras la miraba, pero antes de que ella pudiera encontrar las palabras adecuadas para aliviar el tormento que sentía en él, él levantó una mano para acariciar suavemente un lado de su cara.

Cuando él le pasó el pulgar por la mejilla, ella jadeó ante la sorprendente sensación de humedad en su piel. Lágrimas. Ella había estado llorando. ¿Cómo era eso posible? Nunca había llorado si bien lo recordaba. Simplemente había asumido que era incapaz de hacerlo.

Incluso mientras se preguntaba sobre ello, cayeron más lágrimas. Pero se trataba menos de tristeza que de una liberación catártica de cosas a las que ya no necesitaba aferrarse. Era... liberador. Y un poco aterrador, pero de una manera encantadora y sorprendente, y no pudo contener una pequeña sonrisa llorosa.

Con un sonido bajo, su mirada se posó en sus labios. Luego, como si no pudiera evitarlo, la acercó más y le inclinó la barbilla para poder bajar pesadamente su boca hacia la de ella.

Una vez más, se sintió invadida por el maravilloso choque de intimidad, deseo y emoción que había experimentado cuando él la besó antes en el carruaje. Y ella entendió con perfecta

claridad por qué él había evitado besarla antes.

Porque el amor no se podía esconder en un beso como este. Brotaba de él, llenándola, calentándola y fortaleciéndola. El amor, el amor puro y real, no destruía. ¡Se creaba! Era un regalo de magia y vida. Era todo.

Y finalmente, dentro de la seguridad de sus brazos, Margot se sintió lo suficientemente libre como para abrirse a todo ello. Estrechando el círculo de su abrazo, permitió que la gran riqueza de sus emociones fluyera hacia él, compartiendo tanto las profundidades como las alturas. Sin retener nada.

#

Nicholas fue sacudido hasta la médula de sus huesos al experimentar toda la fuerza de lo que Margot sentía por él. Ella era una tormenta eléctrica en sus brazos, chispeante de vida y luz. Ella era todo un remolino de galaxias, misteriosa e infinita.

Y cuando finalmente encontró la fuerza para levantar la cabeza y mirar sus ojos oscuros y hechizantes, vio una resolución firme y feroz.

Ella respiró hondo. Y él sostuvo el suyo.

«Ya no quiero tener miedo», susurró ella. «Mis padres se destruyeron entre sí. Fue horrible... y desgarrador... y una completa parodia de lo que debería ser el amor. Durante mucho tiempo he creído que era mucho mejor no amar nunca que arriesgarme al mismo final trágico».

Se detuvo para respirar temblorosamente mientras otra lágrima solitaria rodaba silenciosamente por su mejilla. Y aunque quería impedir que ella volviera a vivir el dolor y la devastación de su infancia, guardó silencio.

«Pero ya no quiero tener miedo», repitió suavemente. «No quiero creer que el amor solo traerá destrucción y tristeza».

El calor recorrió la sangre de Nicholas. Comprendió cuánta valentía se necesitaba para decir esas palabras en voz alta. Deslizando una mano por su columna hasta la nuca, le tomó la nuca y le preguntó en un susurro grave, «¿qué quieres?».

Sus pupilas se expandieron, oscureciendo su mirada mientras su atención volaba en una caricia danzante sobre sus rasgos antes de regresar a su mirada fija. «Quiero crear una vida contigo», señaló simplemente. «Tú y nuestro hijo. Quiero ver florecer Silver Oak y quiero ver tu hogar en el norte. Quiero... felicidad», dijo con una pequeña risa. «Junto contigo. Quiero...». Su voz tembló y cerró los ojos con un movimiento de pestañas cubiertas de ensoñación. «Quiero amarte. Y ser amada por ti. Te *amo*», dijo con firmeza, abriendo los ojos de nuevo con un rápido parpadeo de búho. «Más de lo que puedo soportar a veces».

El corazón de Nicholas amenazó con explotar con la oleada de emoción que de repente se vio obligado a contener. Su cuerpo se tensó y su expresión se volvió feroz y oscura.

Pero ella no se inmutó ni se dio la vuelta.

Tal como lo había hecho en su primer encuentro, ella le devolvió la mirada. Observadora. Tranquila. En espera.

Y él se dio cuenta de que eso era lo que le había impactado tan intensamente ese día.

Cuando la miró a los ojos, sintió una certeza aguda e indeleble de que ella lo había estado esperando. Y él había estado esperándola.

«Y lo tendrás», juró con voz ronca. «Todo eso. Te lo juro ahora. Mi amor infinito e inquebrantable. Mi lealtad y mi protección. Mi futuro... mi todo es tuyo».

Sus ojos brillaron cuando lo miró a los ojos. «Y mi todo es tuyo». La comisura de su boca se arqueó hacia arriba mientras un dolor atormentado parpadeaba en su mirada. «Lamento decirte que eso incluye mi incomodidad y mi tristeza ocasional, y es posible que tengas que enfrentar la

oscuridad en la que a veces me pierdo un poco».

Levantándola en sus brazos, Nicholas susurró fervientemente contra sus labios. «Te prometo que te encontraré sin importar a dónde vayas».

«¿Y dejarás de esconderte de mí también?», preguntó con voz ronca, rozando sus labios de un lado a otro con los suyos.

«No podrás deshacerte de mí».

«¿Y no me dejarás ir?».

«Nunca», gruñó él.

Ella sonrió suavemente y finalmente unió sus labios a los de él.

Sin separar sus labios de los de ella, la tomó en brazos y la llevó de regreso a la casa y a su dormitorio. Le hizo el amor con toda la pasión y el fuego que había estado manteniendo a raya. Exploró todas las diferentes formas en que podía expresar su amor por ella en su beso y lo reveló en sus gemidos sin aliento mientras ella retorció su lengua con la de él. No podía tener suficiente de su boca, el rico y avergonzado sabor de ella, o el fuerte tirón de sus dedos apretándose en su cabello, o el sensual movimiento de su cuerpo contra el de él buscando más.

Habiéndose negado el placer de su beso durante tanto tiempo, quería que esos momentos lánguidos duraran para siempre, pero ella pronto se impacientó. Jadeando contra sus labios, gimió su nombre, «Nicholas».

La necesidad en su tono fue suficiente para provocar su respuesta inmediata. Envolviéndola con sus brazos, se posicionó en su entrada resbaladiza y derretida y levantó la cabeza lo suficiente como para mirar fijamente sus ojos oscuros y estrellados.

Sus labios se abrieron y brillaron mientras pasaba sus suaves manos sobre su nuca y hombros en una caricia reconfortante. Cuando él continuó mirándola, su expresión se tensó y endureció con todo lo que sentía, ella parpadeó con un rápido aleteo de pestañas cubiertas de hollín y luego curvó su hermosa boca en una sonrisa. Tomando su rostro entre sus manos, murmuró suavemente, «no más miedo, Nicholas. Somos solo tú y yo. No habrá nada entre nosotros. Sin pasado, sin dolor, sin pena anticipada. Merecemos este amor. Todo lo que tenemos que hacer es aceptarlo».

Con un estruendo de emoción vibrando en su pecho, Nicholas susurró con reverencia, «Me asombras».

Ella parpadeó de esa manera encantadora que tenía y sus ojos se abrieron enormes. «¿Sí?».

«Tú me inspiras». Dejó un ligero beso en sus labios antes de bajar la voz a un gruñido gutural, «me embriagas». Pasó la lengua por el costado de su cuello, provocando un hermoso gemido en su garganta.

«Te amo», respondió ella con un suspiro mientras envolvía sus piernas alrededor de sus caderas y sus brazos alrededor de su cuello. «Te necesito. Dentro de mí. Ahora».

Nicholas se metió en su calor.

Ella se arqueó debajo de él, balanceando su pelvis, instándolo a darle más.

No podía negarle nada.

Capítulo Treinta y Ocho

Unas horas más tarde, tras la segunda vez que hicieron el amor, se tumbaron uno frente al otro en la cama. Nicholas dobló un brazo debajo de su cabeza, mientras con la otra mano acariciaba las curvas y huecos del cuerpo de Margot. Se le puso la piel de gallina a raíz de su toque, infundiéndole una satisfacción sensual como nunca había conocido.

Era tan gentil en su pasión, tan tierno y cariñoso en su ferocidad. Por un momento, más lágrimas asomaron a sus ojos. Pero no fueron lágrimas de tristeza o dolor. Eran de alegría y llenas de asombro. La certeza de su amor por Nicholas la llenaba de una ligereza que nunca había conocido.

Como si sintiera el remolino de emoción en ella, Nicholas levantó la mano y la apoyó suavemente contra un lado de su rostro. Pasó el pulgar por su mejilla y luego por sus labios mientras la miraba profundamente a los ojos.

Margot vio tantas cosas allí. Sus emociones eran tan profundas y fuertes. Pero no la asustaron. Su amor era algo rico y hermoso. Incluso cuando la humedad brotó de sus ojos, no pudo evitar que una sonrisa ridícula abriera su boca.

Al principio frunció el ceño, la preocupación era evidente en su mirada cada vez más oscura. Pero entonces él pareció entender qué estaba causando su oleada de emoción y sus hermosos labios firmes y arqueados se curvaron en una sonrisa de respuesta. Fue una vista tan hermosa. Margot tuvo que tocarlo. Primero con las yemas de los dedos, se adelantó para trazar la forma de su felicidad. Y luego, como no era suficiente, se inclinó hacia él y sintió su sonrisa en la boca.

Deslizó su mano hasta la parte baja de su espalda y deslizó su lengua entre sus dientes. Pero antes de que pudiera instigar otro atisbo de pasión dentro de ella, Margot se apartó.

Su ceño decepcionado la hizo sonreír. «Bajemos a la cocina».

Sus cejas se bajaron aún más mientras levantaba la cabeza para encontrar el reloj en su mesita de noche. «Son casi las dos de la mañana».

«Perfecto», respondió ella, rodando ya hacia el borde de la cama. «No habrá nadie».

Cubriendo su desnudez con una bata, se giró y lo vio todavía acostado en la cama, con un profundo ceño fruncido estropeando su belleza. Ella se rió e inclinó la cabeza. «La noche aún es joven. Y en la cocina hay comida».

Él gruñó y luego se movió para levantarse. «Supongo que se me ha abierto un poco el apetito».

Margot se comió con los ojos descaradamente su hermoso trasero mientras él cruzaba la habitación hacia su armario, de donde sacó otra bata. Al darse cuenta de que ella había agarrado la que estaba reservada para su uso, y eso provocó que experimentara una rápida oleada de deseo.

Entonces se giró y arqueó una ceja ante la mirada indudablemente lujuriosa en su rostro. «¿Estás segura de que no tienes hambre de otra cosa?», preguntó él con brusquedad.

Margot se soltó el labio inferior entre los dientes. «Más tarde», prometió, luego cruzó la habitación para tomar su mano. «Vamos».

La casa estaba a oscuras, pero Margot conocía bien el camino y la cocina era cálida y acogedora. A la luz de una sola vela, encontró la tanda de galletas del día y colocó varias en un plato. Aunque sus náuseas matutinas habían remitido, todavía disfrutaba de tener el refrigerio a

la mano. Nicholas logró preparar un verdadero festín de pastel de carne picada, dos tipos de queso, algunas verduras encurtidas y una botella de vino tinto.

Cuando regresaron a su habitación con el picnic preparado sobre la alfombra frente a la chimenea encendida, Margot levantó la vista a mitad de un bocado y vio a su marido mirándola fijamente.

«¿Es esto lo que haces cuando permaneces despierta hasta el amanecer cada noche?».

Margot sonrió. «A veces. Otras veces leo o escribo cartas. A veces visito mi colección. Y a veces simplemente deambulo por la casa, buscando sus secretos».

«Y compartir el tuyo», añadió en un pesado murmullo.

Margot asintió. «La abuela me animó a hacerme amiga de la noche. Pasó mucho tiempo hasta que logré no sobresaltarme ante las sombras ni estremecerme ante sonidos inesperados», explicó. «Yo era una niña muy miedosa...».

«Fuiste más valiente de lo que puedas imaginar», corrigió él cuando su voz se apagó.

Margot podía sentir su admiración en la forma en que la miraba. También podía sentir su ira y tristeza.

«Quiero poder pensar en mis padres con compasión y comprensión. Quiero mirar atrás y centrarme en los buenos tiempos». Una espesa sensación llenó su garganta cuando se encontró con su brillante mirada azul. «Va a ser difícil. Pero estoy cansado de cargar con el peso de sus trágicas decisiones».

Aunque su expresión era grave y sus ojos todavía tenían una pizca de animosidad protectora, su voz era suave cuando extendió la mano. «Ven aquí».

Sin dudarlo, Margot se deslizó por la alfombra hasta llegar entre sus muslos abiertos. La besó suavemente, luego agarró su trasero y la giró para que pudiera relajarse contra su sólida fuerza. Le dio otro suave beso en la sien y la envolvió en sus brazos, apoyando cálidamente una mano grande sobre su vientre ligeramente hinchado.

La abrazó así, en silencio y con un suave apoyo, hasta que su cabeza se volvió pesada contra su hombro y sus ojos se cerraron.

Ella se despertó solo brevemente cuando él la arropó en su cama y nuevamente un momento después cuando él se deslizó a su lado mientras Luna encontraba un lugar para acurrucarse sobre sus cabezas.

Cuando abrió los ojos nuevamente, muchas horas después de la mañana siguiente, él todavía estaba allí, provocando a Luna con el cinturón de su bata desechada mientras ella saltaba y rodaba sobre las sábanas.

Al darse cuenta de que ella estaba despierta, detuvo su juego para lanzarle una amplia y alegre sonrisa.

El corazón de Margot trastabilló y un delicioso calor inundó su cuerpo. Una expresión tan abierta y amorosa en sus bellos rasgos era increíblemente excitante. Entregándose a un lánguido estiramiento para despertar sus deliciosamente doloridos músculos, murmuró entre dientes, «buenos días».

Sus ojos se oscurecieron con un rápido deseo, arrojó el cinturón al suelo y Luna saltó tras él, permitiéndole la libertad de lanzarse hacia Margot. Ella se rió cuando él la tomó en sus brazos y rodó sobre su espalda, cargándola con él hasta que ella cayó encima de él. Luego agarró su rostro y acercó su boca a la suya para darle un beso fundente.

#

«Te amo... te amo... te amo...».

Nicholas no supo si ella dijo las palabras en voz alta o si él simplemente las sintió. Pero

no importaba. Sabía que las dirían con frecuencia y por el resto de sus vidas. En el transcurso de una noche honesta y vulnerable, su matrimonio había sido encaminado hacia un nuevo futuro. No era tan ingenuo como para no darse cuenta de que se necesitaría cuidado, compasión y paciencia para seguir avanzando. Pero estaba comprometido. A ella y a su hijo y a la riqueza de felicidad que él creía posible.

A partir de ese día, cada vez que miraba a los ojos de medianoche de su esposa, decía esas dos perfectas palabras. Cada vez que tocaba sus labios, las decía. Cada vez que no estaban de acuerdo o discutían, él se las decía. Cada vez que yacían juntos en las horas más profundas de la noche, imaginando y planeando su futuro juntos, él se las decía.

Te amo se convirtió en un mantra que repetían en momentos de desafío y lucha y en momentos de serenidad y paz. Y sus hijos, los ocho, fueron criados para abrazar el amor en todas sus formas y ninguno de ellos jamás temió el poder, la belleza y la magia de lo que el verdadero amor debía ser.

Epílogo

Siete años después

Nicholas avanzaba lentamente entre los montones de nieve fresca. Era invierno en Glenwood y los páramos de Northumberland se habían transformado en un místico país de maravillas de hielo y nieve. Respiró profundamente y exhaló con un zumbido de satisfacción que curvó sus labios en una sonrisa.

Era un día perfecto

El pensamiento fue interrumpido por la fuerza repentina de un pequeño proyectil que golpeó la parte posterior de su hombro. Dirigiendo una mirada feroz a la pequeña mujer detrás de él, vio que ya estaba recogiendo otro puñado de nieve.

«No te atrevas», dijo en una oscura advertencia.

Ella hizo una pausa y parpadeó ante el tono amenazador de su voz, como si pudiera estar reconsiderando sus intenciones. Pero entonces sus labios se curvaron con picardía y retiró la mano para dejar que la bola de nieve volara directamente hacia su pecho.

Con un gruñido salvaje, Nicholas se abalanzó sobre su esposa. Alcanzándola en tres largas zancadas, la tomó en brazos y la arrojó hacia el montículo más cercano. Su risa lo calentó mientras fruncía el ceño ferozmente ante su rostro sonriente. Los copos de nieve cristalinos brillaban en su cabello azabache, se derretían en sus labios y se posaban sobre sus pestañas cubiertas de nieve.

Ahora solo usaba anteojos cuando leía o hacía otros trabajos de cerca. Aunque a Nicholas le encantaba mirar sus ojos de medianoche sin protección, nunca parecía capaz de resistirse a ella cuando ella lo miraba a través de esas gafas de búho.

«No deberías empezar algo que no puedes terminar, esposa», dijo con voz ronca.

Margot le sonrió. «Pero lo terminé, esposo. Aquí es exactamente donde te quería», notó mientras se movía sugestivamente debajo de él y lo rodeaba con sus brazos, una tarea ligeramente difícil con sus gruesos abrigos de invierno en el camino.

Nicholas creció y bajó la cabeza para darle un beso abrasador en la garganta.

Ella se rió y luego gimió suavemente cuando él acercó sus labios a su oreja.

«¿Quieres hacer el amor en la nieve?», murmuró él.

«Es una idea novedosa», respiró Margot, su voz era un suspiro humeante.

«¡Papá! Papá, ¿qué le estás haciendo a mamá?». La voz infantil pero sorprendentemente severa interrumpió lo que podría haberse convertido en un interludio sensual.

Nicholas levantó la cabeza para encontrarse con la expresión divertida de Margot. En esa mirada se hicieron promesas antes de ponerse de pie y ayudarla a ponerse de pie.

«Nada, cariño», respondió Margot mientras su hijo mayor, que se sentía muy maduro a la edad de seis años, se acercaba a ellos con un ceño fruncido. «Tu papá simplemente me estaba ayudando a levantarme después de que me caí».

El chico los miró a ambos con descarado escepticismo y luego arqueó una ceja. «Bueno, vine a decirte que todos se están reuniendo para jugar a la mímica. La tía Cecily insistió en que ustedes dos debían participar. Y luego, la tía Caillie también insistió. Y luego, se unieron el tío Max y el abuelo...

«Lo entendemos», interrumpió Nicholas con una queja.

«Vuelve corriendo y pídeles que empiecen sin nosotros», instruyó Margot con una

sonrisa. «Estaremos allí en breve».

«Está bien, mamá. Asegúrate de no volver a caer», gritó el niño por encima del hombro mientras se alejaba hacia la mansión.

Enlazando su brazo con el de él, Margot jaló a Nicholas para que siguieran el camino de su hijo.

«Recuérdame otra vez por qué acordamos tener a todos aquí durante la temporada navideña», refunfuñó.

«Porque era nuestro turno de organizar la reunión anual», respondió Margot. «Y porque te encanta tener a toda tu familia en un solo lugar. Especialmente si ese lugar es Glenwood en invierno», añadió con una sonrisa de complicidad.

Cuando Nicholas simplemente gruñó, ella se rió.

«No puedes engañarme, cariño. Ya no eres tan bueno como antes escondiéndote detrás de esa fachada brillante».

Para demostrarle que estaba equivocada, Nicholas le lanzó su gruñido más bestial.

Cuando sus ojos se abrieron y sus labios se abrieron en un breve jadeo, él preguntó, «¿me ves tan claramente, amor? Entonces, ¿qué quiero ahora?».

Un suave sonido escapó de su garganta y su mano apretó su brazo. «Rápido», instó en un tono sin aliento. «Podemos colarnos por la cocina y subir las escaleras antes de que alguien nos vea».

Con un gruñido de anticipación, Nicholas tomó su mano y se dirigió hacia la casa a grandes zancadas que la obligaron a correr solo para mantener el ritmo. Pronto se unirían a su extensa familia para las festividades navideñas. Glenwood estaba lleno hasta casi reventar con sus hermanos y sus muchísimos hijos, junto con sus padres y lady Hargrave. Tener tantos invitados significaba que no era frecuente que pudieran escaparse en busca de un poco de soledad, solo ellos dos. Pero estaban comprometidos a aprovechar todas las oportunidades que se les brindaran.

La risa humeante de su esposa y la excitación deseosa en sus ojos instaron a Nicholas a acelerar el paso mientras entraban silenciosamente a la casa y aceleraban hacia su dormitorio.

Tan pronto como se cerró la puerta, comenzaron a quitarse la ropa. Y había mucho que eliminar. Bufandas, abrigos, manoplas, botas y todas las capas que había debajo. Cuando estuvieron casi desnudos, no pudo esperar más para tenerla en sus brazos. La atrajo hacia él y reclamó su boca en un beso apasionado, posesivo y reverente.

#

Todo el cuerpo de Margot suspiró.

Rodeó su cuello con los brazos y se pasó los dedos por el pelo. Se abrió al flujo del amor entre ellos, revelándose en la fuerza y profundidad de la pasión que no había disminuido en los siete años que llevaban casados.

Había aprendido bien a no temer la intensidad de su amor. Y había sido bendecida con una vida tan llena de amor, belleza y magia que a menudo se preguntaba cómo podría ser posible. Y si a veces sentía una punzada de miedo de perder el control de alguna manera, el miedo no duraba mucho cuando había tanta alegría y asombro en su vida. Y si en muy raras ocasiones caía en las sombras de tristeza que aparecían cuando menos lo esperaba, nunca le preocupaba perderse en ellas. Porque Nicholas siempre la encontraba. Él y sus hijos nunca le permitieron dudar de lo que era capaz el amor verdadero.

A pesar de tener la casa llena de invitados esperándolos, hicieron el amor sobre una alfombra frente al fuego. Con movimientos lentos y lánguidos y caricias largas y tiernas. Él miró

fijamente a sus ojos mientras sus labios reformaban los de ella con cuidado y devoción. Su lengua esparció fuego por su sangre. Sus graves gemidos de placer se hundieron en su médula. Y una vez que él entró en su cuerpo, sus embestidas liberaron una brillante lluvia de placer a través de su cuerpo y alma.

Después, con el pulso todavía palpitando en sus oídos y haciendo eco en su sexo. Ella se negó a dejarlo alejarse. Ella se envolvió alrededor de él y le dio besos dulces y soñadores en los labios entreabiertos y lamió la sal de su piel, y miró largamente su mirada suave y brillante mientras sus dedos trazaban sus rasgos.

En el silencio posterior, algo invisible y poderoso fluyó entre ellos. Sin palabras todavía, era una especie de comunicación. Un flujo de luz de su cuerpo al de ella y viceversa. Calor. Conocimiento. Seguridad.

Era consuelo, comunión y paz.

Era el lado tranquilo y silencioso de la pasión.

Era amor y era todo.